

**DON TOMAS BERRETA.** Labrador. Tropero. Escribiente de Policía. Empleado de la Dirección de Abasto. Oficial de Guardias Nacionales. Inspector de Impuestos Internos. Administrador de Rentas y Jefe de Correos. Jefe Político y de Policía. Intendente Municipal. Concejal. Diputado. Consejero Nacional. Consejero de Estado. Senador. Ministro de Obras Públicas. Presidente de la República.

Yo defendiendo la causa de los humildes trabajadores de la tierra, no la de los potentados **(En la Cámara)**

El voto es un derecho del pueblo, no un favor del gobierno **(En la Convención del Partido)**

Volvemos sin odios y sin rencores para nadie, con la vista puesta sólo en el bien del país. **(En la Plaza Pública)**

La función de gobernar no puede ser ejercida con criterio parcial y apasionado, sino con altura de espíritu y de miras **(Manifiesto preelectoral)**

Procuraremos dar un destino mejor a aquellos que menos suerte tienen en el lote que la vida les da **(Mensaje como Presidente electo)**

Tenemos que ir perfeccionando nuestros institutos sociales para que cada uno pueda gozar de un nivel de vida suficiente en lo físico y en lo espiritual **(Discurso inaugural)**

Arando hondo y extirpando la maleza se pueden obtener muy buenos resultados **(Ultimo Mensaje).**

# Carlos Walter Cigliuti

## VIDA DE DON TOMAS BERRETA



CARLOS WALTER CIGLIUTI VIDA DE DON TOMAS BERRETA

# **VIDA DE DON TOMAS BERRETA**

**Las opciones de la democracia**

**CARLOS WALTER CIGLIUTI**

A la memoria de mis padres,  
Carlos Cigliuti y Teresa Battaglino de Cigliuti.

Canelones, ciudad, 1975.



## INTRODUCCION

La vida de Don Tomás Berreta abarca cinco ciclos casi exactos, de catorce años cada uno.

El primero: Desde su nacimiento hasta su primer trabajo fuera de la casa paterna.

El segundo: Desde su primera salida del hogar, a los catorce años, para trabajar en las chacras vecinas del Peñarol viejo (1890), hasta que culmina con la terminación de la guerra (1904) su período de forjación y la formación moral de su personalidad política.

El tercero: Desde que llega a Canelones, lugar de su creación, de su ambiente y de su prestigio, en noviembre de 1904, hasta que, con una nueva Constitución, recibe la consagración popular y es elegido Concejal del órgano municipal (1919) para enseguida pasar a integrar el Parlamento.

El cuarto: Desde que culmina su acción regional y se proyecta a la escena nacional, junto a Batlle, hasta 1933 en que sale del Gobierno, siendo Consejero Nacional y pasa a la oposición, enfrentando el golpe de Estado.

El quinto: Desde el golpe de Estado hasta su muerte, catorce años después, pasando la prueba de los años de dura lucha contra la situación y los cinco finales, años de plenitud, en los que asciende al Ministerio de Obras Públicas, después de ser electo Senador e Intendente de Canelones, y a la Primera Magistratura.

Catorce años cuando sale de la vieja casa familiar; catorce años de lucha para forjarse y endurecerse; catorce años en la próspera preparación regional de Canelones; catorce años de consagración popular, primero en Canelones y luego en jurisdicción nacional, como hombre de confianza de Batlle; catorce años últimos en la prueba final, de la que sale airoso y agrandado para ceñir, con elevada dignidad, la banda presidencial.

Cinco ciclos perfectos, unitarios y distintos; ciclos de pruebas, de luchas, de amarguras, de espléndidas conquistas.

Los cinco ciclos de la vida de don Tomás Berreta la condicionan y la signan: como en una premonición, aquel robusto mocetón



que a los catorce años se ganaba la vida como tropero o cortando trigo en las costas del Miguelete, la termina, en un proceso orgánico, dirigiendo los destinos nacionales, con la misma confianza en sí mismo y el mismo gesto resuelto y firme de la entonces lejana juventud.

Pero desde el primero al último y en parte gracias a él, la sociedad que lo había visto nacer ya no existía y la democracia, como forma de vida, se había hecho realidad en la parábola del fuerte y abnegado trabajador de la tierra, que culminaba su larga lucha ejerciendo el primer cargo político de la Nación.

Los cinco ciclos de la vida de don Tomás Berreta:

1875-1890: La casa paterna.

1890-1904: La forja.

1905-1919: El civismo realizador.

1919-1933: La representación popular.

1933-1947: La plenitud.

## CAPITULO I

### LA CASA PATERNA (1875-1890)

#### 1) LOS PROGENITORES

Don Tomás Berreta era hijo de una familia de inmigrantes italianos, establecida en el Alto Peñarol. Por la rama paterna descendía de piamonteses, que habían emigrado de las tierras de Víctor Manuel II después de Novara. Cuando la reacción contra el Reino Sardo y especialmente, contra los liberales, se hizo sentir, quien después sería el padre de don Tomás Berreta, entonces niño de siete años de edad, tuvo que emigrar, con su padre, cada uno con distinto rumbo.

El niño llegó a Montevideo en 1852 y recién pudo, casi por acaso, encontrar de nuevo a su padre, en 1866, cuando adolescente, se ganaba rudamente la vida en las tierras feraces de la nueva República, que ya había conocido las guerras de Garibaldi por la libertad. Cuando, dos años más tarde, el padre reencontrado muere de la epidemia de 1866, Juan, el piamontés inmigrado, queda solo otra vez.

El año anterior a la llegada de don Juan Berreta a Montevideo, ha arribado a las costas uruguayas otro inmigrante italiano, de Génova, don Juan Gandolfo, procedente de la Argentina, huído para luchar en el tramo último de la Guerra Grande, contra el sanguinario Señor de Palermo. Sabiéndose amenazado, el genovés altivo, junto con su familia, se evade de la ciudad comprometida e insegura, antes que la bárbara Inquisición mazorquera holle su hogar. Con su esposa Rosa Tiscornia y cuatro hijas (la menor, de apenas un año de edad, será después la madre de don Tomás Berreta), se instala en zona aledaña a la ciudad liberada y reinicia en ella, otra vez, su accidentada lucha por la vida.

Piamonteses y genoveses, los antiguos sardos del reino de Saboya y Piamonte y los peregrinos de la Génova medioeval, digna rival de Venecia, ardorosa y pujante, se unen sobre el tiempo y las vicisitudes, en las tierras pródigas de la nueva República.



Don Juan Berreta ha sufrido y don Juan Gandolfo, su futuro suegro, también, los embates de las luchas cívicas: uno, niño aún porque su padre es partidario de la integridad y la unidad italiana. El desgraciado rey Carlos Alberto comprometió en Novara la suerte de la campaña y el destino del reino que su tío Carlos Félix le había dejado en herencia. Cuando Víctor Manuel II se hace del reino en ese mismo año fatídico de 1849 y reinicia penosamente las guerras de Italia, muchos han tenido o aún tendrán que emigrar. De esa estirpe viene don Tomás Berreta y por ambas ramas, pues también el otro antepasado, el genovés peregrino ha debido salir de la Argentina, donde tiene próspera actividad, porque allí ha conocido a Garibaldi y porque se enfrenta, hacia las postrimerías de la tiranía, con el siniestro don Juan Manuel, sátrapa de las provincias argentinas.

Casi medio siglo después que comienza en Italia la nueva lucha del Piamonte por la unidad y la libertad y en el Río de la Plata el tirano debe huir vencido en Caseros por la coalición triunfante, el inmigrante que había quedado sólo aquí siendo un niño de siete años de edad y la argentinita que llegó de un año al país, contrajeron enlace en 1874. Dos ancestros fuertes, formados en el culto de la Libertad, en la tradición eminente de Garibaldi, en la aptitud organizadora de la Liguria múltiple y en el espíritu amplio, abierto e independiente del Piamonte, semilla y crisol de la Italia unida, se unían a su vez en otra tierra también libre y generosa.

De esa unión nació al año siguiente, quien habría de ser, con el tiempo, encarnación profunda y vívida de esa enalteciente tradición y el primer descendiente de esa raza que ocuparía la Presidencia de la República: Don Tomás Berreta.

## 2) NACIMIENTO Y EDUCACION

Don Tomás Berreta nació en la quinta paterna, el 22 de noviembre de 1875. Cuando sus padres se casaron, en el país gobernaban los principistas; cuando nació el primer hijo, ya la cuadra y el cuartel habían tomado el poder y en vez de Ellauri gobernaba Pedro Varela, pero bajo esta falaz apariencia el verdadero gobernante era el Coronel Latorre. Actuaban Cámaras reestructuradas y coactas y una terrible crisis económica afectaba al país. Habían sido desterrados los primeros políticos de la República; ya habían regresado junto con caudillos campesinos y con universitarios, agi-

tando el pendón tricolor en una revolución sagrada, pero vencida. Los últimos intentos del gobernante desprejuiciado por superar la crisis carecían de eficacia, y el gobierno directo, absoluto y personal del Coronel Latorre, parecía cuestión de días, semanas quizás.

Si el año 1874 hubiera podido hacer pensar, al inmigrante esforzado, que era posible formar un hogar y salir adelante con el sacrificado trabajo cotidiano sobre el surco fecundo, 1875 tuvo que haberlo defraudado pues resultó, en puridad, "un año terrible", el año terrible por antonomasia, como después fue llamado. Eran la incertidumbre, la inseguridad, la impunidad rampante y trágica que procuraban extenderse sobre el país, taimadamente estimuladas: en efecto: el 10 de marzo del año siguiente el Coronel Latorre iniciaba su gobierno rudo, inflexible y riguroso, asentado en la fuerza pública, las clases conservadoras y la Iglesia.

En ese ambiente político nació y creció don Tomás Berreta, precisamente en el año en que se define una nueva época en el país. Cuando éste se constituyó e inició su vida independiente, debió luchar en difíciles condiciones, no tan sólo por sobrevivir, sino incluso para afirmar y definir la fisonomía nacional. Creado por Artigas como un territorio autónomo, libre e independiente, el Uruguay fue el producto de un ensueño genial y de la lucha titánica del Héroe y su pueblo. Las definiciones nacionalistas de 1813 que crearon la orientalidad, después que el Exodo dió la conciencia profunda de la unidad telúrica del pueblo, se asentaban sobre antecedentes incontrovertibles, nacido alguno desde antes de la Conquista: el sentimiento autóctono de la libertad, al que se agregaron la rivalidad insuperable con Buenos Aires, la resistencia permanente a la dominación extranjera (sea española, inglesa, portuguesa, porteña o brasileña), el espíritu peculiar del criollo oriental, liberal, autonomista, particularista descentralizador; la lucha constante contra "el mal gobierno"; la adhesión sin reservas al gobierno propio oriental, primer cuidado de Artigas que lo instaló ya en 1813 en esta ciudad de Canelones, entonces villa de Guadalupe; y la patente evidencia de que esas soluciones no se podrían lograr nunca con la unión con las Provincias Unidas ni con Portugal o Brasil, crearon la Nación Uruguaya, independiente, soberana y libre (son palabras de Artigas) en la gesta histórica de 1825.



Pero, cuando nació don Tomás Berreta, cincuenta años más tarde, la República, si bien había logrado consolidar su independencia y su autonomía regional, no había conseguido todavía estructurar definitivamente su economía ni asentar el Estado sobre bases firmes ni organizar una sociedad verdadera, fundada en la justicia y la libertad. Los treinta años siguientes al nacimiento de don Tomás Berreta son precisamente los de la lucha por obtener la victoria para imponer aquellos principios, y poder construir entonces, sobre la base de la libertad política, la economía orientada y la educación popular, una República auténtica, democrática y libre.

De esta gesta, protagonizada por Don José Batlle y Ordóñez, el primogénito de Don Juan Berreta estaría llamado a ser distinguido paladín y su vida la definiría, pues reunió en su persona la prueba inequívoca de que la democracia uruguaya era una realidad, ya que él, Tomás Berreta, hijo de inmigrantes, que no tenía apellido ilustre, ni fortuna personal, ni título universitario, llegó a ser, por su propio mérito, en la lid limpia de la República liberal, y consagrado por su pueblo, Primer Magistrado de la Nación.

\*  
\* \*

En la vieja casa paterna del Peñarol Viejo, el niño aprendió a leer enseñado por su madre, doña Rosa Gandolfo de Berreta. La señora contaba anécdotas y hechos interesantes y leía viejos libros con los cuales mejora su lectura y aprende a escribir el primogénito, ávido de superarse. Antes de visitar un Maestro vareliano que vivía cerca, don Felipe Pagani, el niño ya sabe leer y escribir y después que el Maestro accede a darle clases, la inteligencia empieza a ahondarse, a hacerse reflexiva, a razonar. La madre le ha dado con la lectura el medio que necesita para conocer a quien ya aparece como su héroe primero: el General Rivera, primer Presidente constitucional del país, fundador y guía del Partido Colorado; el padre a su vez lo lleva un día hasta la Aguada: va a visitar una reliquia de la época heroica, el ex Presidente Gral. don Lorenzo Batlle, que recibió a Garibaldi en tiempos de la Guerra Grande, que conoció personalmente a Rivera, frente al cual estuvo en el dramático destierro de 1847 y que fuera Presidente en el trágico período que siguió a la muerte del Gral. Venancio Flores. Por la enseñanza materna conoció a Rivera Caudillo; por la actitud del padre conoció

después, a través del Gral. Batlle, a Rivera íntimo y más tarde a don José Batlle y Ordóñez el hijo del ex Presidente que habría de ser, precisamente, el líder de la cruzada civilizadora que creó la República democrática. El, Tomás Berreta, a su vez sería colaborador eminente y encarnación genuina de aquella magna epopeya.

\*  
\* \*

Don Felipe Pagani completó la educación primaria del niño. A la casa del viejo Maestro iba a diario, sin faltar un solo día, cumpliendo con adulta seriedad sus deberes para con su Preceptor. He ahí, desde la infancia, definido uno de los rasgos más típicos de su carácter singular: el fiel y estricto cumplimiento de su deber. Así como siendo niño allá va, bajo el sol ardiente, el frío o la lluvia, hasta la casa del Maestro, así irá, ya hombre, en la guerra o en la paz, día por día, sin descansar nunca, don Tomás Berreta, a desempeñar sus obligaciones personales, gobernante o simple ciudadano, en la administración, la policía, el ejército o el gobierno o sin cargo oficial alguno, severo y fiel en sus convicciones y actitudes. Desde niño se modeló su voluntad y se adiestró su carácter y esas condiciones le fueron después tan propias, que parecieron connaturales y no adquiridas: fueron en él una expresión seria y formal de su concepto de la vida, de los hombres y del mundo. Extraña fuerza moral la de un hombre como él, que vive más de setenta años y que ni un solo día deja de ser él mismo, reflexivo, honesto, leal a la verdad, señor de su ánimo y de su destino. Ya desde niño ese carácter templado y riguroso se manifiesta entero y cabal, en la primera obligación a que se enfrenta: modelar su intengencia y aprender, para estar en condiciones de ser más útil a los demás y a sí mismo.

La educación intelectual no es, con todo, tan profunda como la educación del carácter y del espíritu: se hace experto agricultor antes de ser hombre; es labrador y aún no es ciudadano; todavía no ha mejorado su cultura, pero ya trabaja, con la misma seriedad y contracción que pone en todas sus cosas. Cumplir y rendir son sus consignas infantiles: serán también las determinaciones que guiarán su vida entera; por eso, por estar acostumbrado, desde niño, a cumplir y a rendir no conoce la petulancia ni la vanidad: hacer cosas y hacerlas bien es en él tan natural y común como si fueran



condiciones propias de la vida misma. Todo en él es digno y serio y ya desde adolescente, impone y recibe respeto. En su casa como en la del Maestro, sobre los libros o sobre el surco, estudiando o trabajando, aquel carácter se temple y se afirma y una personalidad fuerte y gallarda se va formando. Está claro que surge como expresión de un medio que lo crea y lo endurece, pero es también evidente muestra de una naturaleza vigorosa y recta, que al combinarse con hábitos y enseñanzas adquiridas, permite el desarrollo de una espléndida personalidad.

### 3) LA CRISIS DE 1890

La vida del muchacho cambia hacia 1890. Ha cumplido, en noviembre anterior, sus primeros catorce años de vida. Fueron años de abrir los ojos, y empezar a aprender: ha estudiado, ha ayudado a su padre, ha conocido algunas personas, ha empezado a vivir. Ahora, en 1890, la realidad dura y cruel como pocas, vuelve a golpear a don Juan Berreta. Como en 1852, como en 1868, ahora también, en 1890, debe enfrentar la adversidad: el agricultor abnegado pierde todo o casi todo otra vez. La crisis producida por la sequía, que azotó los plantíos y produjo extensa mortandad de ganado y por la lagarta que afectó los cultivos, se acrecentó por la baja de los precios del tasajo y los cueros y por la crisis de confianza que fatalmente siguió al desnivel de la balanza de pagos. Debió salir metálico del país y se produjo, entonces, la quiebra del Banco Nacional, el crac de la Baring Brothers trajo el cierre del Banco de Londres de Montevideo. La opulencia de la época de Reus se trocó en angustiante quebranto: el país, los agricultores, el pequeño ahorrista, se vieron envueltos en una vorágine destructora y una terrible crisis económico-financiera se abatió sobre la República. También el hogar de don Tomás Berreta sufrió la consecuencia implacable de la inesperada situación y el joven adolescente de catorce años recién cumplidos, pensó que era necesario ayudar la casa querida de algún modo distinto, pero puntualmente efectivo y posible de realizar. Y entonces, sin inclinarse, como otros, ante la inexorable fatalidad y sin discurrir quimeras, sale a trabajar, a solas con su destino, aquel fuerte carácter, para cumplir, sin irritaciones ni dudas, con su deber, cuadrado frente a la adversidad y confiando, como siempre, en sus propias fuerzas.

## CAPITULO II

### LA FORJA (1890-1904)

#### 1) PRIMER TRABAJO

Salió a cumplir el duro oficio de tropero. El que había trabajado la tierra, sintió el amor por los animales y, especialmente, por el caballo. Se hizo experto jinete, como pocos pudieron serlo. Era, en ese respecto, un centauro, para el cual la destreza en el manejo de su caballo era un arte sutil y hermoso. Pocos habían como él a caballo, por la perfecta seguridad con que montaba y la forma, fina y firme, con que dominaba su cabalgadura. Acostumbrado a la faena desde niño, montar a caballo era para él un acto corriente y, con el tiempo, se hizo un hecho natural; después sentía placer en la equitación y siendo ya hombre que había perdido ese hábito, cuando volvía a él se advertía la baquía largamente adquirida sobre el lomo del animal. Era incansable a caballo. Como era incansable en cualquier actividad, en esta se distinguía especialmente y en la guerra, igual que cuando estaba en la Policía, fuera Jefe o simple Escribiente, andar y andar era propio de su temperamento. No iba callado nunca; siempre alguien al lado recogía observaciones, enseñanzas, advertencias. Lo que él aprendió en este arte, como en cualquier otra actividad, sentía placer en comunicarlo. Así salió un día de su casa entristecida, para arrear ganado por cuenta de otros o para hacerlo algún día por cuenta propia, siempre buscando, entonces, la ocasión de servir, de cumplir un deber que creía insoslayable.

También trabajó por esa época cortando trigo a hoz en las costas del Miguelete, a razón de un peso por semana. La faena rural de la estancia le atrajo tanto como la faena agrícola: una estancia era la extensión interminable, el trabajo duro, la recompensa menor. Una chacra era un esfuerzo civilizador, en el cual no sólo el cultivo del maíz y el trigo le atraían; también los árboles frutales eran su ansiedad, su placer y su orgullo. En su casa paterna primero, como en su quinta propia, después, los árboles fruta-



les le daban alegría particular y era gratísimo verlo discurrir, cargado de años y glorias, entre filas de viña, perales y manzanos, dando órdenes y consejos, con su voz cautivante y su conversación entretenida y salpimentada de anécdotas, en los pocos momentos de reposo que le dejó su intenso trajinar.

Así como el tropero conoce el rumbo y el tiempo, el agricultor conoce el grano y la siembra. En los caminos inseguros de la época fue aprendiendo a andar y se hizo rumbero sagaz y baqueano de los atajos y las quebradas. Empuñando la mancera o las riendas, se inclinó sobre la tierra o levantó al cielo la mirada y aprendió a amar a su país, a sus regiones, a sus gentes, a su espíritu. Trabajando la tierra o andando por sus caminos, conoció las realidades de la Nación y descubrió, paulatinamente, su verdadera vocación. No pudo ni pensó nunca en ser un hombre unilateral, enquistado en las disciplinas limitadas de la orientación restrictiva, sino que buscó ampliar sus horizontes: vió la dilatada y sufriente angustia del que trabaja la tierra, esperando que caiga la lluvia esquiva o que deje de caer el agua que todo lo inunda y lo arrasa; comprendió las diferencias que existían entre la opulencia de la ciudad adormecida y perezosa y la campaña casi despoblada, abandonada y sin posibilidades, explotada en su ignorancia por el bandolerismo político o la insensibilidad de minorías adocenadas. Se sintió siempre fuertemente atraído por la actividad agropecuaria, pero es en esta época cuando su personalidad descubre las predilecciones íntimas de su espíritu: toda su vida estará dedicada a luchar por la campaña, a defender su producción y su trabajo, a lograr para ella la autonomía política que le permita el desarrollo de sus fuerzas propias y el perfeccionamiento de sus ciudadanos, transformados en electores libres de sus gobernantes y representantes autorizados de sus inquietudes y esperanzas.

## 2) NUEVOS CONOCIMIENTOS

Los trabajos iniciales fuera del hogar familiar, se mezclaron con la extensión de sus conocimientos intelectuales. En los alrededores del Peñarol tenía su quinta de recreo don Saturnino Ribes, el afamado armador, dueño por esos años de la más poderosa flota fluvial. Don Saturnino, como se le llamaba comúnmente, francés de origen, que arribara al Río de la Plata a los doce años de edad,

monopolizaba el comercio de nuestros ríos: escéptico, taimado y astuto, sus procedimientos no siempre claros le permitieron, no obstante, forjar una gran compañía de transportes y cargas; en sus momentos libres, escasos y ocasionales, se distraía en sus lecturas o probando los nuevos inventos. Por las chacras del Peñarol tenía su retiro, célibe y huraño como era, y hasta allí se llegaba don Tomás Berreta para aprender, ávido de forjarse, en la rica biblioteca del armador salteño. Los títulos eran variados, en una colección de autores selectos, que incluyen a Plutarco y Michelet, la antigüedad greco-latina y la Revolución moderna: la independencia de los EE.UU., la Revolución Francesa, las nuevas Repúblicas latino-americanas y los héroes preferidos: Lincoln, el mantenedor de la Unión, libertador de los esclavos; y Rivera, el héroe de Guayabos y Cagancha, fundador del Partido Colorado.

En ese santuario don Tomás Berreta formó una sólida información política. Plutarco dió al adolescente las primicias de la civilización helénica que como se ha dicho, creó la belleza y de los grandes hombres de Roma, creadora del Derecho Público. En la Revolución encontró los Derechos del Hombre, la Libertad, la División de poderes, la Igualdad, la Soberanía del Pueblo. La libertad religiosa y civil, la lucha contra la tiranía, la Ley como expresión de la voluntad común, el servicio de la comunidad mediante el trabajo, la defensa de los humildes, la igualdad de oportunidades, la educación popular, el progreso cívico, la ciencia al servicio del desarrollo nacional, la defensa de los trabajadores de la tierra, la división administrativa y las autonomías regionales. Los grandes principios orientadores de la nueva época estaban allí, en aquella biblioteca, a través del estudio de las teorías políticas y la vida de los grandes conductores de pueblos. Habrá leído sin duda, en Plutarco, la frase de Temístocles: "Yo no sabré tocar una lira o tañer un salterio; pero sí tomando por mi cuenta una ciudad, pequeña y oscura, hacerla ilustre y grande"; o cuando el Maestro de Queronea cita a Arquíloco, a propósito de Teseo, diciendo: "No en el tender del arco o de las hondas / en el crujir frecuente, se señala; / sino en el campo, cuando el crudo Marte / para herir con el hierro más se ensaña".

Y habrá aprendido de Lincoln su amor al hombre, su religión de la humanidad, su convicción de que al ser humano no se le puede engañar y su fé en la Unión, y en el gobierno del pueblo



por el pueblo y para el pueblo. Aquel carácter misántropo y melancólico, lleno de abstracciones e introversiones, pero entero y firme como pocos, abnegado hasta el sacrificio y excitado por una noble y desinteresada ambición, tiene que haberle despertado el contraste marcado con su otro héroe Rivera, desenvuelto, decididor, lleno de confianza; pero en ambos la anécdota oportuna, la declaración convincente, el sentido llano, pleno de familiaridad, la falta de gravedad y afectación deben haberle producido igual impresión, profunda y sugeridora. Lincoln trataba a la gente como su igual, y lo mismo recibía al Ministro extranjero que a la madre del oscuro combatiente; Rivera, a su vez, era elogiado porque "trataba a la gente sin ceremonias" y mientras Lincoln discurría en el gabinete las soluciones nacionales y era sagaz, agudo y sutil, Rivera imponía las suyas con la punta de una espada victoriosa y era no menos astuto, inteligente y penetrante. Lincoln era a veces un estupendo conversador y a veces un misántropo; Rivera era simpático, locuaz, andariego y no podía aislarse ni perder contacto con la sociedad que lo rodeaba. Eran, pues distintos, pero tenían en común su amor al pobre y al humilde, su afán de mantener unidas y libres a sus Repúblicas, su respeto por la democracia, su identificación con la causa liberal, con el progreso y con las soluciones del avenimiento y la armonía. Ambos sin querer la guerra, debieron ser sus protagonistas, pero a cualquier altura de ellas, pensaron y admitieron detenerlas con negociaciones; los dos nunca perdieron de vista el objetivo último y no vacilaron en admitir recodos, quebradas o atajos para llegar al final, siempre buscando ahorrar vidas humanas; los dos pudieron reprimir y vengarse y vivieron olvidando agravios de desviados y adversarios. Lincoln comprometió la disciplina perdonando a muchos condenados a muerte y Rivera oyó decir en su honor que "sabía vencer a sus enemigos perdonándolos". ¡Qué distintos y al mismo tiempo cuántas semejanzas de carácter y de conducta entre Lincoln y Rivera, entre el héroe de la guerra en el Norte y el héroe de las huestes campesinas del Sur! Y he ahí que están los dos, en la biblioteca de un tortuoso negociante, huraño y taimado, unidos por la lectura y la meditación de un joven talentoso y decidido, llamado a grandes destinos, cuya vida y cuya obra, asombrosamente, podrán muy bien ser comparadas, en su síntesis admirable, precisamente con los dos deslumbrantes mentores de su adolescencia: con Lincoln el Libertador y con Rivera, el Caudillo, con

el brillante tribuno de Peoría y Gettisburg y con el gallardo e intrépido Conductor de las brigadas de la libertad nacional.

### 3) VISITA A BATLLE: SE DEFINE SU VOCACION POLITICA

Para denunciar un atropello de la autoridad, común en la época el padre de Don Tomás Berreta lo envía ante don José Batlle y Ordóñez, entonces Director de "El Día" y opositor a la política del Dr. Herrera y Obes.

Ya está el inquieto adolescente de 17 años, lleno de ansias de lucha y ávido de servir la causa del progreso, delante del gran hombre. Batlle ha sido ya Profesor de Filosofía en el Ateneo, junto a Vázquez y Vega y ha estado en la primera línea de la lucha contra la prepotencia entronizada. Desde "La Razón" primero, en "La Lucha" después y entonces (y hasta su muerte) en "El Día", ha desarrollado su notable gestión reformista y renovadora. Había intuido ya el Uruguay nuevo que habría de salir de su espíritu poderoso. Las nuevas tendencias sociales y económicas, las doctrinas del liberalismo y el Socialismo de Estado y su profundo conocimiento de los hechos esenciales de la Historia, especialmente de la de su país, unido a una inteligencia potente y reflexiva, le habían llevado a ahondar todas las teorías. De sólida formación filosófica, humanística y espiritualista, su viaje por Europa le había dado el complemento necesario para constituir una de las personalidades más notables y extraordinariamente bien preparadas para protagonizar el gran cambio que reclamaban los tiempos. Poseedor de un penetrante espíritu práctico, de finísima sensibilidad moral y de singular destreza política, ya había iniciado la marcha hacia la cúspide: ese año de la primera visita a su casa de don Tomás Berreta es el de la definición de su credo partidario, al sostener que debe ser el Club Seccional el que dirija al Partido, iniciando desde abajo el plano de las jerarquías concatenadas en cuyo vértice, como su representante y mandatario, debe aparecer la dirección superior, elegida y consentida desde la base y no al revés, impuesta al pueblo desde arriba, por las minorías privilegiadas, el mandón de turno o las élites sin arraigo en las masas populares. Ya había pasado a la oposición y había presentido el gran destino a que estaba llamado: hacer la República nueva, basada en la libertad política



y la justicia social, en la dignificación del hombre y en el perfeccionamiento moral de las nuevas generaciones uruguayas.

Si su definición estaba hecha, trazado su camino e iniciada la forja, en su presencia, después de oírlo, define a su vez las suyas el joven agricultor que entonces lo visita por primera vez. La doble selección de sus predilecciones vitales queda hecha por Don Tomás Berreta, en ese encuentro decisivo: dedicará todas sus energías a la acción partidaria y lo hará al lado de ese hombre excepcional, que entonces perfila su torso atlético hacia las cimas inaccesibles. Y lo hará, durante su vida entera, sin una desviación, en las buenas y en las malas, para el placer y la angustia, en la alegría y en el dolor, sin vacilación alguna, uniendo su destino de hombre, su convicción partidaria, y la íntima vocación de su espíritu a los de aquel joven y vigoroso conductor, mentor y líder de una gesta civilista que creará los tiempos nuevos de la República.

Y cierto también que ese encuentro entre el periodista de "El Día" y el joven granjero del Miguelete signará una amistad que sólo se extinguirá con la muerte, sostenida firmemente por mutua y recíproca confianza, pues sean cuales sean los hechos y las circunstancias Batlle confiará siempre en don Tomás Berreta y verá en él a un fiel y abnegado compañero de ruta y de destino.

•  
•

El gobierno de Julio Herrera y Obes comportaba la sustitución de la tiranía de hecho, surgida de la fuerza pública o de la autoridad de un Caudillo, por la tiranía constitucionalizada del Presidente de la República. El mandatario cruzaba sin esfuerzo la línea de la Ley y sustituía, en los hechos, por su voluntad personal, la voluntad del pueblo. Dirigía la administración y las elecciones, designaba funcionarios, todos los funcionarios directamente o confeccionando las listas que habrían de consagrarse en los comicios, también organizados y dirigidos por el gobierno. A la crisis financiera insuperada se agregaba la potestad absoluta del Primer Magistrado cuya gestión quedaba signada por su impronta personal, absorbente y restringida. Batlle y Ordóñez se irguió contra la falsificación del civilismo y la trampa escandalosa de un constitucionalismo falacioso y desacreditado y se dirigió al pueblo, directamente, buscando hacer de

él el dueño de su propio destino. A su lado, y desde esta primera hora, estaba don Tomás Berreta, ávido de encontrar soluciones para el quietismo y la esterilidad del trabajo campesino sin horizontes, condenado a vegetar en condiciones adversas, sin posibilidades y sin la necesaria ayuda de las autoridades responsables del Estado.

Era preciso crear la República y a esa labor se consagró el Maestro, teniendo a su lado a don Tomás Berreta que, a su vez, con su formidable voluntad de trabajo y su impertérrita decisión, se abocó por su parte, a la suya, forjando de abajo junto con su propia personalidad, la de un estilo de acción política liberal, populista y progresista que lo transformó, a su vez en excelso Conductor de voluntades.

Batlle y Ordóñez actuaba ya en los primeros planos. Cuando, por esos años, un contemporáneo de sus tiempos del Ateneo definió los perfiles de la juventud de la época, condensó sus expresiones más elevadas en el sentimiento poético de Adolfo Berro, el vigor intelectual de Elbio Fernández, el brillo literario de Francisco Lavandeira, el sublime y persuasivo candor de José M<sup>a</sup> Vidal y el fuego en la convicción y el entusiasmo de Prudencio Vázquez y Vega. Pues bien: en esos momentos, todas esas condiciones se daban en un sólo espíritu, en el de Batlle, que era al mismo tiempo escritor, combatiente social, dirigente político, educador, y Conductor, dueño de especialísima y privilegiada aptitud para la acción política y para un gallardo, bizarro e infatigable periodismo de combate, y líder ya entonces de las fuerzas populares más numerosas y entusiastas del Partido.

Frente a él estaba allí, en su casa de "El Día" don Tomás Berreta, definido como seguidor y amigo inquebrantable del notable político. Y cuando el Maestro crea la República, don Tomás Berreta, en su excepcional trayectoria, probará a su vez, que en esa democracia auténtica, todos los caminos, hasta el que conduce a la altura mayor, estarán abiertos para los mejores, cualesquiera hayan sido su origen, su posición social o las condiciones en que hayan tenido que desarrollar su lucha.

#### 4) LAS REVOLUCIONES NACIONALISTAS CONTRA IDIARTE BORDA. DON TOMAS BERRETA INGRESA A LA POLICIA

Si la oposición frontal de Batlle a Herrera y Obes estaba impuesta por sus profundas convicciones republicanas, no menor hubo de ser la que lo enfrentó a don Juan Idiarte Borda. El Dr. Herrera y Obes era un señor: culto, talentoso, valiente, continuaba en su persona la tradición de Juan Carlos Gómez y los arrestos altivos y soberbios del romanticismo, que pasearan en los salones de la época los grandes tribunos de la primera mitad del siglo. Llegó a la presidencia en medio de la expectativa esperanzada de todo el país y aunque pocas veces la desilusión y el fracaso fueron mayores, hasta el momento final de su Presidencia no dejó de defenderse y combatir, de atacar y maniobrar procurando seguir dirigiendo e influyendo en los destinos comunes. Si Batlle, frente a él, arrasó prejuicios e incluso intereses, con mayor razón, aún frente a Borda, hombre de menor talla y sin la autoridad ni el talento de su fracasado predecesor. La oposición cada vez mayor, de todos los sectores, contra el gobernante, que encima despreciaba las razones de los hombres libres y actuaba enquistado en un círculo áulico, fue promoviendo una conciencia nacional revolucionaria que Aparicio Saravia plasmó, como acto de protesta contra las elecciones de 1896, pero que después se concretó, efectivamente, en una revolución formidable, preparada desde la Argentina por una Junta de Guerra y el General Diego Lamas; desde Brasil por el mismo Saravia, y desde el mismo Montevideo por la ardorosa prédica de la oposición periodística y política, en cuyo primer plano descollaban, precisamente, don José Batlle y Ordóñez y Eduardo Acevedo Díaz.

Al Maestro se le presentó entonces un agudo problema: la Revolución era también el producto de su lucha, de su coraje, de su denuesto. Pero una solución revolucionaria nacional no se había logrado y aquella revolución con divisa era no sólo contra el gobernante repudiado, sino contra el Partido Colorado. Entre una revolución y otra, el 30 de enero de 1897, don José Batlle y Ordóñez advirtió a sus amigos y al país el hondo dilema que se planteaba

y repitiendo su repudio a la situación, previno contra una revolución que claramente se aproba también contra el Partido. Sin dejar un instante su inquebrantable actividad opositora, el joven Conductor del Partido Colorado se colocaba en la justa defensa de la gloriosa colectividad, sin transar por ello con el gobernante desconceptuado, responsable principal, a esa altura, de los graves sacudimientos que estremecían al país.

Don Tomás Berreta estaba, a su vez también en un dilema, porque no podía apoyar la revolución y debía, sin embargo, evitar que la leva pudiera obligarlo a servir en los batallones de línea que apresuradamente se estaban creando. Era necesario y vital, para él, tomar alguna resolución inmediata y ésta salió, después de consultar con Batlle: ingresaría en la Policía de la Capital, con lo cual evitaba salir a campaña y quedaba cerca, para mantener el contacto con el Maestro en previsión de cualquier eventualidad. Y así se incorpora como Escribiente a la Comisaría de Colón, a cargo entonces del Coronel Primitivo Larrobla, mediante la intercesión, obtenida por intermedio de Batlle, del Senador Tulio Freire. ¡Extraña y curiosa coincidencia! Don Tulio Freire era ahijado del General Manuel Oribe y había sido amigo de Santos; estaba al lado de éste en el foyer del Teatro Cíbils, la noche del 17 de agosto de 1886, cuando el Sub-Teniente Ortiz hirió en el rostro al gobernante, al cual acompañó hasta su casa don Tulio, senador también en aquella época: fue autor de la Ley que creó la Banda Presidencial y acompañó a Batlle en el Consejo de Estado y en la legislatura de 1905 fue electo Diputado por Montevideo. Legislador con Santos, con Tajés, con Herrera y Obes, con Idiarte Borda, con Cuestas, con Batlle y con Williman, don Tulio Freire pasó por todas las épocas, buenas, malas y peores, sin que se haya dudado nunca de su honradez personal, su trato afable y la bonhomía y llaneza de su temperamento.

Y he ahí que por su mediación, don Tomás Berreta, desde la Policía, empieza a conocer un arte sutil y diferente: adiestrar y mandar hombres e intervenir para acercar y componer diferendos y choques. En su "Vida de Hipólito Yrigoyen", Gálvez da al Caudillo radical perfil especial de conspirador y de asceta, después que en la Policía aprendiera el arte de espiar, encubrir, disimular, pene-



trar en las mentes, hacerse sutil, inquisidor, prudente y avisado. Si en aquel "extraño y manso César" esas fueron las enseñanzas recogidas en sus tiempos de Comisario de Balvanera, en don Tomás Berreta, en cambio, las que recogió en este primer ensayo como funcionario policial fueron las de organizar, adquirir autoridad personal, aprender a usar esa autoridad, saber que hay órdenes que no pueden darse, y a buscar siempre soluciones comprensivas y benevolentes. En vez de hacerse prepotente o excesivo o conspirador, allí se hizo prudente, sólido, fiel. La Policía fue escuela dura para don Tomás Berreta: la guerra civil estaba extendida por todo el país y las pasiones desenfrenadas. Mientras Hipólito Yrigoyen, comisario, tiende a enclaustrarse y a dirigir, encubierto, desde las sombras y por terceras personas, don Tomás Berreta, Escribiente ahora como después Jefe tiende en cambio a salir, a desplazarse, a actuar directamente, de cara al sol, conociendo gente en sus casas, y no sólo en la Comisaría, y atendiendo, fuera de ésta, los problemas del vecindario amigo. Adquirió así autoridad personal y prestigio y empezó a gustar el sabor grato de la solidaridad republicana y de la adhesión a sentimientos e ideales comunes.

Algo más le dió la Policía entonces: supo cuán necesaria era una reorganización completa de la administración y de qué modo las carencias del Estado reclamaban una revolución; pero no la revolución para el cambio de hombres, simplemente, sino la profunda y básica revolución que cambiara métodos y sistemas.

Y precisamente, como estaba previsto, producida la segunda Revolución nacionalista contra Idiarte Borda, pasa a integrar, como funcionario policial, el Regimiento de Extra-muros, en el que está incluida la División Canelones, con la cual se relaciona activamente y llega a adiestrar y conocer de manera amplia y segura. ¡Ya está en Canelones Don Tomás Berreta! En 1897, comienza su trabajo político superior: empieza a conocer y a amar a este departamento, que pronto será el suyo, al que él deberá la base granítica de su pasión, de su lucha y de prestigio, pero que de él recibirá el servicio más eminente y eficaz, otorgado sin una sola falla a lo largo de medio siglo de excepcional progreso para este histórico departamento.

## 5) EL 20 DE MARZO DE 1898

El pacto de La Cruz que puso fin, el 18 de setiembre de 1897, a la Revolución de ese año, creó, en puridad, dos centros de poder en el país. En vez de un gobierno central, unitario, establecido por la Constitución, quedaron formados dos gobiernos, en realidad: el oficial, de Montevideo, y el que ejercía el caudillo nacionalista Gral. Saravia desde su estancia o desde su residencia de la Villa de Melo. El sistema electoral de la lista incompleta y las garantías de la nueva Ley de Registro Cívico Permanente, constituían en la materia un sensible progreso con respecto a la impunidad en que se cumplían los escándalos electorales anteriores; pero al mismo tiempo, la designación de seis jefes Políticos nacionalistas, especialmente en los departamentos claves de Rivera, Cerro Largo y Treinta y Tres, permitían el mantenimiento de un ejército completo, alerta, pronto para la lucha, adiestrado y armado en la forma necesaria.

Las leyes electorales y la representación de las minorías fueron evidente progreso; el reparto de la administración fue el recurso ocasional, que permitió terminar la contienda y hacer la paz, más o menos estable y duradera. Esta conquista de la Revolución, el desprestigio del gobernante caído y los temores y las vacilaciones del nuevo Presidente, hicieron bajar mucho el prestigio del Partido Colorado, que estaba todo él (y lo estaría por los siguientes treinta años) en la acción y la pasión de don José Batlle y Ordóñez, el supremo Conductor. Y, asimismo, en la medida en que podía percibirse la decadencia del Partido de gobierno y la pareja ascensión del liderazgo de Batlle, también era evidente el crecimiento del Partido Nacional. En muchos espíritus era fácil percibir la soberbia y el desdén, mientras otros no estaban inclinados a cejar en su lucha.

No dispuestos, los dirigentes nacionalistas a ceder un ápice en sus posiciones y demandas, cualquier cambio o modificación de éstas acabaría transformando el acuerdo de 1897 en una simple tregua y no en una paz firme y verdadera. Ello no obstante, el ambiente de los dirigentes políticos no era de guerra, pero las pasiones no podían llegar a controlarse, pues no había clima auténtico de aquietamiento y aproximación.

El 20 de marzo de 1898, en un desgraciado accidente, murió uno de los Jefes de la Revolución del año anterior, el Gral. Diego Lamas.



Un dirigente nacionalista llega con la noticia a un comercio donde, entre otras personas, don Tomás Berreta está presente. Termina de afeitarse y aún seca su cara con la toalla, cuando se entera del hecho y espontáneamente pronuncia palabras de asombro y de pena. Está casi al lado del informante, y como la expresión del joven Berreta no dió al Jefe caído el grado militar otorgado por la Revolución y autorizado, después por el pacto de La Cruz, el recién llegado lo increpa violentamente, con palabras soeces y agresivas. Don Tomás Berreta contesta con serenidad pero con firmeza y el otro, entonces, lo agrede y aún alcanza otra vez a agraviarlo. La interposición de los presentes evita la prolongación de la incidencia; pero cuando más tarde, ambos hombres se encuentran de nuevo vuelven a enfrentarse: el joven Escribiente de la Policía cae derribado por su adversario, y hace fuego entonces contra éste, produciéndole la muerte.

Entre un incidente y el otro, el espíritu de Tomás Berreta, joven de 22 años recién cumplidos, que no ha provocado a su adversario, que no tiene culpa alguna de lo que pasa, que ha sido gravemente ofendido se siente profundamente alterado. No le es posible olvidar lo ocurrido. Sabe quien lo ha insultado, conoce las razones pasionales que han llevado a ese hombre a provocar semejante incidencia, pero no puede olvidar que su conciencia y su honor quedarán manchados para siempre. En el segundo encuentro suyo con su agresor, la honrabilidad y la dignidad del joven funcionario se manifiestan como siempre lo han hecho, como siempre lo harán. No pueden desdenarse las motivaciones profundas que afectan el ánimo de los hombres que han sido agraviados y que actúan en defensa de su sensibilidad, de su trayectoria ultrajada y de su propia vida. Es defensa permisible y no sólo en el sentido físico, sino en la más real y verdadera comprensión de los sucesos.

Casi medio siglo más tarde, el episodio fue rememorado por su propio actor y una leve emoción, casi imperceptible, afloró a su rostro, cuando alguien recordaba que no todos los jóvenes son capaces de conducirse así, como él lo hizo, en una época dura y ruda, en que un exceso ajeno puso frente a frente una vida por otra. Un penoso lance como tantos de entonces, en aquel período de guerra no declarada que vivía el Uruguay, antes que se resolviera en definitiva y pudiera entonces Batlle, vencedor, con un

gran Partido y colaboradores de la talla del mismo señor Berreta, hacer vivir al Uruguay los nuevos grandes días de su Historia.

## 6) LA SENADURIA DE BATLLE

Para conservar el poder y garantizar la permanencia del Pacto, era indispensable que Cuestas continuara en el gobierno. La distribución de las Jefaturas era compromiso personal de él, exclusivamente, del señor Cuestas; faltaba la aprobación de las leyes electorales convenidas y era imprescindible que el Presidente a actuar desde el 1º de marzo de 1898 (término del período del señor Idiarte Borda, muerto el año anterior) fuera, asimismo, el propio señor Cuestas. No es de aquí referir el golpe de Estado del 10 de febrero de 1898, pero a él siguió la elección de senadores y diputados a fines del mismo año y don Tomás Berreta, por primera vez, actúa en una elección y vota, naturalmente, a Batlle, que ya se perfilaba como el líder popular más prestigioso del Partido Colorado.

Dos cosas se deben destacar: Batlle no ha aceptado esta vez, como tampoco lo hará más tarde, como no lo hizo antes, la llamada política del acuerdo, que conducía a la integración de listas comunes de candidatos entre los Partidos, evitando de ese modo la contienda electoral, ya que todos los Partidos votaban la misma hoja. Creía, con razón, que era necesario empezar a votar de veras, y que cada uno debía obtener, democráticamente, la representación que sus votos le otorgara. Berreta ha votado a Batlle y ha conseguido que muchos otros lo hagan. Ha empezado a poner de manifiesto esas dotes de elevada eficiencia para captar voluntades, que después le permitirían descollar y que le fueron reconocidas hasta por sus mismos adversarios. Llegaría a ser en ese arte difícil e inaprensible de ligar afectos a su persona y ceñir adhesiones incommovibles, un verdadero maestro.

Ha gustado pues, esa es la segunda cosa destacable, el placer de la lucha electoral. La preparación de la contienda, la conversación uno por uno con los amigos, la capacidad de transmitir a los demás la propia convicción, el desarrollo de una idea nueva, la exaltación de los valores del candidato, se agregan al conocimiento del votante, de su posición, de sus trabajos, de sus problemas. Desarrolla así dos de sus cualidades más destacadas, que después serán tan eficaces y seguras que aparecen como naturales en él:

la aguda inteligencia para conocer y comprender hombres, hechos y actitudes; y la excepcional sagacidad para penetrar en el corazón y en la intención de sus semejantes. Esa aptitud de don Tomás Berreta para plantear los problemas y su tino admirable para acercarse a aquel a quien desea incorporar a sus filas, es en él un arte intransferible. Sea el adherente que desea explicaciones y confidencias, sea el indiferente o el remiso, sea el resentido o el molestado, a cada uno se le debe abordar de distinto modo y los planteos también deben responder a diferentes motivos y alcances. Se necesita poseer una brillante y honda inteligencia y un don de aprehensión psicológica especial para hacer de ese trabajo un arte y triunfar en él, obteniendo cada vez mayores adhesiones y prestigios. Pues en don Tomás Berreta esas condiciones terminan siendo como un sexto sentido: las ha adquirido, pulido y desarrollado en años de inalterado ejercicio y han terminado no teniendo secretos para él. Hacia su plenitud las ejercita con amor y placer, porque, en esencia, no son para él expresiones de un triunfo personal, sino ocasiones que tiene para acercarse a la vida, para conocer problemas y para enseñar, ayudar y hacer suyas las ansias y las necesidades de los demás. Es un alto ejercicio de virtud humana y solidaridad fraterna, que hará de él, de don Tomás Berreta, el centro de adhesiones emocionantes, incommovibles y definitivas, más fuertes que la adversidad, la ingratitud de los hombres y el olvido.

## 7) INCONMOVIBLE SOLIDARIDAD CON BATLLE

La cuenta de los días registra un siglo nuevo. Termina el de la libertad, como terminó el de las luces, empieza otro, impredecible y misterioso, mejor armado (como todos) para confrontar los nuevos desafíos del Tiempo. El siglo XX del Uruguay caracterizará su primera etapa, casi estrictamente, su primera mitad, por una transformación asombrosa de sus instituciones, de su fisonomía cívica y cultural y el asentamiento, aparentemente sólido, de su democracia política. Pero el siglo de la renovación no coincide con el siglo calendario. En realidad, el siglo XX uruguayo empieza en 1905, al día siguiente, diríase, del último fratricidio, cuyas arras será necesario ofrendar en el altar sangriento de un nuevo y trágico holocausto.

Como estaba previsto, la crisis del acuerdo interpartidario tenía que producirse. El Sr. Batlle y Ordóñez se ha pronunciado contra los pactos electorales y ha enjuiciado, con razón, públicamente, la división del país en departamentos blancos y departamentos colorados. El sistema ha llegado a tal falencia, que el Presidente de la Rpca. carece de facultad o de poder o de fuerza para cambiar un Jefe de Policía. La posición de Batlle, de que los Partidos diriman limpiamente primacías en las urnas, le enajena la amistad de Cuestas y la buena voluntad del Partido Nacional, comprometiéndolo sus posibilidades de acceso a la futura Presidencia. La elección de Presidente del Senado no recae ya en él y en general, sin estar en la oposición ni proclamar revisiones improcedentes, representa entonces una corriente popular que repudia los arreglos interesados y quiere manifestar con libertad ideas y aspiraciones.

Don Tomás Berreta, precisamente por su adhesión a Batlle y por su actitud solidaria con la posición del líder de "El Día" es atacado por el Oficialismo y se le atribuyen actividades prohibidas por Ley en virtud de su cargo en la Policía. El ataque es interesado, como se comprende, y está excitado por la pasión anti-batllista y por el encono que el Batllismo del joven Escribiente provoca en sus adversarios. Berreta no vacila y para no perder en absoluto su libertad de acción y poder seguir en su lucha y aún más, para no comprometer, ni indirectamente, a Batlle, renuncia el 1º de octubre de 1901 a su cargo en la Comisaría de Colón y pasa al llano, para seguir su tenaz prédica por las normas políticas que agita en la Prensa y en el Comité, el líder popular del Partido.

Entra, después, por intermediación del mismo Batlle, como empleado en la Dirección de Abasto de Montevideo, designado por el Dr. Claudio Williman, entonces Presidente de la Junta Económico-Administrativa.

En esa posición, junto a la de Batlle, asiste a las alternativas históricas de la elección presidencial de 1903, en la que su prestigioso amigo triunfa, en una controversia increíble, para iniciar el gran cambio nacional que reclama la República.

Batlle es electo Presidente después de una paciente y admirable lucha, que lo lleva al cargo, no obstante haber iniciado esa cruzada con un número de votos seguros, en la Asamblea General,



de apenas veinte, no revelados, pero que no alcanzan ni siquiera a la mitad de la mayoría absoluta que necesita para triunfar. En ese infinito esfuerzo de la paciencia y la habilidad para ir logrando, paulatinamente, los apoyos necesarios hasta obtener el quórum constitucional, el Maestro aprovechó con tino y destreza política los errores de sus adversarios y contó hacia las etapas decisivas, con la invalorable adhesión de Eduardo Acevedo Díaz y de sus amigos; pero en sus tratativas con el Presidente Cuestas su labor fue paciente y admirable al máximo y aún en la votación de los legisladores colorados, su presencia de ánimo, sus reflejos instantáneos y su conocimiento de los hombres y de la política partidaria le permitieron asegurar los votos indispensables.

Para el Partido Nacional la elección resultó un quebranto perturbador que sus hombres representativos no supieron disimular siquiera. Batlle no era Cuestas ni menos aún Borda. Mientras sus antecesores en la Presidencia, como algunos de sus rivales en la elección, accedieron a sus cargos inesperadamente, Batlle en cambio buscó obtener el suyo en 1903. Su talento de estadista, su preparación intelectual, su capacidad ejecutiva, su calidad moral y la aptitud superior para elegir colaboradores y fijar las orientaciones más acertadas, unidos a su ejecutoria democrática, de real y arriesgada defensa de los principios verdaderos de la República, le daban una autoridad personal muy grande, contra la cual no valían nada planteos interesados o críticas genéricas que no resistían el menor análisis. Había ahora en la Presidencia un hombre de Estado de condición superior, el mejor sin duda que el país podía darse en aquellos agitados días. Y había querido llegar no por el placer del cargo, sino para realizar desde él la gran transformación que necesitaba la República. Pero, ¿tenía, en realidad, el cargo ejecutivo necesario para ello? El Partido adversario estaba en su derecho de actuar procurando acceder al poder; pero a su vez el nuevo Presidente tenía todo su derecho para ejercer plenamente el que había obtenido. Esa fue en realidad la base del grave diferendo que desembocó en los nuevos enfrentamientos. Batlle firme en su decisión de ejercer plenamente sus prerrogativas constitucionales y el adversario firme a su vez en su determinación de mantener lo que el Gral. Saravia llamaba "las posiciones de fuerza del Partido".

Cuando la provisión de las Jefaturas promovió el primer levantamiento, obtenido el acuerdo se le agregaron nuevas exigencias: una interpretación elástica del Dr. José Pedro Ramírez, no aclarada en forma como le reclamara Batlle después, cuando a fines del mismo año de 1903 se plantearon otra vez las controversias, abrió la nueva instancia: Batlle estuvo de nuevo dispuesto a ceder para mantener la paz, pero siempre que no se alterara el orden público ni se iniciaran las hostilidades. Ya sin embargo esto último fue imposible y Batlle que había aceptado repetidas exigencias, debió combatir la insurrección cuando ésta ya había promovido enfrentamientos de tropas y voladuras de puentes, es decir, cuando la paz pública se había violado en los hechos por un poderoso movimiento armado y era deber inexcusable del Presidente reprimir la subversión.

¡De nuevo la guerra civil! Y aunque resultó la última, no fue por eso menos sangrienta y cruel. No es exacto que el gobierno de Batlle estuviera preparado para enfrentarla: el que estaba preparado era el ejército revolucionario, que incluso recibió a lo largo del conflicto, dos poderosos embarques de armas desde la Argentina y superó siempre en movilidad, a pesar del excelente uso que Batlle hizo del ferrocarril, a los distintos regimientos gubernistas.

## 8) DON TOMAS BERRETA EN LA GUERRA

Don Tomás Berreta, al estallar el conflicto, no vacila un instante: abandona su cargo en la Dirección de Abasto de Montevideo y se incorpora a la división Canelones que comanda el Gral. Benigno Carámbula, para ser después ayudante de órdenes del Coronel Cándido Acuña. La acción del entonces Teniente Berreta es múltiple. Por su conocimiento del medio, empieza la tarea de agregar adhesiones a los batallones de línea y organizar nuevos grupos. El mismo adiestra a los reclutas bisoños; enseña aquí y allá a unos y otros a manejar el fusil: se recuesta a ellos, les hace fijar puntería. El propio don Tomás Berreta, muchos años después, sin disimular ni entonces su disgusto, refería cómo, en las mismas vísperas de la batalla, porción de soldados revelaban alarmante improvisación e incapacidad. Salió así a la campaña, tratando de organizarlo todo, en marchas forzadas, esperando un encuentro definidor.



Pero el Gral. Saravia, después de los choques en Mansavillagra e Illescas, se abre en una gran curva que lo lleva hasta Melo; y desde allí se desliza hacia el sur, tomando posiciones sobre el Santa Lucía, mientras el Ejército del Norte anuncia la dispersión del enemigo. El Teniente Berreta advierte, por los batidores, que sobre ellos, en las inmediaciones de Fray Marcos, donde está acampado el ejército del General Melitón Muñoz, que su División integra, se descuelga el ejército revolucionario y así se lo hace saber, junto con el Coronel Acuña, a su superior, el propio Gral. Muñoz, pero éste no toma medida alguna. El Gral. Saravia destaca dos divisiones para que crucen al Sur y su hermano Mariano se sitúa en el flanco Este, mientras sus Divisiones cargan desde el amanecer, después que el día anterior se silenciaron para dar la sensación de que se trataba de partidas dispersas. Atacado de frente y de flanco el ejército gubernista, su derrota fue completa y la División del Coronel Acuña fue diezmada en un monte, rodeada de enemigos por todas partes, junto con la Urbana de Canelones.

El Teniente Berreta, penetrado desde el primer momento de que la situación era insostenible luchó hasta el límite de sus fuerzas en los sitios de mayor peligro, como un bravo soldado, junto a sus subordinados, en un entrevero frenético. La desigual contienda terminó en menos de una hora y si no fue mayor la victoria revolucionaria se debió a que las divisiones destacadas por el Gral. Saravia para atacar al Gral. Muñoz por la retaguardia, perdieron todo contacto ulterior con su ejército.

El Coronel Acuña, el Teniente Berreta y varios Capitanes y Ayudantes fueron hechos prisioneros. Don Tomás Berreta refería después, que en un primer momento quedó solo con un soldado revolucionario de mirada sesgada y aviesa, de pocas palabras y gestos calculados; él empezó entonces a andar, buscando encontrar otras gentes, para evitar quedar solo con su custodia: discurría con razón que sin testigos, la pasión de un hombre puede llevarlo a cualquier extravío. Cuando estuvieron en presencia de algunos Oficiales éstos empezaron a discutir entre ellos: el Teniente Berreta, dueño de excepcional sangre fría, como siempre, montó en un caballo diciendo con perentorio ademán: "Yo me voy a presentar al Gral. Saravia!" arrastrando con su gesto a los otros y evitando, otra vez, quedar expuesto a cualquier represalia. (Conviene no olvidar que, según testimonio del Coronel Nepomuceno Saravia, en

su libro de Memorias del General, su padre, en ese mismo sitio, un rato antes, había sido muerto a traición, por un soldado revolucionario, el hijo del Coronel Acuña).

Al día siguiente, cuando clarea la mañana estival, el Comandante en Jefe de la Revolución recibe a los prisioneros. Don Tomás Berreta está frente a Aparicio Saravia, frente a la figura legendaria de aquel destemido guerrillero, Caudillo famoso y Jefe de las últimas revoluciones del Partido Nacional. Conversa afablemente y el joven Teniente, como siempre, deliende cortésmente pero sin ceder un palmo, a su Partido y al Presidente de la República.

Y cuando, poco después, el Coronel Mariano Saravia, a quien el hijo del General, Ramón Saravia, le presentó a Berreta, denostó a Batlle delante de éste, Berreta se yergue para contestar: "El Sr. Batlle no es un bandido, es un patriota, y si Ud. lo conociera, no le haría la guerra!", frase metálica y recia que se hizo histórica y que provocó el gesto airado y el intento de agresión que la mirada helante y firme del joven Berreta detuvo en el gesto, suspendido, tembloroso, en el aire.

El Gral. Saravia salva entonces al guapo y caballeresco adversario, al negarse cuando su hermano Mariano le pide que se lo entregue para castigarlo; y vuelve a salvarlo, después, cuando ordena la libertad de los prisioneros, aceptando la opinión de un Jefe que propone que se libere a todos o a ninguno, rechazando así la sugestión de algunos de que para no disgustar a Mariano no debía liberarse a Berreta, con lo cual además, ya sabía el General Saravia que habría de perder, como así sucedió, a su hermano Timoteo que otra vez, como lo había hecho antes, en el 93, se retiró desconforme por esta actitud, hacia sus pagos solariegos. Y vuelve a resolver generosamente la situación el propio General cuando informado por el Dr. Bernardo García de que el Coronel Mariano destacará una partida para emboscar a los liberados y apresar a su enemigo, destaca él a su vez a quienes habrán de impedir el atropello.

El ejército revolucionario se mueve hacia el Norte, después que en reunión de Jefes se convino, siguiendo la opinión del General Saravia, no atacar la Capital: allá iba hacia la sorpresa del Paso del Parque, mientras los prisioneros liberados marchan hacia Canelones para reorganizarse y seguir a Montevideo para visitar a Batlle.

Cuando años después, el Dr. Bernardo García sale de la cárcel acompañado por su defensor, el Dr. Payssé Reyes, después de haber sufrido prisión por haber atentado contra la vida del Presidente de la República de la época, lo esperaba para confundirse con él en estrecho abrazo, casi solo en la tarde invernal, aquel prisionero de Fray Marcos a quien él, caballerescamente, había salvado la vida y que, sobre el tiempo y las adversas contingencias de esa otra época, no había olvidado, hidalgo y leal, al generoso adversario de 1904.

Y casi cuarenta años más tarde, en el Despacho del Ministro de Obras Públicas, don Tomás Berreta, llegó a saludarlo otro actor y testigo de aquellos inolvidables acontecimientos: don Ramón Saravia, el hijo del General, al cual don Tomás Berreta profesó siempre verdadero afecto y amistad y le dió pruebas de ello.

Después de Fray Marcos la División Canelones se reorganizó; Don Tomás Berreta salió hacia el Este, procurando conseguir las caballadas que el ejército necesitaba urgentemente para equilibrar la excelente movilización del enemigo y más tarde, cesada la guerra después de Masoller, será el Mayor Berreta el encargado de desarmar en Fray Marcos a las Divisiones de los Coroneles Carmelo Cabrera y Cicerón Marín comisión que cumplió con el tino y la prudencia que le eran peculiares.

Guardó afectuoso recuerdo de muchos de los Jefes revolucionarios y alguna vez encargó expresamente a algún amigo, que debía cumplir una intervención partidaria en Trinidad, que no dejara de llevar su saludo al Coronel Ferrer, su caballeresco adversario de aquella contienda.

La guerra terminó y se abría ahora una etapa nueva para la República. Sobre los últimos resplandores de la Revolución, el Presidente Batlle pronuncia las palabras de su profunda comprensión patriótica, que son como la expresión del término de una época superada y el digno homenaje a los sacrificados en el altar del sangriento fratricidio. Pide a sus oyentes un Viva! para los soldados que cayeron defendiendo las instituciones, pero también un recuerdo no menos emocionado para aquellos otros (el General Saravia, obviamente, en primer término) que "cegados por lo que ellos creían un ideal patriótico, cayeron también, extraviados, en el no siempre claro camino del deber".

Don Tomás Berreta termina así la forja de su personalidad. En etapas difíciles y riesgosas, en que la vida se juega a cada paso, se ha hecho hombre, ha definido su credo político, ha combatido en los sitios del máximo peligro y ha actuado, siempre, con entereza, con sereno valor personal y con lealtad acrisolada al Partido Colorado y a Batlle. Cuando se cierra la última contienda, ya tiene una ejecutoria, un nombre y una fama. Ha demostrado que no es de los que se deslizan, sino de los que luchan y buscan los planos primeros. Ha conocido la privación, el rigor y la dureza del clima insoportable y de las marchas constantes, el sabor amargo de la derrota y la emoción estremecedora de la victoria final. Ha visto a su lado a la muerte, ha conocido a hombres de excepción y también a los pusilánimes y a los medrosos. No tiene treinta años aún, pero su corazón ya conoce el corazón humano, sus flaquezas, sus debilidades, sus angustias. Y se ha conocido a sí mismo. Deberá haber pensado alguna vez en las cosas que ha hecho, en los hechos heroicos y edificantes que ha protagonizado y habrá sentido sin duda, en su ánimo, la fe en sí mismo y la dilatada perspectiva de su porvenir. Ya estaba templado para la acción y forjado para luchar y para triunfar. El Caudillo se ha formado ya y marcha, la intención levantada y el ánimo resuelto a la conquista de su destino, como una viviente encarnación del Hombre nuevo intuido por el poeta: "Héroe de frente serena, ojos que alumbran, boca que manda".



### CAPITULO III

#### EL CIVISMO REALIZADOR (1905-1919)

##### 1) LAS ELECCIONES DE 1905

##### DON TOMAS BERRETA EN CANELONES

Está ahora abierta la instancia para constituir la República democrática. Han transcurrido casi 30 años justos, desde que el motín del 15 de enero de 1875 sustituyó el régimen civil; se ha unificado el poder y el gobernante exhorta al pueblo a dirimir sus diferencias no en el terreno de la lucha armada, sino en el campo de la Ley, mediante el voto. El 22 de enero de 1905 es el día fijado para los comicios. Después de tres décadas de usurpación y prepotencia de las minorías entronizadas, el Presidente Batlle y Ordóñez inicia su gran empresa de transformación nacional y don Tomás Berreta está a su lado, presto para participar en la excelsa Cruzada.

Hacia noviembre de 1904 el joven político desciende en la Estación del ferrocarril de la entonces Villa de Guadalupe, capital del Dpto. de Canelones, para iniciar aquí su admirable obra de realización política y transformación económica y social del departamento. Lo espera ese mediodía de un verano incipiente, quien habría de ser por los años siguientes y hasta su deceso, su inquebrantable amigo, el señor Hermenegildo Melo.

Organiza el Club Seccional y comienza sus recorridas civilistas por caminos, chacras y pueblos de Canelones. Lo rodean los hombres de la División Departamental que él reorganizara, después de Fray Marcos y los cuales se unirían a él, a sus propósitos, a su lucha, con inquebrantable adhesión, superior a todas las adversidades.

Ayer se preparó esa masa amiga y leal para la guerra; ahora se prepara para la elección, en paz, por la conquista de las posiciones representativas. Se tiene en contra y hay que superarla, la oposición de los colorados disidentes que siguen al Gral. Tajés unos y al Dr. Herrera y Obes otros; y la oposición del Partido Nacional, cuya mayoría combatía a Batlle. En algunos sitios, Montevideo por ejemplo, la mayoría colorada actuó aliada con la minoría nacionalista que respondía a Acevedo Díaz; en otros, la mayoría del Directorio del Partido adversario se unió, a su vez, con la minoría colorada opositora. El triunfo fue de Batlle y sus amigos, pero aquí en Canelones, particularmente, la lucha fue exclusiva entre el coloradismo batllista que lideraba, ya, don Tomás Berreta y el nacionalismo opositor, triunfando el sector colorado y obteniendo cinco bancas de diputado, contra dos (de la minoría) que obtiene el Partido Nacional, cubriendo apenas el porcentaje exigido por la nueva Ley de Elecciones.

Ha ocurrido en estos comicios algo insólito: se desarrollaron, en general, pacíficamente y con notable respeto por los derechos de todos. El país parecía encarrilarse por las sendas de la controversia natural de los Partidos y el choque leal en las urnas para dirimir preferencias y selecciones. Batlle obraba el milagro de una organización moderna y estable de la contienda política, que después se asentaría sobre bases insuperadas y definitivas. Otro hecho asimismo asombroso, sin antecedentes casi: en Canelones actuaba un dirigente político que no buscaba posiciones personales. Don Tomás Berreta aparecía como abanderado del sector mayoritario; sus amigos habían convenido proclamarlo candidato a diputado y su postulación y elección, seguras ambas, sólo reclamaban de él simplemente el silencio, la complacencia pasiva, la aceptación natural. Pero don Tomás Berreta se anticipó a no aceptar en forma alguna la proclamación que quisiera hacerse de su nombre. ¿Por qué? Porque sin duda quería antes de representarlo, organizar el Partido; antes de posiciones personales, puestos de lucha; antes de obtener la investidura popular, formar con el pueblo un movimiento que representara una gran masa de opinión y que fuera, a la vez, puntal de la etapa de recuperación y de progreso que el país empezaba a vivir. En vez de integrar el Parlamento, no perder un instante en la atención de las necesidades y exigencias del Partido y dedicar todo su tiempo a la ac-

ción interna de la colectividad histórica. Antes de representar a Canelones, formarlo apropiadamente, en un noble y apasionado esfuerzo de superación y desarrollo económico y social.

No aceptó ser diputado el joven dirigente político. Ya le eran familiares los caminos del departamento, los vecindarios de todas las Seccionales, los dirigentes de cada uno de los clubes abiertos en toda la circunscripción. Había que hacer de éstos ahora, centros cívicos de irradiación de los nuevos principios sociológicos que el Maestro pregonaba y ejecutaba desde la Primera Magistratura. Y no aceptó, considerando que no estaban dadas todavía todas las condiciones, incluidas, dijo, las propias, para ejercer esa representación. Era verdad que no lo estaban, pero no en relación con él mismo como persona, sino como dirigente, pues antes que nada su obsesión era formar un Partido prestigioso, integrado por la más importante fuerza de la opinión departamental.

Esa actitud de don Tomás Berreta, cuando empezaba su acción cívica en Canelones define su personalidad partidaria y sigue siendo una clara advertencia para quien se eduque en la exigente escuela de la política: actuar en la posición que más fecunda pueda ser para la acción personal; no apresurar ansias legítimas, pero reprimibles; pensar en las soluciones más útiles y desdeñar posiciones distinguidas, si es necesario. Don Tomás Berreta, que ansiaba legítimamente ocupar cargos para utilizarlos como herramientas de su acción, sabía también —ese es su ejemplo— desdeñarlos cuando otras posibilidades, menos espectaculares y cómodas, pero más potencialmente constructivas, se abrían a sus posibilidades de trabajo.

Y así pasarán casi veinte años antes de que ingrese a la Cámara, pensando siempre que los cargos ejecutivos oficiales o no, altos o modestos le resultarán más útiles y apropiados para forjar el progreso del Departamento y del Partido.

Acepta, en cambio, el puesto de Inspector de Impuestos Internos, para el que es designado por Batlle, y lo ocupará hasta 1912 en que por menos de medio año, y nombrado también por el Maestro, será Administrador de Rentas y Jefe de Correos. 1905 señala también otro hecho en la vida del joven caudillo departamental: contrae matrimonio con doña Juanita Etchemendy, hija de un inmigrante vasco español que tenía su chacra y lechería en la esquina de los caminos Mendoza y Carlos A. López. La compañera abne-

gada y los queridos descendientes formarán un remanso espiritual, en cuyo seno retempla sus energías el luchador indeclinable y el corazón pleno de amor, "encuentra su mañana y se refresca".

En cuatro sentidos distintos, pero convergentes, orienta su acción Don Tomás Berreta en Canelones. En la organización del Partido, como expresión coherente de un sentimiento social; en la defensa de la autonomía política, como un medio efectivo e insustituible de dignidad y autoridad, para resguardar y mejorar al departamento; en la construcción de obras públicas, conglobando en la acepción el fomento de la instrucción; y en la defensa ahincada y porfiada de los trabajadores, especialmente de los trabajadores de la tierra. Esas orientaciones señeras son las antifonas de su pasión cívica, la fuerza, asimismo, de su voluntad creadora y, en cierta medida, la razón de ser de su actividad política.

## 2) LA ORGANIZACION DEL PARTIDO: EL BATLLISMO DE DON TOMAS BERRETA

Puso especial cuidado en darle al Partido la organización que en 1892 había predicado el señor Batlle y Ordóñez y que buscaba conceder a la base partidaria del Club de Zona la autoridad y el poder para seleccionar y mandar a sus representantes.

Para ello se rodeó de núcleos de hombres principistas, que participando de las nuevas doctrinas, estaban dispuestos a integrar el movimiento cívico liberal e igualitario que se iniciaba. No era ya el caso de escuchar y apobar, sino el de discrepar y discutir. En todo el departamento surgieron nuevos elementos capaces de hacerse cargo de funciones concretas y el Partido empezó a actuar como un centro nervioso de opinión, en el que se ventilaban y examinaban todos los problemas y se concretaban protestas, aspiraciones y necesidades.

Así fue que todos los asuntos públicos importantes tenían cabida en las deliberaciones del Comité. Una reacción saludable contra los acuerdos de trastienda, gestados por los dirigentes, al margen del pueblo, apareció enseguida en Canelones. Fuera personaje encumbrado o simple obrero, para todos había sitio en la nueva reunión de hombres libres que tomaba bajo su respon-



sabilidad, a impulsos del nuevo Conductor, la dirección de los destinos comunes y la defensa de los derechos populares. Especialmente en el doble aspecto de la fijación de los principios sociales y de la extensión de la libertad individual y religiosa, la revisión señalada por el nuevo estilo llegó al fondo de los problemas.

No sólo la defensa de los derechos cívicos, la dignificación del sufragio, la depuración de los Registros, sino las grandes conquistas del pensamiento moderno: la abolición de la pena de muerte, el divorcio, la dignificación de la mujer madre, los derechos económicos de huelga, de paro, de descanso obligatorio, salario mínimo, jubilaciones y pensiones generales, la extensión del dominio industrial del Estado y la organización de las Agrupaciones partidarias que examinaran estos asuntos candentes y esenciales conforme a la prédica y la acción de Batlle, fueron la preocupación, en estos tiempos primeros, del nuevo Caudillo departamental.

La política de Batlle de la segunda mitad de la primera presidencia y de la primera mitad de la segunda, relacionada con la educación popular, la creación de los Liceos Departamentales y de las nuevas Facultades, la multiplicación de las Escuelas, el aumento de los fondos destinados a esos fines, alcanzó también la discusión pública de los nuevos principios económicos relativos a la constitución de los Bancos del Estado, la creación de entes industriales y el monopolio de servicios públicos esenciales. El socialismo de Estado que llevaba a la nueva administración a actos de gobierno avanzado, como no se habían registrado aún en otra parte, promovieron el entusiasmo creador en don Tomás Berreta y la formación de generaciones de elementos principistas, celosos de sus derechos y cultores de los medios y las posibilidades que la nueva organización deparaba a todos los ciudadanos.

Don Tomás Berreta sentía hondamente su credo. Su definición política se alejaba de toda opresión y desdeñaba el oropel vacío de los círculos del privilegio y la expoliación.

Cuando la doctrina del Maestro arraigó en su espíritu, no tuvo dificultad en abrazarla como expresión del fondo mismo de su pensamiento. La tradición liberal de su familia, su conocimiento de las luchas de su Partido por la libertad, su adhesión sin reservas a la figura de Garibaldi, el amigo de su abuelo, su sentido in-

manente de la justicia y hasta su instinto certero de hombre de campo que conocía la vida y la lucha, le llevaron a aceptar aquel recio manojo de principios renovadores como la doctrina verdadera de la dignidad nacional.

Paralelamente —un poco por su mismo ancestro y otro por su inalterada convicción liberal, contraria al dogmatismo zafio y, sin horizontes— su posición de abierta militancia al lado de Batlle en la lucha de éste contra los privilegios de la Iglesia, le formaron una contextura muy firme como principista y como demócrata, que buscaba directamente las soluciones mejores y realmente posibles y fecundas, para los problemas, constantes y variados de la sociedad humana. Lejos de despreciar, naturalmente, las experiencias que cada uno tiene el derecho de hacer acerca de los misterios de la vida y del hombre, su liberalismo fué intransigente, si cabe el calificativo, y militante. Pero contuvo el exceso y la diatriba que eran comunes de la controversia, para situar el problema en su justo término y fijar, tácitamente, por su noble conducta de disenso y de crítica en el plano doctrinario pero de respeto en el político y social por el amplio juego de todas las ideas, los campos independientes en que debían moverse el Estado y la Iglesia, según la fórmula de Cavour “la Iglesia libre en el Estado libre”, concretada más tarde en la nueva redacción del Art. 5º de la segunda Constitución Nacional.

No es del caso examinar si don Tomás Berreta era ateo o deísta o simplemente agnóstico, porque para él y para el modo de su accionar y de sus luchas, el bien debía hacerse por el bien mismo, sin esperar otras recompensas especiales ni otra satisfacción que la que produce precisamente el haberlo hecho; y las soluciones del espíritu estaban en el aumento incesante de los centros de educación laica, a todos los niveles, para que el hombre esté libre del prejuicio y la ignorancia, y en plena y completa independencia para elegir su propio credo o no elegir ninguno, mientras que la realización de la justicia distributiva debía obtenerse “aquí y ahora”, sin que ello importara en lo mínimo, como se comprende, una manifestación de utilitarismo egoísta y unilateral.

Si acaso tenía un dogma, era el de la libertad. Y lo ejecutaba en la reunión partidaria, donde todos tenían derechos que ejercer y atribuciones que disfrutar. Pero así formó en torno de sus banderas de lucha multitudes fervorosas y entusiastas que hi-

cieron un culto de la adhesión a su Partido y a su persona. La organización batllista de Canelones perfeccionada conforme a las disposiciones de la Carta Orgánica en etapas posteriores, fue la base granítica de su prestigio. Y se mantenía y se afirmaba cada vez más, porque el líder departamental no se conformaba con la reunión del Comité: infatigable en su pasión política, recorría incesantemente los centros partidarios del departamento, conociendo a todos, y formando con ellos, agrandada más y más, una gran familia partidaria.

### 3) LA AUTONOMIA POLITICA DEL DEPARTAMENTO

Fue don Tomás Berreta el que más luchó por el establecimiento de normas legales y de prácticas políticas que dejaran a cada región en completa libertad para organizar sus instituciones, elegir sus gobernantes y retener el derecho de juzgarlos, y de pronunciar su veredicto electoral.

Las normas del gobierno local propio, tradición artiguista, y la formación de una conciencia regional autonomista, que permitiera en cada departamento, por el juego regular y armónico de las capacidades y los prestigios, la organización autónoma del gobierno, fueron principios intransigentes y estrictos en la doctrina política del Conductor.

Antes que Batlle y Ordóñez iniciara su docencia, los departamentos eran feudos, que dependían del Jefe Político, del militar de turno o del Presidente de la República. Personas sin arraigo en la región, desconocedoras de sus problemas, llegaban a los departamentos del Interior como delegados del Poder Ejecutivo para actuar discrecionalmente. Y si es cierto que alguno de esos procónsules podía jactarse de haber actuado con solvencia y acierto, la mayoría eran en cambio, funcionarios sin relieve y ocupaban las posiciones de expectación y resonancia sin atender los reclamos de las poblaciones ni las necesidades de la región. Semejante política importaba además proclamar la incapacidad de los vecindarios para administrar sus propios intereses y la esterilidad de una norma que centralizaba en Montevideo el movimiento político. Así como Batlle reclamaba, con toda razón, que en el vértice de la pirámide no estuviera un mandón, sino un mandatario elegido por el pueblo a través de sucesivas autoridades

emanadas todas de él, así Berreta reclamaba que en el vértice de las distintas pirámides departamentales no estuviera el Presidente, ni la autoridad central capitalina, sino mandatarios departamentales elegidos sucesivamente por los distintos centros de base popular, dentro de la región interesada, exclusivamente, sin interferencia ajena con la soberanía partidaria local.

La autonomía política que preconizaba don Tomás Berreta, era la reacción contra los círculos fracasados, enquistados en la administración, contra la ausencia repetida del pueblo de las soluciones políticas, contra la postergación sistemática de los hombres del departamento. Quería, en todo caso, que fuera el pueblo el único elector y que los cargos y los honores cívicos se discernieran en función de la capacidad, la rectitud y la inteligencia de los elementos representativos, y no la influencia de los círculos interesados o el lustre de los apellidos históricos. Reacciona así en favor de una verdadera libertad y de la dignidad del pueblo del departamento.

Su prédica orientó a su Partido y le otorgó amplio prestigio; pero a su vez fue de tal valor por sí misma, que en pocos años todos los grupos políticos, salvo excepciones mínimas, se adhirieron a esos principios. Y así fue que, años después, cuando dentro de otras filas que no eran las suyas, una maniobra repudiada por el Batllismo, dispuso una elección complementaria que cambió un resultado electoral, toda la ciudadanía, sin distingos, expresó su simpatía por el candidato local, injustamente despojado, y no sólo por ello, sino porque importaba el triunfo indebido —creemos que el último— de la intrusión ajena en los asuntos departamentales.

Esa actitud de don Tomás Berreta le permitió además, probar sus asertos con hechos. Se formó en su torno una brillante y notable pléyade de hombres políticos, que descollaron en las esferas del gobierno departamental y que se proyectaron después, muchos de ellos, al ámbito nacional con gran autoridad y lucida ejecutoria. Esos elementos que rodearon a Berreta desde aquellos momentos iniciales y los que se fueron agregando después, en lo que Mayo Gutiérrez llamaba, con su imparagonable elocuencia, "el incesante relevo de las generaciones", constituyeron la excelsa prueba de la razón que animaba al Caudillo providente, cuando organizaba su Partido y acrecía sus esfuerzos en Canelones.



Paulatinamente fue liberando su grupo las listas de candidatos de presencias foráneas. No se verá, especialmente a partir de la nueva Constitución (1919) sino candidatos locales para los cargos representativos, y no por egoísmo ni por prevención contra nadie, sino en defensa precisamente de los derechos de la autonomía con que deben actuar los organismos partidarios departamentales. Esto fue verdad más tarde en muchos otros sitios y en otros Partidos. Pero donde estuvo primero marcado ese estilo y esa norma como un dogma político fue acá en Canelones, al impulso de don Tomás Berreta, defendido no como un medio, sino como un principio, acerca del cual no era posible ceder ni transar. Y todavía más: en la elección de Senador de 1926 aceptó ser el candidato, sabiendo imposible la victoria, precisamente para afirmar el postulado rector de la autonomía y al margen, por completo, de la personalidad de los otros candidatos, teniendo sólo en cuenta el legítimo derecho y aún el interés del pueblo del departamento de elegir a uno de los suyos como su representante en un órgano de gobierno nacional.

Algo más vió, sin duda, don Tomás Berreta en este principio, defendido con salvadora intransigencia a lo largo de toda su vida y fue la exigencia moral suprema de abrir caminos a la juventud, de obtener posibilidades de acción para las nuevas generaciones. Un Partido que no se renueva, cuyos hombres representativos no abren la opción a los nuevos valores y no integra sus cuadros principales con la savia fresca de la juventud ardorosa y batalladora, no puede mantener el prestigio que le permita gobernar y dirigir. Esa imperiosa necesidad de renovación, sólo podía tener virtualidad fecunda si las posibilidades electorales eran accesibles también para las caras nuevas del Partido. En todas las elecciones don Tomás Berreta se prodigaba e iba acercando a los cargos principales, a hombres jóvenes especialmente cuando la nueva Constitución entró en vigencia y se empezaron a recoger los frutos de la nueva enseñanza, extendida merced a la creación por Batlle, en 1912, de Liceos de Enseñanza Secundaria en todas las Capitales departamentales del Interior. El criterio selectivo de don Tomás Berreta era afinado y fecundo; no aceptó nunca, respecto de la juventud, la rígida continuidad filosófica y rechazó la sistematización y el dogmatismo que comprimen, bastardeándolo, el exuberante brotar de la vida. Fue en ese senti-

do, un Maestro de juventudes, porque supo apreciar y entender los cambiantes problemas de las nuevas generaciones con un sentido profundo y libre de la vida, como realidad superior y substantiva, que lo llevó a repudiar la frialdad de la inteligencia deshumanizadora y a comprender las realidades transmutables y los hechos nuevos que su corazón generoso le llevaba a apreciar con auténtica sensibilidad de Conductor. Presintió así la irrupción incontenible y revolucionaria que en el campo político, social y económico iban a producir las nuevas generaciones culturadas; y en el vasto conflicto supo comprender el nuevo papel que la masa, el pueblo —como predicaba Batlle— tiene en las sociedades modernas y se transformó, a través del adoctrinamiento de sucesivas generaciones políticas, en el orientador de fuerzas cívicas conscientes y libres, responsables de su trascendente misión de protagonistas principales de la Historia nueva.

Su concepto acendrado de la autonomía le permitió de ese modo actuar rodeado de las nuevas juventudes a las que otorgó la conciencia de sus propios valores y la independencia para poder progresar en el juego libre de sus intuiciones y sus derechos. La autonomía que predicó resultó la plataforma más importante en la creación de una conciencia política y la herramienta más eficaz en la defensa de los intereses y los derechos de la colectividad.

#### 4) OBRAS PUBLICAS E INSTRUCCION POPULAR

No concebía don Tomás Berreta la actividad política, por la que sentía verdadera pasión, sino se resolvía en función de los intereses públicos. Animoso, vehemente, realizador y ejecutivo, la situación que se le abría al país era para él la oportunidad de realizar obras, de crear elementos de progreso, de edificar nuevos factores que permitieran superar dificultades y estancamientos. Si no se había dedicado a la actividad privada en la que hubiera descollado, sin ninguna duda, era porque encontraba en la acción cívica el medio más apropiado y conveniente para realizar el bien común; y este se traducía, entre otras cosas, en la ejecución de obras públicas, que permitieran el desarrollo económico y dieran seguridad a los habitantes de la campaña oriental.

De distinto modo podía crearse el país, si éste estaba surcado por vías de comunicación y elementos de transporte suficientes

para asegurar la salida de la producción hasta los centros de comercialización y de consumo y se garantizaba a los productores rurales el acceso a sus zonas de atención médica, auxilios y demás elementos imprescindibles para la vida y para la actividad agrícola.

Ello sólo se podía conseguir mediante la construcción de elementos de progreso, carreteras, puentes, caminos mejorados, hospitales, escuelas, liceos. Entendida como una función del Estado, la obra pública era la mejor inversión y como forma de ayuda era la más directa y segura. Vió en la obra pública el medio de devolver, con provecho, la confianza recibida del pueblo mediante la realización de los anhelos sentidos y planteados por éste. Una de las funciones del Partido tenía forzosamente que ser, ya estaba convencido de ello, la atención preferente de esta tarea primordial, sin la cual carecía de especial atractivo la función política y desaparecía uno de los motivos esenciales que se tenía para organizar democráticamente al pueblo.

Se hizo un líder obsesionado por el afán de realizar.

Lo mismo en este año de organización, como más tarde, cuando accedió a la Jefatura Política primero y al Municipio después y siempre, siendo legislador o Consejero y desde luego, cuando fue Ministro del ramo, sus desvelos estaban enfilados, en la mayor prioridad hacia los planes de obras. Multitud de éstas, de todas clases, se distribuyen en Canelones (y en todo el país) merced a sus iniciativas y trabajos. No hay estadista vinculado, una por una, a tantas realizaciones que haya sentido como él, la pasión y el cuidado por la ejecución de obras; y no fue indiferente a su ampliación y conservación, el conocimiento completo y exhaustivo que él tenía de las realidades regionales y de las necesidades prioritarias de las distintas zonas. Sabía cuáles eran las más urgentes, las más necesarias y las más reclamadas; y no precisamente porque los vecindarios llegaran hasta él a decírselo, sino porque él mismo, personalmente, en sus habituales recorridas, utilizando siempre los medios de comunicación más eficaces, había podido apreciar directamente la situación y había discernido con exactitud las reales necesidades de las diversas regiones.

Una de las direcciones predilectas de su pensamiento en este sentido, eran los edificios escolares y liceales. La construcción de escuelas era en él preocupación fundamental. Mantenía contacto con las Comisiones de Fomento, se informaba en cada sitio

de los locales que ocupaban las escuelas y en sus planes y proyectos otorgaba siempre a este tipo de construcciones la más urgente prioridad. El número de locales escolares y liceales que a él se deben es incontable. En aquella época en que era necesario buscar recursos mediante el apoyo de muchas voluntades, su múltiple e infatigable accionar le daba frutos espléndidos. Y cuando llegó a los cargos representativos, el pueblo lo apoyó con entusiasmo y calor porque ya sabía que el Caudillo había realizado obra constructiva y fecunda, sin tener puesto oficial alguno. Su adhesión a la política educacional no tenía reservas y mantuvo siempre el deseo de que fuera en ese campo, muy especialmente útil su acción. Sembraba en el surco, cuando joven, la semilla fecunda; construía después, dirigente o gobernante, edificios educacionales para que los nuevos adolescentes cultivaran sus inteligencias y vocaciones. El político es en esencia, o debe ser un sembrador tanto como un realizador. Adquiere así —y don Tomás Berreta la tiene— memoria inmarcesible: como dice Rodó "la vibración de las estrellas se parece al movimiento de una manos de sembrador".

## 5) DEFENSA DE LOS AGRICULTORES

Fue su ahincada determinación y quizás, la más apasionante y personal de sus predilecciones. La defensa de los trabajadores de la tierra constituyó, por formación espontánea, la inclinación más natural y honda de su espíritu. El era, esencialmente, un trabajador de la tierra. Primero en la quinta paterna, después en las quintas vecinas de las zonas aledañas, como tropero, más tarde, recorriendo caminos, esa había sido diríase, su profesión, la inicial inclinación de su temperamento, su vocación auténtica. Toda su vida sintió el amor por la tierra y el orgullo de trabajar sobre ella y arrancarle, con sacrificio afanoso, el ubérrimo fruto. Cuando ya poseía un nombre prestigioso en todo el país y una ejecutoria enaltecida, debió denunciar su profesión en un trámite administrativo: su respuesta "Agricultor" conllevaba cierto tono orgulloso y distintivo, caracterizante de una condición hondamente sentida.

Su múltiple actividad, desde el día siguiente mismo a la elección de 1905, estuvo orientada a canalizar el esfuerzo de los productores campesinos, de formar y organizar las Comisiones de



Fomento, de agrupar los distintos elementos de cada región, para crear una unidad departamental suficiente y fuerte. Por años formó parte de la Comisión Nacional de Fomento Rural y la preocupación que siempre tuvo como gobernante municipal de realizar certámenes y exposiciones en el Parque Artigas de Canelones, se concretó, por muchos años seguidos, en magníficas muestras, que congregaban cada vez mayor número de productores y constituían certámenes fecundos de emulación y lucimiento. Verdaderas fiestas del espíritu y de la vista, las hermosas Exposiciones que él organizaba, con hombres de todas las tendencias políticas, servían para que los trabajadores del campo pudieran hacer conocer, en ámbitos cada vez más amplios, los frutos de su trabajos, interesando así a la opinión pública y a los gobernantes en favor de uno de los gremios más meritorios y más útiles para la prosperidad común y el progreso del país.

La política de precios mínimos fue también en este sentido una preocupación fundamental de don Tomás Berreta. Su actividad parlamentaria a partir de 1923 se orienta a la defensa de esos intereses con ahincada y porfiada voluntad. "Yo defendiendo no a los potentados sino a humildes trabajadores de la tierra" es una farse esencial que dicha por él en la Cámara definió su política. Y la participación del Estado en ese sentido fue tal, que en sus sucesivos emblemas de acción cívica, fueran elecciones nacionales, departamentales o del Partido, la expresión "Por el mejoramiento de la tierra a cargo del Estado" figuraba infaltablemente. Cuando Canelones pasó a definirse esencialmente como departamento agrícola, su tenaz esfuerzo le permitió no sólo ponerse al frente de las reivindicaciones de los productores, sino hacerlos respetar y triunfar en sus demandas. Infortunadamente, cada vez parecía menos comprensible el derecho de esos justísimos reclamos; las conveniencias de defender los precios del consumo llevaban a los gobernantes a escatimar su apoyo a los precios básicos compensadores del producto campesino, así como muchas veces esa misma exigencia admitía la ruinosa competencia de fruta extranjera contra la producción nacional. Pero si un Estado no protege el trabajo de sus hombres productores y no defiende y compensa ese esfuerzo, no puede marchar. Don Tomás Berreta lo había comprendido así: todavía en 1942, después de reconquistar en esa fecha el Gobierno Municipal del departamento, escri-

bió para integrar una nota de salutación a los distintos baluartes partidarios que era propósito de las autoridades departamentales, "la construcción de un amplio Pabellón en el Prado de Canelones para la realización de Exposiciones".

La política de defensa de los agricultores caracterizó toda su vida la inquietud de su espíritu. En épocas del gobierno del General Baldomir, como antes, entre sus dos destierros, escribía casi semanalmente en "La Razón" periódico que se publicaba en su Casa de Canelones, substanciosos y clarísimos artículos relativos a la situación de los productores agropecuarios; a pesar de su militancia política, aquellos artículos eran siempre objetivos y dignos y resplandecía en ellos no la crítica sistemática del opositor apasionado, sino la crítica constructiva de las medidas desacertadas, buscando la corrección necesaria para el beneficio de aquellos a quienes con tanto ardor defendía.

Su desilusión era perceptible al comprobar, en 1937, que todo el esfuerzo realizado desde 1905 había sido aparentemente vano y toda la agricultura estaba en crisis. El 25 de febrero de ese año, escribía en "La Razón".

Los agricultores, carentes de organización como tantas veces lo hemos expresado para hacer sentir su incontrastable fuerza social, económica y política, viven, si es vivir, la existencia más paupérrima y el próximo invierno será para los trabajadores de la tierra de cruel angustia... Volverán a ser los parias, después de haber conocido por obra de Batlle, la consideración y el estímulo a que son acreedores por su fecunda contribución al engrandecimiento del país. Fiel expresión de mis afirmaciones es lo ocurrido a los agricultores que apremiados por sus necesidades económicas, vendieron su trigo al comienzo de la zafra. El Ministro... no se ocupa de fijar el precio básico del trigo como es debido y en tiempo oportuno. Dictó en cambio al Decreto de exportación, lo cual permitió que muchos agricultores fueran sorprendidos con ofertas de precios que hasta entonces no habían recibido y siempre apremiados por su situación económica que hace tiempo dejó de ser de relativa holgura, enajenaron sus cosechas a precios que no compensaban el esfuerzo de todo el año, pues obtuvieron y no todos, \$ 5.00. Los agricultores recurren ante el Ministro en demanda de amparo y piden legítimamente que el Estado obligue a los aprovechados compradores a pagar siquiera sea el precio internacional de \$ 6.35, ya que el Ministro no fijó el precio mínimo que los hu-

quiera puesto a cubierto de toda sorpresa... El Ministro entiende que no debe escuchar a los agricultores que recurren a él en demanda de amparo pero la consideración que linda con lo despectivo que le mereció la solicitud de los agricultores no nos sorprende: la esperábamos porque lo mismo ocurrió cuando los propios agricultores... reclamaron en la cosecha del año pasado, el precio internacional del trigo que, como se recordará fue superior a \$ 6.00 y el Ministro lo había fijado y lo mantiene en \$ 5.00.

Y así, en ese tono, con esa autoridad y ese acopio de información y con esa argumentación indestructible, sigue, semana a semana, su defensa de los productores agropecuarios, la gran pasión de su vida a la que se entregó desde el primer momento de su cruzada cívica en Canelones y que no abandonó nunca, cualesquiera fueran las circunstancias, las dificultades de la controversia o el cargo que ocupara. Los productores agropecuarios siempre presentes en su ánimo, fueron defendidos desde la altura o el llano por este inalterable, lúcido y decidido abanderado de sus derechos e intereses y esa defensa fue incluida como primordial motivación, en las bases programáticas con que inició su notable acción política en este Departamento.

## 6) JEFE POLITICO Y DE POLICIA

A principios de 1913 don José Batlle y Ordóñez designa Jefe Político y de Policía de Canelones a don Tomás Berreta. Todo Canelones se sintió agrado por la designación y una tumultuaria reunión de homenaje llegó a henchir de gratitud el corazón del bizarro combatiente. Durante los últimos años había organizado al Partido, le había una tónica especial y un tono a la polémica política, había intervenido y había ganado varias elecciones y una vez y otra había rechazado las posiciones personales que sus amigos le querían otorgar. Pero ahora, nombrado por Batlle, aceptó gozoso la Jefatura, para realizar desde ella una poderosa acción reformadora.

Todos los detalles de la administración policial le eran familiares; había ingresado en los puestos menores de la Policía y había aprendido a conocer el organismo por dentro; su conocimiento del medio departamental, que recorría incesantemente, le

permitía saber de las necesidades y posibilidades de las Seccionales: en cada sitio la presencia de un Jefe dinámico y enérgico galvanizó el instituto, y permitió actuar a todos con la vista puesta en la protección de los intereses comunes y en el desempeño fiel y puntual de los deberes funcionales. El Jefe se prodigaba constantemente en todo Canelones: incansable en las marchas, recorría el departamento de un extremo a otro: sabía lo que pasaba porque en todo sitio estaba él actuando e informándose; quizá ninguno antes, como él lo hacía, podía jactarse de conocer tan bien las peculiaridades y características de los vecindarios y las necesidades de las zonas.

Así como era incansable tenía fuerte voluntad y ánimo decidido. Persiguió por días, con ademán tenso y pulcritud de baqueano, sin errar atajos, a Martín Aquino, que venía de asesinar al Jefe de Policía de Florida; y no pudo alcanzarlo en San Ramón, antes de que volviera a Florida, apenas por escaso tiempo. Como era rumbeador y conocía todos los caminos, su andar inclinado se hizo peculiar y famoso en Canelones. Cumplía puntualmente todos los compromisos y en los sitios en que se anunciaba su visita lo esperaban siempre, seguros de que llegaba a cumplir su deber. Prometía y cumplía; lo que convenía con las gentes, éstas sabían que lo habrían de obtener; y animoso y decidido, no escatimaba su esfuerzo, actuando con notable prodigación.

Si ello era así fuera de la Jefatura, en ésta también se hacía sentir la nueva presencia. Un aire de renovación, de saludable cambio entró con él en el viejo edificio. En vez de encerrarse en su despacho y perseguir obreros y gustar sensualmente de su posición, el nuevo Jefe trabajaba sin descanso y a todos, especialmente a los pobres y a los humildes, los recibía en su Despacho. ¡Un Jefe distinto! Rodeado de hombres del pueblo, contuvo el exceso, incluso de sus amigos, aseguró el ejercicio pacífico de los derechos de todos y atendió y resolvió problemas y solicitudes que le presentaban múltiples visitantes. Produjo asombro y satisfacción ver que el máximo jerarca departamental era un hombre sencillo y afectuoso, que buscaba en vez de rehuir, el contacto con los demás y que hacía respetar a todos, por importante que fuera o por alto que estuviera el presunto contradictor. Y



hasta hubo un obrero que en presencia de este cambio radical, se acercó al nuevo Jefe para transmitirle su alegría y su adhesión en un encuentro que definió su vida futura, como la de tantos, y así como el ahora Jefe de Policía, en visita a Batlle, veinte años atrás, cuando era obrero de la tierra había definido su vocación, así este otro obrero, ya no de la tierra, sino de la construcción, hijo también de inmigrantes piamonteses, en visita a Berreta define a su vez la suya a salvo obvias distancias, con la misma inalterable solidaridad.

Por tres años largos permaneció don Tomás Berreta en la sede de la Policía. Hasta que en las elecciones del 30 de julio de 1916 se produjo la derrota del Batllismo colegialista, oportunidad en la cual el líder departamental, para quedar libre en su apoyo al Maestro y alejar toda suspicacia, renunció a su cargo, después de conocer el Mensaje que el Presidente Viera enviara a la Convención del Partido, reconociendo la derrota y exponiendo la conveniencia de hacer un alto en el notable Capítulo de reformas democráticas con que Batlle, aun a riesgo de dividir al Partido, construía la República del porvenir.

Después de entregada la renuncia, don Tomás Berreta visitó el Ministerio para aclarar personalmente algunos hechos; se le anunció en la antesala que el Ministro no podía recibirlo. Lejos de enfadarse por ello, sonriente y afable, empezó a cruzar el salón arrastrando prácticamente a varias personas que se le interponían; su gesto se hizo duro y violento cuando percibió que el picaporte de la puerta ministerial estaba al alcance de su mano: cubrió prontamente la distancia y dando voces con tono alto y enérgico abrió la puerta y se enfrentó al Ministro, que se puso de pie rápidamente y lo hizo entrar a su despacho...

## 7) INTENDENTE MUNICIPAL

Al año siguiente pasaba a ocupar la Intendencia, que tenía a su cargo la función ejecutiva del gobierno municipal, conforme a la Ley dictada bajo la administración del Dr. Claudio Williman.

El gobernante que había publicado en la Jefatura mensualmente sus balances de gastos, en la Intendencia hace lo propio publicando un Boletín Municipal y realizando en todo el depar-

tamento, numerosas obras públicas. Construye carreteras, aumenta los sueldos de los funcionarios, realiza el relevamiento de los ejidos de las ciudades principales, interesa a los legisladores por el departamento para la colaboración del gobierno nacional en la ejecución de obras por cuyo costo le era imposible atenderlas sólo con los recursos municipales; proyecta y ejecuta obras con la colaboración vecinal, "obras por convenio" como se diría más tarde, lo que le permite mediante fructuosa cooperación, abordar especialmente en las zonas de Pando, San Jacinto y Tala, la construcción de nuevas carreteras. Colabora sin descanso con las Comisiones de Fomento Escolar y proyecta y financia, en 1918, la construcción del edificio para sede del gobierno municipal en la ciudad de Canelones.

Vive realizando. Trabaja y se prodiga para cumplir con el departamento que le otorga su confianza. Seguro colaborador de Batlle, dirigente activo de su Partido es gobernante municipal que entregado ahora a la función oficial, honra al Batllismo realizando a plena conciencia y con elevada solvencia la tarea que se le ha confiado.

El hombre que en 1905 no quiso ser diputado, en 1913 ha sido ejemplar Jefe de Policía e igual calificativo merece su gestión como Intendente, que culmina en 1919, cuando entra en vigencia —por el impulso reformista de Batlle— la segunda Constitución Nacional.

Y así como siendo Jefe de Policía asistió sin interrupciones a las sesiones de la Junta Económico-Administrativa, para lo cual estaba especialmente autorizado por la Ley que creó estos organismos, así también siendo Intendente concurrió con asiduidad a las mismas sesiones y mantuvo, en ambas investiduras, su contacto constante con el órgano legislativo municipal. Fue, al respecto, un gobernante del departamento y buscó hacer de los cargos y de los organismos públicos, instrumentos de actividad fecunda: dejaba la polémica política y la ardiente controversia partidaria para el esfuerzo de los sectores y los Clubes y en la atención de los amigos, en las visitas domiciliarias, en las reuniones públicas de los Comités que ventilaban y discutían los problemas del país y de Canelones, desarrolla si, allí, infatigablemente, su eficiente acción proselitista.

El cumplimiento de su deber funcional, efectuado con la mayor responsabilidad y a la altura más exigente, es claro que iba despertando la confianza, la adhesión y el prestigio del dirigente; pero la obra en sí, por ella misma, era ya la compensación con que se satisfacía su espíritu: aunque eminentemente práctico, que actuaba en función de una colectividad política grande y fecunda, su accionar estaba especialmente orientado a hacer el bien, a pensar en cumplir él mismo su deber, a crear un progreso cierto para todos. Su condición de gobernante no fue en Canelones (y ejemplarmente no lo será después, a los más altos niveles), la acción doctrinaria ni el acomodamiento de las gestiones y resoluciones a padrones dogmáticos ni a rigideces de principios, sino a realidades circunstantes, mutables y pródigas, forjadas todos los días, al calor de los cambios fluctuantes del hecho diario, imprevisible y repentino. Fue un gobernante de vistas amplias, pero que enfrentó la contingencia, la coyuntura histórica de cada recodo, y la supo analizar para superarla. Por eso, no sólo la obra pensada, proyectada, financiada y finalmente llevada a cabo fue característica de su gestión; también el hecho común que golpeaba las puertas de su casa a cualquier hora o de su Despacho en Jefatura o Municipio o de él mismo en su recorrida habitual, era objeto de su especial atención y cuidado.

Los fenómenos climáticos, la falta de transportes para los productos agrícolas, un puente superado por las lluvias, la escasez de artículos alimenticios, o la suba de precios o cualquier fenómeno contingente, inesperado y dañoso, era enfrentado enseguida por él que salía de inmediato de busca de soluciones... y las encontraba. Se movía al vaivén de los acontecimientos que producían perjuicios, alarma o pesadumbre; y en todo caso, la presencia del Jefe de Policía o del Intendente, en el lugar donde los hechos se presentaban con esas características ya era prenda de trabajo efectivo por superar riesgos, inconvenientes y adversidades.

Hizo, don Tomás Berreta, desde su cargo en la Policía primero y en el Municipio después, la confirmación de lo que él era, según lo tenía probado desde que se inició en la ruda faena política, cuando adolescente, visitó a Batlle, el Maestro, en un día inolvidable de 1892: el que en el entorno regional en el que de-

se envolvía su acción, era el primero, porque, según la frase conocida, era "el que pensaba más alto y realizaba mejor". Una nueva Carta Constitucional, la segunda de la República, estaba en marcha; y don Tomás Berreta, que estaba consustanciado con el impulso reformista de Batlle que la había hecho posible, se encontraba dispuesto como siempre, con todas sus energías, a honrar y enaltecer sus postulados.

## 8) LA NUEVA CONSTITUCION

Culminando la lucha de Batlle en favor de los principios sociales que decidió trasladar a la legislación desde el día siguiente a la última guerra civil, en 1919 entró en vigencia una nueva Constitución Nacional.

La vieja concepción centralizada y exclusivista de la primera Carta, se transforma ahora en un Ejecutivo dual y una efectiva participación del pueblo en la conducción política del Estado: elecciones frecuentes y garantizadas, voto secreto y obligatorio y representación proporcional; gobierno municipal autónomo, Presidencia de la República con facultades disminuidas; concentración del poder administrador en un órgano colegiado, renovado por terceras partes cada dos años por el régimen de mayoría (2) y minoría (1); creación de organismos territoriales e industriales autónomos; plebiscito de iniciativa; separación de la Iglesia del Estado; posibilidad de organizar la Corte Electoral y el Registro Cívico Nacional bajo su dependencia; elección directa de los Gobernantes, intensificación de la acción educacional, ampliación de los derechos individuales, supresión de la pena de muerte, ya decretada por Ley anterior.

La Carta se redactó en función de un acuerdo interpartidario, porque la peligrosa diferencia planteada entre la Convención Constituyente y la Asamblea General abría instancias inesperadas, ya que en la primera el Batllismo estaba en minoría, pero en la segunda, la distribución de los votos hacía posible una tercera presidencia del Sr. Batlle y Ordóñez, a partir de 1919.

Don Tomás Berreta tuvo participación en las conversaciones que llevaron después a una eventual proclamación de la candidatura del Maestro para un tercer período —y con todas las fa-



cultades que al cargo presidencial le otorgaba la Constitución de 1830— pero se produjo una aproximación política, fin precisamente de la sugerida proclamación, y fue entonces posible el acuerdo mayoritario que concretara la reforma. Naturalmente que con el veto nacionalista a la candidatura de Batlle.

La nueva Carta consagraba en el orden departamental, dos órganos municipales: uno ejecutivo, de administración, el Concejo Departamental y uno deliberante, de contralor, la Asamblea Representativa. Con notables facultades para elaborar un progreso verdadero, mediante el gobierno autónomo, los departamentos podrían administrarse con plena independencia, autorizados incluso los órganos municipales para aplicar impuestos y manejar sus propios intereses sin intervención extraña. He aquí que uno de los postulados más preciados de don Tomás Berreta se ponía en marcha: llegaba el momento de poner en vigencia ese precioso elemento de progreso regional: la autonomía de los departamentos, complemento indispensable de la autonomía política por las cuales don Tomás Berreta había luchado desde que, después de la guerra civil de 1904, iniciara su magisterio cívico en Canelones.

Ya había experimentado el halago de la adhesión popular, manifestada en actos y homenajes reiterados, recibidos con motivo de su gestión en la Jefatura primero, en la Intendencia después. Ahora era el momento, con la nueva Carta, de imprimir una fuerza aun mayor, si fuera eso posible, a la dinámica de la política activa. Más elecciones, más oportunidades de recoger la simpatía popular, más facultades de los Municipios y un órgano colegiado de gobierno nacional capaz de proseguir sin sobresaltos, bajo la dirección del Partido y dentro de éste de la de Batlle, el Maestro, la etapa asombrosa de reformas de todo orden que estaba viviendo el país.

Una instancia nueva se abría; superada la guerra civil y la prepotencia de grupos privilegiados, las nuevas generaciones cívicas inspiradas en el "contrato social" y la democracia liberal estaban prontas para recoger la antorcha, afirmando los derechos individuales y creando las nuevas condiciones sociales de la justicia, que hiciera iguales a los hombres frente a la Ley y también frente a la vida, suprimiera los centros indebidos de poder, achi-

cara las diferencias económicas injustas y formara hombres culturados y libres, orgullosos de su condición y eficientes servidores del progreso público. La Constitución podía ser el medio; el fin era la consagración de la justicia y la libertad por la acción de los Partidos organizados y el programa que Batlle había anunciado repetidamente y que habría de plasmar enseguida. Bajo una nueva norma, imbuido de los ideales del Partido, leal a Batlle, don Tomás Berreta se apresta a ser ahora, el abanderado de Canelones para el establecimiento de la justicia, respetando la producción, orientando sus instrumentos hacia una distribución equitativa y afirmando los privilegios supremos de la libertad sobre normas inmovibles de carácter moral.

## CAPITULO IV

### LA REPRESENTACION POPULAR (1919-1933)

#### 1) LA PRIMERA ELECCION POPULAR

Don Tomás Berreta, desde que está en Canelones, ha sido Jefe de Policía e Intendente, en ambos casos por designación del Presidente de la República. Ahora, por primera vez, aspirará a un cargo electivo y se presentará candidato. Por primera vez, recién ahora, en 1919, obtendrá la representación popular. Parece asombroso, pero es así. Ha sido el líder del Partido en Canelones desde 1905, oportunidad en que ya entonces, se le quiso llevar a la Cámara, lo que él no aceptó; es el dirigente por antonomasia, el más prestigioso del Partido; su influencia es incontrastable y su condición de líder y conductor le ha sido impuesta espontáneamente, sin plebiscito previo, por el olvido y reiterado consenso de la ciudadanía correligionaria. Y sin embargo, después de catorce años, recién ahora aspirará en los dos comicios de la administración Williman, en las elecciones a un cargo de carácter electivo. Actuó cuando las elecciones de 1905, generales de 1913 y en la de Senador por Canelones de 1914, siendo Jefe de Policía en estos dos últimos casos; pero en ninguna de estas confrontaciones aparece su nombre como candidato, no obstante ser la fuerza política más importante por lejos del departamento. ¿Por qué? Una razón puede ser la misma de 1905: afirmar ese prestigio en Canelones, antes de pedir al pueblo su confianza y su apoyo electoral. Para conseguir éstos, le era necesario actuar y hacerlo intensamente, en todo el ámbito departamental y ser conocido y estimado —como ya hacía tiempo lo era— por todos los vecindarios: después podría pensar en reclamar el sufragio de sus amigos para su persona. Otra razón habría de ser, sin duda, la comodidad con que él actuaba en los cargos ejecutivos, lo que lo había hecho sentirse agraciado siendo Jefe de Policía e Intendente, posiciones para obtener las cuales no necesitó el voto de la ciudadanía;

los dos puestos nombrados, que ya había ocupado eran de nombramiento directo del Presidente de la República y así los había obtenido en las dos oportunidades. Pero otra razón igualmente fuerte sino aún más fuerte en su ánimo, fue la de no apresurarse; la de no pugnar por la espectabilidad del primer plano; la de esperar, no en la inacción, sino en la forja, preparando y puliendo su personalidad. La precipitación en la carrera política ha sido causa, muy generalmente, de más de un fracaso. No saber ubicarse, querer ser antes de tiempo, desahorarse reclamando más allá de lo que, en derecho, se tiene autoridad para reclamar, es tan nocivo como dejar pasar la oportunidad y no saber actuar a tiempo. Un hombre puede crear la ocasión, no puede dejarla pasar, pero le es más fácil esperarla, alertado y pronto, para asirla, invisible y elusiva, en el instante que corresponda, que ignorarla o intentar, en vano, producirla para sí. El riesgo de no volverla a tener, si indebidamente, se la deja pasar, no corría para don Tomás Berreta, que no precisaba de cálculos ni mangoneos para ocupar las posiciones que en limpia lid democrática el pueblo debía discernir. Pero, además, tuvo otra razón sin duda, la primera quizás, de todas: su lealtad absoluta a Batlle, que le impedía tomar resoluciones de este tipo por sí mismo, sin contar, antes, con la conversación previa con Batlle, de la cual salían —así sí pero sólo así— sus soluciones personales. He ahí otro admirable ejemplo: el de un hombre que ya entonces tenía autonomía y prestigio electorales suficientes como para aspirar a los cargos representativos y que sin embargo se contenía, no se precipitaba, para que su aspiración —siempre la más legítima— no interfiriera, ni indirectamente, con los planes para toda la colectividad —y no sólo para él,— que podría trazar el Jefe Civil del Partido. Por eso fue un caudillo auténtico don Tomás Berreta; y porque había manejado, aún fuera de su conveniencia, con toda lealtad, la disciplina orgánica de su sector, supo en su momento, reclamarla a su vez, cuando su talento, su dignidad y su prestigio lo llevaron a que fuera él, don Tomás Berreta, el que trazara los planes para toda la colectividad, como su primera figura.

Es por todo ello que recién ahora, con una nueva Carta, el 21 de diciembre de 1919, es elegido Concejal, en el primer puesto de la lista colorada mayoritaria. El pueblo rodea y apoya a Berreta y le da sus votos cuando rigen las nuevas normas; un acontecimiento singular para Canelones se da entonces: entre la vigencia de la



nueva Constitución y la primera elección departamental realizada conforme a sus disposiciones; visita esta ciudad el gestor de la nueva Carta, creador de la democracia y primera personalidad de la República: don José Batlle y Ordóñez.

## 2) BATLLE EN CANELONES

La nueva Carta coincidía con la presidencia del Consejo Nacional en manos del Dr. Feliciano Viera y ya apunta una incipiente desinteligencia entre él y Batlle, especialmente en relación con las obligaciones de los gobernantes en función de su condición de hombres de Partido, sujetos a las decisiones y alternativas polémicas y controversiales, de los órganos internos de administración partidaria. Batlle tenía ideas firmes y absolutas con respecto al funcionamiento del núcleo. La vinculación del pueblo con el gobernante no podía perderse en ningún caso y se debía ejercer a través de los organismos internos del Partido. Este tenía que ser la "liaison" entre el elector y el mandatario y éste a su vez, el gobernante, jamás podría actuar separado o en divorcio de la autoridad partidaria o ignorando sus decisiones o haciendo caso omiso de ellas. Sino se hacía gobierno de Partido, todo el esfuerzo civilizador cumplido desde el primer momento de su lucha, quedaría debilitado, pues en esos casos el gobernante, en vez de representar al pueblo e interpretar su voluntad, se sustituiría al pueblo y haría su voluntad propia; mandaría, pero no gobernaría; habría sido elegido por el pueblo, pero no actuaría en función de él, sino en razón de su opinión, su interés o su capricho. Las transacciones de Batlle eran precisamente las necesarias para que la Carta Constitucional se aprobara, porque daba paso al funcionamiento de ese admirable mecanismo democrático, que le permitiría al Partido la continuidad histórica de su gestión y el cumplimiento de su programa de acción y de principios, por encima de la rotación contingente y siempre incierta de grupos y de hombres.

Para ello había incitado al pueblo a actuar, ya desde 1892, pergeñando los fundamentos orgánicos del Partido popular y democrático que iba a constituir. Precisamente comentando la apatía del electorado en los antiguos comicios, cuando los gobernantes dirigían las elecciones desde las Comisaría Seccionales o desde los

suntuosos despachos del Supremo Elector, Batlle advertía a su pueblo en 1895:

El mal, el gran mal del país no está en las Leyes; está en la apatía que de él se ha apoderado, en el abandono que hace de sus más preciados derechos, sin protestas ni esfuerzos... Hay que reformar el modo de ser de las colectividades políticas y de los hombres que las componen. Ir a la acción, vivir en perpetua acción, siempre luchando, siempre esforzándose por llegar a un estado mejor... No importa que se haya combatido durante muchos años y no tener resultado alguno: los tiempos no son iguales, los hombres, los sucesos, las circunstancias cambian constantemente y lo que no se obtiene en veinte años puede obtenerse en un día, debe obtenerse si es verdad que la ley del progreso rige la evolución de todas las naciones civilizadas.

Pues bien; frente a la naciente diferencia con los hombres que ocupan cargos de gobierno nacional llevados por el Partido, Batlle no vacila en recurrir a la fuente originaria de la soberanía y se aplica entonces a la tarea de reorganizar la colectividad en todo el país para que elija soberanamente en comicios internos insospechados, sus representantes en los órganos de dirección y que sean éstos los llamados a decidir si se insiste en hacer una democracia viva y actuante o si se quiere regresar a las épocas ancestrales de los mandones que actuaban sin el pueblo y a espaldas de sus intereses y deseos.

Ya había desarrollado esas ideas mucho antes; no eran nuevas en él y todos sabían que la democracia concebida por Batlle era la verdadera: la elección no era la función única del pueblo; era una de las que le correspondían, pero la acción constante, el contralor permanente, la discusión de todos los asuntos, estaban igualmente confiados a su celo y competencia. Batlle ya tenía alertado al pueblo contra la acción solapada del elemento interno que extraviado buscara no la grandeza sino la humillación de Partido. En efecto, en sus escritos sobre la "Organización del Partido Colorado", había dicho:

Si un pueblo debe ponerse en pie en masa, para repeler la agresión extranjera que atenta contra su dignidad e integri-

dad, no debe ser menos celoso de sus derechos cuando es necesario repeler una agresión de elementos internos que parecidos al enemigo extraño, traen en sus planes como medio de acción definitiva, la guerra más o menos próxima y la sumisión y humillación de quien quiera que no los acate.

Y cumpliendo su determinación de ir a la reorganización interna recorrió el Maestro el país, en ese año de 1919 en que la nueva Constitución comenzaba su vigencia. El 19 de mayo visitó Canelones, en medio de un delirio popular. Nunca antes esta ciudad había visto una muchedumbre más grande en un acto cívico: una concentración sin precedentes recorrió las calles y se congregó en la Casa del Partido para expresar su adhesión al formidable repúblico. Don Tomás Berreta recogió el clamor popular al saludar al eminente visitante con palabras henchidas de emoción partidaria y de fe patriótica en los grandes destinos del país, en la nueva etapa, sensible de experiencias democráticas, que bajo el impulso del gran Conductor, comenzaba en esa hora histórica de la República. Y poco más tarde, en el viejo Teatro Colón (propiedad de la Sociedad Española), en un estrado en que lo rodeaban sus acompañantes Julio M<sup>a</sup> Sosa, Pedro Cosío y Ricardo Barrandeguy y los dirigentes locales encabezados por don Tomás Berreta señores César Mayo Gutiérrez, José L. Peña, César I. Rossi, Héctor J. Astorga, Natalio López Ramos y León Martínez, don José Batlle y Ordóñez habló al pueblo entusiasta y solidario, que colmaba la Sala, se desbordaba sobre la calle hoy precisamente llamada Tomás Berreta, y vivaba frenético su nombre. Entre otros conceptos expuso los siguientes, algunas de cuyas frases se hicieron después proverbiales:

Vamos a entrar en un período de libertad, en un período en que la ciudadanía hará valer sus opiniones y en el que el gobierno no será realizado por los mejores sometiendo a los demás, porque nadie es capaz de decir donde están los mejores, pues ellos pueden hallarse lo mismo en las altas posiciones oficiales que en la más humilde choza. El gobierno de todos que nosotros vamos a realizar, es el gobierno de todos ejercido por ellos mismos, mediante representantes que cumplan su voluntad; por cada uno de los elementos que com-

ponen el todo, haciendo valer cada uno sus opiniones libremente; y esto es la democracia verdadera porque todos se equivocan con más dificultad que uno solo. Generalmente la opinión de todos es la opinión verdadera. Por lo menos siempre es la opinión sana. Aunque a veces la multitud puede estar equivocada, de su moral nunca puede dudarse y cuando se ha procedido moralmente, la equivocación tiene siempre remedio y nunca deprime.

### 3) DON TOMAS BERRETA, 1er. TITULAR AL CONCEJO DEPARTAMENTAL

Después de la visita de Batlle, don Tomás Berreta, con más ardor que nunca se dedicó a la tarea de organizar la inminente elección. Como siempre, atendió en forma directa y personal todos los detalles y ya está dicho, obtuvo la victoria electoral y accedió, como primer titular, al Concejo Departamental de Canelones.

Estuvo en el cargo sólo hasta el 10 de octubre de 1921, día en que lo reemplazó don Hermenegildo Melo, pero durante ese año y medio de actuación, como siempre responsable y capacitado, no faltó a ninguna sesión, cumplió reiteradas misiones en nombre del Concejo y se preocupó entre otras cosas por la colocación de alimentos a bajo precio, promovió obras en diversos pueblos y villas del departamento, así como obtuvo la aprobación de una reglamentación para la extracción de arena en el Santa Lucía y la adecuada conservación de las carreteras, especialmente las más importantes. Recorría incesantemente el departamento y estaba ya en un sitio, ya en otro, recogiendo inquietudes que después volcaba en las sesiones del órgano que integraba. La división interna del Concejo y las sustituciones sucesivas de los Concejales, en cierta medida no favorecieron el trabajo en estos primeros años; los celos y suspicacias todavía no se habían superado y parece seguro que don Tomás Berreta no podía estar cómodo en un organismo que no demostraba eficiencia para la acción y que reclamaba, sin duda, una etapa previa de adecuación especialmente de algunos de los hombres que lo integraban y de la conciencia cívica exigida por el carácter democrático de las nuevas instituciones.



Si es cierto, como dice Zweig, que la historia registra dramáticamente, la tensión trágica que se produce cuando un hombre superior se encuentra en pugna con el mundo que lo rodea, el cual se muestra como demasiado estrecho o demasiado hostil hacia la innata misión a que aquél viene destinado —así Napoleón ahogándose en el diminuto recinto de Santa Elena o Beethoven prisionero de su sordera —y en términos generales ese es el caso de toda gran figura que no encuentra su medida y su cauce, es obvio que así sucedió, sin duda, con Don Tomás Berreta en el ámbito demasiado estrecho, demasiado limitado y comprimido por desconfianzas, envidias y prejuicios, de aquel primer Concejo Departamental, ocupado en minucias, denuncias pequeñas y prevenciones de sector.

Y fue por eso que a poco andar, el prestigioso dirigente, Caudillo de la colectividad más numerosa e impetuosa, se liberara prontamente de las limitaciones que ponían contención a sus ansias y energías y saliera de nuevo a la lucha en el llano para culminar, en una nueva etapa y con otra victoria, este primer período en que la voluntad electoral se le había manifestado propicia y por primera vez le otorgaba directamente su confianza, tanto tiempo acreditada por un intenso y fecundo accionar al frente de las multitudes coloradas del departamento.

#### 4) DIPUTADO EN 1922, 1925 y 1928

Otra vez fue Batlle el que intervino para proyectar hacia adelante a su invariable amigo. Hacia fines de 1922 dijo a varios representantes canelonenses del Partido que no debía esperarse más para llevar a Berreta al Parlamento y la indicación fue enseguida jubilosamente acogida. Fue electo Diputado en noviembre de 1922 por el período que terminaba en febrero de 1926; pero en noviembre de 1925 se le volvió a elegir y nuevamente el 25 de noviembre de 1928 para el período que interrumpió su elección como Consejero Nacional en 1930. Es decir, pues, que fue electo tres veces Representante Nacional por Canelones, siendo interesante hacer notar que la primera vez fueron electos con él los Sres. Dr. Mateo Legnani, César I. Rossi y César Mayo Gutiérrez, es decir cuatro legisladores; en la segunda oportunidad, primera vez que se votaba conforme a las nuevas Leyes de Registro Cívico Nacional, de

Elecciones y Complementaria de Elecciones, los electos con el señor Berreta ya fueron cuatro, los nombrados más don Alberto Macció, es decir, cinco diputados y en la elección siguiente, 1931, los electos fueron seis y al otro año, también se obtuvo la Senaduría, todo lo cual prueba el creciente arraigo popular de don Tomás Berreta, el engrandecimiento electoral de su grupo político y de sus representantes y de qué modo aumentó la fortaleza cívica de su Partido, realizando infatigablemente, jornada a jornada, los esfuerzos y las obras que mantenían y acrecentaban la confianza popular en su gestión.

Los electos por su Agrupación en 1931 fueron además de los Sres. Dr. Legnani, Rossi y Macció (reelectos) los Sres. Dr. Luis Alberto Brause, Hermenegildo Melo y Escrib. Héctor J. Astorga, siendo el Dr. Legnani electo senador al año siguiente y reemplazándolo en la Cámara el Fárm. Don Vicente Grucci. Don Tomás Berreta ingresó pues al Parlamento en 1923: ya era figura nacional, compañero de Batlle, colaborador en la formación de la conciencia regional de unidad y de lucha constructiva, y en la gran obra de construcción nacional que bajo el imperio de nuevas instituciones liberales, flexibles, ágiles, realizaban Batlle y su Partido en el tramo más contencioso y dialéctico de su gestión.

En la Cámara luchó denodadamente por los intereses de los productores agropecuarios, informándose seriamente en todos los asuntos e interviniendo en la discusión de muchos de ellos, siempre trascendentes e importantes para la suerte de la agropecuaria nacional. Respetuoso con el adversario y correcto e impecable en el planteo de los problemas, sus controversias tuvieron siempre como motivo la defensa de sus principios, no la diferencia personalista o el mero recurso polémico. Y así, lo mismo en el plenario que en las Comisiones, con la precisión y sobriedad características de su formación, pudo ser eficiente y cumplir sus propósitos; sus amigos de la campaña sabían que estaba don Tomás Berreta para defenderlos en las más altas esferas y él a su vez puso pasión patriótica y visión amplia para ser digno abanderado de esas grandes causas.

Si se recorren los diarios de sesiones, se le verá intervenir toda vez que la atención se concentraba en asuntos que le eran familiares a través de un profundo conocimiento personal: no le eran extraños la historia y especialmente la historia política ni la forma-



ción y desarrollo de las conquistas más importantes de la civilidad nacional obtenidas en, por lo menos, los últimos treinta años de la vida uruguaya; pero él prefería abordar aquellos temas relativos al fomento, al desarrollo económico, la obra pública y los problemas del agro, sobre los cuales era completo su conocimiento directo y exhaustivo. La educación fue, asimismo, en este gran admirador de la inteligencia cultivada y del progreso intelectual, otra de sus preocupaciones esenciales en estos años en que su personalidad y su obra trascienden de la escena regional para proyectarse hacia el ámbito más amplio del gobierno nacional, ámbito en el cual habría de distinguirse y descollar, pasando al primer plano, ya asentada su figura política y acrecentado su prestigio, en mucho menor tiempo que el que empleó en llegar hasta él.

Y sin embargo, si algo signa precisamente esa trayectoria, es la alta moralidad personal de la conducta, incluida en ella su desinterés y su elevada pasión política. Recién ahora llegaba al Parlamento, como después llegó al Consejo Nacional y más tarde a la Presidencia de la República, cuando su acceso a ambos cargos era convicción generalizada y su candidatura para unos y otros aparecía como algo lógico, natural e indescartable. Precisamente por eso: porque su moral incommovible y estricta le llevaba a la lucha decente y a la pugna libre de las ideas y sólo a aceptar, después, en función de los derechos acreditados y la capacidad probada y no por simple y a menudo extraviada ambición personal, los cargos de gobierno que deslumbran y atraen, humanamente, al que lucha y se prodiga para lograrlos, pero que en él, en don Tomás Berreta eran, antes que nada, medios idóneos para cumplir la exigente misión.

Lo prueba el hecho de que, precisamente cuanto mayor es su prestigio, va a la lucha seguro de que no podrá obtener, por el régimen representativo, la mayoría del Colegio Electoral de Senador y que su presentación para disputar la banca no se verá coronada por el éxito. El Diputado nacional que encabeza las listas más prestigiosas del Partido Colorado será candidato de su sector, en los últimos comicios que conforme al régimen de la elección indirecta, se disputarán en Canelones para designar su representante en la Cámara Alta.

## 5) LA ELECCION INDIRECTA DE SENADOR EN 1926

El Senado se integraba, conforme a la norma constitucional de 1830, por un Senador por departamento, elegido en forma indirecta, por un Colegio Electoral de Senador, régimen que modificó recién la Ley de 26 de octubre de 1932. En 1926 la elección se presentó entre el Batllismo de don Tomás Berreta y los grupos disidentes del Riverismo y el Vierismo, aparte de la división que respondía a la actitud personal del Dr. Tomás Barbato.

Don Tomás Berreta se prodigó en toda la campaña con el esfuerzo de siempre, para tonificar a su Partido y mantener la unidad interna, al tiempo que su propia candidatura constituía la dinámica de la acción proselitista. Estaba enfrente el Partido Nacional que esperaba aprovecharse de las divisiones del adversario y estaban enfrente los grupos menores del propio Partido; encima de ello, la composición proporcional del Colegio Electoral hacía casi imposible sino absolutamente imposible que el candidato del Batllismo mayoritario pudiera alcanzar la posición disputada. Era muy improbable que un sector, por mejor que votara, y el suyo era la mayoría, tuviera suficientes votos para cubrir ocho veces a cada una de las tres fracciones menores ya nombradas: aquel que llegara a cubrir la octava parte quebraba la voluntad popular, pues era igualmente difícil sino imposible, si las minorías obtenían representación en el Colegio, que dieran sus votos por el señor Berreta, líder y principal figura, precisamente, de la auténtica mayoría colorada del departamento. Pues bien: sucedió lo previsto, a pesar de que los resultados electorales fueron favorables, como nunca antes, al señor Berreta.

Su lista "Por los ideales batllistas y el progreso dptal." del lema Partido Colorado, obtuvo 10.245 sufragios.

El Dr. Barbato alcanzó a 502; el vierismo 1.606 y el riverismo 1.536. El Partido Colorado superó al Partido Nacional que llevó 11.954, (computados al lema mayor 6 votos) por 1.941 sufragios. Pero en el Colegio Electoral la representación de la lista mayoritaria fue de solo seis miembros, mientras que el riverismo y el vierismo obtuvieron uno cada uno y el nacionalismo siete. La lista más votada no obtuvo la banca, porque la minoría nacionalista votó con las minorías coloradas y resultó electo el Dr. Pablo De



María que renunció reemplazándolo por todo el período el suplente electo Dr. José Pedro Massera.

Esta derrota injusta lejos estuvo de amilanar a don Tomás Berreta; era la primera vez que sus derechos consagrados por el pueblo en forma indudable en la elección, no cristalizaban otorgando la representación bien ganada al que en forma auténtica y digna la había obtenido; la primera vez que don Tomás Berreta veía ganar a su Partido y resultaba su sector el mayoritario dentro de éste y sin embargo, la distinción correspondiente al cargo disputado, se entregaba a otro ciudadano. Pero a don Tomás Berreta la derrota le pareció más bien una forma del deber cívico de luchar por evitar derrotas similares en lo sucesivo, y ya no para él sino para los demás que, después de él, en lucha igualmente ardorosa, vieran defraudados con injusticia los derechos y ansias propias y de sus votantes. Más bien pensó en seguir enseguida la lucha, aprestándose para nuevas y más altas conquistas; la etapa del ingreso al Senado quedó injustamente cerrada para él; pero el hecho sirvió para que hubiera acuerdo en torno a la aprobación de la enmienda constitucional que establecía la elección directa de Senador, mediante el régimen del doble voto simultáneo y a mayoría simple de votantes. En la discusión del texto en la Cámara de Diputados, el Representante por Canelones don Alberto Macció recordó este antecedente, para contestar cualquier objeción que se le quiso hacer al sistema propuesto. En efecto: podía sostenerse en teoría que la elección del Senador por un Colegio de quince personas de reconocida prudencia, moderación y personal aptitud, alejaría el menguado interés, la pasión menor, de elección tan importante; pero ese sistema traía insanablemente en su esencia el vicio más grave: colocaba la elección del principal representante del Dpto. en el Parlamento, en el ruedo de los acuerdos al margen del pueblo y aún, como en Canelones, en contra de su voluntad y ese hecho, aquí constatado, era vicio mucho mayor que cualquier virtud que se le pudiera encontrar al sistema.

La siguiente elección de Senador por Canelones fue, pues, directa y en ella obtuvo la banca el candidato de la Agrupación del Sr. Berreta, el Dr. Mateo Legnani, que cubrió el mes y medio que quedaba de legalidad, hasta el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933. A su vez el señor Berreta ingresó al mismo Cuerpo y lo

presidió y también presidió la Asamblea General, cuatro períodos después de su injusta preterición de 1926.

## 6) LA CANDIDATURA DEL SR. JULIO MARIA SOSA

Ese año de 1926 registró la triple elección de Senador por Canelones, un tercio del Consejo Nacional de Administración y la Presidencia de la República.

Dentro del Partido, en lo nacional, el señor Batlle pensaba, según todo lo indicaba así, retener para su sector la primera representación al Consejo y acordar con las otras fracciones coloradas la designación de los candidatos para los otros cargos: segundo titular al Consejo y Primer Magistrado. En 1922 el acuerdo se había hecho sobre la base de un candidato neutral a la Presidencia (el Ing. Serrato), y nada indicaba no hubieran neutrales en la mente del señor Batlle otra vez en esta oportunidad o alguna solución parecida. Lo seguro —todo lo indicaba así— era la posición del Maestro de obtener para su grupo cargos en el Consejo, que tenía la responsabilidad del gobierno, desdeñando la Presidencia que alguien calificara, con pistoresca ocurrencia, como el sitial del policía con uniforme de gala.

Pero un hecho nuevo se presenta y es la aspiración del Sr. Sosa de presentarse candidato a la Presidencia de la República. Es Sosa el colaborador más popular, quizás, de Batlle, al menos hasta ese entonces. Tribuno elocuente, de palabra galana y párrafo seguro y directo, es un dirigente popular, unido a Batlle desde el primer momento; de convicciones radicales, obrerista y populista, tiene caudal de prestigio y es periodista y hombre de Estado probado en el Consejo Nacional: ha ascendido con la confianza del Maestro y éste no puede impedirle —ni nadie— que actúe libremente, en el sentido que entienda mejor.

Para el Batllismo es un enigma esta candidatura. Sería necesario, para que el Partido Colorado triunfe que se haga el acuerdo y para que éste se concrete reteniendo el Batllismo para sí la Primera Magistratura, que éste entregue los dos cargos de consejeros en disputa, lo que amenguaría a proporciones mínimas su representación en el máximo organismo de gobierno en el que quedaría sólo con el suplente de Sosa y con el Dr. Terra. Pero la candidatura tenía visos de andar, Sosa y sus amigos empezaban las etapas de la



organización e incluso se pensaba que estaría dispuesto a hacer acuerdos, en sus propias listas, no obstante que en estos primeros momentos se mantenía dentro del Batllismo y sólo allí.

Para quien el problema se presentó casi de inmediato, fue para don Tomás Berreta. Una noche de este mismo año, al regresar casi agotado de una gira por el rincón más alejado del departamento, lo esperaba en su casa don Hermenegildo Melo para informarle una novedad. Sosa había hecho una reunión en Progreso a la que había concurrido crecido núcleo de amigos; era imprescindible una decisión inmediata, para iniciar efectivamente la lucha a su lado o para evitar que creciera desde el principio si no se le iba a acompañar. La opción era inevitable e inaplazable y don Tomás Berreta, apreciando al momento toda su gravedad, decide allí mismo visitar al día siguiente a Batlle para plantearle el problema. El Maestro recibe a don Tomás Berreta enseguida que éste llega a Piedras Blancas; estaba reclinado en un amplio sillón, con las piernas casi cruzadas y éste pudo ser el diálogo:

—Señor Batlle —dice el visitante— ayer hizo una reunión el señor Sosa en Canelones; tuvo bastantes amigos; me urge una definición para iniciar nuestros propios trabajos.

—Sosa tiene todo el derecho de ser candidato.

—Sé bien que lo tiene; pero: ¿es el candidato del Partido?

—Eso lo dirá la Convención.

—Desde luego, pero es su opinión la que deseo conocer.

—Y ...agregó Batlle con una sonrisa, yo, como Convencional, en su momento, la daré...

—Así será, contestó ya impaciente el visitante; pero es ahora que la debo saber.

Entonces Batlle después de sonreírse un momento, se inclinó hacia adelante y poniendo de punta sus dedos índice y mayor derechos sobre la pierna, dijo, al tiempo que los movía con rapidez hacia la rodilla: Mire, amigo Berreta, en política el que se precipita... y en ese momento volcó su mano abierta como si cayera a un abismo agregando: se precipita...

—Ah! comentó sonriendo don Tomás, no necesito que me diga más nada.

Después de hablar de algunas otras cosas, don Tomás Berreta se retiraba y ya con la puerta abierta, se volvió para el último saludo con una inclinación de cabeza. Batlle entonces, poniendo su

índice sobre los labios y haciendo apenas silbar a éstos, le recordó la impuesta discreción.

## 7) LA ELECCION NACIONAL DE 1926

Al fin el acuerdo se decidió en la forma mencionada. Sosa quedó aislado, pues el señor Batlle acordó con las fracciones menores la inclusión del Dr. Caviglia como segundo titular al Consejo, mientras que el Riverismo aceptaba presentar una lista de ocho personas, de entre los cuales el Batllismo elegiría el candidato común a la Presidencia; Sosa ofreció en vano puestos al Consejo Nacional en su lista al Riverismo y al Vierismo; aquél lo rechazó y éste quedó de hecho dividido al aceptar el Dr. Caviglia el segundo puesto al Consejo. Batlle aún hizo más: para oponer la combinación más fuerte contra Sosa, aceptó ser él, el primer titular al Consejo con lo cual advertía, con claridad, dónde estaba y con qué lista el Partido y cuál era el acuerdo que al final habría de prevalecer y que debía acompañar la masa correligionaria.

De ese modo se unían el Batllismo, el riverismo y parte del vierismo; el Partido votaba unido bajo el lema, pero dentro de éste la coalición que había formado el Maestro era realmente incontrastable. Un sólo detalle quedaba pendiente en ese momento febril y nervioso de los plazos implacables con apenas semanas para hacerlo todo, antes de que venciera la fecha del registro de listas, un solo detalle pero fundamental: el Riverismo no había entregado aún su nómina, de la que habría de elegirse el candidato común a la Presidencia.

Batlle es quien, ahora llama a Berreta. Se encontraba apremiado y molesto. Temía que la demora obedeciera al hecho de que se quisiera conocer su posible preferido, para no incluirlo; o, aún, habiendo pensado en el Dr. Campisteguy, ahora, ante la demora, oscilaba entre mantener esa selección o inclinarse por el Dr. Cachón, también riverista. Sin pedir nada, el Maestro había hecho indicaciones suficientes, que don Tomás Berreta apreció en un instante y dijo a Batlle que iba a actuar. Batlle sabía que no tenía que decir más que eso a su amigo de confianza, para que éste tomara providencias conforme a sus probadas condiciones. Don Tomás Berreta se dirigió entonces a la sede del Consejo Nacional, donde sabía que habría de encontrar al Dr. Campistegui. Lo recibie-



ron éste y varios otros Consejeros con toda afabilidad y alguno, sorprendido, entre contenido y amistoso, pregunta por el motivo de la visita, relacionándolo con los plazos pendientes y la aún desconocida candidatura. Pero el visitante indica que va a hablar con los Consejeros que integran la Comisión de Obras Públicas, a interesarse por la construcción de una carretera en Mígues... El Dr. Campistegui —sabe muy bien el Sr. Berreta que el Dr. Campistegui, integra dicha Comisión —lo invita entonces a pasar a su despacho y ya a solas, a puertas cerradas, no es por cierto del plan de obras que le habla sino que le informa de su conversación con el Sr. Batlle, acentuándole el disgusto de éste y la posibilidad de que varíe en su opinión que al menos hasta ahora, agrega don Tomás, se mantiene a su favor, es decir, a favor del Dr. Campistegui. La entrevista da sus frutos, porque el Dr. Campistegui, recto y leal, aprecia él mismo la gravedad de la demora y aún más, del posible cambio del candidato. Al día siguiente la nómina es presentada y el Sr. Batlle puede elegir de inmediato, cómodamente, al Dr. Campistegui incluido en ella y su preferido para el cargo desde el primer momento.

¡Admirable lección! El Jefe poderoso de un gran Partido se entrevista dos veces con uno de sus amigos más leales y seguros: en la primera, es éste el que reclama un esclarecimiento decisivo sobre un tema delicado y reservado; en la segunda, es él el que a su vez obtiene que su amigo realice una gestión también reservada y discreta. Pero en ambos casos resplandece no sólo la penetración síquica en el conocimiento de hombres y circunstancias y la anticipada medida llena de previsión y tino sobre hechos que más que inevitables aparecen más bien como creados por ellos, sino la delicadeza moral con que son tratados y la sutileza y sagacidad de planteamientos y actitudes. En una época política de altas realizaciones, esta ceñida unidad del Maestro con don Tomás Berreta es una de las credenciales más finas y distinguidas de la personalidad del dirigente de Canelones: es la prueba de una confianza indesviable y total, basada en la comprensión y el entendimiento, así como en la reiterada eficacia y seriedad con que sabe afrontar y resolver las más animosas y riesgosas cuestiones.

Los resultados de éstas, en los dos casos, confirmaron las previsiones de Batlle; en ellos ganó grandemente don Tomás Berreta la solidaridad afectiva y firme de aquél y él a su vez, continuó el

desenvolvimiento de su competencia política, el arte difícil de la lucha interna del Partido, y la calidad superior de su actitud moral. Tuvo que sentir, entonces, ensanchada su confianza en sí mismo y acrecentada su lealtad al Maestro que, para la próxima elección, le probará de modo excepcional su amistad y su apoyo.

## 8) SUPLENTE DE CONSEJERO NACIONAL

Para la siguiente renovación parcial del Consejo Nacional de Administración, el señor Batlle se propuso repetir su esquema favorito: retener para su Partido la primera línea de candidatos, utilizando la segunda como base de discusión para los acuerdos con las otras fracciones del Partido. En las elecciones anteriores ya mencionadas, el lema colorado, con 141.553 sufragios había vencido al Partido Nacional por más de mil quinientos votos; el Batllismo, a su vez, había duplicado los votos de la lista del señor Sosa. Esta vez contaba con vencer aún mejor que entonces al adversario tradicional y dentro de filas, su deseo era tonificar el lema; los grupos colorados menores se encontraban en una situación particular: el riverismo no tenía interés en cargos en el Consejo por razones de principios y la derrota de Sosa, antes, y el fallecimiento de Viera en 1927 habían disminuído a ambos sectores. Batlle aceptó complacido la presentación de dos listas: la propia y la de los grupos colorados disidentes. Como se esperaba el lema triunfó por mayor suma de sufragios que dos años antes y dentro de él, triunfó a su vez el Batllismo, que obtuvo más del 60 % de los votos.

La Convención Batllista hubiera podido integrar la lista con batllistas, exclusivamente; pero el señor Batlle impuso su criterio de que debía darse participación a colorados neutrales y la fórmula escogida se integró con un batllista para el primer cargo el Dr. Baltasar Brum y con un neutral para el segundo, el Dr. Victoriano Martínez. La Convención debía completar la primera línea eligiendo el suplente del Dr. Brum y la pugna se planteó entre dos candidatos: el Dr. Francisco Ghigliani, Director de "El Ideal", nuevo nombre de "El Día" de la tarde y don Tomás Berreta.

Singular opción la que se planteaba entre el periodista notable y temible polemista político que en largos años había proba-

do ser el doctor Ghigliani, amigo, colaborador y hasta íntimo del Maestro; y el laborioso Conductor canelense, con prestigio ya trascendido fuera de los límites de su departamento e igualmente amigo íntimo y de la confianza plena de Batlle. Dos caracteres del todo distintos: uno universitario, implacable, destructor, de fino olfato para la maniobra y la intriga; el otro agricultor, comprensivo, abierto, de espíritu realizador y constructivo; los dos apasionados de la política, pero uno, la sentía como escena para su esgrima intelectual, para el descubrimiento sensual de la debilidad y el error adversarios y tirar a fondo la estocada de su ironía o su dicterio, para el placer ajedrecístico de la contienda dialéctica, sentida gozosamente por ella misma, como un derroche disfrutable de su pensamiento, mientras que el otro veía en ella, en la política, honradamente ejercida, la oportunidad de servir a sus semejantes, de realizar el bien, de propender a efectuar obras de progreso y contribuir al perfeccionamiento de la sociedad que integraba. Uno escéptico, epicúreo y taimado, el otro recto, honesto, reflexivo; uno siempre en el nivel más próximo a la altura, el otro forjado desde abajo, golpe a golpe; uno, desprejuiciado, ligero, decididor, el otro firme en la Ley moral, responsable y estricto. Y he ahí a uno frente al otro, en la Convención del Partido, bajo la mirada alternativa de Batlle, pugnando la segunda postulación de su colectividad política, para otra incierta elección.

La Convención quedó dividida casi mitad por mitad; en un total de 757 sufragantes, el Dr. Ghigliani superó a don Tomás Berreta por 19 votos, pues obtuvo 388 contra 369 de su oponente. Pero entonces acaece un hecho insólito e inesperado: el señor Batlle hace saber que su preferencia se inclina por don Tomás Berreta y el Dr. Ghigliani, por ello, renuncia su postulación y se proclama al candidato del Maestro. Don Tomás Berreta queda consagrado así como primer suplente del Dr. Brum al Consejo Nacional de Administración.

¡Lance singular! Un Partido democrático que discute extensamente sus problemas internos y los del país y que apasionada y libremente elige sus candidatos para los puestos representativos que irán a pugnar, luego, en el comicio general, contra los adversarios, y que registrada una elección, acepta la renuncia del elegido porque el Conductor de la colectividad —que ha sido derrotado con su candidato— expresa su clara opinión. Leal co-

rrespondencia entre la dirección colectiva de la Asamblea, popularmente elegida, y el ánimo y la predilección del Jefe respetado y acatado por todos! Y fue así que don Tomás Berreta se transforma en candidato a un cargo nacional, otorgado por la Convención a instancias de Batlle, el Maestro. Un anfiteatro mayor que el rico departamento agrícola del sur, que ciñe a la Capital y en el cual su prestigio ya es incontrastable, se abre ahora ante la perspectiva del político y del estadista que empieza entonces a proyectar su acción hacia la más vasta escena nacional. Los días del surco y el camino han quedado atrás; atrás la Policía y el Municipio; ahora es la República su pedana, el espectáculo es grandioso y todo el pueblo es su juzgador y será después su apoyo. Las alas de la fantasía creadora, la energía imperiosa y la voráGINE de la acción se despliegan poderosas, bajo los cielos de la Patria. Don Tomás Berreta asciende al primer plano de la política nacional.

## 9) LA MUERTE DE BATLLE

Al año siguiente un suceso luctuoso e inesperado bascula abruptamente el destino de la Nación. A mediodía del 20 de octubre, víctima de un nuevo síncope, desaparece la más grande personalidad de la República, don José Batlle y Ordóñez. La gente se niega a creer la inesperada desgracia. Cuando se confirma, una sensación de pena honda y auténtica recorre el país como un escalofrío: ¡ha muerto Batlle!

Moría con él la personalidad más poderosa, junto a Artigas, de la historia nacional: el creador de la democracia uruguaya, modelo y guía de un tiempo distinto de la República. Ninguna personalidad como la suya había definido y sintetizado —en vida y en obra— la época y la gloria de su hecho histórico; y ninguno como él ascendería, con la muerte, a más grande relieve, cada día mayor, allá en lo más alto, al lado de Artigas, en el ábside inaferrable, como el primero y el más fecundo de los constructores civiles de la Nación.

Porque Batlle es, en efecto, el primero de los hombres de la República y junto a Artigas, también de la Patria. Son nuestros dos grandes constructores. Artigas afirmó el concepto ideal de la independencia política y la república liberal y representativa. Bat-



lle a su turno, concibió la independencia de la economía nacional como una medida de salvación pública y afirmó e impuso el principio cardinal de la democracia, basada en la libertad individual y la justicia.

Ambos actuaron estimulados por un sentimiento superior, de inspiración ética, fuente de todo derecho y centro y manifestación de la inteligencia aplicada a la superación común. En esencia, la democracia ya estaba definida por Artigas, en su ideario de 1813; mi autoridad, dice al pueblo, emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana; agregando: es muy veleidosa la probidad de los hombres: sólo el freno de la ley puede afirmarla, para recalcar en sus "Instrucciones" que el objeto y fin del gobierno debe ser conservar la igualdad de libertad y la seguridad y para consagrar después la justicia distributiva con su Reglamento Provisorio de 1815 y el subsiguiente reparto de tierras; y esa misma norma, la democracia, está activa y omnipresente en el pensamiento de Batlle, cuando afirma que la felicidad pública sólo florece y se perpetúa cuando cada ciudadano es un ser consciente y libre, elemento efectivo de la soberanía y gestor, por lo tanto, del progreso de la Nación y, afirmando después, identificado con el anhelo nacional de la liberación, que "todos los que están agobiados por la injusticia son nuestros protegidos; todos los que no están cegados por el prejuicio nos esperan".

Ambos también afirmaron la libertad como fin en sí, como estado natural del hombre, como base y sustentáculo primigenio y absoluto —axioma, tanto como dogma, único dogma— de la democracia; Batlle, cien años después, a más de setenta de fundada la República se transforma en el protagonista de la forja social y así como Artigas había creado la conciencia de la independencia y la orientalidad, Batlle crea la de la democracia integral y el Derecho.

Había iniciado su vida escribiendo contra Latorre y la terminaba combatiendo las empresas extranjeras que expoliaban la economía nacional. Vivió así cincuenta años de activísima lucha, sin declinaciones ni pausas, deliberando siempre, derribando y construyendo, esgrimiendo una dialéctica de la inteligencia afiada y espléndida, en plena productividad y plenitud, que no tiene parangón entre sus coetáneos y que representa, en su hora de insuperada madurez, la culminación de su soberbia sindéresis de

sus tiempos de profesor, junto a Vázquez y Vega, en su polémica cátedra de filosofía del Ateneo.

Lucha contra Santos como el primero de los opositores y se juega la vida más de una vez, incluso en la Revolución popular de 1886; se une a la acción reparadora junto a Tajcs y se opone a Julio Herrera y Obes, después de haberlo apoyado, por dignidad política y como reacción contra el despilfarro de tantas esperanzas que el Partido había puesto en aquel ciudadano; y también por dignidad política se opondrá a Idiarte Borda y enfrentará cuando fue necesario, a Cuestas, hasta que culmina un cuarto de siglo de luchas ciñendo la banda presidencial.

Llegaba joven al gobierno, como diría Ingenieros, porque no traía complicidades con el pasado. Y entonces, sofocada la injusta Revolución con la derrota del ejército adversario y unificada la República, después de pronunciar palabras de elevado patriotismo ante las montoneras bravías para siempre extinguidas, se aplica a su inmensa obra de reconstrucción nacional, a hacer la República, que no podía radicar sólo en los impresos de la Constitución y en la filigrana de los discursos parlamentarios.

Pudo decir con Sarmiento: aquí no hay República; y se dedicó a la ruda y ciclópea labor con la fuerza atlética de un carácter privilegiado, con la fecundidad de un talento de excepción y con la mística sobresaliente de un espíritu noble, que se inspiraba en los más puros sentimientos de la moral. Estadista, periodista y político, su energía indomable y su carácter heroico le permitieron anticiparse a acontecimientos y prever celadas y escollos y por eso pudo ser, en todo tiempo, el creador y no la víctima de los acontecimientos políticos.

Abatió, primero, los caudillismos, que dividían a la Nación y la anarquizaban; y después doblegó el prejuicio del dogma intangible, enseñando que por encima de la actitud hierática y contemplativa existe un vasto mundo ontológico, de inspiración moral, donde las acciones humanas se aprecian y se juzgan por sentimientos superiores de solidaridad y humanitarismo, sin recompensa expresa; libertó al hombre del miedo y él que había sido y seguía siendo un espiritualista, un krausista, un hombre de Arhens y de su teoría del "Derecho Natural", apreció inmensamente las virtudes del evolucionismo y de la suprema unidad de la naturaleza y colocándose por encima de las escuelas que asfixian, predicó san-

tamente la libertad del espíritu y la soberanía interior del hombre, contra las limitaciones, los temores y los derrumbes del alma flagelada o los misterios del Universo incomprensible.

Realizó, de ese modo, la separación de la Iglesia del Estado y delimitó nítidamente los círculos independientes en que ambos deben moverse. Consagró la libertad para que el hombre profese el culto que desee o no profese ninguno, que al fin sería esa su propia condición y en toda forma, el estado natural de albedrío íntimo con que cada uno deberá plantearse y contestarse la muda pregunta interior acerca de su final destino y la significación ideal de su existencia.

Y después abatió otro prejuicio: el de la vanidad y la egolatría individuales, llamando a cada uno, serenamente, al deber. Buscó crear en la conciencia cívica el concepto de ese deber y del deber moral, es decir, la contrapartida de los derechos, amplísimamente consagrados en las Leyes de la Nación. Adoctrinó al hombre común para que ejerciera con libertad los derechos de que por su condición humana está revestido y le transmitió confianza en los valores justicieros de la legislación, buscando nivelar la vida social, abatiendo los privilegios injustos, acercando a todos las fuentes del trabajo, liberando a la mujer de servilismos humillantes y advirtiéndola serena pero firmemente a la ciudadanía, que los bienes que la sociedad forja con el esfuerzo de todos, no pueden ser distribuidos con ventajas para unos y con despojos para otros.

Así fue que previó los conflictos sociales y se anticipó a ellos legislando con vistas de largo alcance. Es verdad permanente la eminente afirmación con la que Batlle buscó resolver el conflicto entre capital y trabajo, inspirado en su sentido viril de la dignidad y en su amor al hombre, cuando proclamó desde su altura moral incorruptible, que los pobres tienen que ser menos pobres, aunque para ellos los ricos tengan que ser menos ricos.

Y se lanzó de lleno a la realización de una legislación social formidable, vanguardista y obrerista, que le dió al hombre, junto con la superación económica indispensable, la conciencia de su valer como entidad social soberana y sustantiva; y lo consagró así con letras de oro en la Ley y en la verdad de todos los días. Y esa legislación fue completa y vasta porque abarcó todas las facetas: jubilaciones, pensiones, seguros, voto libre y secreto, igualdad de sexos, divorcio, derecho a la huelga, salario mínimo, dero-

gación de leyes anacrónicas, nacionalización de empresas y servicios, salud pública, obra pública. Y libertó al hombre de otro prejuicio: el de la ignorancia, creando nuevas Facultades, Liceos de Enseñanza Secundaria en el Interior, numerosas escuelas en todo el país. No le tuvo miedo, como tantos supuestos revolucionarios, a la educación popular laica y libre, sino que la estimuló en todas las formas, otorgando al hijo del hombre pobre los mismos derechos y las mismas posibilidades que a los hijos de los ricos, para adquirir educación y posibilitar la superación de los obstáculos y las diferencias, en la áspera lucha por la vida.

Y esa obra suya, sin embargo de haber abarcado todos los planos de la proyección social y que, por tanto, fue dirigida lo mismo a la inteligencia que a la necesidad del hombre, no creó una sociedad utilitaria, sino que plasmó una armonía superior, que sin dejar de atender las reclamaciones diarias de la vida, se inclina ante los valores del espíritu y se engrandece en el culto del desinterés y del altruismo, que dilata y enriquece los cauces de la vida moral.

Batlle fue así (y lo será siempre) una permanente lección que los años no superarán o que, en todo caso, es muy difícil que pueda ser superada. América no ofrece un ejemplo igual; mirando en derredor no se encuentra un hombre de su tiempo (y menos de éste) que tenga, como él tuvo, más absoluta correspondencia entre sus actos de revolucionario desde el llano y sus actos de revolucionario desde el Poder. Por que Batlle, en la honda esencia de su vida, nunca dejó de ser un revolucionario auténtico. Hizo la revolución más sorprendente del continente y aún del mundo, pero pacíficamente, por medios normales. Y por eso es superior a cuantos quieran asemejarsele. Ninguno de los que resbalan sobre la estructura social sin afectarla, pueden compararse con él, porque la unidad de su acción es absoluta, lo mismo contra el poder, que desde el poder o al lado del poder. Fue un revolucionario básico, de intasable calidad, sin regalías, porque fue consecuente con sus ideas y no fue demagogo ni improvisado, ni teatral, espectacular o ruidoso. Fue un hombre integral, severo, estoico, y culto, que hizo de la democracia la combinación sobresaliente de la ciencia y la experiencia, de la materia y el espíritu, del saber y del sentir, del cerebro y del corazón, de la dialéctica, en fin, de la inteligencia, desarrollada y aplicada a un pueblo en ascensión cul-



tural, que encontró en él, en el Maestro, la representación más elocuente y expresiva de sus anhelos, sus sueños y sus esperanzas.

De ese modo forjó Batlle una República. Cuando empezó a actuar el mundo se estremecía con nuevas teorías. La evolución de la filosofía, el nacimiento de las corrientes idealistas, la aparición de las doctrinas económicas, el materialismo histórico, las nuevas tendencias educacionales, las nuevas formas de organización del Estado, crearon un rebullir gigantesco en todo el mundo; y él, Batlle, como auténtico revolucionario, seleccionó y escogió, con criterio profundo y con sentido nacionalista verdadero, las bases de una revolución completa y perdurable, guiada con mano firme y rumbo cierto por su carácter de acero y su incomparable genio de conductor y de estadista. Su esfuerzo fue grande y más grande aún resultó —por eso él es inmortal— la consecuencia de ese esfuerzo. Toda la fisonomía ética y estética del país, el acervo riquísimo de orden espiritual, las conquistas inmateriales pero presenciales y latentes que él realizó, la inmensa obra cumplida en el plano de las cosas que no se ven ni se tocan, pero que alcanzando a todos, sin contrapartida visible, configuran un beneficio unánime, conforman la esencia espiritual, la filosofía vital de la República.

Y por eso, con un carácter y una voluntad templados en el combate fragoroso de todas las jornadas, mantuvo siempre la energía de la acción, constantemente rejuvenecida por el brío del pensamiento y el recomenzar incesante de las nuevas contiendas. No lo arredró la derrota ni lo envaneció el halago de la victoria. Quiso que su país fuera faro y guía y que su pueblo tuviera una mayor cuota de felicidad y no lo logró cuidando en una quietud negativa y conservadora lo que había recibido o regustando el placer de lo que había logrado, sino agrandando el acervo común con una irresistible fuerza creadora, encauzada por él al frente de sus sagradas multitudes.

Había ejercido, por ello, y por los últimos veinticinco años, la rectoría cívica de la República. Era ya historia, antes de ser eternidad; iría a la tumba ahora, a la Fama más tarde, a la Leyenda después. Su nombre sería transformado en oriflama de combate, coreado por miles de voces ese día de su muerte y por los días que habrían de venir: ¡Batlle! ¡Batlle! El ciclo se cerraba otra vez y la historia se abría para recibir, en lo más alto, al lado de

Artigas, el Fundador, a Batlle, el Maestro, en el santuario supremo de la República.

\*  
\*   \*

Don Tomás Berreta sufrió la muerte de Batlle como un duelo propio. Pasaban los años, pero la terca y porfiada evocación de aquel 20 de octubre desolado y melancólico, volvía a él siempre, dramáticamente. Más de una vez recordó el dolor de aquella jornada luctuosa, con emoción profunda y sincera. Había muerto Batlle, el Maestro, el mentor, el guía espiritual, el probado amigo, fraterno y generoso. Ya no se volverían a encontrar, en las mañanas tempranas de Piedras Blancas, para los coloquios privados, que de tal modo templaban la fibra combativa del luchador. Ya no estarían dichas las medias palabras de la comprensión instantánea, que descubrían los secretos o las previsiones o los riesgos de los distintos avatares políticos. El gran misterio de la última negación, la ineludible, la incomprensible, envolvía ahora el recuerdo, inmaterial y cálido del gran ausente... Algo así como una pérdida básica y vital desgarraba el alma de don Tomás Berreta: no estaba más Batlle para la confianza, el consejo oportuno, la común selección de la nueva ruta.

Lo había conocido por espacio de casi cuarenta años, tratándolo a diario, en una amistad cada vez más estrecha y mutuamente comprensiva, que se transformaría, a poco andar, en una de las pasiones más firmes y latentes de su vida. Si la República había perdido su Conductor, él había perdido su guía. Es claro ver que de todos los colaboradores del Maestro, aquel a quien más dolía y casi seguramente más afectaba y aún perjudicaba su muerte, era a él a don Tomás Berreta, porque siendo el que estaba tan cerca de él como el que más pudiera estarlo, era también aquel que en el futuro, todavía más podía esperar de su amistad y su confianza. Y ahora no estaba Batlle! Se había marchado hacia lo desconocido, en un mediodía fatídico y desolador, dejando la impronta más profunda que paso de hombre alguno había dejado jamás en la República. Pero no estaba ya. No lo estaba como creador, en lo físico, pero seguía estándolo como Maestro, en lo político. La gran lección de Batlle no se destruiría jamás, porque mientras sigan habiendo "agobiados por la injusticia" que no es-



tén "cegados por el prejuicio" seguirán coreando las multitudes con una vibración estremecedora, el grito de la esperanza nacional: ¡Batlle! ¡Batlle!, como en los grandes días de la Revolución.

#### 10) LA ELECCION DE 1930

La muerte del Maestro produjo una tremenda oscilación en el país. Nadie pudo escapar a sus consecuencias. El centro de gravedad de la situación política, para todos los Partidos y todas las Agrupaciones, se desplazó aquel día 20 de octubre y por mucho tiempo, ninguno pudo escapar a las fluctuantes oscilaciones que produjo el infausto hecho ni a los desplazamientos y confusiones consiguientes. La República había cambiado súbitamente sus coordenadas políticas y los parámetros sobre los cuales se movía la opinión pública se alteraban también. Por lo pronto, la ausencia del gran Rector de la conciencia nacional provocaba una modificación básica en el sentido unitario de las colectividades partidarias: Batlle unía en su redor a sus amigos, pero para poder combatirlo, porque era un gigante, necesitaban sus adversarios, a su vez, estarlo también. Desaparecido el formidable combatiente, los primeros que empezaron a recelarse entre sí y a despedazarse tempranamente, de tal modo que tres años después de Batlle la desunión era inevitable, fueron los adversarios del lema tradicional. Asimismo, la ausencia o el fracaso dentro del Partido Colorado, de los dirigentes creadores de los grupos personalistas y la desaparición de Batlle, el gran adversario, determinó una progresiva desintegración de esos grupos menores, solo evitada por el riverismo, mientras que el Batllismo, organizado apropiadamente, con una conciencia cívica fuerte en todo el país, con un programa escrito de realizaciones y conquistas debido al mismo Batlle, y con la mística emocional producida por la desaparición física del Conductor, que la muerte transformaba en Héroe, aumentaba celosamente sus energías combativas y aparecía como no dependiendo ya más, al menos necesariamente, del concurso de minorías decisivas en proceso de desintegración.

Una media docena de dirigentes o de grupos de dirigentes podía incluso disputarse la sucesión de Batlle, desiderátum imposible de obtener, pero sí, al menos, una prevalencia directriz suficiente o autorizada. Por sus antecedentes, por la posición na-

cional que ocupaba, por su prestigio, por sus condiciones innatas de Caudillo, por su estrecha amistad con Batlle del que tantas pruebas de confianza y distinción había recibido, por su aptitud personal, don Tomás Berreta podía muy bien estar en la contienda. No él sólo, por supuesto. El propio Sosa, aunque grandemente disminuido por su fracaso y, además, por haber estado enfrente de Batlle; los dirigentes del grupo de "El Día" todos muy capacitados y de voluntad y carácter suficientes para el liderazgo, especialmente en ese momento el señor César Batlle Pacheco; el mismo Ghigliani, que se mantenía en el primer plano de la confianza del Partido y su dirección; el Dr. Brum, escogido recientemente por el propio Batlle para encabezar las listas del Partido al Consejo Nacional; el Dr. Terra, en fin, Consejero a la sazón, de cierto carácter independiente, competente y ambicioso, que alguna vez había enfrentado a Batlle, cuya desconfianza provocaba, según se decía, todos es claro, podían aspirar a reivindicar el apoyo de por lo menos, una clara mayoría del Partido.

La cuestión que se planteaba era, antes, otra. ¿Debía el Partido repetir el tipo de acuerdo intrapartidario que Batlle había hecho funcionar tantas veces? Ahora que Batlle no estaba, físicamente, al frente de la colectividad: ¿había que continuar la lucha por lograr la mayoría en el Consejo Nacional y dejar la Presidencia de la República como factor de recambio, entregado a las otras fracciones coloradas o se podía mezclar también este puesto en la bolsa común del acuerdo electoral, incluido en las posibilidades del Batllismo, en vez de desdeñarlo como en tiempos de Batlle?

En otros términos: se trataba de saber si el Batllismo sin mengua de su deber de asegurar el triunfo del lema y de llevar al Consejo el mayor número posible de batllistas, podía o no aspirar, también, a la Presidencia. Era un lance complejo y fundamental, porque trece meses después de la muerte del Maestro, había que afrontar una elección transcendente. Batlle murió a fines de octubre de 1929 y la elección habría de cumplirse a fines de noviembre del año siguiente.

Muchas fueron las gestiones que se hicieron; no es de aquí su reseña, pero "El Día" se anticipó a proclamar un candidato propio para la Presidencia del Consejo, el Ing. Fabini, incluyendo a don Tomás Berreta otra vez, como en 1928, para la primera su-



plencia. No parecía apropiada la postergación del señor Berreta y no había un seguro candidato no batllista al segundo puesto, mientras que en cambio parecía sostenerse la idea de que el riverismo aspiraría, más bien que al Consejo Nacional, a la Presidencia. Sin embargo, la iniciativa de que el Batllismo disputara también la Presidencia y no sólo el Consejo, invirtiendo los términos de la ecuación elegida repetidamente por el propio Batlle, pareció abrirse camino y especialmente al considerarse que todo el acuerdo giraba en lograr un entendimiento con el riverismo, incluso porque los otros grupos menores (sosismo y vierismo) parecían aceptar la postulación presidencial de un candidato batllista.

Don Tomás Berreta no tenía por qué aceptar lo mismo por su propia y legítima convicción, como por la exigencia de sus amigos de todo el país, ser mantenido en una condición política que ya tenía, desde dos años atrás: la de suplente de Consejero. En ese estado, se proclama en Soriano la candidatura presidencial del Dr. Gabriel Terra y prontamente quedaron tendidas las líneas, sobre todo porque el grupo que se nucleaba en ese sentido aceptaba la fórmula de "El Día" para el Consejo Nacional, pero incluyendo ya no como suplente, sino como segundo titular, a don Tomás Berreta, conforme lo reclamaban fuertes núcleos políticos del Partido. Así resultaba esa tendencia la más importante y prestigiosa y tendía incluso a unificar tras sí a todo el Batllismo, habida cuenta de que sus máximos dirigentes la aceptaban; pero el grupo llamado "neto" mantuvo irreductible su opinión de que la Presidencia no debía ser disputada por el Batllismo. Ese sector, además, modificó su posición original y proclamó igualmente a don Tomás Berreta para el segundo puesto al Consejo, con lo cual la disidencia interna del Batllismo sólo se planteó para la elección presidencial, para lo cual "El Día" proclamó la candidatura del Dr. Fleurquin, colorado neutral.

La solución aún no obtenida y que quedaba pendiente, era el acuerdo con el riverismo. Al fin se logró sobre la base de la candidatura del líder de ese sector, Dr. Pedro Manini Ríos, bajo el mismo lema colorado, pero con el compromiso de que si sus votos alcanzaran a cubrir el 17.50 % del lema colorado, sería a él, al Dr. Manini, a quien le correspondería ejercer el cargo y no al que ya aparecía como seguro vencedor, el Dr. Terra, que polarizaba en su alrededor, la previsible mayoría del lema. Lo que

asombra de este acuerdo —en el que don Tomás Berreta no tuvo participación alguna, imputándose al Dr. Chigliani y sólo a él, con la colaboración o la excitación algunos dirigentes seccionales la completa responsabilidad de su concreción —es la imposibilidad jurídica diríase absoluta de su cumplimiento. La Constitución no preveía el caso de renuncia del Presidente electo; si el Dr. Terra, elegido Presidente, renunciaba para cumplir el acuerdo, en el caso de que el Dr. Manini cubriera el llamado "handicap" era la Asamblea, de mayoría nacionalista, no el Consejo, de mayoría colorada, el que debía elegir Presidente y no por cuatro años, sino hasta la más próxima renovación del Consejo Nacional, es decir, por sólo dos años. En puridad y para el mejor de los casos, que el Dr. Manini cubriera el 17.50 %, que el Dr. Terra renunciara (antes o después de ser electo) y que, incluso, un organismo de mayoría adversaria lo eligiera a él, al Dr. Manini cuando muy bien podía elegir a cualquier otro, pues no tenía compromiso alguno al respecto, igual su Presidencia sería por un período la mitad más chico que el constitucionalmente previsto. Es decir que si el Dr. Terra ganaba obtenía cuatro años de Presidencia; pero si el Dr. Manini cubría el porcentaje previsto habría que conseguir una serie impresionante de cosas difíciles para obtener sólo dos años del mismo cargo. Esta imposibilidad tan acusada de cumplir el pacto, indudablemente lo condena. Porque un acuerdo político, por ser acuerdo no es necesariamente malo: puede serlo si consagra el vicio, el error o la trampa o si sus fines no son escrupulosamente éticos. Pero de todas maneras, un acuerdo de la mejor buena fe pero tan claramente imposible de cumplir a tal punto incumplible que puede incluso convenir que no se cumpla, es por él mismo, insanablemente incorrecto y eso es lo que pasó con el famoso "handicap" del 17 y medio, como gráficamente se le llamó en su época. El resultado electoral corroboró las previsiones y el candidato riverista no cubrió el por ciento convenido, evitándose una peligrosa crisis política, de consecuencias incalculables... sino es que esas consecuencias estaban anticipadas ya.

Es lo cierto que la masa batllista votó con entusiasmo y fe, para rendir a Batlle, en la primera elección siguiente a su muerte, un gran homenaje cívico: su Partido obtenía la Presidencia de la República y los dos cargos del Consejo Nacional, en un resultado que no se había dado en vida del Maestro. La mística provo-



cada por su desaparición física, el estímulo de las posiciones a obtenerse, en cierta medida el incentivo de la lucha interna, la necesidad de votar bien para evitar que el riverismo alcanzara el "handicap" concedido, fueron otros tantos factores para hacer más firme, poderoso y fecundo el esfuerzo del Partido.

Don Tomás Berreta tenía a su vez, con merecida emoción cívica, la comprobación de su fuerza electoral y de su heráldica democrática: quedaba elegido Consejero Nacional por el período 1931-1937, consagrando, en esa medida, su personalidad política con su acceso al primer organismo de Gobierno de la Nación. No había quizás supuesto, casi cuarenta años antes, cuando se decidió a dedicar todas sus energías al servicio de su pueblo, de su Partido y del Conductor de éste, que estaba llamado a tan alto destino. Sereno como siempre, igual a sí mismo en todo, previsor y enérgico, dinámico y prudente, se aprestó a enfrentar la nueva responsabilidad con la suma agregia de sus facultades de acción y de creación. Aparecía, asimismo, en una posición excepcional: resultaba elegido por todo el Partido; su candidatura había figurado en todas las listas batllistas, su puesto en el Consejo Nacional era resultado del apoyo y la confianza de la colectividad de Batlle unánime y entera. Era una posición de suprema responsabilidad que él sabría afrontar hasta el máximo extremo, procurando en lo partidario, hasta el límite mismo de su paciencia, de su tacto, de su espíritu de avenimiento, evitar la ruptura del frente interno, como medio de impedir otra ruptura aún mayor.

Sus prevenciones no eran fruto de la improvisación. Cuando, en los días siguientes a la victoria electoral, fue visitado por un grupo de jóvenes entusiastas, que lo congratularon por su elección de Consejero Nacional, uno de ellos, el entonces joven Francisco Bastón, vibrante y emotivo, elogió por su prédica de "El Ideal" y como uno de los artífices de la victoria, al Dr. Ghigliani; don Tomás Berreta lo interrumpió suavemente diciendo: Sí, pero es peligroso.

¡Profética intuición! La participación que este ciudadano tuvo en los hechos posteriores, confirman la singular posición del Caudillo. Un conjunto de factores aglutinantes ponían unidos, en el manejo de la fuerza pública, a hombres de especial formación partidaria. Don Tomás Berreta llegaba al Consejo Nacional, muerto Batlle, en una hora de riesgo, agravada entonces por las desin-

teligencias internas, el acceso de un político activo y ambicioso a un cargo necesariamente representativo y neutral y la aguda crisis económica de carácter mundial, que entonces empezaba ya a abatirse sombríamente sobre la República.

El sabría ser digno de su credo democrático y batllista y de su honor de hombre y de ciudadano, en los oscuros y trágicos días por venir.

## 11) LA POLITICA DE CONCILIACION Y AVENIMIENTO

Don Tomás Berreta llegaba al Consejo Nacional dispuesto como hombre de gobierno, a realizar efectiva obra de progreso y tranquilidad social. No concebía al Consejo Nacional ahora, como antes tampoco concibió así al Concejo Departamental de Canelones, como el sitio apropiado para la controversia política o el debate personalista. El Consejo debía ser un instrumento para enfrentar y resolver los problemas nacionales, dejando al margen para otro escena y otro órgano, la repetida opugnación de los Partidos. Una política de armonía y avenimiento era necesaria para que se cumpliera el espíritu y la intención con que Batlle había impuesto el sistema y lo había difundido y defendido en larga y ardorosa prédica. Lo más fácil de conseguir era, precisamente, hacer fracasar el órgano pluripersonal de gobierno: si se le transformaba en lo que después, con gráfica precisión, el señor Luis Batlle Berres refiriéndose al siguiente colegiado llamó "un pequeño Senado", estaba claro que no iba a servir como instrumento eficiente para la acción progresista. Era indispensable hacer del Consejo Nacional un poder del Estado de carácter ejecutivo y administrativo, que concibiera y realizara, superando motivaciones y circunstancias que debían mantenerse al margen de su competencia. De no ser así, fácil resultaría denostar con éxito las instituciones, no porque éstas hayan de tener la culpa de errores y fracasos humanos, sino porque no es después fácil distinguir entre lo que debe imputarse a defectos del sistema y lo que corresponde a errores o equivocaciones, intencionadas o sin culpa, de los hombres a quienes compete la responsabilidad de la ejecución. Sobre todo porque la crisis económica se sumaba a la incertidumbre política y la inseguridad y porque en cualquier sentido, la situación era demasiado seria como para que el órgano



principal de gobierno se viera maniatado o impedido de actuar eficientemente, en razón de disputas bizantinas o debates de política partidaria.

Su esfuerzo en ese sentido estaba inspirado, desde luego, por su deber moral de cumplir y cumplir bien, la función que el pueblo le había encomendado. No se trataba, en su ánimo, de ocupar un cargo elevado por el sensualismo del mando o para pequeña ventaja de círculo o de facción, sino para enfrentar con decisión y ejecutividad un proceso duro y difícil y salir adelante con las soluciones mejores. Años después de los acontecimientos que más tarde perturbaron a extremos últimos la suerte del país uno de los Consejeros de esta época, que no era batllista, precisamente, el doctor Victoriano Martínez, elogiaba con énfasis la obra de don Tomás Berreta en este sentido. Había quedado admirado y entusiasmado del tino, la ponderación y la suave e incisiva política de don Tomás Berreta para acercar, de a poco, a aquel órgano deliberativo a un verdadero instituto ejecutivo de administración y a ir ganando paulatinamente, unos y otros, la confianza recíproca necesaria para entrar —como todos querían, sin duda alguna— en el espontáneo acuerdo patriótico que permitiera el trabajo armónico y complementario, más allá de circunstancias e inevitables diferencias de criterio.

O el Consejo Nacional cumplía su deber de administrar al país con eficacia y celo o se comprometía, por anticipado, el porvenir mismo del órgano. Corresponde acotar que esa tesitura de constructividad y laboriosidad siempre estuvo presente en todos los Consejeros; era indispensable superar los obstáculos iniciales, remover los escollos primeros, que siempre existen por mutua y recíproca fijación de posiciones encontradas; y don Tomás Berreta cumplió con su sensatez y sagacidad acostumbradas la tarea indispensable. Este Consejo Nacional, que don Tomás Berreta integraba como Vice-Presidente, que presidía el Ing. Don Juan P. Fabini y en el que actuaban los Consejeros Dres. Baltasar Brum, Victoriano Martínez, Luis C. Caviglia, Carlos Ma. Sorín, Alfredo García Morales y Arturo Lussich y don Ismael Cortinas, fue una trinchera de la democracia política y un organismo realizador y competente. Renovado en marzo de 1933 con la incorporación de don Antonio Rubio y el Dr. Gustavo Gallinal y cesando los Dres. Caviglia, Sorín y Lussich, a ellos les correspondería, personalmen-

te, gallarda y altiva conducta, en las horas de prueba del 31 de marzo.

La amistad, por encima de diferencias políticas, de los Consejeros de este período crucial de la historia, se mantuvo estrecha y firme por los años siguientes: don Tomás Berreta en el Consejo Nacional cumplía con inteligencia y patriotismo los deberes de su cargo; y si así procedió desde la posición de gobierno que ocupaba así también procedió, en razón de ello como dirigente político del Partido. Buscó, en efecto, de todo modo razonable y posible, la conciliación y el avenimiento entre los distintos sectores batllistas y aún, colorados. No para borrarlos, ni para colocar unos sobre otros, sino para tratar de evitar que sucediera una ruptura que sólo traería el caos. Por encima de las pasiones desatadas y de las interesadas invocaciones partidarias, estaba el interés superior del país: por muchos meses pensó don Tomás Berreta que la conciliación era posible y debía intentarse; veía con claridad que el proceso conducía, ineluctablemente, a soluciones irreparables y buscaba evitarlas por medio de su acción de acercamiento, sin caer en renunciamentos ni apostasías.

Propuso soluciones en distintos sentidos, dentro de la Constitución y la Ley para conducir el proceso, con paciencia y prudencia, a acuerdos probables y no cejó en su empeño hasta que estuvo convencido que era imposible intentar nuevas fórmulas de aquiescencia. Pero mientras pudo maniobrar, a riesgo de interpretaciones falacias o de opiniones equívocas o torpes, él conservó imperturbable su serenidad para preservar hasta el máximo posible, las instituciones legítimas de la República.

Dos años estuvo en el Consejo don Tomás Berreta, desde marzo de 1931 a marzo de 1933; dos años intensos, incomprensivos, dañosos, durante los cuales, perversamente, se fueron socavando las bases jurídicas y morales sobre las que se asentaba la legalidad democrática. Dos años sin embargo durante los cuales, ese organismo realizó obra constructiva, luchó con eficacia por conjurar la grave crisis económica de orden mundial que afectaba al país, prodigó soluciones de gobierno basadas en principios superiores de progreso, realizó obra pública y administró con celo y devoción los intereses nacionales que le estaban confiados.

En el momento más trascendente de la República y desde uno de los cargos de responsabilidad más alta, don Tomás Berreta había



sabido honrar su investidura de gobernante y la confianza que el pueblo batllista había depositado en él. Los sucesos inmediatos darían la medida de su grandeza moral, pues sabría cumplir también, con entera dignidad y coraje cívico, su deber de ciudadano y de democrata.

La situación que advenía no tenía origen, por cierto, ni en preferencias, ni en errores ni en selecciones de don Tomás Berreta. No era él responsable de lo que habría de ocurrir, como no lo era, tampoco, de la situación política que tramposamente llevada, vino al final a desembocar en la quiebra de las instituciones nacionales. Ninguno como él estaba, quizás, en mejor situación para permanecer ajeno al conflicto o para recoger posiciones o ventajas. Era, igualmente, reclamado por un lado y por el otro; él utilizó esa situación para intentar conjurar el riesgo que se avecinaba; pero en el adecuado momento, convencido ya de la inutilidad de sus intentos, porque eran muy arraigadas las intenciones con que se estaba actuando, entonces se irguió, sin una vacilación, en defensa de los principios amenazados, precisamente cuando los sucesos se precipitaban, sin otro pensamiento, en ese momento, que el de enfrentar la naciente subversión, con serena y firme energía. Sí, como había escrito Alem: Que se rompa, pero que no se doble! Y así este carácter soberbio, erguido y entero, en una hora de apostasías y concupiscencias, desdén halagos y posibilidades para defender, altivo y bizarro, su credo inmortal, fiel al recuerdo del Maestro ilustre y al dogma intangible de la Libertad, sin cuya plena vigencia, ningún ser humano, en época o país alguno, podrá jamás realizar plenamente su destino.

## 12) EL GOLPE DE ESTADO

El Art. 79 de la Constitución entonces vigente decía, a la letra:

Al Presidente de la República corresponde:

1º) La representación del Estado en el interior y en el exterior.

2º) La conservación del orden y la tranquilidad en lo interior y la seguridad en lo exterior.

3º) El mando superior de todas las fuerzas de mar y tierra, estando exclusivamente encargado de su dirección; aunque

no podrá mandarlas en persona sin previo consentimiento de la Asamblea General, otorgado por dos tercios de votos de miembros presentes.

4º) Nombrar y destituir los Ministros de Relaciones Exteriores, Guerra y Marina e Interior y los empleados de estas Secretarías. (Los demás apartados del mismo Artículo contienen disposiciones conexas con las procedentes).  
Es decir, pues, que la norma vigente, sustituyendo la Carta ini-

cial, quitaba las facultades de jefe de gobierno al Presidente de la República, manteniéndole, sólo, las de Jefe de Estado, encargado de la conservación de la seguridad y el orden y de la representación del país. El gobierno, en cambio, le estaba confiado, por la Constitución, a otro organismo, el Consejo Nacional de Administración, cuyos cometidos se fijaban en el Art. 97 y entre los que figuran, a texto expreso, la instrucción pública, obras públicas, trabajo, industrias y hacienda, asistencia e higiene. Jefe del Estado, el Presidente de la República no tenía participación alguna en la labor del Consejo de Administración, típica, ésta, del gobierno y administración del país, que le estaban especialmente encomendados.

A diferencia, incluso de las Repúblicas parlamentarias, en las que el Presidente, Jefe del Estado, mantiene la continuidad de la función en las crisis ministeriales, en el Uruguay, el Jefe de Estado tenía una función limitada: políticamente era una posición neutral o neutralizada, meramente representativa, sin que pudieran estar incluidos en su responsabilidad, ni los éxitos ni los fracasos del gobierno nacional, que específicamente no le estaban confiados. Los Presidentes anteriores a 1931 no pensaron salir, nunca, del límite de sus competencias, no obstante habérseles planteado, a todos ellos (Drs. Brum y Campistegui e Ing. Serrato) no pocos y arduos problemas políticos. El país era gobernado por el Consejo Nacional y sólo a este órgano competía la función administrativa, conforme la venía cumpliendo desde que se instituyó en 1919.

Cuando el Dr. Gabriel Terra accedió a la Presidencia inició una evidente prédica de intrusión en los asuntos internos de la otra rama del Poder Ejecutivo, cuya gestión, constitucionalmente, quedaba fuera de su órbita y cuya crítica, precisamente por ser el Primer Magistrado, le estaba expresamente vedada, porque carecía de facultades para ello y porque su posición lo obligaba a mantenerse



al margen de la labor que cumplía la otra rama, la pluripersonal, del mismo Poder que él integraba.

Parece imposible que se pueda admitir disculpa alguna para la actitud de un Presidente que ocupa el más alto cargo institucional, y lo utiliza para denostar y repudiar a otro órgano al que debe necesariamente respetar, pues no fue elegido para gobernar con él sino para desempeñar otras funciones y en otra órbita constitucional.

Sin embargo, el doctor Terra, en lugar de cumplir su deber dentro de la función neutral y superior que tenía asignada, se dedicó primero a ignorar la posición del Partido al que debía el cargo; después a plantear consecutivos problemas políticos y más tarde a denostar abiertamente al Consejo Nacional y al sistema constitucional vigente y reclamar la reforma de la Carta, fuera incluso de las disposiciones que ella misma establecía para su reforma.

Se trataba, como es evidente, de una verdadera subversión, iniciada y sostenida por el Primer Magistrado de la República. Era indudablemente un vicio y un riesgo un Ejecutivo dual, en el que una rama tenía la función y otra la fuerza: un conflicto entre ambas arrojaría al país quién sabe a qué aventura. Era, también, un hecho real de inestabilidad, pues si el que tenía la fuerza quería usarla, le bastaba con provocar diferencias, suspicacias y controversias para promover, artificialmente, cualquier conflicto y satisfacer sus ansias inconfesables. Era también, la Carta Constitucional entonces en vigencia, una contradicción, pues confiando a un Colegiado la administración del país, le daba en cambio a una sola persona la jefatura de la fuerza pública, mientras que aquél sólo retenía la fuerza moral del Derecho. Producto de una transacción, la Carta regiría en paz y en orden a la República, mientras subsistiera la política de armonía y de respeto a la norma escrita, que habían impuesto a su gestión los anteriores Presidentes, y mientras viviera Batlle que era el centro de gravedad de la política nacional.

No interesa aquí saber si el autor del golpe de Estado pensó desde el primer momento en esa solución: en lo que pensó y de ello no hay duda, fue y desde el momento inicial de su gestión, en sacar a ésta del plano secundario que la Constitución le otorgaba y sacarla de buenos o de malos modos, pero sacarla y no para el siguiente mandato, sino para el propio. Esto se hizo evidente cuando la actitud del Magistrado fue cada vez más hacia el extremo de las rupturas inevitables. El Dr. Terra se encerró yendo más allá de lo que

era permisible y ese exceso lejos está de poder justificarse calificándolo de impremeditado, porque el menos no se podrá negar que el Presidente sabía lo que hacía. Así fue obstruyendo salidas, trancando puertas, quedando reducida cada vez más su capacidad de maniobra, hasta que llegó un momento en que la ruptura, buscada o provocada, se apareció, al menos para su posición, también como inevitable. Cuando años después dijo que había preferido ser dictador antes que pasar por poble diablo, confesó en puridad ese hecho: había obturado todos los caminos, para no poder más tarde volverse atrás. Con razón dijo en la Asamblea General aquella noche histórica el Dr. Eduardo Rodríguez Larreta, aludiendo al mensaje presidencial en que se decía que las medidas prontas de seguridad adoptadas respondían al deber de reprimir la conmoción interna que vivía el país, que la invocada conmoción había nacido, había crecido, se había desarrollado y había cristalizado, por la acción directa del Presidente de la República.

Así era, en efecto. Pero más aún: aparecía entonces el Presidente como reaccionando contra la actitud soberana de su propio Partido, que no lo secundaba en su pregonado afán reformista; rodeaba ahora su gestión de otros fines, se entrevistaba secretamente con los dirigentes del anti-batlismo y se acercaba a los grupos políticos de la reacción y el conservadorismo, precisamente a aquellos a los cuales Batlle había enfrentado a todo lo largo de su lucha. Era típicamente el salto hacia el extremo opuesto, el movimiento pendular desde la renovación y el progreso, al enlentecimiento de las conquistas democráticas y la acción artera de los círculos privilegiados y reaccionarios. Se trataba de hacer ahora, en el país, aquello que Batlle había evitado: el regreso a las formas caducas de la política inspirada en los intereses sectoriales, la anulación de la libertad, el privilegio de las minorías expoliadoras de la economía, el desconocimiento de la norma jurídica y el establecimiento de la reacción y el personalismo degradante.

El propio autor del golpe de Estado fue su primera víctima; el Presidente debe actuar de modo que la situación no lo lleve a quedar solo, enfrente del dilema insuperable, obligado a caer desde muy alto a un fracaso cierto o mantenerse allá arriba, pero a costa de un perjurio y una traición. El 30 de marzo, ya echadas las suertes, los gobernantes demócratas lo acusaron de "montar en la sombra la máquina de la dictadura". El tomó providencias desde el Cuartel



de Bomberos, estableciendo la censura previa de la prensa e interviniendo algunos organismos públicos y decretando la vigilancia de dirigentes políticos; cuando la Asamblea General le ordenó que levantara dichas medidas, de las que había dado cuenta diciendo que quienes lo acusaban o eludían su deber de iniciarle juicio político o temían hacerlo por no haber dicho la verdad, dió razón a quienes precisamente lo acusaban: la máquina estaba pronta y empezaba a andar, sobre las ruinas de la legalidad destruída y la libertad ultrajada.

El Dr. Brum recibió a balazos a los funcionarios policiales que iban a prenderlo y en un gesto de deliberada inmólación, para regar con su sangre la naciente dictadura, se quitó la vida en la media tarde del 31 de marzo. Los demás Consejeros Nacionales fueron detenidos y varios otros dirigentes políticos. Don Tomás Berreta fue confinado en la Escuela Naval, por su lealtad a las Instituciones escarnecidas. Había hecho cuanto había podido por evitar el golpe y ahora estaba allí, en una prisión del Estado, sereno e indignado por la traición imperdonable, pero firme, sin una desviación, en su devoción por la causa de la libertad y la democracia.

Había llegado al gobierno por el voto popular y salía de él por el imperio de la fuerza. Estaba de nuevo pronto para la etapa siguiente con el ardoroso corazón y la decisión enérgica que le eran característicos. De un lado la dictadura, con su cohorte de vergüenzas y apostasías; del otro lado el pueblo y sus grandes dirigentes, dispuestos a la lucha sin cuartel por el restablecimiento de las libertades públicas.

Un ciclo se cerraba: el golpe era en puridad una reacción contra Batlle y su obra. Pero otro se abría: el de la reivindicación de esa historia eminente. Toda la reacción contenida, toda la ambición derrotada, toda la inquina inconfesada de los envidiosos y los extraviados, salían ahora a la superficie en la forma de un motín policial reptante y menor, que retrotraía al país a las épocas más sombrías de su historia. Nunca debió llevarse a cabo. No fue solución, sino euforia pasajera, al mismo tiempo tramposa y deleznable. Pasó tan pronto como las fáciles esperanzas se desvanecieron y la continuidad del sistema se quebró, cuando el poder irrefrenado cayó en el agotamiento y el fracaso. La vida política, como la vida, conoce un estilo de razonamiento, contienda y dureza que no superan los desplantes ni los excesos ni la traición. Enseguida o casi enseguida

debió volverse a las formas pasajeramente destruídas, pero la estela de la ignominia no se borró del registro histórico. Un golpe de estado en el Uruguay para destruir hasta el recuerdo de Batlle... No sirvió, porque a Batlle no se le podía vencer ya: antes de seis años estaban restablecidas las libertades políticas y catorce años después era de nuevo un batllista, pero esta vez un batllista auténtico, no un disfrazado, el que volvía a ceñir, bajo el imperio de la Libertad y el Derecho, la banda presidencial: precisamente el detenido de la Escuela Naval en este día nefasto, Don Tomás Berreta. ¿Quién era, pues, el vencedor y quién el derrotado del 31 de marzo?



## CAPITULO V

### LA PLENITUD (1933-1947)

#### 1) PRIMER DESTIERRO

Don Tomás Berreta sentía la poderosa indignación que en su ánimo provocaba el derrumbe institucional, por el mismo hecho en primer término y porque significaba un traicionero intento de destruir la inmensa obra de redención y de justicia realizada por Batlle y su Partido. De inmediato dirigió la vista a la situación de todos aquellos, muchísimos en todo el país, que estarían ahora desconcertados y comprometidos, frente a la dureza de la nueva situación, por los vínculos que los unían con él a través de la acción cumplida en tantos años y los deberes de la amistad y el reconocimiento. Como pudo hizo llegar a unos y otros su saludo, su palabra de aliento, la necesidad de que no se perdieran posiciones ni cargos, siempre, desde luego, que no resultara alterado el honor o el deber. Temía que fueran como siempre, los débiles, los humildes, los que menos tienen, los que hubieran de sufrir las iracundias de un régimen vengativo y represivo, que hiciera pagar a los inocentes por su amistad con él o con los demás dirigentes traicioneramente desplazados de sus cargos. No se refería, es claro, a quienes tenían responsabilidad por ejercer la representación popular, por los cuales, todos los suyos caídos juntos con él, leales y solidarios, sentía honda gratitud sino a aquellos otros que en las distintas jerarquías de la administración estaban evidentemente amenazados. Enseguida pensó, también, en luchar incesantemente para reponer la legalidad destruida y levantar otra vez el edificio de la libertad y la democracia. Empezar de nuevo, como cuarenta años antes, cuando Batlle empezaba, con él como leal amigo a su lado, la magna empresa de construir un país justiciero y progresista.

¡Empezar otra vez! Sabía que no todo había sido en vano; que una conciencia legalista había en la República; que sus luchas por la redención del trabajador de la tierra, del joven estudiante pobre, del vecino necesitado o perdidioso; que las obras públicas que había

construido y los ejemplos de dignidad cumplidos en los extensos años de combate cívico, habían necesariamente dejado una huella profunda en el espíritu popular. Sabía que si físicamente Batlle había muerto, su ejemplo y su obra no morirían jamás y seguían siendo antorcha y guía del país. Pero era cierto, igualmente, que intactas las bases de una conciencia moral superior, se había entronizado en el poder una confesada reacción anti batllista y la destrucción de la Ley, de la significación esencial de la norma jurídica como asiento de la controversia y como regla de la convivencia social, constituían el afán menor y menguado con el que actuaban el gobierno de facto y los hombres que dirigían ahora los destinos de la Nación.

Un hombre preso impedido de acción, es un hombre inútil. Aceptó prontamente la opción que se le ofrecía para salir del país. Antes desterrado que inactivo; antes libre en el extranjero que preso en su tierra. Saldría de la Patria amada para luchar, desde afuera, por la recuperación de las libertades públicas y el restablecimiento de la ley moral y de la norma escrita. Iría fuera del país a empezar, en plena posesión de sus facultades y energías, con más fe que nunca en su causa, más colorado y más batllista que antes jamás se hubiera sentido, más cerca, si cabe, de Batlle, de nuevo su gran lucha, la pródiga cruzada de la reparación nacional, sentida como un imperioso deber de su conciencia cívica.

Por dos o tres días se supo que sería inmediato el destierro del Caudillo. Sus amigos estaban informados y noche a noche, una vez, dos veces, tres veces, en el Puerto, esperaron en vano, muchos de ellos, poder saludar al ilustre amigo, que salía del país por preferir la Democracia y la Libertad a la menguada y servil satisfacción de intereses deleznables; pero Don Tomás Berreta no partió hacia el exilio ninguna de esas noches, previstas como las de su partida. Aquella noche sí, don Tomás Berreta estaba allí, en la baranda del transatlántico que habría de conducirlo a Río de Janeiro. Familiares queridos y un conjunto de amigos, abordo unos, en la escollera otros, rodeaban al insigne repúblico. La irreflexión o la audacia de la adolescencia, llevaron a aquel estudiante menor de edad, aquella noche, hasta el propio señor Berreta, ya en el barco, para saludar, en nombre del padre, ausente por haber entendido que no era esa la noche de la partida, al amigo inolvidable que se ausentaba del país. Y cuando ya se había oído la primera indicación de que los que no viajaban tenían que abandonar el barco, el Dr. Mateo

**Legnani**, desde tierra, a escasos metros de él, le dijo gentiles y emotivas palabras de saludo y despedida. Don Tomás Berreta levantó su voz para contestar. Llamó a su amigo "Senador doctor Mateo Legnani", cargo que éste acababa de perder, expresando, dijo, así su confianza en la recuperación nacional y agregando que marchaba al destierro, para reiniciar la lucha, en vez de quedar inerme e imposibilitado, dijo textualmente, "en la Patria mancillada por la bota chrolada de la dictadura".

No dijo ni pudo decir nada más: una orden perentoria obligó a los que no viajaban a abandonar de inmediato el buque, que minutos después empezó a alejarse de la costa. Las luces de abordó eran cada vez más pequeñas y menos perceptibles. El puerto quedaba envuelto en la oscuridad, solitario y melancólico. Y allá iba don Tomás Berreta, decidido y altivo, a luchar de nuevo por su noble ideal, desde tierra extraña, con el corazón puesto en la Patria que se alejaba de él, por cuya grandeza había luchado y sufrido y por cuya reivindicación moral salía al destierro incierto y lejano. Allá iba fiel a su pasión y a su Partido, el leal amigo de Batlle, el demócrata integral, dispuesto como siempre a luchar con todas sus energías por los ideales inmortales de la libertad política, la dignidad nacional y la justicia.

## 2) EL PRIMER REGRESO

Desde Río de Janeiro don Tomás Berreta viajó al Sur y mucho más tarde a Buenos Aires; en ambos sitios, rodeado de un grupo de familiares vivió pensando en el momento de que pudiera regresar a la tierra uruguaya, a la Patria amada. ¿Cuál camino tomar, ahora, en el destierro, privado del contacto de compañeros y amigos? ¿Qué hacer para recuperar la democracia escarnecida? Un solo camino se abría a su honor y a la dignidad cívica de su conducta, el único que le dejaban los destructores de la legalidad, los que habían abolido las libertades políticas, los que querían destruir la obra de Batlle. Un solo camino estaba expedito según el fondo de su recto criterio en esa hora solemne en que se cerraban las puertas de la legalidad y la lucha pacífica en el terreno legítimo y libre de la controversia dialéctica estaba impedida por la dictadura: el camino incierto, duro y delicado, lleno de riesgos para todos, violento y terrible, de la Revolución. Sin embargo, por más que le costara admitirlo, era ese

el único. La revolución es siempre una incertidumbre y conlleva la violencia que destruye, anarquiza y suprime; pero también de ella salen, muchas veces, las soluciones del porvenir. La violencia es la hija de la arbitrariedad: cuando se cierran las puertas de la Ley, se ha dicho, se abren las puertas de la violencia. No quedaba otra opción al pensamiento democrático, que intentar la recuperación institucional por la única vía posible de los ciudadanos libres: el sacrificio de la revolución.

Don Tomás Berreta, paciente y prudente, sagaz y experto, conocedor, desde sus primeras experiencias, de lo que es la revolución, de la incertidumbre de las marchas, la inseguridad de las incorporaciones, las imprevisiones de los combatientes, la desesperante ineptitud de los iniciados, las temeridades absurdas, las carencias de material de combate y de transporte, que todo eso ha sabido y sentido él en la guerra civil en que le tocó actuar, sabe que el camino único que se deja a su derecho de luchador, es también el peor, el más difícil, el menos seguro. Pero entra a él, sin vacilaciones, convencido que no hay otro, firme en sus derechos de intentar la recuperación y excitado por su deber inexcusable de defender la democracia ultrajada.

Como conspirador, don Tomás Berreta es, también como en todas sus experiencias vitales, un maestro. Sagacísimo, competente para disimular y encubrir, capacitado como el mejor para afirmar voluntades y comprometer adhesiones, experto para saber cuándo se le es sincero y cuando la ofrecida solidaridad es sólo compromiso de circunstancias, estricto para los detalles, responsable y seguro, entra en una etapa distinta de su vida con la misma entereza de siempre y al mismo tiempo con imperio y autoridad de conductor. El no va llevado, él lleva. Pero buen combatiente como es, sabe aceptar direcciones y jerarquías, especialmente de los hombres de guerra, que por su profesión, están autorizados, ciudadanos de honor y dignidad, para orientar la estrategia de la acción planeada. Compromete amistades y obtiene adhesiones, maneja hábilmente el sigilo de las confidencias inesperadas, despista, engaña y evita custodias y soplones y progresa en el afán de ir creando sutilmente a su alrededor, con infinita paciencia y conciencia, la trama imprevisible e indescifrable de la conspiración. Por medio de cartas inverosímilmente enviadas y de mensajes seguros, de "medias palabras" definitorias y de revelaciones refinadas, de ardidés y sutilezas, va andando en el progreso



de la preparación, tan larga, tan extenuante, de tan lento avanzar, pero que se debe cumplir porque ese es el camino, porque ese es el deber, porque esa es la única, la distante, la inasible posibilidad.

La conspiración empieza allá y sigue aquí. Cuando entra en vigencia la Constitución preparada bajo persecuciones y destierros, una disposición transitoria dispone que la llamada Asamblea Constituyente sea la que elija para el período 1934-1938, al Presidente y al Vice Presidente de la Nación. El autor del golpe de Estado no puede ser reelecto, dice la Constitución bajo cuya vigencia fue elegido para el cargo presidencial "ni ocupar la Presidencia durante un interinato o período complementario, sin que medien ocho años entre su cese y la reelección". Debe cesar el 1º de marzo de 1935 y sólo podría ocupar de nuevo ese mismo cargo recién a partir de 1943. La Asamblea lo elige Presidente para el nuevo período, es decir, hasta 1938. Una fotografía que documenta el momento en que varios miembros de dicha Asamblea le informan al dictador que ha sido reelecto, es glosada, en notable artículo periodístico, por el diario "El País". Termina diciendo: "Pendant al cuadro de Blanes! En él, un grupo de patriotas jura morir por la libertad de la Patria. En este que motiva nuestro comentario, un pintor de episodios nacionales podría ver a un grupo de políticos fracasados entregando el último jirón de las libertades públicas de su país, a una dictadura surgida del cuartel y la cuadra policial. Dos extremos! El término más alto de un ascenso y el más bajo de un derrumbe moral!"

Pero la nueva ficticia legalidad se inicia sin desterrados. Está de nuevo don Tomás Berreta, en el suelo sagrado de la Patria. Todos regresan. El vuelve a luchar, con la decisión y el coraje de siempre, a continuar la tarea emprendida. No se da reposo. Va, viene, conspira aquí y allá. Ambos Partidos opositores, el Nacionalismo Independiente y el Batllismo realizan Asambleas en el mes en que, de acuerdo con la Constitución abatida debían realizarse elecciones de Presidente de la República. El Batllismo cumple la suya en el Teatro Albéniz en la noche del 27 de noviembre de 1934. Hablan varios oradores, entre ellos don Tomás Berreta, que enjuicia severamente, con gesto digno y firme, el bochornoso desplante de la situación y la falacia de una legalidad convencional asentada sobre el despojo, la violencia y la traición. Y finalmente, con serena dignidad, el ademán enérgico, el índice extendido, el brazo en alto,

dirigiéndose, acusador, al responsable del intolerable extravío, dice, altivamente: "Dr. Terra ¡Del 1º de marzo usted no pasará!"

El acto finalizó con una cerrada y sangrienta represión y él debe evitar la Policía, porque los dirigentes opositores son perseguidos enseguida para ser encarcelados o desterrados, como el 31 de marzo. Don Tomás Berreta elude la Policía que lo busca por varios sitios, especialmente en Canelones y desde luego, en su quinta de La Paz, donde ha residido. Una madrugada amanece enfermo ya de su dolorosa afección de la próstata, en una zanja de la quinta, donde ha podido mantenerse por horas y desde donde pudo escapar a la requisita policial. Y esa misma mañana, más tarde, el Ministro para-guayo en Montevideo, doctor José Dalquist, fino y distinguido diplomático, lo acompaña hasta la sede de su representación, en la calle Juan Carlos Gómez, frente a la Plaza, para ir esa noche con él hasta Buenos Aires.

¡Otra vez desterrado! Ha estado apenas meses en el país y ya debe salir de nuevo de él. Esa tarde lo rodean en la Embajada su esposa e hijos, que no se separan de su lado, y algunos amigos. Hay que despedirse allí, porque no será posible sin duda, después, hacerlo en el Puerto, para no comprometer la generosa atención del Ministro guaraní. En la noche, zarpa el vapor de la carrera y aún parece más cálida, más íntima que la vez anterior esta despedida del ilustre desterrado. Quizás será porque se piensa en que volverá más pronto que del otro exilio, quizás será porque va más cerca, quizá porque en el fondo del alma bulle una esperanza más próxima o quizá porque él, decidido y aguerrido, conductor siempre y siempre paternal, infunde optimismo y confianza a los demás. Pero es igual el hecho en sí: allá va otra vez a tierra extraña don Tomás Berreta, el batllista leal, el Caudillo prestigioso, peregrino de la libertad y la democracia, a luchar, en la incertidumbre del riesgo mayor, por los grandes ideales a los que dedicó su vida.

El barco se aleja, apenas se ve en la sombra cerrada. Y Don Tomás Berreta, firme y decidido, va en él, segunda vez desterrado. Los que quedan creen percibir su silueta y agitan los brazos en señal de saludo y despedida. El en cambio no parece ver, nadie responde. Irá pensando su noble espíritu en el mal que se le ha hecho al país: el golpe de fuerza divide al pueblo, despierta sentimientos profundos y adversos, abre heridas que en muchos casos no cierran nunca, promueven resistencias heroicas y protestas fratricidas. El va a

cumplir su deber. No tiene dudas, pero el examen de la situación lo lleva a condenar, de nuevo, en el fondo de su pensamiento, la criminal aventura que ha abatido las grandes conquistas de la democracia nacional. El barco va cubriendo ya el tramo inicial de su ruta. Allá a lo lejos, la costa ya no se ve, envuelta en las sombras de la noche. Don Tomás Berreta levanta los ojos hacia el firmamento y cree descubrir en la bóveda inmensa una tétrica premonición para la nueva aurora.

### 3) EL SEGUNDO DESTIERRO

Don Tomás Berreta llegó a Buenos Aires en esas vísperas estivales de fines de 1934 y salió casi enseguida, sigiloso y encubierto, eludiendo Policías y espías, hacia la frontera norte del país, para comenzar la acción revolucionaria.

Iba al Brasil y tenía ya alertados a sus compañeros para cumplir el plan previsto. Pero no pudo ser. Los amigos que esperaban en su casa de Canelones la orden para actuar, fueron informados en la noche del 30 al 31 de enero de 1935 que el Partido no participaba de la Revolución; ésta estuvo referida a la invasión de Basilio Muñoz por Rivera y Ezequiel Silveira por Cerro Largo, que lucharon en los montes del Río Negro y por don Ovidio Alonso que lo hizo en el Paso de Morlán. Pero don Tomás Berreta no participó en el movimiento para el que tan paciente y capacitadamente había preparado a sus compañeros y se había preparado él. Se mantuvo por días en la frontera, huído y sigiloso, escondido en montes y quebradas de Río Grande. Una madrugada lo sorprendió dormido en un cementerio abandonado y una anciana indígena que visitaba el lugar, dió café caliente al "castellano" errante. Estuvo refugiado algunas semanas en la estancia de los Brum, en Garupá, y eludió repetidamente la acción represiva de las fuerzas estaduales, alertadas por el gobierno uruguayo; había sido encarcelado, también, en un Cuartel de Artillería. Estaba hondamente afectado por el fracaso del movimiento y por su dolorosa enfermedad, que reclamaba con urgencia la atención facultativa.

Vuelto por fin a Buenos Aires, fue operado en el Senatorio Podestá por el Dr. Gilberto Elizalde, "el argentino selecto" como le llamó el Dr. Santín Carlos Rossi en la dedicatoria del pergamino que los compañeros de destierro de don Tomás Berreta obsequiaron

al prestigioso facultativo "por su actitud de médico, de argentino y de hombre para con el ciudadano uruguayo don Tomás Berreta, en las difíciles horas de dolor por las que acaba de pasar este distinguido compatriota". ¡Cómo había sufrido! Los dolores intensos de su malestar, las privaciones de la vida errabunda y dura a que tuvo que entregarse en aquellos días, el quebranto moral producido por el fracaso, todo se conjuntó para atenacear al máximo al ilustre proscrito. Pero todo lo soportó don Tomás Berreta, de estirpe indomable y valor sin igual, manteniendo enhiesta su moral y firme su posición liberal y democrática. Cuando pudo llegó a la capital argentina para atender su salud, y hacer frente a una dolencia que no le había dado tregua en toda esta última etapa de su extraordinaria existencia.

Algo más mostraron los destierros de don Tomás Berreta, este igual que el anterior: su notable capacidad personal para formar amigos, para despertar afectos y adhesiones. En todas partes que estuvo una y otra vez, en el Sur del Brasil igual que en el litoral argentino, lo mismo en Buenos Aires que en Porto Alegre, igual en Paraná o Concordia que en Dom Pedrito o Uruguayana, en Caxías do Sul o en Río Grande, que en todos estos sitios y aún en más estuvo desterrado don Tomás Berreta, era igual el suceso que se formaba con su presencia y eran legión los amigos que quedaban tras de sí. Ejemplar como era para sus actividades personales y dinámico y valiente para toda suerte de riesgos y luchas, admiraba por su simpatía personal, por su entereza moral y por su coraje. Escribió en varios periódicos y lo mismo que los industriales y productores del Brasil o los abogados e historiadores de Entre Ríos, cuando el juicio que se le hizo para internarlo, igual los hombres del pueblo como los que estaban más alto colocados, todos eran amigos, admiradores y solidarios con el uruguayo proscrito, que peregrinaba fuera de la Patria por defender los grandes principios de la civilidad y la democracia. Así en Brasil fue proverbial su amistad con dos dirigentes ilustres del gran país norteno, con el Gral. Flores da Cunha y con el Dr. Oswaldo Arana; y así lo fue también en la Argentina con los Drs. Alda y Sampay, abogados litorales que lo patrocinaron, con otros juriconsultos, en el proceso mencionado o con el Jefe del Radicalismo Dr. Marcelo T. de Alvear o el líder socialista Dr. Alfredo Palacios, que fue también su defensor.



Había soportado lo más que se puede soportar en tan difíciles y comprometidas circunstancias: el dolor moral del destierro, la angustia del fracaso, la ira necesariamente contenida por la incompreensión y el error, la tortura física de un mal tremendo y agobiante. Había demostrado un estoicismo ejemplarizante en una hora de prueba y aún sin éxito inmediato, porque el movimiento había fracasado, era sin embargo y en rigor un triunfador, porque las adversidades y las privaciones no doblegaron su corazón altivo y su gesto duro de resistencia no fue abatido jamás.

Pero quedaba cerrado el camino revolucionario. El destierro era ahora un cilicio agobiador. Lejos de la Patria, fuera del contacto de los amigos, privado de actuar, superada la etapa subversiva, aquella gran ciudad caía sobre él como un peso insoportable. Vivía en estricta situación, porque toda su vida había despreciado los bienes materiales y no tenía fortuna personal. La quinta debía producir lo necesario para mantener en tierra extraña al uruguayo eminente que con sus sufrimientos y privaciones demostraba su acrisolada honradez, y que con su carácter indoblegable y su voluntad de acero probaba, al mismo tiempo, el temple extraordinario de su espíritu.

Sin una vacilación ni una queja, sin dar cuartel ni pedirlo, firme en su oposición a la situación de ignominia que vivía el país, allá estaba en la ciudad indiferente el batllista cabal, paladín de la libertad conculcada y la democracia destruída, esperando que las circunstancias le abrieron de nuevo la opción cívica para entregarse otra vez, ardorosamente según su formación y su conducta, a la vorágine de la lucha política, nunca más desigual y comprometida, quizás, que esta vez, pero nunca tampoco por eso mismo, más tentadora y atrayente y más llena de posibilidades para la reivindicación y la victoria.

Por fin, para fines de 1935, se anuncia que serán levantados los destierros. Regresa al país en diciembre de dicho año, después de trece meses de exilio. La costa de Montevideo se perfiló nítida en la mañana estival para el viajero pletórico de añoranzas. Ahí estaba de nuevo la Patria, sangrando por todas sus heridas, dolida y martirizada por la traición y la falacia de una legalidad hipócrita y convencional. Era la Patria, estaba de nuevo allí, ante su vista, necesitada más que nunca de sus hijos honrados para luchar por su reivindicación y por su honra. Don Tomás Berreta pisaba de nuevo el suelo sagrado, para entregarse con toda su energía y su entereza cí-

vica, a la gran obra de restauración que el pueblo necesitaba y que, según el fondo de su conciencia luminosa, Batlle reclamaba, desde la inmortalidad, como una exigencia inexcusable del decoro nacional.

#### 4) EL NUEVO REGRESO

Canelones se aprestó a recibir a su abanderado insigne con una gran fiesta cívica. A pesar de las dificultades y limitaciones que imponía la especial situación que se estaba viviendo, a pesar de los riesgos que importaba rodear las tribunas de la democracia en aquellas horas de represión y de contralor estricto de las libertades políticas, a pesar de las persecuciones registradas en las personas de funcionarios públicos exonerados de sus cargos por su condición de opositores de la situación o simplemente por defender los principios de la democracia, a pesar de las represalias contra estudiantes y obreros por el simple hecho de cantar el himno nacional, o asistir a homenajes a los grandes mártires del civismo, Dr. Baltasar Brum o Dr. Julio César Grauert, todo el ejemplar Batllismo de Canelones se aprestó como un solo hombre para recibir al gran líder, en su regreso jubiloso a la ciudad.

"La Razón" periódico fundado a sus instancias, en su Casa, por un grupo animoso de sus amigos, entre sus dos destierros, anunciaba el jueves 9 de enero a todo lo ancho de su primera página, en un gran título: DON TOMAS BERRETA EN CANELONES. LLEGARA A NUESTRA CIUDAD EL PROXIMO DOMINGO. Agregando: "El prestigioso líder del Batllismo Departamental comprobará ese día que las filas partidarias son cada vez más compactas y que esa bizarra falange ciudadana, hoy como ayer mantiene inalterable su fe en el luminoso porvenir de la democracia y en los orientadores que han pasado por encima de todas las vicisitudes, levantando siempre bien alto el ideal que dignifica la acción y ennoblece el espíritu". Y un retrato de don Tomás Berreta engalanaba la misma página anticipando la gran jornada del 12 de enero.

Así fue en efecto. Una multitud fervorosa y entusiasta, en la que por primera vez los contingentes femeninos incorporaban su aporte de belleza, distinción y decisión luchadora, llenó por completo las dependencias de la gran casa de don Tomás Berreta, donde tenían su sede las autoridades partidarias y el acto se realizó sobre

la calle Batlle y Ordóñez, a cuyo frente se encuentra el edificio. Una caravana de autos y vehículos de todas clases recibió a don Tomás Berreta a la entrada de la ciudad y luego lo rodeó, vivándolo entusiastamente, al pie de la tribuna partidaria.

Nunca se había visto en Canelones una multitud igual, como no fuera aquel día lejano de 1919 cuando vino Batlle. Ahora había gente, gente de todas clases, de todos los sitios, de todo el departamento, Jóvenes que recién iniciaban su lucha política y dirigentes experimentados, mujeres y hombres estaban todos allí, rodeando tumultuariamente a don Tomás Berreta y mezclando con los vivas al gran caudillo, el grito estremecido de emoción patriótica que don Tomás Berreta profirió y que la multitud coreó enseguida como oriflama de combate: Batlle! Batlle!, diciendo con esa sola palabra todo lo que había que decir para definir el credo inmortal de la libertades políticas y la democracia.

El Dr. Mateo Legnani, que había despedido a don Tomás Berreta desde el puerto de Montevideo en abril de 1933, cuando marchaba desterrado al Brasil con la vista puesta en su Patria que se le alejaba, lo recibe ahora, de nuevo en la Patria, en enero de 1936, menos de tres años después; y está ahí como siempre gallardo y entero, igual a sí mismo, si acaso más grande que al salir porque los años de extrañamiento le han templado el alma, le han hecho conocer otros horizontes, le han hecho ver la esperanza frustrada y el fracaso roedor y le han retemplado la fibra combatiente y la confianza en la recuperación nacional y la dignificación moral y cívica del hombre de aquellos días. Bien dice el orador que el pueblo está con don Tomás Berreta porque es un hombre honrado y el Batllismo es un Partido de hombres honestos. Y cierra sus palabras con un tremendo apóstrofe: "...Con amor de patriotas "tocará reconstruir el Uruguay y (ellos) entonces recordarán que en "el pretérito, al lado de otros libertadores menos destacados existió "uno que se llamó Artigas y junto a otros estadistas de menor relieve, uno que se llamó Batlle; que el Uruguay tuvo una hora de esplendor, fue país ejemplar del mundo y de América por su culto a "las Instituciones libres y a la democracia y que cuando precisamente iba a llegar a la adolescencia y a poner a prueba sus facultades para la vida, vinieron unos asesinos y lo mataron por la "espalda".

Don Tomás Berreta agradece. Improvisa su discurso, sin buscar las palabras ni la retórica. La frase emerge cálida y serena o vibrante y emotiva, presidida siempre por el heroísmo cívico, la gratitud hacia quienes lo rodean, el recuerdo inmarcesible de Batlle. Elogia al General Julio César Martínez, militar perseguido, Jefe de la Revolución frustrada. Recuerda a los demás castigados, a los que sufren privaciones por la lealtad al Partido y honra a Brum y a Grauert y a los caídos en el Paso Morlán y en el Río Negro. Elogia enseguida a aquellos compañeros de lucha que por defender las instituciones legítimas y la democracia, perdieron sus cargos, enalteciendo así al Batllismo de Canelones: el senador Dr. Legnani, los diputados nacionales, los Presidentes de las Juntas Departamental y Electoral y varios miembros de ambas Corporaciones, algunos de ésta última que fueron exonerados, incluso, de sus cargos administrativos, al Presidente del Concejo Departamental, al Jefe y Sub Jefe de Policía.

Y decidido el ademán y la palabra vibrante, invita entonces a su pueblo a recomenzar la lucha para resguardar y acrecentar la obra cumplida. La resume diciendo "A construir de nuevo la democracia arrasada, a integrar de nuevo aquella formidable falange política que hizo la grandeza y la prosperidad de esta rica zona del país. Al libre examen de todas las conciencias está el recuerdo "de nuestro paso por la vida pública, traducido en una enorme red "de carreteras y puentes, nuestro afán por la suerte de los humildes "trabajadores de que dan cuenta cientos de felices iniciativas que "redundaban en su defensa y beneficio; nuestra preocupación por "la cultura pública de que informa el Liceo Departamental, Institución creada por Batlle; nuestra Escuela Industrial, el Instituto "de Enseñanza Normal que suprimió el actual gobierno, la construcción de Escuelas en todas las zonas; las grandes realizaciones por "el Saneamiento departamental, Salas de Auxilios, hospitales. Todas "ellas dicen con elocuencia cómo cumplieron su deber el Partido "y sus hombres de Gobierno".

Y levantando la mirada hacia el porvenir, con acento resuelto, pausadamente, como marcando las palabras, dice "COMO EN 1904 COMENZAREMOS DE NUEVO". Comenzaremos de nuevo... Sí, hay que empezar otra vez a construir. Y entonces recuerda con emoción a sus compañeros de aquellas jornadas, a los que empezaron con él treinta años atrás, a aquellos heroicos jefes y oficiales de la



División Canelones, al Coronel Acuña y sus amigos de la cruzada redentora. Y agrega: "Nuestro esfuerzo se ofrecerá pródigo y generoso para lograr la reorganización partidaria, tarea que haremos con el pensamiento puesto en los hombres que realizaron la magnífica cruzada civilista de que se enorgullece el Batllismo de Canelones. Ahora como entonces no tendremos otro norte que el bienestar del pueblo y el progreso del departamento y por eso no tengo ninguna duda que el porvenir nos pertenece".

El porvenir pertenece a los luchadores, a los resueltos, a los fieles, a los decididos: por eso el porvenir está con él, junto al pueblo que viva su nombre y que le oye pronunciar las palabras finales: "Correligionarios, valientes amigos en la hora de la adversidad, a todos y en nombre de todos, muchas gracias. Viva la Libertad y viva Batlle!" mientras todos le aplauden clamorosamente y el grito unánime restalla en la calle ciudadana, anunciando las victorias del porvenir: Batlle! Batlle!, como una encarnación trascendente de la esperanza nacional.

## 5) LA REORGANIZACION PARTIDARIA

Tal como lo indicó lo hizo. Dijo que era necesario abocarse con toda energía a la reorganización partidaria y con toda energía se aplicó a ese evento fundamental. Recorre Canelones de una punta a la otra. Va dejando la estela de los baluartes partidarios reabiertos o creados nuevos, en todas las Secciones. Reúne casi semanalmente el Comité Departamental y no se da reposo en la actividad dinámica de las Comisiones del Comité Nacional y de éste mismo. Piensa ya en la necesidad de encarar un plan orgánico de inscripción, para incorporar cientos de miles de mujeres batllistas que en todo el país deben inscribirse en los padrones cívicos. Busca hacer que en Canelones se forme lo antes posible un Comité Femenino y un Comité de Juventud y discute y afina la forma en que se procederá a llevar de nuevo los registros partidarios para estar oportunamente preparados a fin de realizar las elecciones internas que actualicen apropiadamente la integración de los clubes de zona, las Comisiones Departamentales, la Comisión Nacional, la Convención, los Comités Ejecutivos Nacional y Departamentales.

Visita amigos y recibe visitas; atiende las necesidades diarias de cuantos le demandan ayuda o consejo; no se cuida de expresar su repudio a la situación y su solidaridad completa con la República Española, con las democracias occidentales a punto de entrar en la guerra más sangrienta y feroz de la historia. Y hace periodismo de combate, en forma infatigable, escribiendo semanalmente en "La Razón" y también en "El Día" sus claros, directos y sólidos artículos preferentemente en defensa de los agricultores, cuya suerte siempre le ha obsedido. Son todos documentados y claros, enérgicos y seguros. No hay en ellos nada abandonado a la improvisación, el azar o el error. Leyéndolos se tiene la sensación de que aquello que está escrito es verdad, que aquel periodista tiene razón, que su crítica es justa. Algunos de los títulos son definitorios: "Los agricultores no tienen en el Ministro del ramo la indispensable protección a que son acreedores". "El año agrícola". "El precio mínimo del trigo". "Los enemigos de los agricultores". "La reducción de jornales y salarios". "El precio de la uva". "El sulfato de cobre". "Año agrícola desalentador". Pero también polemiza acerca de la reorganización partidaria con el Dr. Pablo María Minelli o se traslada a Rivera, o a Fray Bentos, a Rocha o a Salto en proficuas giras de propaganda política y también en misión partidaria. Y vuelve a escribir, ya proponiendo la inscripción, ya defendiendo a los agricultores, ya recordando virilmente a Batlle, ya anatematizando los excesos de la situación.

¡Don Tomás Berreta periodista! No era la primera vez que la absorbente y cautivante actividad de escribir para el público, bajo el apremio de plazos fijos, para pregonar ideas políticas y sustentar la actividad y la prodigación partidarias, atrapó a don Tomás Berreta. Tanto porque era necesaria la trinchera periodística, cuanto por lo que el periodismo es en sí mismo, responsabilidad, honradez, combate diario, polémica iluminante, pedana para la contienda, confrontación caballeresca, así como también y esto era para él principal argumento, eficaz herramienta para iluminar conciencias, promover el progreso, defender al humilde y al perseguido, predicar la verdad y el bien, y ensanchar y agrandar los centros de poder del Partido, prestigiando su acción y ampliando sus cuadros de lucha proselitista y de divulgación ideológica.

Escribía ahora en "La Razón" como treinta años antes, cuando en 1904, al día siguiente de la última guerra civil, fundó y dirigió

con Froilán Vázquez Ledesma (h.), como secretario de Redacción y con Natalio López Ramos como Administrador en la misma ciudad de Canelones, el periódico "La Idea Cívica". ¡Sugereñte nombre! "La Idea Cívica"... ¿Por qué no simplemente "La Idea", es decir, el modo de ser y de ver, la representación de hechos y cosas en la mente, salida después a andar, como ariete o imán, como espoleo o látigo, para labrar en las conciencias el concepto definidor, el estado eterno de todo cuanto representa sentimiento hondo, pensamiento noble, aspiración vehemente, ansia generosa? "La Idea" es el númen, la divisa, el ritmo de la marcha, amplio, incontenible, expansivo: "La Idea" dilata, extiende, se expande, tranciende, va más allá, no tiene cerco de contención ni calificante diminutorio o limitante. ¿Por qué, entonces, ese agregado, por qué "La Idea Cívica"? Pues porque sí, porque don Tomás Berreta afirmaba así, con el título de su periódico, al otro día de la contienda fratricida, que la lucha ahora no estaba más en la guerra sino en la paz, no en las armas de la fuerza, sino en las armas de la razón. Cívico es civil, ciudadano, popular, común. Lo cívico es precisamente lo contrario de lo militar y de lo eclesiástico. Lo civil no tiene uniforme ni retranca, ni liturgia, ni supone éxtasis ni obediencia, ni disciplinas jerárquicas ni disciplinas dogmáticas "La Idea Cívica" es la idea de igualdad, sin uniformes ni ritos, abierta y amplia que trata de la actividad más pródida, más generosa, más humanitaria, la política, la noble política que dignifica y levanta la condición humana y lucha por el bien común. En Roma el orgullo mayor, antes de ser bastardeado por intereses fiscalistas, era ser ciudadano y la gran Revolución Francesa dió como primer título el de ciudadano a los miembros de la sociedad, desterrando jerarquías y tratamientos privilegialistas. Y cuando, también por el vicio fiscalista, dividió a los ciudadanos, a los elementos cívicos del país en activos y pasivos, tuvo que derogar prontamente la Ley, después que Camilo Desmoulins en un raptó de inspiración soberbia clamara: "Los ciudadanos son aquellos que tomaron la Bastilla. Cuando el pobre era llamado a defender las fronteras, ¿se le preguntaba lo que había pagado de impuesto? A esos ciudadanos a quienes declaráis pasivos para ir a votar, los declarábais activos para ir a morir! Oh estúpidos sacerdotes que ha-

béis votado esa Ley: no véis que según ella Jesucristo hubiera sido inelegible y que relegáis a Dios entre la canalla?"

Sí, el ciudadano es el común, es el hombre del pueblo, el que está en posesión de derechos. "La Idea Cívica" no era sólo el nombre del periódico con que don Tomás Berreta iniciaba en 1904 sus experiencias de combate en esta ciudad: era una definición democrática, una expresión de igualdad, una afirmación de los derechos cívicos, es decir, del conjunto de atribuciones y prerrogativas que el ser humano tiene por su sola y simple condición: era la oposición a la secta y la casta, al rosario y la espada, al traje talar y a la guerrera, era la afirmación de la civilidad democrática que nacía entonces, bajo el impulso de Batlle en la República y que don Tomás Berreta pregonaba con su precisión habitual y con la enérgica decisión de un apostolado.

Y habituado como está al largo y paciente ejercicio de la actividad política, une su labor en el periodismo con su trabajo en los Comités partidarios, pero sin descuidar, por ningún momento, las responsabilidades que tiene como Conductor de un gran conjunto de voluntades batllistas. Propone que se dirija, entonces, un mensaje de salutación a las izquierdas españolas, que en elecciones definidoras han cerrado el paso, en la ya convulsa península, a la CEDA de Gil Robles, a la reacción fascista de las derechas ultramontanas y regresivas. Manuel Azaña será el nuevo Presidente y don Tomás Berreta desde ese momento, vísperas nerviosas de la trágica guerra civil de ese mismo año de 1936, se alinea, junto a sus amigos de todo el país y con todo el Batllismo, en la trinchera de la libertad política y la legalidad, conculcadas por el alzamiento de los Generales Sanjurjo, Mola y Franco contra la gallarda República, dirigida por la pléyade más brillante de hombres de Estado de ese primer tercio del Siglo XX europeo. Como Antonio Machado escribiría estremecido de dolor: "...Pienso en la guerra; la guerra / viene como un huracán / por los páramos del alto Duero / por las llanuras de pan llevar / desde la fértil Extramadura / a estos jardines de limonar / desde los grises cielos astures / a las marismas de luz y sal / Pienso en España vendida toda / de río a río, de monte a monte, de mar a mar."

Y, también, claro siempre en sus planteamientos, sin dejar nunca duda alguna para que se pueda ignorar su conducta o su ideario cívico, se pronuncia entonces, a través de una moción que aprueba



el Comité Ejecutivo Departamental del Batllismo de Canelones y que se publica de inmediato, contra la formación de un Frente Unico o Frente Popular, no sólo, dice, porque debe esperarse a que nuevas autoridades, surgidas después de la reorganización a que está abocado el Partido den su palabra al respecto, sino porque, desde ya, **"el Batllismo debe ser claro y recto en sus actitudes políticas; sólo debe pugnar por el triunfo de su programa escrito, a cuyo exclusivo objeto pide al pueblo su apoyo y no dejar ningún margen para la suspicacia o la explotación de sus adversarios"**.

¡Asombrosa y rígida consecuencia! Don Tomás Berreta, siempre fiel a sí mismo, definido y convencido, no deja nada librado al azar. Es el mismo liberal de 1904, contra las opresiones del dinero, de la fuerza o del dogma, contra la falsificación de la justicia, contra el totalitarismo político, sociológico o religioso, tenga el signo que tenga. Contra todos los desplantes y las filosofías liberticidas que nieguen la dignidad soberana y substantiva del hombre, don Tomás Berreta, sin un desvío, sin una claudicación, mantiene la notable claridad de su pensamiento y entrega generosamente su militancia, al holocausto heroico de su "idea cívica" indestructible: la libertad.

## 6) ABSTENCION O CONCURRENCIA

El problema que dividió al Partido en esos mismos años, cuando quedaron levantados los destierros y liberados los presos políticos, fue el de si se concurría o no a las elecciones previstas para el verano de 1938. De acuerdo con la Constitución emergida del golpe de Estado, redactada por una Constituyente elegida en los días de la anormalidad política derivada de las persecuciones, las prisiones y los destierros de los dirigentes de la oposición, se habían efectuado elecciones de legisladores y gobernantes municipales, aquéllos los cuales reeligieron al dictador y correspondía ahora sustituir a esos organismos mediante una elección que habría de renovar los órganos creados por esa Constitución espuria e ilegítima, incluso la Presidencia de la República. ¿Correspondía que los Partidos de oposición, que no reconocían la legalidad ficticia pregonada por el régimen, decoraran con su presencia, si ello era así, el acto electoral que conforme a la Ley verdadera no

correspondía realizar en la fecha indicada? Las elecciones se efectuarían de acuerdo con una norma inaceptable y rechazada: ¿era entonces admisible concurrir a ellas, legalizar, en cierto modo, su pertinencia, aceptar así, de alguna manera, la nueva ensangrentada jurisdicción, nacida del malón de 1933 y marcada para entonces y para la Historia por la sangre heroica de Brum el Héroe y de Grauert el Mártir de la democracia ultrajada?

O de contrario modo, sin abatir en lo mínimo esos principios definidores y sagrados ¿era adecuado también recoger el guante y plantear la batalla en el terreno y en la forma que la misma situación ofrecía al país? Don Tomás Berreta se pronunció de inmediato por esta última posición. Le parecía muy honrada y sobre todo altamente desinteresada, de obvio y estricto desinterés personal, la abstención que se proclamaba, pero no creía apropiado no luchar, dejar hacer, no actuar, no enfrentar decididamente la dictadura allí donde podía hacerlo, no intentar, siquiera, documentar en forma directa el fraude y la coacción que habían caracterizado los dos últimos comicios situacionistas.

Y, principalmente, porque después de cerrado el camino revolucionario, no quedaba otra alternativa que luchar en el terreno electoral, haciendo de esa concurrencia y de esa lucha el instrumento de batalla cívica indispensable para clarificar la conciencia nacional, documentar los atropellos, las persecuciones y las torturas y obtener la representación que se pudiera obtener, incluso provocar la anulación del hecho si, como todo lo indicaba, era el Partido mayoría en el país frente a los núcleos sostenedores del gobierno usurpador.

Porque, además, lo contrario importaba inacción. Se acuñó por entonces una frase-respuesta que decía, simplemente, "hay que esperar" y que posteriormente se amplió diciendo "hay que saber esperar". Don Tomás Berreta ni quería ni sabía esperar. Esperar... Esperar...! No era esa la conducta que él creía adecuada y constructiva. Esperar es inacción, indiferencia, abandono, falta de fe, ausencia de lucha, esterilidad y, al fin de cuentas, también legalización o conformidad pasiva y simple con las cosas que pasan, con los despojos, los asaltos a la moral, los extravíos oficialistas. Era mejor actuar, discutir, llevar al pueblo a las urnas y al pie de ellas, como en 1875, defender las prerrogativas del sufragio libre y los derechos cívicos de la ciudadanía democrática. Si hay

persecución, que la haya y si hay fraude se documentará y el hombre común y el dirigente partidario se mezclarán para defender derechos inexcusables, que no pueden estar nunca sujetos al albur o el capricho o la autoridad de un gobierno espurio e impopular.

Ya al empezar 1937 Don Tomás Berreta en la Comisión de Asuntos Políticos del Comité Ejecutivo Nacional, que no pudo formar opinión acerca de la inscripción cívica y la posterior concurrencia a las elecciones, después de haber presentado a favor de esas posiciones dos iniciativas concretas, expresó su opinión en forma interversable, diciendo:

Entiendo, como lo entendí siempre que el Partido no puede permanecer en la inacción; que debe buscar en la lucha permanente y diaria en defensa de la soberanía popular y de los principios que la democracia encarna, su engrandecimiento. El Batllismo que ha conocido, porque ha sabido imponerlos, comicios honrados (me refiero, p. ej. a los que fueron tutelados por la Constitución de 1917) sabrá también en las presentes circunstancias, por más azarosas que se presenten, defender o imponer su porción de soberanía, si se intentara desconocerla o arrebatársela, con malas artes o por la violencia... Para agregar: Si en la coacción o el fraude se volviera a reincidir por parte de los mismos gobernantes que conocieron y aprovecharon comicios puros escarneciéndolos después, se habría vigorizado y tonificado la oposición hasta tornarse en clamor público la justa reacción, de cuya gravedad y consecuencias serían los únicos responsables los detentadores del poder que volviendo a incurrir en la misma arbitrariedad no hubieran sabido o no hubieran querido abandonar el imperio de la violencia.

En toda esta primera parte campea, como se ve, la vista amplia y el imperio moral del demócrata y del dirigente que conoce bien la política, porque llama las cosas por su nombre y plantea sin temor la lucha en el plano posible. Pero no anticipa la seguridad de que los nuevos comicios vayan forzosamente a ser manchados por la coacción o el fraude. Si lo anticipa así, como cosa segura, es claro que está empujando a los responsables de la situación a que lo hagan: él deja abierta la puerta, seguro, es claro, de que así será y por ello está dispuesto a la máxima lucha para defender los derechos populares, pero no se anticipa, para evitar in-

cluso que aún antes de actuar, pueda cerrársele el camino por parte del gobierno, al que advierte la gravedad de cualquier situación que al respecto se plantee. No hace la mínima concesión, no abdica de ningún principio, no se aviene a pedir ni a reclamar nada, pero sin confiar en quien no se puede confiar, no pone de su parte nada que pueda conducir, otra vez, al fracaso.

Y mientras tanto, no se da reposo, Sigue recorriendo el departamento y el país y seguro de que el pueblo quiere votar, que es necesario que el pueblo vote, que en los nuevos comicios y en el subsiguiente gobierno, por mayor que sea la represión, por más grandes que sean de nuevo la coacción y el fraude, quizás pueda encontrarse por lo menos el principio de una salida a la situación de fuerza nacida el 31 de marzo, reclama entonces, en el mismo fundamento de su voto, a continuación de lo transcrito, que "si las autoridades actuales del Partido están capacitadas para decidir por el órgano de su Convención lo relacionado con la inscripción cívica, no me parece así en cuanto a la proposición de concurrencia a las urnas. La decisión de intervenir o no en los comicios es mi sentir que debiera ser considerada por el pueblo partidario en las asambleas primarias que realice. La Carta Orgánica provee el procedimiento al establecer que los Clubes de Zona tienen facultades de pronunciarse sobre problemas que afecten la esencia del Partido y el interés básico del país".

Va al pueblo partidario don Tomás Berreta, para que decida. Va a las bases, como Batlle. Quiere que sea de abajo que salga la decisión, no que la impongan los dirigentes. Confía en el pueblo, en su pueblo, él está en contacto con ese pueblo y sabe qué se siente, qué se piensa y qué se quiere allí. No es su decisión fruto sólo de su pensamiento; es también producto y consecuencia del pensamiento popular. Caudillo y conductor eminente, su opinión se integra en la generalidad y la de ésta en la suya y en esa simbiosis prestigiosa, cuando habla no es sólo él el que lo hace: es el pueblo partidario cuyo pulso ha tomado, cuya vibración conoce y cuyas reacciones están en el fondo mismo de su pensamiento y de su acción. "Aún cuando sólo sea para dejar documentados, termina diciendo, y una vez más, los nuevos atropellos que puedan cometerse, debemos salir de la abstención y pasividad electoral, tanto más si se considera que nuestro Partido vió acrecentar sus



contingentes ciudadanos en cada nuevo esfuerzo a que fue convocado".

Don Tomás Berreta, luchador sí, auténtico y gallardo, pero también demócrata convencido e integral, nunca improvisa y actúa siempre respaldado por grandes masas de opinión. Allí está él, en su afán de combatir, en su espíritu íntegro, que se consume en los ardores de su propia llama, que detesta la esterilidad, que va al pueblo a auscultar sus designios sagrados y que sabe actuar con responsabilidad de conductor y clarividencia de estadista. La concurrencia electoral es la oportunidad que se presenta; el arma ya no puede ser la de la guerra civil y con la inflamada palabra, siempre fervorosa y radical, se forma la conciencia pero no se traduce en hechos definidos ni en instancias concretas; el arma ahora es el voto, como cuando Batlle empezó, el voto, el arma que el pueblo debe empuñar, cuyo derecho a utilizarla debe defender el mismo pueblo y cuyas consecuencias debe hacer respetar e imponer también la masa ciudadana tendida en lucha frontal, sin dar cuartel ni pedirlo, con sus dirigentes capacitados y decididos a su frente, contra la situación de ignominia que aherroja la dignidad nacional. A luchar dice enfático y altivo don Tomás Berreta, a votar por las reivindicaciones ciudadanas, el imperio del Derecho, el restablecimiento de las libertades públicas escarmentadas.

Y no se da entonces reposo en favor de su valiente y decidida posición. Recorre amigos en todos los sitios; forma un Comité Nacional Pro Concurrencia electoral con otros distinguidos conciudadanos y lo preside repetidamente; va trabajando una Convención que no se renueva y va recogiendo la opinión y el juicio de los núcleos básicos del Partido en toda la República: su querido Batllismo mayoritario e incontenible de Canelones lo apoya y lo rodea y grandes Asambleas concurrencistas se van realizando; mientras nuevos baluartes partidarios se constituyen: Canelón Chico al Norte, San Antonio, Sauce, Canelón Chico al Sur, Cerrillos, Tala... En todas partes la idea se abre camino y don Tomás Berreta va recogiendo el clamor nacional del Partido en favor de su noble y altiva posición política.

En "La Razón" un trozo de un artículo publicado por el brillante talento del Prof. Juan T. Quilici, puede ser excelente síntesis del pensamiento concurrencista, cuando afirma que "...En cada

"esquina donde la casualidad nos obliga a responder a interrogantes sobre la conducta futura del Partido, dos adquisiciones definitivas forman la mentalidad de los amigos que nos inquietan: la primera es desprecio y rencor irrefrenable hacia todo lo que tenga el sello del oficialismo imperante; la segunda se refiere al anhelo ferviente de que los Partidos de la oposición vayan a la lucha electoral, porque frente a otras claras imposibilidades materiales, la lucha cívica dará oportunidad al pueblo para recuperar el ejercicio de su soberanía y formar a la vez una barrera inexpugnable en defensa del patrimonio nacional amenazado. Compárese este sentir tan rotundamente expuesto con ...un camino cuya esterilidad han comprobado los hombres del pueblo y se tendrá el saldo de razones cada día más afianzadas en la opinión pública, que orientan el camino de los que queremos llevar a las urnas, sin pedir garantías... el pleito entre el sentimiento democrático y los turiferarios del régimen tambaleante. Cuando en el seno de los Partidos de la democracia se genera el sentido de la resistencia pasiva a la acción de los mandones, se les hace el juego a los adulones y sicarios de los déspotas. Nada conviene más a quien ha perdido hasta el respeto a sí mismo, en las diarias e incondicionales aceptaciones de las órdenes del que manda, que esto de librarlo de todo juicio en la hora del enfrentamiento popular".

La Convención se reúne repetidamente, en extensas y clarificantes sesiones, a las que no falta nunca don Tomás Berreta. El Conductor finalmente, pronuncia su discurso central en las sesiones de los días 23 y 25 de febrero de 1938. Es evidente que a esa altura, el mantenimiento de la discusión y la no resolución del punto, perjudica al concurrencismo, porque faltan apenas cuatro semanas para el acto electoral, previsto para el 27 de marzo. El Partido ya ha registrado, para el caso de que se resuelva actuar, tres lemas a saber "José Batlle y Ordóñez", "Baltasar Brum" y "En la oposición por los derechos ciudadanos". Don Tomás Berreta habla y su discurso es también, en extensos períodos, intensa y ardiente controversia con el señor César Batlle Pacheco, líder abstencionista.

Sostiene don Tomás Berreta que no hay otro camino, después de cerrada la instancia revolucionaria y que es necesario luchar,



efectivamente, no sólo con la oposición dialéctica, sino con la acción efectiva allí donde pueda ejercerse. Ahora en el acto electoral. Si se habla de que habrá fraude, es claro que también lo hubo en las dos elecciones últimas, en 1933 y 1934, pero no se documentó en forma apropiada, precisamente porque no concurrió la oposición para comprobarlo expresa y directamente. La única forma será asistiendo a los comicios y verificando todas las operaciones y procedimientos que se efectúen y haciendo respetar los derechos del votante.

Sostuvo enseguida don Tomás Berreta un testimonio franco y claro, acerca del valor que significa obtener representación parlamentaria y recordó al respecto como el propio Santos debió desterrar parlamentarios no ya opositores, sino electos por él y con él a los cuales, como se sabe, les mandó decir que "lo habían aguantado cuatro años y lo tendrían que aguantar otros cuatro", pero documentando fehacientemente de ese modo, los excesos del sátrapa. Tuvo en cuenta otros hechos similares más clarificantes aún. Pudo recordar al diputado Pizarro en la Argentina que después de la revolución del 90, pronunció desde su banca palabras que hicieron renunciar al Presidente de la República: "La Revolución está vencida, dijo, pero el gobierno está muerto". O la incomparable actuación en ese mismo período del único diputado opositor, el Dr. Emilio Frugoni, que fue en esos cuatro años, valga la frase de Anatole France, "un momento (ese momento) de la conciencia nacional".

Habló entonces de Batlle. Recordó que cuando el Dr. Herrera y Obes desarrolló su política llamada de "la influencia directriz" Batlle pasó a la oposición, pero a pesar de que el mismo gobernante hablaba de la legitimidad de una influencia coactiva y facciosa en los comicios, no dejó por ello de concurrir a luchar allí mismo, en las urnas, por la nueva conciencia democrática. Leyó fragmentos de muchos escritos y discursos en los cuales Batlle enjuiciando a los tiranos, recurre al voto popular como arma también eficaz para removerlos. La abstención, añadió don Tomás Berreta, no permitirá en cambio comprobar el fraude, e ir al Parlamento, por ejemplo, no significa colaboración con el gobierno, sino precisamente lucha, lucha frontal contra la situación desprestigiada.

Y entonces pronuncia frases de notable significado político propias de su entereza moral, de su carácter de combatiente deno-

nado y de su honda definición cívica: **EL VOTO ES UN DERECHO DEL PUEBLO, NO UN FAVOR DEL GOBIERNO.** Precisamente el voto libre no se consiguió en 1892 por la gracia del gobierno sino en lucha contra el gobierno. Y Batlle nunca pidió garantías para votar: las obtuvo actuando y no sólo predicando su verbo resonante de progreso social. ¿Qué buscamos ahora? preguntó. Para contestarse: Pues un medio de lucha, el único que se presenta a nuestro examen y alcance es ahora el voto y ese medio lo debemos usar serenamente, con decisión, firmes en nuestras convicciones democráticas. Pero debemos usarlo, no despreciarlo, porque la abstención es inercia y el voto es combate, porque la abstención es pasividad y esterilidad y el sufragio tendrá la virtualidad de una cruzada redentora. Tenemos la tribuna política y la periodística para decirle al país la verdad. Pero no bastan: busquemos otras tribunas, tanto o más efectivas, para cruzar el rostro de la situación con la verdad del pueblo, con la voz sagrada de las muchedumbres nacionales que quieren actuar directamente para condenar a los usurpadores, con el baldón definitivo de la más enérgica y sagrada repulsa popular.

Esta estupenda batalla parlamentaria de don Tomás Berreta es uno de esos hechos transcendentales para juzgar la vida de este gran luchador. Se trata de un terreno que le es, desde luego, familiar, pues que integra la Convención desde la lejana juventud. Conoció las grandes jornadas del Royal, con la asistencia de Batlle y la altura eminente del debate doctrinario, orientado por el Maestro; supo también de las definiciones internas, para la selección de ideas y de candidaturas; ahora estaba allí, al frente de la Sala, para adoctrinar él también, y elegir la táctica de lucha más apropiada la que creía mejor, dadas las circunstancias, para combatir la dictadura. Pero la esgrima dialéctica a que lo conducía el tipo y la calidad de la controversia, no eran comunes a su militancia cívica y sin embargo, antes que despreciarlas las empuñó resueltamente como un hombre entero, que nada teme, seguro de su razón y de su verdad. Aunque fueran esas las armas que menos había manejado, eran las únicas en ese momento y las tomó gallardamente, cruzando frases de punzante y picante escozor, de fina ironía, de mani-fiesta intencionalidad, o de áspera crítica, siempre mantenida en la altura moral que le era propia y en el mutuo y debido respeto, sin ceder ni conceder un ápice de su convicción y sin cambiar ni



entregar terreno en aquella porfiada y ceñida polémica. La ejecutoria cívica del líder quedó allí de manifiesto y su notable perfil de luchador. Aunque perdiera en la votación, había ganado la batalla, porque ese conductor excelso, ese hombre de acción que había distinguido su trayectoria por el ejercicio altamente realizador de importantes cargos ejecutivos, era también el tribuno de la contienda democrática, el pregonero de los ideales del combate sin tregua contra el situacionismo imperante, el recto y elocuente y expresivo orador, que armado con la verdad y la decisión levantaba su oriflama de lucha y consagraba, generosamente, su figura con la devoción de una convicción profunda y expansiva. Don Tomás Berreta demostraba así, en la histórica fluctuación de las escuelas, que no hay elocuencia mayor que la verdad.

La Convención se dividió, es decir, estaba dividida otra vez, casi mitad por mitad. La votación lo denunció de esa manera, porque mientras 387 convencionales se pronunciaron por la abstención, 357, apenas 30 menos en más de 700, lo hicieron en cambio por la concurrencia electoral. Don Tomás Berreta, perdidoso, no dudó ni demoró un momento: de inmediato salió a cumplir enseguida la primera consigna: hacer respetar y prestigiar, con el apoyo unánime, el fallo de la mayoría y en reunión del Comité Departamental de Canelones propuso informar a todos los correligionarios y publicar un manifiesto abstencionista dirigido a la ciudadanía, como a su vez así también lo hacía el Comité Ejecutivo Nacional. Por su parte, en igual sentido se pronunció el Comité Concurrencista, al momento de disolverse, por haber cesado, ya, las causas de su integración.

Con la primera firma, la de él, la de don Tomás Berreta, el Manifiesto abstencionista de Canelones contenía una exhortación a los correligionarios a cumplir estrictamente el acuerdo de la Convención, agregando: "La abstención absoluta e incondicional es el deber partidario de la hora. Cumplirlo sin reservas es mandato de nuestra honradez cívica. Frente a las propagandas insidiosas que intentan desorientar a la masa partidaria (salía así al cruce don Tomás Berreta a las voces interesadas que, tomando pie en la polémica interna, decían que él era partidario de ir a votar) esta voz clara y terminante fijando el imperativo señalado por la dignidad a todos los correligionarios, es la más eficaz respuesta: NINGUN BATLLISTA DEBE VOTAR EL 27 DE MARZO".

Se cerraba el ciclo otra vez. Había que levantar la mirada y buscar bajo el firmamento, otro rumbo para la cruzada. Don Tomás Berreta, como siempre, igual en este que en tantos otros recodos de la historia nacional, ya lo había encontrado.

## 7) REFORMA CONSTITUCIONAL

Con su argumentación sólida y documentada de siempre el Dr. Luis Alberto Brause en la edición siguiente a la elección demostró que el Oficialismo era minoría en Canelones, diciendo en "La Razón" que "Figuran inscriptos en Canelones 48.531 ciudadanos. Entre el oficialismo colorado y el herrerismo sumaron en los comicios del domingo 23.050 votos; aún agregando los observados que proporcionalmente puedan corresponder, no llegarán al 50 % de los inscriptos, a pesar de haber votado, como es notorio, muchos ciudadanos que repudian el actual estado de cosas... Debe agregarse que en el último período, se rehusó a inscribirse la gran mayoría, hombres y mujeres, en condiciones de hacerlo. Y fue precisamente este departamento, uno de los que proporcionalmente a su población y a los inscriptos hasta 1938 menos inscribió. Sobre 436.619 inscriptos en el país, Canelones, tenía 37.119, es decir, el 12 %. Con la nueva inscripción, masculina y femenina, sólo alcanzó a 48.531, es decir que se inscribieron solamente 11.412 (4.918 hombres y 6.494 mujeres). Lo reducido de la inscripción se ve claro si se tiene en cuenta que Florida, que tenía la mitad de inscriptos que Canelones en 1933, incorporó a sus Registros un mayor número: 11.880. Y de lo insignificante de la inscripción femenina se tiene una idea si se observa el Dpto. de Maldonado, que tenía la tercera parte de inscriptos que el nuestro, e inscribió más mujeres que Canelones: 6.551".

Y otro redactor comentaba así el triunfo del Gral. Baldomir: "Por más de 20.000 votos de ventaja sobre el Dr. Blanco Acevedo y doblando ambos al candidato del personalismo tranquilo, el Gral. Baldomir fue consagrado Presidente de la Rpea por el período 1938/1942. Este rotundo triunfo... no corresponde analizando prolijamente las circunstancias que concurrieron a consagrarlo, a la condición de candidato mayoritario que constituye siempre el mayor mérito que puede ostentar el ciudadano ungido



"para la primera Magistratura de un país. En rigor de verdad, los sufragios emitidos a favor del Gral. Baldomir son en su mayoría productos del espíritu ambiente en la República, que expresó de esa manera el repudio producido en el seno del pueblo, por las prácticas y procedimientos antidemocráticos que caracterizan al gobierno surgido del golpe de estado... El Gral. Baldomir que no concurrió, primero, a las elecciones del terrismo porque las sabía viciadas de antemano; que no incluyó en sus listas a ninguna de las figuras más sobresalientes de aquel deshecho político, salvo alguna de excepción que pasó desapercibida para el pueblo; que él mismo a pesar de los detalles que la prensa independiente brindó sobre su actuación era poco conocido para las capas menos ilustradas de la sociedad, se presentó entonces como un candidato de reacción frente al desquicio y en su torno se agruparon todos aquellos ciudadanos que así creyeron materializar su incondicional repudio al régimen..."

Pero don Tomás Berreta, ya había, aún antes de la elección, fijado la nueva gran consigna de la lucha. Inmediatamente después del pronunciamiento abstencionista de la Convención, en la primera reunión siguiente del Comité Departamental cuando propuso la difusión del manifiesto pro-abstención, también propuso que se iniciara de inmediato una gran movilización cívica en todo el país a favor de la reforma constitucional. Un país decía por aquel entonces, no podrá entrar en una etapa de verdadera recuperación, mientras su ley fundamental producto de una arbitrariedad imperdonable, no sea sustituida por una Carta que representando a todo el pueblo, para cuya elaboración éste deberá ser convocado, sea por todos acatada y respetada. La verdadera historia comenzará después, cuando por encima de pasiones y prevenciones, de luchas intestinas y controversias partidarias, surja una Constitución verdaderamente nacional, no producto del escamoteo tramposo de la voluntad popular, sino del libre y consentido acuerdo de todos, colocándola más allá de intereses sectoriales o aspiraciones de Comité.

La misma elección se encargó enseguida de probar la verdad de este aserto, la verdad de que la Carta era simplemente la expresión de un golpe de fuerza y no la voluntad, libremente formulada, del pueblo o, por lo menos, de una grande y verdadera mayoría de éste, cuando las cifras venían a mostrar, en forma irre-

futable, que la elección en que tan empeñadamente votaron los colorados y los blancos situacionistas registraba estas cifras:

Total de inscriptos: 682.734.  
Total de votantes: 357.205.

Deducción de los votantes del Partido opositor "Por las Libertades Públicas" (Fórmula Frugoni-Riestra): 16.901.

Total de votantes oficialistas: 340.304, es decir, menos del 50 % del total de inscriptos; pero como, fácilmente, habían quedado sin inscribir más de 400.000 ciudadanos, claro se deduce que la votación oficialista alcanzó, sobre el total de ciudadanos en edad de votar, menos aún del 35 %, y registrada en una elección que, en muchos circuitos, careció del contralor necesario, porque los dos grandes grupos opositores, Batllismo y Nacionalismo Independiente, no concurrieron a los comicios.

En el mismo manifiesto abstencionista, diez días antes de la elección, se subrayaba, con la firma de don Tomás Berreta en primer término, que "el Comité adelanta a las masas partidarias que entiende necesario reservar sus energías para actividades más fecundas para el bien de todos, cuyo planteamiento ya se ha hecho en el seno de las autoridades partidarias del Batllismo de Canelones". En efecto: era esa actividad más fecunda para el bien de todos, la reforma constitucional que preconizaba don Tomás Berreta.

Dos grandes cargos se le hacían a la Constitución, aparte claro está, de que su origen estaba maculado por la alteración violenta de las Instituciones nacionales: uno, que daba al herrerismo, a través de la obligada composición del Consejo de Ministros y de la mitad del Senado, que conseguiría en cualquier circunstancia, votara o no votara la oposición, con sólo tener más votos que la minoría que más tuviera, la clave de toda la situación política, porque aunque el Partido mayoritario tuviera un millón de votos y el herrerismo la mitad o la tercera parte o la cuarta parte o menos, siempre tendría igual que la mayoría: quince senadores, siempre esa mitad de hierro, por encima de esfuerzos cívicos, victorias electorales o clamor público, aunque perdiera siempre y por lo más que perdiera, esa canongía absoluta e intolerable, la seguiría obteniendo; y otro, que los procedimientos para modificar ese absurdo constitucional lo hacían poco menos que inexpugnable porque para ser refor-



"para la primera Magistratura de un país. En rigor de verdad, los sufragios emitidos a favor del Gral. Baldomir son en su mayoría productos del espíritu ambiente en la República, que expresó de esa manera el repudio producido en el seno del pueblo, por las prácticas y procedimientos antidemocráticos que caracterizan al gobierno surgido del golpe de estado... El Gral. Baldomir que no concurrió, primero, a las elecciones del terrismo porque las sabía viciadas de antemano; que no incluyó en sus listas a ninguna de las figuras más sobresalientes de aquel deshecho político, salvo alguna de excepción que pasó desapercibida para el pueblo; que él mismo a pesar de los detalles que la prensa independiente brindó sobre su actuación era poco conocido para las capas menos ilustradas de la sociedad, se presentó entonces como un candidato de reacción frente al desquicio y en su torno se agruparon todos aquellos ciudadanos que así creyeron materializar su incondicional repudio al régimen...".

Pero don Tomás Berreta, ya había, aún antes de la elección, fijado la nueva gran consigna de la lucha. Inmediatamente después del pronunciamiento abstencionista de la Convención, en la primera reunión siguiente del Comité Departamental cuando propuso la difusión del manifiesto pro-abstención, también propuso que se iniciara de inmediato una gran movilización cívica en todo el país a favor de la reforma constitucional. Un país decía por aquel entonces, no podrá entrar en una etapa de verdadera recuperación, mientras su ley fundamental producto de una arbitrariedad imperdonable, no sea sustituida por una Carta que representando a todo el pueblo, para cuya elaboración éste deberá ser convocado, sea por todos acatada y respetada. La verdadera historia comenzará después, cuando por encima de pasiones y prevenciones, de luchas intestinas y controversias partidarias, surja una Constitución verdaderamente nacional, no producto del escamoteo tramposo de la voluntad popular, sino del libre y consentido acuerdo de todos, colocándola más allá de intereses sectoriales o aspiraciones de Comité.

La misma elección se encargó enseguida de probar la verdad de este aserto, la verdad de que la Carta era simplemente la expresión de un golpe de fuerza y no la voluntad, libremente formulada, del pueblo o, por lo menos, de una grande y verdadera mayoría de éste, cuando las cifras venían a mostrar, en forma irre-

futable, que la elección en que tan empeñadamente votaron los colorados y los blancos situacionistas registraba estas cifras:

Total de inscriptos: 682.734.

Total de votantes: 357.205.

Deducción de los votantes del Partido opositor "Por las Libertades Públicas" (Fórmula Frugoni-Riestra): 16.901.

Total de votantes oficialistas: 340.304, es decir, menos del 50 % del total de inscriptos; pero como, fácilmente, habían quedado sin inscribir más de 400.000 ciudadanos, claro se deduce que la votación oficialista alcanzó, sobre el total de ciudadanos en edad de votar, menos aún del 35 %, y registrada en una elección que, en muchos circuitos, careció del contralor necesario, porque los dos grandes grupos opositores, Batllismo y Nacionalismo Independiente, no concurrieron a los comicios.

En el mismo manifiesto abstencionista, diez días antes de la elección, se subrayaba, con la firma de don Tomás Berreta en primer término, que "el Comité adelanta a las masas partidarias que entiende necesario reservar sus energías para actividades más fecundas para el bien de todos, cuyo planteamiento ya se ha hecho en el seno de las autoridades partidarias del Batllismo de Canelones". En efecto: era esa actividad más fecunda para el bien de todos, la reforma constitucional que preconizaba don Tomás Berreta.

Dos grandes cargos se le hacían a la Constitución, aparte claro está, de que su origen estaba maculado por la alteración violenta de las Instituciones nacionales: uno, que daba al herrerismo, a través de la obligada composición del Consejo de Ministros y de la mitad del Senado, que conseguiría en cualquier circunstancia, votara o no votara la oposición, con sólo tener más votos que la minoría que más tuviera, la clave de toda la situación política, porque aunque el Partido mayoritario tuviera un millón de votos y el herrerismo la mitad o la tercera parte o la cuarta parte o menos, siempre tendría igual que la mayoría: quince senadores, siempre esa mitad de hierro, por encima de esfuerzos cívicos, victorias electorales o clamor público, aunque perdiera siempre y por lo más que perdiera, esa canongía absoluta e intolerable, la seguiría obteniendo; y otro, que los procedimientos para modificar ese absurdo constitucional lo hacían poco menos que inexpugnable porque para ser refor-



mada la Constitución necesitaba que aprobaran la reforma la mitad más uno de los inscriptos, votando pues en contra los muertos los ausentes, los indiferentes, los remisos, los desentendidos de la cosa pública. Un Senado de medio y medio y una reforma plebiscitariamente imposible, colocaron pronto la opugnación política en los términos más radicales y claros: de un lado el herrerismo y del otro lado los reformistas. ¿Pero quiénes eran reformistas? Lo eran los baldomiristas, cuyo Jefe cuando empezó a gobernar ya vió que no podría hacerlo; los blancoacevedistas, que participaban de la situación, el ex riverismo que integraba el baldomirismo; las fracciones menores perjudicadas porque el gobierno del Dr. Terra suprimió el tercer escrutinio para las elecciones de 1938; y finalmente las dos grandes Agrupaciones opositoras el Batllismo y el Nacionalismo Independiente. Antes de que se estableciera en forma el nuevo gobierno y empezara a actuar, ya el país tenía la consigna: la Reforma Constitucional, que todo el pueblo apoyaba con excepción, exclusiva, del herrerismo, atrincherado en las posiciones obtenidas merced a las absurdas disposiciones de esa misma Constitución.

Ahí estaba ahora planteada, en términos de hierro, una verdadera opción nacional. La profética decisión de don Tomás Berreta, planteando la reforma antes mismo de la elección, daba carácter nuevo y espléndido a la lucha cívica.

Y véase ahí la notable sensibilidad del Caudillo: cuando caen las Instituciones, se vuelca a la Revolución, pero el procedimiento fracasa por razones que no le son imputables. Vuelve en cuanto puede al país y enseguida percibe el arma nueva: el voto popular, en las elecciones a que convoca el oficialismo, como otra única alternativa, pero vuelve a fracasar, derrotado en la Convención casi cuando ya no quedaba margen para la acción efectiva; no comenta el hecho ni se encoleriza por haber perdido, sino que mantiene la cohesión interna y la unidad, pero levanta la mirada y busca enseguida otra consigna. Y la encuentra sobre la marcha: la Reforma Constitucional ¡Admirable estrategia! Sabe bien el Caudillo que el pueblo necesita una bandera inmediata, que las antífonas de la lucha deben ser directas y claras y, sobre todo, sin solución de continuidad: que hay que tener un motivo básico, orgánico y simple para seguir adelante. Que no se debe esperar nunca a que sea otro el que recoja las banderas populares y que, nece-

sariamente, se debe siempre marchar a favor de los imponderables, de las grandes normas de acción que se entregan al pueblo, evitando el movimiento pendular, tan grato a las radicalizaciones peligrosas y muchas veces contraproducentes, el que debe ser encauzado con expresiones concretas y definitorias. Y levanta la bandera de la reforma, después que la Revolución fracasó, que la concurrencia electoral fracasó también. Ya ha visto, antes de que el pueblo vote, que en esa Constitución hay una trampa escandalosa y absurda; que el herrerismo ha cobrado peaje usurario para apuntalar la dictadura y que al nuevo Presidente, sea éste el que sea, no le va a ser fácil gobernar, aparte de que al país, esencialmente, siempre le será perjudicial una Constitución que contiene y frena a la mayoría y transforma en cambio en gendarme y carcelera a la minoría, por más extraviado que sea su propósito y aún por más menguado que sea su prestigio electoral. Y entonces, antes de que sus amigos y el país puedan reponerse de la derrota que significa la abstención, que él sabe cómo duele porque la ha sufrido más que ninguno, ya le dice al pueblo que una consigna esencial le reclama atención y esfuerzos, y que en vez de desesperar porque de nuevo se ha cerrado un camino efectivo y esperanzado de lucha y de victoria, sepa que otro se abre; enseguida, distinto, menos fragoroso, de menos riesgo, pero igualmente espléndido para la eficacia y el denuedo de la lucha e igualmente pródigo y fecundo para las reivindicaciones cívicas reclamadas... Estupenda calidad dirigente la de don Tomás Berreta, que sabe escoger, de entre la maraña, en cada vuelta de la sinuosa situación, la punta del enredo endiablado, que le permite ir adiestrando los acontecimientos y moviéndolos al vaivén del ansia y la esperanza del pueblo, para estar siempre junto a éste, a su lado o a su frente, en la acción y en la lucha que él quiere tener, que son aquellas que sirven para orientar una consigna definida y que cuentan por eso mismo, al instante de formularse, con el apoyo y el entusiasmo aguerrido y generoso de las grandes masas cívicas de la opinión. En esa dimensión nacional del Caudillo está dada su grandeza; conocer al pueblo, intuir dónde está la divisa que desea tremolar, formularla en los términos más concretos y directos, para que llegue al cerebro y al corazón de todos, afectando lo mismo la intelectualidad que el sentimiento del pueblo: he ahí la estatura política del verdadero Conductor. Ahí Don Tomás Berreta lo era en grado eminente: el surco



y la siembra le habían hecho conocer la maduración y el fruto; la alegría y la victoria, la derrota y el dolor, lo habían templado y endurecido; la lucha política, el conocimiento del medio y el hombre le habían hecho comprender la vida: era ya un Conductor fuerte y sereno, que por difíciles que fueran las circunstancias, conocía el ritmo y el rumbo: en adelante, daría él también, el sentido y el pulso de la marcha.

## 8) EL MITIN DE JULIO

El incontenible empuje reformista orientado por los partidos opositores se concretó meses después de la elección en un formidable mitin de masas realizado en julio de ese mismo año de 1938. De todo el país afluyeron a 18 de Julio cientos de miles de ciudadanos, entervorizados por la consigna reformista, para proclamar clamorosamente NUEVA CONSTITUCION Y LEYES DEMOCRATICAS. El Comité Nacional Organizador con sede en el Ateneo y que, entre otros también integraba don Tomás Berreta concretaba de ese modo la divisa de la oposición: contra el exceso y la funesta herencia del régimen de marzo, una nueva Constitución, por todos acatada y formada por la voluntad y con el apoyo expreso de todos, sería prenda de paz y garantía de reencuentro nacional, permitiendo abrir una fecunda etapa nueva para encarar las soluciones de los graves problemas pendientes.

El día 19, fijado para el mitin, éste no se pudo realizar por el mal tiempo, aunque igualmente miles y miles de entusiastas personas se dieron cita en el lugar fijado para sus respectivas concentraciones. Al día siguiente una muchedumbre como hacía mucho tiempo no se veía igual en la Capital del país, desfiló reclamando la reforma constitucional y oyó y aplaudió los discursos de los oradores designados, entre ellos y en nombre del Batllismo, precisamente Don Tomás Berreta, cuya consigna reformista había sido dada antes de la elección como un anticipo del gran encuentro democrático que el país reclamaba.

Dijo entonces don Tomás Berreta en la magna Asamblea después de agradecer emocionado la ovación con que fue saludada su presencia en la tribuna, que ese espectáculo del pueblo en la calle viviendo la democracia recordaba la magnífica concentración cívica vivida a su turno en Buenos Aires, medio siglo atrás, recla-

mando también leyes justicieras, cuando el Jefe de Policía Coronel Dellepiane informaba al Presidente de la magnitud del acto, diciéndole: ¡Todo el pueblo de Buenos Aires está en la calle! lo que podría también decirse esta noche agregó, cuando todo el pueblo del Uruguay se ha lanzado a la calle, dando un alto ejemplo de civismo, de entusiasmo y de cultura. "Sé que habrá quien pueda decir al gobierno que fue un fracaso, pero aquí está el propio pueblo respondiendo a la historia con su pujanza".

Y dice entonces textualmente:

Para obtener una nueva Constitución no voy a intentar hacer el balance de los cinco años vividos, entre atentados constitucionales y escándalos administrativos, destierros y torturas, medidas extraordinarias, confinamientos, censura a la prensa y clausura de diarios independientes: ahí están los hechos, en páginas de dolor y de tragedia. El pueblo, sobre haber sido afrentado en sus derechos y libertades, ha sido abrumado por nuevas cargas impositivas imposibles de sobrellevar; el comercio colocado en constante inestabilidad; las industrias extractivas y manufactureras soportando la desorientación propia de la incomprensión venida hace cinco años desde lo alto. Y como corolario: negociados nunca conocidos en los anales del trabajo (y a costa del mismo) agregándose a ello el encarcelamiento de la vida y de los implementos de labor. Finalmente, termina diciendo en este párrafo, la creciente desvalorización de los productos agropecuarios, obtenidos mediante el esfuerzo del siempre abnegado trabajador rural y todo ello en un régimen de prepotencia que queremos ver desaparecer para siempre.

Como se ve, en una síntesis perfecta, don Tomás Berreta traza con energía el cuadro general de la situación, en aquellos aspectos de la actividad gubernativa que más daño han hecho a la parte más sensible, numerosa y de menores recursos de la población: ha tendido así las líneas para describir el fracaso de la política económica derivada del golpe de estado y la justificación de las críticas al régimen. Pero, designado como ha sido por el Batllismo y batllista siempre, sin una concesión ni un olvido, habla entonces de la pasión de su Partido, en términos inequívocos. Dice así:

El ejemplo tan grande como la historia quería que fuera, de las masas proletarias reclamando su jornada mínima de ocho horas, que determinó en la gloriosa Francia cruentas luchas y en la democracia del Norte, en la Patria de Washington, de Lincoln y de Roosevelt, costó ríos de sangre, en nuestro Uruguay fue el gobernante vidente de 1911, Batlle y Ordóñez, que desde los balcones de la vieja casa de Gobierno, anticipándose a los sucesos, les decía a las multitudes obreras de los comercios y empleados de las industrias que desfilaban por las calles de la ciudad "Organizáos, que vuestro reclamo será escuchado". Lo que entonces no fue comprendido por algunos y fue en cambio considerado como un atentado del gobernante a la libertad de trabajo, fue lo que impidió que corriera sangre de esforzados trabajadores, como en Nueva York, y en otras partes del mundo de más avanzada civilización, entonces, que la nuestra. La Ley firmemente auspiciada por el nombrado gobernante del pueblo, llevó a todos los hogares proletarios un poco más de justicia y una llamarada de esperanza hacia un futuro más venturoso para la gran masa obrera del músculo y también del intelecto. 1º de Mayo y 8 horas fueron las conquistas legales de nuestro pueblo obtenidas sin violencias: ese es el minuto de la historia que nada ni nadie altera ni modifica, animado de un gran corazón que iluminó aquel estadista que se llamó Batlle. Desde lo alto contribuyó a estructurar la democracia que el motín destruyó. Como los obreros de 1911, como los cruzados de todas las democracias, nuestro pensamiento se eleva hacia una única consideración: **POR NUEVA CONSTITUCION Y LEYES DEMOCRATICAS EMANADAS DE ASAMBLEA**, que signifiquen el fiel reflejo de la voluntad soberana del pueblo".

Imposible reflejar más gráficamente una gran obra en un momento dado y exaltarla, con un propósito directo, en una solemne ocasión. Sabe que habla para el país y la historia. Hace el elogio de su Maestro insigne y de su obra, resaltando vívidamente aquella parte más notable de ella: la legalidad de la transformación, la paz y el orden con que fue realizada la revolución. Recuerda al obrero sus conquistas primeras y eleva su pensamiento a las luchas que condujeron, en Estados Unidos, al sacrificio de los

mártires de Chicago y nombra como síntesis histórica al 1º de Mayo, fiesta de los trabajadores, establecida aquí pacíficamente, sin derramar una sola gota de sangre. Sabe que ese momento fue sublime e imborrable y lo destaca en frase magistral, pero al mismo tiempo dice al gobernante de la época, al que no debe comprometer ni exigir, que Batlle, el grande, en el extremo de la contienda, oyó al pueblo y cumplió con él y que ahí está la base misma de la democracia y el prestigio histórico del protagonista eminente del nuevo hecho social. Y no pide sino lo que en las democracias es exigible pedir: que el pueblo sea el que se pronuncie para que cualquier solución cuente con el aval irrecusable de la ciudadanía soberana. Antes ha dicho, con energía serena, que la libertad no se implora ni se mendiga y no fue de rodillas que se adquirió, pero puede ser alcanzada sin la humillante súplica, así como sin violencias y sin dolores.

El orador ha ubicado el problema y definido su participación como dirigente político; pero también ha dejado en libertad al gobernante para que pueda actuar, él a su vez, también libremente, emancipándose de lo espurio de su origen y de las voces cortesanas interesadas y serviles. Y entonces levanta la voz el estadista, el ciudadano austero, el demócrata clarividente, para decir que "si antes el tiempo era desconocido como factor de progreso, en los días que vivimos es esencial para la solución patriótica de los graves problemas que con rapidez imprevista se plantean todos los días. Diferir el llamamiento de la soberanía, es diferir el problema hasta tornarlo insoluble. El agravio que se infiere a la ciudadanía por la vigencia de una Constitución cuyo origen es razón de hondo repudio, no puede ser motivo de tranquilidad espiritual. La República ha soportado cinco años de dura prueba en permanente ilegalidad. Rehusarse o dilatar el llamamiento al pueblo es mantener el espíritu público en un mismo estado de cosas, implica mantener la continuidad de la arbitrariedad en potencia que la dignidad cívica rechaza. El pueblo exige un nuevo beneficio, con la sola visión de la Patria de Arctigas, creada para patrimonio común de todos los orientales".

Lo notable de este párrafo es la dignidad moral con que está expresado. No es él, ni su Partido, ahora, el que reclama: es el espíritu público para el cual el gobierno, cualquiera sea, no puede



hacer distingos, porque todos los ciudadanos, con independencia de credo o divisa, tienen el derecho de expresar libremente su opinión y su anhelo. Mantener una parte de la ciudadanía, la mayor en este caso, en el ostracismo cívico, pensar por ella e invocar, abusivamente, su nombre en vez de dejarle expresar su opinión y seleccionar su destino, es una grave mutilación del deber histórico de los gobernantes, que don Tomás Berreta subraya altivamente al recordar que la Patria de Artigas fue creada para patrimonio común de todos, y no de unos pocos o de muchos, incluso, sino de la familia nacional plena y noblemente respetada. Pide al gobernante que convoque a elecciones de Asamblea Constituyente para que la Carta no sea especulación más o menos interesada o sectaria de grupos o facciones, sino traducción de un sentimiento público indubitable y amplio; y allí frente a trescientas mil personas que lo aplauden, define el credo moral del civismo y la norma básica de la democracia liberal, recordando que rehusar el llamado al pueblo para que exprese su voluntad, es mantener la prepotencia y la arbitrariedad que el espíritu público rechaza, es ofender al pueblo pensando y actuando por él pero sin oírlo, es confirmar la ilegitimidad y el privilegio político que violentan la conciencia nacional.

¡Admirable discurso! Está ahí dicho cuanto es necesario para recordar que la vida de los pueblos sólo puede ser trazada con su expreso consentimiento; que la fuerza, la violencia o el despojo, surgidos de la alteración institucional lo dañan gravemente, y que sólo en la pugna limpia y amplia de las ideas y en la fijeza y continuidad de una Carta Constitucional de raíz popular y democrática, pueden lograrse las soluciones que reclaman los grandes problemas de la Nación. E incluye entre los factores de desasosiego al tiempo que, antes, dice, no contaba, pero que ahora es esencial para la solución patriótica de los graves problemas que con rapidez imprevista se plantean todos los días. ¡El tiempo! La nueva coordenada de la era de multitudes, progresos imprevistos, realidades mutables y radicalizaciones inesperadas, es, claro, el tiempo, inasible y fugaz, inmutable y eterno... El tiempo es esencial, recalca don Tomás Berreta en la tribuna pública; el tiempo inaferrable que pasa, marcando huella aquí y allá, en la tornadiza parábola de la vida, el tiempo relativista e inmensurable, "que engendra espacio", el nuevo parámetro de la hora impredecible que empieza

a sonar, entonces, en el mundo, y que el Caudillo capta, sensible y penetrante, reclamando la acción oportuna, en el momento preciso, antes que el Tiempo, el nuevo tiempo de una Humanidad que en esos momentos se apresta a desangrarse para recomenzar con un ímpetu asombroso y descontrolado, agote la posibilidad de ese minuto, el fugaz minuto de la Historia, que no puede dejarse escapar, porque elusivo y veleidoso, no regresa nunca una segunda vez.

## 9) LA NUEVA ACTIVIDAD POLITICA

La reforma constitucional mediante la convocación de una Convención Constituyente, como venía de reclamarse, no tuvo andamiento en ese ni en el siguiente año de 1939. El Gral. Baldomir llegó a decir que la reforma se haría sí, pero "sin precipitaciones ni dilaciones" frase ingeniosa y ambigua, que se discutió mucho en las esferas políticas y periodísticas, especialmente de la oposición, pero que no condujo, a la solución deseada. Don Tomás Berreta no esperó esta vez tampoco: no sabía esperar. Sabía, en cambio que la democracia y, en general, la política democrática, nacida en la Revolución Francesa que a él le había enseñado Michelet con su "Historia de Francia", en la Biblioteca de don Saturnino Ribes, conocimiento que había diversificado y ampliado a través de Thiers, cuya monumental "Historia de la Revolución, del Consulado y del Imperio", en sus gruesos volúmenes conservaba en su casa particular, no puede practicarse y concebirse sin el pueblo; que sólo la acción permanente, movilizand o la masa ciudadana, puede dar efectivamente un fruto fecundo en la noble batalla de las ideas y que al pueblo no puede considerársele sólo cada cierto tiempo, en vísperas de elección, sino que debe actuarse constantemente con él, a su lado, movilizand o sus energías, despertando sus intereses, ampliand o y mejorando sus órbitas de accionar y apoyándose en él y recíprocamente para hacer andar una democracia activa y vigorosa, fuerte en sí misma y renovada por la savia fecundante de la voluntad popular. Si el pueblo no actúa, si la masa y el Caudillo no se entienden y se interpenetran, la democracia no es sino una expresión formal; la verdadera democracia está en la actividad, en la prodigación incesante y en la lucha: sólo así se puede invocar con autoridad la opinión del pueblo y de ese y no de otro



modo, el pueblo puede a su vez confiar y efectivamente confía en sus auténticos conductores. Mientras la idea de la reforma constitucional abría la instancia electoral para que el pueblo eligiera una Constituyente, tenía virtualidad política; pero si el pueblo no era convocado, sin perjuicio de atender aquella imperiosa necesidad del espíritu nacional, era sin embargo preciso ofrecer otros elementos de acción y volver con otra consigna al ánimo de la ciudadanía. Don Tomás Berreta sabía bien que la libertad política y la República representativa se alimentan del pueblo y que cuanto se haga sin él es ficticio e inadmisibles; por eso volvió de nuevo a sus contactos, nunca abandonados, con la masa social; y se dedicó con toda su energía a la reorganización partidaria, a la formación de los cuadros de base del Batllismo, a la constitución de nuevos Comités regionales y a la preparación de los Registros a fin de elegir nuevas autoridades partidarias. No se dió reposo, según su manera de actuar, en esta nueva tarea y el pueblo sintió el vértigo de aquella prodigación estremecedora e incansable, que reclamaba y ofrecía acción, trabajo, esfuerzo cívico, actividad constante. En 1939 la reorganización partidaria llegaba a su cenit y don Tomás Berreta marchaba a su frente para crear nuevos motivos de lucha y de proselitismo cívico. Organizó entonces un gran acto en Canelones. Un domingo cualquiera, miles de personas se dieron cita en la Plaza, en el Parque Artigas, en su Casa del Partido, viviendo a Batlle y a él, a don Tomás Berreta y gozando a plenitud la hermosura y el placer de un día de alegría cívica, de una fiesta grata al espíritu democrático, de una verdadera reunión de pueblo, consciente, animoso y luchador. Hombres y mujeres y jóvenes y no jóvenes, como a él le gustaba decir, escucharon la palabra de distintos oradores y la de él, la siempre cálida y novedosa palabra de don Tomás Berreta, que en cada ocasión, fuera espaciada o continua, aquí o allá, siempre tenía cosas nuevas que decir, siempre encontraba un pensamiento más hondo, una expresión inesperada o imprevista, que quedaba flotando por tiempo en el ánimo de quien la escuchaba con interés y podía después deducir múltiples y fecundos corolarios.

El pueblo era así, el verdadero gestor del hecho cívico. El caudillo le ofrecía los elementos para la acción y el pueblo, entonces, actuaba y el conductor recibía del pueblo el regocijo de su confianza, el apoyo y la lealtad inalterados que no servían sino

como estímulos o acicates para reemprender, prontamente, la nueva gestión. La política democrática es un eterno, conmovedor y agotador ejercicio de la voluntad; es como una atracción impalpable pero segura, una especie de trabazón implacable que va absorbiendo más y más, pero entre cuyas redes, el espíritu bien dispuesto se siente, a su vez, cada vez más cómodo y decidido: Don Tomás Berreta manejaba esa voluntad imperiosa y exigente de la política, inagotable y eterna, y la expansionaba con los efluvios de su corazón y las determinaciones inquebrantables de su espíritu: sólo así se sentía satisfecho de haber cumplido su deber. Pero así como el pueblo precisaba esa dinámica vigorosa, él necesitaba a su vez ese esfuerzo, extraordinario, para que fuera cada vez más grande, más apropiado, más para su medida, el cauce de su asombrosa prodigación.

Ese cambio admirable de don Tomás Berreta da la tónica de su personalidad. Ya no era ahora la lucha la consabida controversia entre ciudadanos conocidos, incluso de número limitado, que le permitían hasta predecir con casi rotunda exactitud, los previsibles resultados electorales, clasificando minuciosamente, uno por uno, sección por sección, a los ciudadanos inscriptos, habilitados para votar. Ahora era la masa, la grande e indeterminada porción de soberanía, miles y miles, de toda condición, mujeres y hombres, la que intervendría en los comicios futuros. Pues bien: el antiguo dirigente político de las elecciones frecuentes, de número comparativamente reducido de votantes, era ahora el dirigente de la gran masa electoral, igualmente eficaz, seguro y rotundo como antes. Su asombrosa adaptación a las formas nuevas de la actividad cívica, estaba explicada, esencialmente, por su admirable conocimiento síquico de la masa ciudadana, por su interpenetración con ella, su identificación con sus anhelos y su puntual e infaltable presencia en los grandes eventos en cuanto éstos se presentaban o creándolos, sino existían, a través de los cuales, ya ahora casi paternalmente, el gran caudillo iba tejiendo la trama sutil de su captación política, de su identificación moral con la multitud. En la tarea ciclópea de obtener voluntades y conocer los sentimientos y las reacciones de la masa social, don Tomás Berreta, el Caudillo, tenía instinto infalible. En estos años en que necesariamente, las antiguas formas cedían paso a otras, impredecibles y comprometedoras, su asombrosa adaptación a las nuevas exigencias y su plástica competencia



para orientar las nacientes realidades hicieron de él, y más aún que antes, por su superior aptitud para la renovación y el cambio, el experto y seguro Conductor que siempre había sido. Así fue permanente la presencia al frente de multitudes fervorosas de este hombre extraordinario, que parecía intuir en el aire la vorágine de los acontecimientos y se mantenía impertérrito encima de ellos, como un experto piloto guiando airoosamente la barca en los mares embravecidos.

#### 10) EL SUB LEMA "BATLLISMO"

Don Tomás Berreta pensó, por esos días y debe haber sido uno de los primeros, sino el primero en pensarlo, que la alternativa política se presentaba orientada hacia la reconstitución del frente colorado. Batlle había luchado, muchas veces cediendo a las fracciones menores incluso más de lo que sus mismos compañeros estimaban permisible, para asegurar el mantenimiento de la unidad del lema, como forma de conservar y aumentar las posiciones políticas. Un Partido que no tiene acceso a los cargos de gobierno para realizar desde ellos lo más que pueda de su programa escrito, tiende a esterilizarse en la inacción o la inmovilidad: pasa, de a poco, de la inercia a la putrefacción. Le es siempre preciso, si sus ideales son generosos y su determinación firme y su decisión inquebrantable y capacitados y activos sus dirigentes a actuar de modo que su acción se haga sentir en el progreso y el cambio de la Nación. Ahora se daba al Batllismo, con un gobierno distinto al del golpe de Estado y fuera cualquiera su origen y sus antecedentes, la alternativa necesaria para poder regresar, para volver a infundir la savia sana y creadora de su espíritu en la legislación positiva y la realización democrática nacional. Don Tomás Berreta veía, como era lógico y al final quedó así esquematizado en el ánimo de todos, tres posibilidades diferentes:

A) El registro de un sub lema dentro del lema y la reconstitución colorada para dar la lucha, con el lema, contra el adversario, que representaba, a esa altura, el sector más ortodoxo del antiguo golpismo; y dentro del lema, darla, a su vez, contra las fracciones coloradas situacionistas o para situacionistas, entre las que

estaban, como se sabe, el baldomirismo (sector del gobierno) el ex riverismo (gubernista) y el Blancoacevedismo (casi gubernista).

B) El registro de un lema accidental, para librar batalla desde fuera, con sus solas fuerzas, sin contacto alguno ni con los colorados que regresaban del marcismo ni con los grupos democráticos, compañeros en la lucha por la recuperación de las instituciones nacionales.

C) El registro de un lema también accidental, pero en acuerdo con los demás sectores democráticos, con los cuales había una identificación: la nacida en la acción común contra el golpe de Estado.

Estas dos últimas soluciones tenían la clara inconveniencia de que, al menos temporariamente, el Partido dejara al margen los símbolos caracterizantes y distintivos de su historia, las expresiones definidoras de su credo tradicional e, incluso, hasta los nombres de los grandes conductores, Batlle en primer término, que podrían ser considerados dirigentes de otro Partido por la Corte Electoral, la que podría incluso impedir al Batllismo usar hasta el nombre y hasta la fotografía de su eminente creador. Además, la última solución habría de chocar, fatalmente, con un impedimento aún más grave quizás: las obvias y radicales diferencias en materias tan fundamentales como la estructura impositiva, la política agraria o la formación institucional del Estado.

En cambio, la primera, el registro del sub lema aparecía como lógica y además, congruente con la posición tradicional, porque el Partido, sin abdicar en lo mínimo de sus actitudes recientes, estaba en condiciones de librar la batalla en el terreno conocido del lema histórico. Como, por lo demás, nadie ya ahora intentaba siquiera pensar que hubiera otro terreno para la lucha que aquel que don Tomás Berreta había pregonado repetidamente; es decir, el ámbito electoral, la solución preconizada tenía además el mérito de su honradez estricta: nada sacaría el Partido, nada absolutamente, ni para sí ni para quienes fueran consagrados sus representantes, que no fuera dado por el voto popular. Fue así pues, firme y cada vez más prestigiosa esta actitud, que don Tomás Berreta defendía con su característica eficacia y ardor: todo el Batllismo que lo acompañaba, en Canelones y fuera de Canelones, se adhería a esa posición, que sacando al Partido de la inacción y la quietud —él lo había mantenido permanentemente activo— permitiría la con-

frontación definitiva por la reivindicación de la libertad y la democracia.

Planteadas así las cosas, el 23 de mayo de 1939 se promulgó una nueva Ley de Lemas que venía a afirmar la pertinencia y posibilidad de esa solución política. La nueva norma autorizaba el registro de sub lemas dentro de los lemas, a los sectores partidarios que hubieran solicitado lema antes del 1º de enero de 1939 (ese era el caso del Batllismo) que se hubieran formado dentro del Partido a cuyo lema se acogían (idéntico caso) y que estuvieran organizados como Partidos con anterioridad a esa fecha del 1º de enero de 1939 (tal cual se daba en el caso del Batllismo). Dos sólo requisitos se exigían: a) Que el sub lema no ostentara palabras que figuraran en el lema; y b) que sus autoridades estuvieran integradas con miembros del mismo Partido y no con miembros de ese Partido y de otro u otros.

Como se establecía, además, que la Corte Electoral daría vista del pedido de sub lema a la autoridad del Partido (en este caso el baldomirismo) pero al solo efecto de ver si se cumplían o no esos requisitos, y sólo esos, se concluía que ninguna autoridad, ni oficial ni partidaria, de acuerdo con la nueva Ley, podría negar al Batllismo el registro y uso de su sub lema propio dentro del lema histórico.

La Ley venía a dar razón y facilitar los procedimientos en los que estaba empeñado, junto desde luego a otros distinguidos correligionarios y dirigentes, don Tomás Berreta. El representante del Batllismo de Canelones en la Comisión de Asuntos Electorales del Comité Ejecutivo Nacional sostuvo, en ese aspecto, la misma tesis, y después de largas y prolijas discusiones la Convención aprobó el temperamento. El registro del sub lema BATLLISMO dentro del Lema PARTIDO COLORADO colocó ahora la opugnación cívico-electoral en otros términos más concretos y específicos: el Batllismo, desplazado del gobierno por el golpe de fuerza de 1933 estaba en condiciones de volver, victorioso y agrandado, de nuevo al gobierno del país, en las elecciones fijadas para el verano de 1942. Don Tomás Berreta había comprendido que su actitud apropiada y justa volvía a resolver la situación política con un gesto enérgico y positivo. Nada ahora podría hacerse sin contar con el Batllismo, pues sus probabilidades de salir adelante en la futura elección, eran más que ciertas.

Don Tomás Berreta apreció prontamente, que la reforma constitucional encadenaba el proceso; pero esa traba, ahora, estaba a su vez yugulada por esta nueva situación, pues el Batllismo al registrar su sub lema había anticipado dos cosas: la casi certidumbre de su triunfo y la determinación de procurarlo desde ya, con o sin reforma constitucional.

## 11) EL VAIVEN DE LAS CANDIDATURAS

Y para afirmar aún más esos designios, llegado el momento, el Partido proclamó su fórmula presidencial. Don Tomás Berreta estaba en ella, en el segundo término, como en 1930, acompañando, como entonces, al Ing. Don Juan P. Fabini proclamado candidato presidencial. Estaba visto que don Tomás Berreta hubiera podido aspirar a distinción más elevada. Pero antes que su posición personal para él contaba, entonces como siempre, el superior interés de la colectividad que integraba. Su afán de mantener la unidad, de evitar la dispersión, de tratar de conseguir que la lucha no fuera excesiva o demasiado pasional dentro de filas, eran inalterables ahora, como siempre lo habían sido. Más de un sector había entonces en el Partido. Lealmente, cuando una fórmula única no pudo tener andamio, plegó su fuerza a uno de aquéllos, con toda nobleza, para darle al nombre triunfante, en la primera ronda de votación el mayor prestigio; y cuando así resultó aplaudió entusiasta la solución registrada. Al corresponder, a su vez, la elección del candidato a la Vice Presidencia, no se dió, a la inversa, el mismo caso y mientras los votos del Ing. Fabini entre los que estaban incluidos los de los amigos del señor Berreta, cubrieron el quórum exigido por la Carta Orgánica, los obtendios por él, por el Sr. Berreta, para la Vice Presidencia, no lo cubrieron en cambio. Se evitó una nueva elección, porque los votos del Sr. Berreta fueron, relativamente, la mayoría, y el candidato derrotado, don Andrés Martínez Trueba, en otro gran gesto, renunció a su postulación, en favor del candidato triunfante. Así quedó proclamada la fórmula Fabini-Berreta para la elección de marzo de 1942 y don Tomás Berreta se aprestó, con todas sus energías, a la acción civilista en la que estaba empeñado desde 1936, es decir, desde que volvió al país después que fracasó el intento revolucionario y el dirigente democrata debió cambiar las armas de la lucha. Ayer el fracaso de la



revolución, después de la concurrencia, después de la convocación de la Constituyente: ahora estaba abierto [por fin], el camino ideal, el del voto popular, para el cual él ya tenía preparadas sus legiones en todo el país. Aunque muchos protestaban porque él sólo estaba en segundo término, la decisión por el Partido era más fuerte siempre para él que las que podría tomar para sí mismo. Y firme y decidido sigue la lucha indeclinada, al frente de su pueblo, buscando la reivindicación de las libertades democráticas.

Pero, ¿estaba despejado el camino con el registro del sublema y la proclamación de la fórmula presidencial? Don Tomás Berreta veía más lejos y sabía distinguir la simple apariencia de la realidad auténtica. Despreciaba las formas externas, a menudo engañosas o falaces, para conocer directamente la esencia misma de los acontecimientos. Los factores políticos sutiles y sensibles no se ofrecen siempre con claridad al ánimo inquisidor demasiado huero o superficial, pero en cambio nunca pasan desapercibidos para el espíritu penetrante y la vista amplia del dirigente verdadero. Don Tomás Berreta, por aquellos días, no tarda nada en comprender que una solución como la que se presentaba era muy riesgosa y comprometedora. El gobernante que había abierto la instancia para una solución de acercamiento colorado, dentro del lema, otorgando libre y espontáneamente al adversario la posibilidad de reconstituir el lema hisórico, y al cual nada le pedía ni reclamaba por haberlo hecho ¿tendría a su vez que recoger, como contrapartida, la derrota, sólo la derrota, de su sector político y de sus amigos? ¿O era deber facilitar a ese gobernante las soluciones aceptables comprendiendo que el paso dado no se podía malograr yendo más allá de una justa y razonable posición, que no afectando derechos ni intereses internos, no golpeará indebidamente a quien había levantado el gesto sobre pasiones menores y abrió, patrióticamente, las puertas y las ventanas de la Casa común, como en similar ocasión y con estas mismas palabras había reclamado en la Argentina, el Dr. Alvear, para que por ellas penetraran la luz del sol y el aire puro de la libertad?

Don Tomás Berreta ya en buen camino los trabajos de la Reforma Constitucional, se puso a la altura de una circunstancia histórica de excepción y en declaraciones públicas formuladas por ese entonces, se apresuró a repudiar las candidaturas sectoriales que aparecían en el propio núcleo gobernante y algunas otras de otros

grupos del Partido Colorado, sosteniendo la necesidad de levantar el punto de mira y de hallar una solución que conjuntando esfuerzos, se dirigiera a afirmar la Reforma, reclamada por la ciudadanía democrática. E hizo aún más, pronunció nombres: los del Ing. Serrato, "el Presidente que no se mareó en las alturas" como le llamara el Dr. Martín C. Martínez y del Dr. Juan José Amézaga, Presidente de la Comisión de Reforma y después miembro informante del Consejo de Estado del proyecto de Reforma Constitucional. Don Tomás Berreta se anticipaba a anunciar a la ciudadanía que las verdaderas soluciones estaban en entendimientos patrióticos que levantarán la mirada por arriba de intereses de sector, por mayores y más respetables que pudieran considerarse. Tres cosas establecía así don Tomás Berreta: una era la de anunciar que el Batllismo estaba dispuesto a buscar soluciones de avenimiento colorado; otra que, por ello mismo, la posición fijada era un hecho revisable en cualquier momento; y otra, finalmente, la de que esa solución debía alcanzar niveles precisos, superiores a cualquier intención menor, restrictiva o particular.

Era don Tomás Berreta el hombre esclarecido de siempre. Sabía actuar viendo lejos en su concepción política y anticipando soluciones que fueran haciendo conciencia en la masa social. Estaba aún lejana la posibilidad de hallar esas soluciones, pero la opción quedaba establecida y abierta la posibilidad para encontrarlas en forma satisfactoria. Cumplía su deber de asegurar, en una instancia histórica, la salida electoral que el país reclamaba como única base para un necesario e inaplazable encuentro nacional.

## 12) EL OTRO GOLPE DE ESTADO

La Reforma de la Constitución tuvo principio de concreción cuando se reunió el 18 de enero de 1940 una Comisión de Reforma Constitucional convocada por el gobernante, y a la que concurrieron los representantes designados por el Batllismo. La Reforma se tornaba imprescindible y todos los grupos, con la excepción del herrerismo, se aprestaron a colaborar, directa o indirectamente, en la preparación del nuevo texto. Un hecho fundamental había acercado aún más al gobernante con la oposición democrática y era la noble, correcta y firme posición internacional, que

había alineado al Uruguay, de acuerdo con la opinión clamorosamente mayoritaria del pueblo, al lado de las democracias de Occidente, en la guerra atroz desatada por el déspota germano en el año crucial de 1939. Los trabajos prosiguieron, pero se hizo evidente que la reforma por sí misma era punto menos que imposible, contenida por la composición del Parlamento y por la exigencia de la mayoría absoluta de los inscriptos para su ratificación plebiscitaria.

La situación de tirantez se hizo más pronunciada a medida que el proceso reformista se afirmaba y las posiciones del gobernante se acercaban a la oposición democrática. Una Junta Consultiva de los Partidos reunida en octubre de 1941 acentuó el entendimiento nacional y sucesivas actitudes del herrerismo fueron haciendo cada vez más honda la brecha que separaba a esa fracción que tenía la mitad del Senado siendo menos de la cuarta parte de la ciudadanía y el gobernante, rodeado, ahora, por una inmensa masa de opinión nacional.

El Dr. Herrera acentuó el vigor y la intransigencia de su oposición y, finalmente, el 21 de febrero del año siguiente, el General Baldomir disolvió el Parlamento y asumió la totalidad del poder público. ¡Un golpe de estado otra vez a menos de nueve años del otro! Se recordará a Spencer cuando dijo que la historia se da, por decirlo así, dos veces; y a Marx que agregó: sí, pero la primera vez se da como tragedia y la segunda en cambio, como comedia. Esta vez, en efecto, el golpe transcurrió apenas bulliciosamente y sin mayores conmociones, pero quedaba de nuevo alterado el orden constitucional. La diferencia, sin embargo era grande, porque el primero, el de 1933, interrumpió la legalidad mantenida con acuerdo de todos por más de treinta y cinco años; y en cambio este segundo golpe reponía prontamente, y a su estado primitivo, las instituciones indebidamente arrasadas en 1933. Mientras que en esta oportunidad, una legalidad ficticia y circunstancial quedaba abatida, en la anterior ocasión era la estructura jurídica asentada pacíficamente la que caía destruida por la dictadura. Mientras el Gral. Baldomir sólo prorrogó su mandato hasta la elección, es decir, por menos de ocho meses, el anterior dictador, en cambio, se había hecho reelegir. Ni Cuestas ni Terra hicieron lo que el Gral. Baldomir, que presidió la nueva elección sin ser él el candidato, teniendo, sin embargo, la fuerza pública

a su disposición; y a su vez el Batllismo no obtuvo otros cargos que los que sus votos le otorgaron y no quiso aun, siquiera, disputar la nueva Presidencia.

Llamado el Batllismo a formar parte del Consejo de Estado que venía de crearse, don Tomás Berreta pasó a integrarlo con otros distinguidos correligionarios. En la sesión de la Convención en que se dispuso aceptar la invitación del Presidente para tener representación en dicho organismo, el Sr. César Batlle Pacheco, que había tenido intervención principal en el acercamiento con el gobernante, pronunció un discurso memorable. Dijo, entre otras cosas, que cuando se convenció que había que buscar un nuevo camino, pensó que él mismo debía tomar la iniciativa, hasta, dijo, por su mismo apellido: en las monarquías los hijos de los hombres ilustres heredan títulos y privilegios; en las democracias, en cambio, reciben obligaciones y sacrificios. Y defendió el imperio de la norma jurídica, cuando crea situaciones que tienen un origen auténticamente popular; cuando en cambio esas situaciones son productos de la falsía, la traición o el perjurio, cuando están impuestas por la fuerza a espaldas del pueblo, no debe importarnos que caigan, caigan como caigan.

La Convención apoyó esa posición; el 21 de febrero el Presidente había disuelto el Parlamento; el 27 de marzo ya enviaba en consulta al Consejo de Estado un proyecto de Decreto Ley de Reforma de la Constitución, que el Consejo de Estado aprobaría dos meses después, para que fuera sometido a ratificación plebiscitaria el 29 de noviembre. El proceso de la Reforma, pues, se concretaba prontamente y era ahora el pueblo el que decidiría, en plena y completa libertad acerca de la Reforma misma y de la elección y orientación del nuevo Gobierno de la República, en la forma y condiciones previstas en la nueva norma constitucional. Se daba así el caso de que en el país, cuyas instituciones cayeron abatidas en 1933, se reponía rápidamente la continuidad histórica del proceso, menos de diez años más tarde, mediante la acción de un Presidente salido de las mismas filas que habían producido el quebranto institucional, pero que cambiaba frontalmente el rumbo de los sucesos, contando, al respecto, con la comprensión inteligente y el apoyo patriótico de las mismas fuerzas antes injustamente desplazadas. Igual había hecho el Gral. Urquiza en 1851, cuando se pronunció contra Rosas un 1º de mayo posibilitando el



glorioso desenlace de la Guerra Grande; lo mismo hizo el General Tajes, el militar honrado que cerró el ciclo del santismo en 1886, presidiendo el período de transición que permitió el nuevo civilismo; igual había hecho Cuestas, cerrando el ignominioso ciclo bordista; y ahora hacía así, a su vez, el Gral. Baldomir, restaurando el imperio de las libertades políticas y abriendo la instancia histórica para un nuevo período de superación democrática. La historia tiene presente el gesto del mandatario que se liberó de prejuicios y trabas para atender la exigencia inaplazable de la Nación y la reasunción plena, por el pueblo, de la dirección de los destinos comunes. Con razón escribió "El Día" años después, en un artículo laudatorio, que el General Baldomir será recordado "toda vez que sea necesario el gesto enérgico que disipa la bruma de los horizontes, para dar paso a la luz de las auroras".

Don Tomás Berreta actuó con toda lealtad en la Comisión de Reforma primero y en el Consejo de Estado después. En este último órgano fue miembro informante del proyecto de ley que disponía la realización de diversas obras públicas; el plan contaba con su firma en primer término, y varias obras entonces estructuradas, fueron después ampliadas, como el dragado del Santa Lucía, sobre Santiago Vázquez, el Puente internacional provisorio sobre el arroyo Chuy y las reparaciones en el Hospital de Clínicas. Se incluían también con su apoyo en este Plan, obras de saneamiento, ampliación del Puerto de Carmelo, la Presa del arroyo Solís, el ferrocarril a Blanquillos, la carretera al Aeropuerto de Carrasco. Puesto en el órgano asesor del gobernante de facto, don Tomás Berreta trabajó en él con el mismo afán constructivo, la misma prodigación, el mismo empeño de siempre. Después de casi diez años de lucha dura y difícil, volvía a atender la gestión oficial, el antiguo Consejero Nacional, experto dirigente político, estadista de vista interior y visión amplia, que ya veía los atajos y los riscos en aquella nueva encrucijada, otra más para la que había que prepararse y preparar, asimismo, a la República. Los vaivenes de la guerra feroz que despedazaba entonces al mundo, parecían oscilar hacia las tierras productoras, que habían colocado carnes y lanas y habían cosechado saldos favorables en la balanza exterior. Un nuevo espectáculo ofrecía ahora el Uruguay, con sus instituciones depuradas y afirmada la vía de la legalidad democrática, mientras la economía estaba pronta para un período

de recuperación efectiva. La hora del mando autocrático y de la transición había pasado; venía de nuevo la hora del trabajo en la paz. Había que prever las nuevas realidades y don Tomás Berreta las intuía ya. Sabía bien que no eran sólo los defectos de los sistemas los que provocan las alteraciones, sino también las pasiones inferiores y que, como dice Nitti, en "La Democracia", es verdad que el tipo de estado absolutista es común a las formas económicas más diferentes, desde la Francia individualista y abierta a la Rusia bolchevique. Pero también sabía que el desarrollo de la civilización es indispensable y que son altamente eficaces el fomento económico, la plena ocupación y la redistribución atinada, sobre todo de los medios de producción porque es justo y para evitar que medren y aprovechen los resentidos o los desechados, creando confusión y desorden. Por eso don Tomás Berreta, en 1942, se apresta a actuar, como un demócrata integral que sabe que no sólo en el orden político debe ser efectiva la democracia, sino que debe serlo también en el orden económico y educacional. La oportunidad se presenta otra vez y el noble e intrépido luchador está pronto para el recambio. La acción es nueva y la instancia está abierta: puede preguntar, como el viejo combatiente: "Centinela: ¿qué dice la noche?". Y contestarse seguro y a plenitud: "Se acerca el dorado amanecer".

### 13) LAS ELECCIONES DE 1942

Y se aprestó entonces a la lucha electoral con su característico dinamismo y entereza. El Batllismo convino un acuerdo con el sector del Presidente de la República, aceptando una fórmula común de candidatos a la Presidencia y Vice Presidencia de la República, que pasaron a integrar los Dres. Amézaga y Guani. En la Convención renunciaron a sus postulaciones los señores Fabini y Berreta y se proclamaron candidatos al Senado. Los integrantes de la fórmula batllista fueron candidatos de sus Agrupaciones Departamentales a las Intendencias de Montevideo y Canelones, respectivamente. Y a su vez, junto a otros correligionarios, don Tomás Berreta fue proclamado candidato a Senador, en segundo término, detrás del Dr. Sorín, y en la Plaza Pública, el mismo Sr. Berreta con una frase histórica, resumió el sentido de la lucha electoral y la intención y la conciencia del Batllismo militante, seguro vencedor, al afirmar que "volvemos sin odios y sin rencores para



nadie, con la vista puesta sólo en el bien del país". ¡Admirable y noble humanitarismo! Sabía bien don Tomás Berreta cuánto debe disiparse siempre del espíritu público, cualquier intención menor de revancha o venganza; y cómo duelen en el alma y abren heridas definitivas la intransigencia sectaria, el rencor o el odio deprimentes e irracionales. Nada habría de ser más dañoso para el país, sin distinción de ideas ni posiciones, el que aquella elección resultara el castigo para unos o el premio para otros: tendría que ser, forzosamente, la elección del reencuentro, de la tolerancia y la paz, de las controversias ardorosas de los Partidos, pero del pleno respeto por los derechos de todos y del entendimiento superior, más allá de estulticias y extravíos. Si en vez de restaurar heridas las reabría, la elección de poco habría de servir, ganara quien las ganara. En cambio, cuando el líder más prestigioso se adelantaba a colocarse, él que tanto había sufrido, que tantas injusticias había debido soportar, en el plano impersonal más elevado para proclamar el entendimiento, el destierro de los rencores y las revanchas, no sólo daba seguridad a todos, sino que afirmaba la actitud del gobernante que había hecho posible el cumplimiento de los grandes anhelos populares. Era una posición sin duda política, de afirmación de confianza y de garantía y seguridad para todos; pero era también una noble posición humanista, que superaba diferencias y rivalidades de carácter partidario, para transformarse en un emblema nacional de unidad.

La elección fue una reivindicación de Batlle y de su espíritu. Después que para abatir en vano su obra fueron destruidas las instituciones, el pueblo restauraba prontamente la gloria inmarcesible del gran Conductor, dando a su Partido la más importante representación parlamentaria. Don Tomás Berreta a su vez, obtenía en Canelones, en ocho bancas departamentales disputadas, cuatro de ellas, además de la Intendencia Municipal y la mayoría de ambas Juntas. El, a su vez, sería, por renuncia del Dr. Carlos Ma. Sorín, Presidente del Senado y de la Asamblea General a partir del 15 de febrero y otro de los suyos, César Mayo Gutiérrez, integraría con él el Senado. El Dr. Luis Alberto Brause, el Farm. don Vicente Grucci, don César I. Rossi y el Dr. José V. Ruibal serían los diputados. Aquella elección ardorosa e intensa, fue un alto ejemplo de civismo. Don Tomás Berreta prodigó su entusiasmo, como en los años juveniles, en todo el Departamento y asistió,

reclamado de todos lados, a varias zonas del país. Fue una inolvidable experiencia. Aún más: habiéndose suspendido para el 13 de diciembre las elecciones en Tala, por el mal tiempo reinante el día de la elección, allá fue don Tomás Berreta, con varios colaboradores e instalado en la casa amiga y fraterna de don Emilio de León, desarrolló intensa actividad no menos de una semana corrida anterior a la elección. Podía volver de allá satisfecho. Había asistido en dos domingos distintos, a una sola jornada, verdadera fiesta del progreso cívico y de comprensión y tolerancia, además de noble emulación y rivalidad intensa, pero mantenida siempre en el plano superior de la civilización democrática. ¡Cuánto se había progresado desde aquellas ásperas jornadas de los años iniciales del siglo, cuando todavía las pasiones ancestrales promovían los enfrentamientos más desagradables! Ahora, a pesar de que esa elección culminaba un proceso abierto con un golpe de Estado y cerrado con otro, fue una expresión de alta civilidad republicana. Don Tomás Berreta no mira, sin embargo, hacia atrás. Ahí tiene abierta de nuevo la gran opción nacional, con todas sus posibilidades, al alcance de su voluntad poderosa y de su energía indestructible. El Intendente electo, el Senador electo, cederán pronto paso al gran Ministro de Obras Públicas que reclama la Nación. La dictadura ha quedado atrás: todo pasa y cambia en el mundo; los Dioses pasan, dice Lisandro de la Torre, pasan los cultos que se basan en absurdos anticientíficos y en revelaciones inadmisibles y con más razón pasan y mucho más pronto aún, los ídolos con pies de barro, los frenéticos e irascibles gobernantes que se creen amos omnipotentes y no lo son ¡ay! ni siquiera de sus propias conciencias. Pero el hombre superior, el espíritu limpio, el carácter rígido, el combatiente duro y altivo que ama al pueblo con lealtad y que es por eso mismo amado por su pueblo, ese no pasa, ese no termina nunca, ese tiene el hábito perenne de su continuidad. Ahí está ahora don Tomás Berreta, en el pináculo inaccesible, donde sólo llegan los elegidos. Pronto para ascender más todavía, el fiel amigo de Batlle se encuentra otra vez con su destino. Y vencer en la pugna electoral, allá va erigido y resuelto, más junto al pueblo que nunca, el gran Conductor, el Caudillo omnipresente, al frente de sus multitudes, a cumplir otra vez su gran cruzada de reparación, su nueva lucha por el imperio de la libertad, el progreso público y la justicia.



Grande había estado en la adversidad y en la derrota. Grande estaba también, en la victoria tumultuosa y su nombre era esperanza redentora: Don Tomás Berreta consciente de la fuerza que lo movía, iba resuelto y animoso hacia adelante otra vez: hacia la ahora segura consagración nacional.

Pero no todavía...! Antes de proyectar más lejos su accionar, cumple su deber para con su Canelones querido, que le ha dado la satisfacción de un integral triunfo. Y entonces se hace tiempo, en el fárrago de asuntos de todo tipo que lo envuelve, para escribir, de su puño y letra, con aquellos caracteres enérgicos y precisos propios de su voluntad exigente y de su notable claridad expositiva, tanto como de la asombrosa originalidad de su inteligencia, las bases de una nota de congratulación que deberá enviarse a todos los baluartes partidarios, felicitándolos por la victoria obtenida. Es excelente en este documento la precisión con que está escrito, el rigor de sus explicaciones y la claridad de la exposición. En sencillo lenguaje inteligible para todos, el escrito de don Tomás Berreta, como su glosado discurso del mitin de julio, tiene el estilo del autor: aquí sí que el estilo es el hombre.

Todo lo dice conforme lo quiere decir, y le bastan pocas palabras para expresar cabalmente su pensamiento: en diciembre de 1942, después de la victoria, esto escribe no para remitir a los Clubes Seccionales y Distritales, sino para que sirva como borrador de la nota que, en definitiva, habrá de enviarse:

1º Un saludo augural por el nuevo año que se inicia, acompañando un cuadro demostrativo con el resultado de las elecciones, Sección por Sección y en el cual se podrá apreciar traducido en números la perseverante actividad y constante preocupación por el crecimiento del Batllismo, Partido que no ha de defraudar las esperanzas del pueblo; ese esfuerzo y preocupación revela que los abnegados correligionarios de las Seccionales no descuidaron su deber en todo el largo período transcurrido a partir del golpe de fuerza en que se despojó de legítimos mandatos a nuestros representantes, se les desenterró y persiguió hasta que el autor del atentado se vió precisado a delegar el mando. 2º Por este mismo cuadro se podrá ver que allí donde se descuidó la inscripción en los padrones electorales el resultado no fue en relación con los de

las Secciones que mantuvieron constante vigilancia y actividad ciudadana, en las que fue más promisor que en aquellas en que la negligencia, o el abandono se manifestó en la conducta de los compañeros. 3º **Deberes que comporta el resonante triunfo.** A) Atender a los correligionarios en sus demandas y requerimientos de justicia y reclamos de derechos, a saber: jubilaciones, pensiones, solicitudes de semillas, etc., etc. B) Tomar nota desde ya de los ciudadanos en edad de inscribirse (18 años a cumplirse antes de la elección de 1946) y cuyo período de incorporación al Registro se iniciará en el mes de mayo próximo. 4º **Programa a cumplir de inmediato.** Atendiendo que será autorizado el Poder Ejecutivo, con el acuerdo del Consejo de Ministros a emitir un millón de pesos anualmente de deuda pública para ser entregados a los Gobiernos Departamentales para fines de obra pública, siempre que el aforo de la propiedad responda al pago del 50 % del servicio de la deuda a emitirse, se recomienda con carácter de urgencia a todos los Clubes se sirvan en reunión de todos los correligionarios residentes en campaña con conocimiento de sus necesidades, quieran transmitir a esta Departamental, cuáles son los caminos que sea necesario construir, de enlace con las carreteras construídas o a construir, de acuerdo con el Plan de Obras Públicas aprobado por el Consejo de Estado. Los informes a proporcionar deberán contener los siguientes datos: A) Señalar con precisión la zona, su recorrido y distancia aproximada. B) Expresar si deben construirse obras de arte, puentes, alcantarillas y en cuanto a los puentes, evitar que el trazado obligue a una construcción costosa. C) Informar si próximo a los trazados de los nuevos caminos que se soliciten, existen yacimientos de piedra o tosca. Calcular la distancia de los yacimientos con las obras. Proceder en los informes con espíritu de estricta equidad, vale decir, de la necesidad de la obra por características especiales, como ser bondad de la tierra, aislamiento de productores, cercanía de carreteras, etc.

¡Admirable documento! Está en él el dirigente político agradecido, que quiere y desea hacer justicia a un esfuerzo intenso, traducido en el éxito electoral; pero está también el Conductor



que no deja de ver omisiones y errores y que previene y reconviene por ellos, sin nombrar a nadie, con sólo enviar un cuadro para que cada Seccional sepa, cotejando con las demás, cuál fue su actuación y puntualiza, con suavidad pero con acierto, por qué la disminución en unas y el éxito en otras. Pero pasa enseguida sobre ello para reclamar que se siga trabajando y pormenoriza qué tareas no pueden dejarse de cumplir, para aparecer enseguida el hombre realizador, el obsesionado por la obra pública, el que quiere ayudar y fomentar el progreso y que hace saber de una nueva Ley que crea recursos para hacerlas; entonces se dirige, sí, directamente a los productores para que pidan los caminos de acceso que necesiten, uniéndolos con las carreteras del Plan de Obras Públicas que él mismo informó y sacó adelante en el Consejo de Estado, mas no se priva, entonces, de poner el acento minucioso en cada detalle, para que el esfuerzo no se frustre y la obra necesaria se pueda realizar. Todo él está allí, en ese escrito, claro, conciso, sin ninguna palabra demás, pero también sin que ninguna falte. Ha dicho lo inmediato, lo que ya puede empezarse a realizar. Da así tarea a sus amigos. Crea intereses y despierta el ánimo para la acción. No enerva sino que espolea la voluntad constructiva y no pide que se mantengan abiertos los baluartes partidarios, sino que les da motivos concretos para que lo hagan; no olvida entonces la inscripción, con la que se gana la elección y pasa después, a las otras actividades, aquellas que considera que habrán de cumplirse más adelante. Así agrega:

**Realizaciones previstas.** Sin perjuicio de los informes que se solicitan, es decisión de las autoridades departamentales iniciar las gestiones y estudios pertinentes para la realización de las siguientes obras: A) Saneamiento de las ciudades de Las Piedras y Pando. B) Construcción del edificio para sede del gobierno departamental, proyectado y resuelto ya en 1918. D) Construcción de un amplio pabellón en el Prado de Canelones para la realización de exposiciones. E) Construcción de lavaderos municipales en las ciudades de Canelones, Piedras, Pando, Santa Lucía, y villas de San Ramón y La Paz. F) Construcción del afirmado liso en las ciudades de Canelones, Piedras, Pando, Villa del Tala, etc. G) Cons-

trucción, como contribución al Fomento edilicio, de locales propios en todas las ciudades, villas y pueblos para las Juntas, siempre que los aforos permitan la realización de las expresadas obras. H) Construcción en el Prado de Canelones de un lago por embalse de las aguas del Canelón Chico. Fomentar la cultura popular por todos los medios posibles, la música, el canto, las artes manuales, etc.”.

Ese es todo un plan de acción municipal para el departamento. El gobernante experiente resume en un conjunto de obras, todas necesarias y sobre todo todas posibles, las realizaciones inmediatas que se pueden realizar en los cuatro años del período. Algunas se hicieron ya, después de él, que en muchas de estas obras no fue escuchado; otras esperan aún. Pero al margen del destino de cada una, en este documento están las que, para aquel momento, correspondían, las que los pueblos y el erario público podía realizar. Antes de ir más allá, antes de pasar al plano más alto deja escrito en estas páginas un magnífico programa de realizaciones municipales, reclamadas perentoriamente por las distintas poblaciones. Sobre ellas se levanta la personalidad de este Conductor insigne, profundo conocedor de las realidades ambientales, que sabe qué se debe ambicionar y qué cosas pueden realizarse. Idealista y práctico, imaginativo y realizador, don Tomás Berreta planifica y prevé, en el momento en que de nuevo cobra altura su parábola, cuanto su departamento puede conseguir. Ahora sale hacia adelante. A cumplir su nuevo destino, don Tomás Berreta allá va, pujante y decidido, ya en plenitud, pulida y afirmada su excelsa personalidad. Atrás han quedado los que se le enfrentaban treinta años atrás, los que creyeron destruirlo con el eclipse pasajero de las instituciones libres, cuando la regresión del 31 de marzo, los que pensaron que el noble corazón caería abatido por la adversidad en las horas duras del ostracismo. Don Tomás Berreta es el mismo siempre, combativo, enérgico, bondadoso, realizador; y allá va, adelante de todos, hacia la cima, erguido y victorioso por su pueblo, el ciudadano eminente, agrandado por las persecuciones y las ingratitudes. Más fuerte que nunca, el paso seguro y el gesto resuelto, allá va el Conductor, transformado en símbolo, a realizar su alto destino, seguro que tiene aún otra trascendente misión que bajo el firmamento, más pródigo ahora, de las nuevas realidades de la Nación.



#### 14) QUINCE DIAS DE CAMBIOS

Don Tomás Berreta había desarrollado intensa actividad democrática en los años corridos desde su regreso al país, en diciembre de 1935, hasta esos días de la post elección, también de diciembre, de 1942. Siete años de lucha constante, de organización cuidadosa de sus huestes, de activa militancia en los cuadros universales de la democracia, sin tiempo y sin fronteras, la democracia verdadera, basada en la libertad política, la justicia distributiva y económica y el desarrollo y la educación social. Lucha que lo alistó, junto al Batllismo, en la solidaridad emotiva y permanente con la República Española primero, con las democracias en guerra, después, después con el proceso de la República Italiana, que sentía más particularmente aún porque él mismo venía del Piamonte, de los Alpes, el Tesino, el Apenino, cuna de la Italia una y única y de la Liguria, abierta y peregrina que ya había sabido formar, a fines del siglo XVIII, la República premonitória que ahora se habría de plasmar de nuevo y para siempre. En esa militancia, se vinculó por su natural idiosincracia, por la amplitud de su espíritu, por su don de atracción personal, por su inteligencia vasta y honda y por su espléndida rectitud cívica, a los personajes que en nombre de aquellos movimientos llegaban en busca de adhesiones, o para explicar los motivos de la controversia, a un Montevideo cosmopolita y culto, de intensa vida intelectual en el cual la generación sucesora de Batlle, de Rodó y de Vaz Ferreira daba recepción de carácter superior, a la presencia y la acción de distinguidas personalidades del pensamiento, la pluma y la lucha por la prevalencia de la democracia eterna e indestructible. El Conde Sforza fue amigo de don Tomás Berreta, así como los líderes españoles Indalecio Prieto primero y después, entre otros, Diego Martínez Barrio, el Gral. Miaja y el Dr. Blasco Garzón. La idea amplia y fiel de que la lucha por la libertad es indeclinable y debe acercarse a todos, en todas partes, sin reservas ni diferencias mutilantes, era la idea de don Tomás Berreta, inspirado siempre en los grandes ejemplos de la Historia. En un discurso de aquellos días febriles de la lucha por la supervivencia de estos grandes principios, la frase inmortal del combatiente polaco, que al morir enuncia su divisa exclamando "Por nuestras libertades y por las vuestras" ante el plomo de la con-

tienda homicida, recordada por don Tomás Berreta, define apropiadamente y con vibración emotiva y profunda, la razón permanente y sagrada del combate eterno del hombre por la libertad.

Ahora el dirigente político que desde el llano llama compañeros a los peregrinos de la democracia de todo el mundo, ha triunfado: debe ocupar ese día histórico, 15 de febrero de 1943, cuando entra en vigencia la nueva Constitución que él ha contribuido a formar desde la Comisión de Reforma primero y desde el Consejo de Estado después, pasando por la Junta Consultiva de los Partidos, uno de estos dos cargos para los que ha sido electo: o la Intendencia Municipal de Canelones o una banca de Senador y, hasta el 1º de marzo, también la Presidencia de este último Cuerpo y de la Asamblea General.

Tiene, es claro, decidida la opción: irá al Senado, ampliará la órbita de la acción hacia el ámbito más vasto; si ya en 1922 el Concejo de Canelones comprimía el vuelo ardoroso de su fantasía creadora, con más razón ya ahora más de veinte años después, cuando su figura nacional se proyectaba entre las primeras, sino la primera ya, de la espinosa e inabundable política uruguaya. Pero, en aquella mañana estival, volvió a pensar en ocupar, aunque fuera por días, si ello era posible, el cargo municipal. Claro que no lo era y claro, sin duda, que él así lo sabía: pero era tanto su amor por Canelones y tan obligado se sentía por ese pueblo que le había dado, después de nueve años largos de intensa lucha desde el llano, la prueba generosa y merecida de su confianza amplia y sin retaceos, que pensaba tener una posibilidad de poderlo servir, desde el Municipio, aunque fuera asaz breve la etapa. En el fondo de su pensamiento, quizás, bullía el deseo de una satisfacción más, también digna de él y merecida: la de ocupar de nuevo el primer cargo administrativo departamental, honor insignificante, aún para quien ya había ocupado puestos más elevados: así era de intenso su amor por Canelones y su elevada comprensión de la distinción que significa el voto popular, sea cual sea la jerarquía del cargo discernido. Alejó prontamente esa idea de su espíritu, no sin cerciorarse de nuevo otra vez acerca del impedimento constitucional: ese día se iniciaban los dos períodos: el municipal y el parlamentario y la opción estaba impuesta por la misma Carta. Por lo demás, no estuvo nunca en su ánimo retener un cargo mientras ocupaba el otro, ni menos aún, ocupar cualquiera de ambos sin



que pudiera realizar desde ellos la gestión que su concepto del deber le imponía.

Pero no envió a la Junta Departamental su opción por el Senado: fue él mismo a llevarla y en la sesión pertinente oyó expresiones laudatorias y amables de amigos y adversarios. Al retirarse del recinto, una satisfacción perceptible lo envolvía: había escuchado a un joven edil del Partido adversario, el Bach. Gastón R. Rosa, hablar de la opción en términos gentiles, con la natural reserva del honor de su Partido y de las obvias diferencias políticas, pero en una forma distinta, que revelaba un elogiado grado de civilización cívica muy grato para él. Atribuyó a los Liceos que se habían creado, a la extensión de los centros culturales, el cambio de filosofía de la controversia y debe haber pensado, sin duda, que no en vano había luchado y sufrido por esa transformación; saludaba así al país nuevo, ganado para las formas superiores de la cultura y el progreso, para la polémica activa y profunda de las tendencias y las ideas, prodigadas en el plano de la ilustración que fecunda la controversia y hace mejores y más dignos a los hombres.

Por la tarde del mismo 15 de febrero, fue a presidir la sesión inaugural de la nueva Asamblea General. Entró al recinto de la Cámara de Diputados con el Dr. Arturo Lussich, figura consular del Partido adversario, el médico del Gral. Saravia, el antiguo colega del ex Consejo Nacional cuyo nombre había distinguido a una de las Agrupaciones en que se había dividido en la década del 20, el Partido Nacional. Compañeros también en la lucha contra los sucesos de 1933, don Tomás Berreta y el Dr. Lussich podían muy bien simbolizar aquel momento histórico: el reencuentro de los gobernantes desplazados por un golpe de fuerza, ahora bajo la cúpula del recinto en que se reunían los representantes del pueblo y que la severa y majestuosa frase de Artigas, el Fundador, signaba sobre el podio presidencial, perfilando ante el pueblo el valor de aquella representación así como también su condición subordinada: "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana".

Y en ese mismo sitio, el 1º de marzo siguiente, en el mismo carácter de Presidente de la Asamblea General, recibe el compromiso constitucional del Presidente y Vice Presidente electos Drs. Juan José Amézaga y Alberto Guaní. Y pronuncia entonces un dis-

curso que saltando por encima de las vallas del protocolo vacío y sin sentido, adquiere la fuerza y el vigor de un documento histórico, porque en él y por él habla ese día la posteridad, rindiendo anticipada pero certera justicia. Es un documento preciso y elocuente, que define toda una época, le sirve de epitafio, levanta, sin reservas, el sentimiento patriótico por encima de odios y mezquindades y proclama la esperanza de mejores jornadas para la Nación:

Dijo así don Tomás Berreta en la Asamblea General el 1º de marzo:

"Ciudadano Dr. Amézaga; Al declararos investido de las funciones de Presidente de la República no daríamos por terminado este acto constitucional, sino formuláramos votos por vuestro acierto en el desempeño del alto cargo que con visión patriótica os ha confiado el pueblo de la República. Por fortuna señor Presidente, esos votos estamos seguros han de verse confirmados por la realidad: porque estáis dotado de cualidades suficientes para responder con amplitud a la confianza que en vos depositamos. Lo dice toda vuestra vida de periodista en un órgano en que su fundador dictó cátedra de moral y de civismo...

(Muy bien! Aplausos en las galerías)

...de legislador, con una actuación de las más destacadas en nuestros anales parlamentarios; de Ministro de Estado; de Presidente del Banco de Seguros, institución que como legislador habíais contribuido a crear, defendiendo la iniciativa de los eminentes estadistas señor José Batlle y Ordóñez e Ingeniero José Serrato...

(Muy bien! Aplausos en el hemicycleo y en las galerías)

...y que durante tantos años de vuestra inteligente dirección ha ido desarrollándose hasta alcanzar la jerarquía de una de las Instituciones más benéficas de la vida social y económica del país; de Profesor, enseñando brillantemente a varias generaciones universitarias. En una palabra: toda vuestra vida de profesional y de hombre público. Además, se debe destacar vuestra reciente actuación en las dos Comisiones que proyec-



taron las reformas constitucionales creadas con inspiración patriótica por el Presidente de la República General Baldomir...

(Muy bien! Aplausos en el hemicíclo y en las galerías)

Comisiones que vos presidistéis y cuya obra acaba de ratificar el pueblo en elecciones tan limpias que constituyen un legítimo orgullo para nuestra Patria y un acto enaltecedor para el gobierno que las presidió...

(Muy bien! Aplausos en el hemicíclo y en las galerías)

...siendo de estricta justicia señalar que el Gral. Baldomir, al restablecer las libertades públicas y el imperio de la democracia ha escrito una brillante página en los anales de la República...

(Una voz de "no apoyados" en la bancada nacionalista. Interrupciones — Suena la campana de orden)

Orden, señores! ...siendo de estricta justicia señalar que el Gral. Baldomir, al restablecer...

(Muy bien! Prolongados aplausos en el hemicíclo y en las galerías)

...las libertades públicas y el imperio de la democracia, ha escrito una brillante página en los anales de la República...

(Prolongados aplausos en el hemicíclo y en las galerías)

...que estamos seguros la Historia recogerá y valorizará como nosotros.

(Muy bien! Aplausos)

Señor Presidente: todos los prestigiosos antecedentes de vuestra actuación pública que someramente hemos referido... confirman que desempeñaréis con honor... vuestras altas funciones... y creemos poder aseguraros que encontraréis... la colaboración indispensable para llevar a cabo la obra de jus-

ticia y de progreso que las necesidades y las aspiraciones del País reclaman".

(Muy bien! Prolongados aplausos en el hemicíclo y en las galerías).

En este discurso don Tomás Berreta cumplió con su concepto del deber y de la función pública. En vez de un discurso protocolar, una afirmación que culmina la etapa: el pueblo ha elegido a un Magistrado ilustrado; lo ha hecho porque el gobernante emergido de una situación de fuerza, levantó su espíritu a la altura de las exigencias nacionales, depuró su origen, y restableció las libertades políticas. No lo puede dejar de decir: la Historia viene de registrar en sus anales nunca indiferentes ni neutros, una página superior y debe quedar consignado así, cuando se cierra una época y se abre otra. Ha llegado a esa afirmación dando el tono de sus palabras, a través del elogio de Batlle, periodista que hace de su trinchera de combate una cátedra de moral y de civismo. Recuerda así al país que Batlle estaba allí, en el espíritu nacional, disuelto en el alma colectiva y orientando como númen inmortal su conducta. Pero recuerda también que ese nuevo Mandatario, que no es de su Partido, se ha formado, sin embargo, al lado de Batlle y por tanto, esencialmente, se puede confiar en él... Y asimismo, hace justicia histórica al gobernante valeroso y democrático, que supera tiranías de círculos interesados y se coloca por encima de vanidades y prejuicios. Pero atento siempre y siempre alerta, cuando algún concepto promueve la reacción adversaria (el "no apoyado" fue precisamente del Dr. Salvador Ferrer Serra, de destacada y sacrificada actuación posterior, lo mismo en su Partido que en la República), don Tomás Berreta repite enérgicamente el párrafo, provocando la reacción inmediata y entusiasta de parlamentarios y público, que también aplauden al final su afirmativo discurso. Ha querido así, el viejo luchador, cuando el pueblo recupera el ejercicio pleno de sus derechos cívicos, consagrar históricamente al mandatario que hizo posible esa saludable reacción y abrió la oportunidad política imprescindible para iniciar una nueva etapa; pero también exalta al nuevo gobernante para probar, asimismo, que la situación que nace estará presidida por la ilustración y el talento de un hombre ajeno a las agrupaciones activas de la política partidaria, señalando así, de nue-



vo, el desinterés con que ha actuado la suya. Don Tomás Berreta es él mismo otra vez: animoso, definido y leal, que no olvida su deber de remarcar los grandes gestos; político sí, pero a la vez, y por eso mismo, patriota honrado y sin estridencias que augura con júbilo y entusiasmo, su confianza en que se inician, en ese día histórico, jornadas de tranquilidad, de libertad y de progreso para la República.

¿Y como ha llamado al iniciar sus palabras al nuevo Presidente? Lo ha llamado "Ciudadano Dr. Amézaga". Ciudadano... Por mucho tiempo se utilizó esa definición como tratamiento en la órbita política. El ciudadano significa el miembro de la soberanía, el que tiene derechos. Ciudadano es el ser humano en función política, el hombre en sociedad, el que ejerce atributos naturales de los que jamás debe abdicar. Ciudadano es en el Uruguay definición de las nuevas realidades que vive la Nación, en tiempos de Batlle, el Maestro y después de Batlle. Ni súbdito, ni esclavo, ni señor... Ni la monarquía, ni la explotación, ni la subordinación, ni la distinción clasista: ciudadano, hombre igual al común, por alto que esté colocado, mayor que sea su ilustración, más cuantiosa que sea su fortuna. Ciudadano, palabra definitiva y justiciera, que iguala en derechos y deberes, lo mismo al simple votante que al electo para el cargo más alto. Don Tomás Berreta utilizaba el tratamiento justo, que después se abandonó mucho, pero que él mantuvo siempre como una forma apropiada para tratar a los demás, sobre todo porque era sí un título, pero el más eminente, el más noble, pues no establecía diferencias y colocaba a todos en plano similar, dándole a cada cual conciencia y orgullo de su condición igualitaria. Ciudadano, sólo ciudadano, es decir, ser libre y autorizado, fiel en sí mismo a su condición, la más elevada, de parte integrante de la soberanía nacional. Artigas lo había dicho: "Los títulos son los fantasmas de los pueblos: a mí me basta con el de simple ciudadano". Batlle lo había dicho: "La felicidad pública sólo florece y se perpetúa cuando cada ciudadano es un ser consciente y libre". Don Tomás Berreta lo sentía hondamente así: llamaba ciudadano al Presidente de la República, igual que al humilde votante anónimo, del mismo modo que se consideraba a sí mismo, ciudadano, el primer título en las democracias, que comportando el derecho más alto es también el deber mayor: el de servir, con honradez y lealtad, a los demás ciudadanos y a la Patria.

¡Y qué admirable consecuencia, la de don Tomás Berreta, con el sentido y las formas de su conducta! Como en 1904 cuando fundaba en Canelones "La Idea Cívica" para defender el credo republicano contra privilegios y sinecuras, cuarenta años después sigue afirmando, igual que entonces, siempre fiel consigo mismo, la sagrada idea del civismo democrático, el imperio real y efectivo de la República como asociación política libre, formada por iguales, abierta a todas las posibilidades y ardentías de la voluntad y la inteligencia y puesta bajo el gobierno común de todos los ciudadanos, a plena y afirmada dignidad, sin dependencias humillantes, para que cada uno pueda realizar cabalmente el ideal de su vida y su destino.

## 15) EL MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS

Pocos días antes de aquel histórico 1º de marzo, don Tomás Berreta fue informado por un amigo común suyo y del Presidente electo, que éste había pensado incluir, como uno de los tres representantes del Batllismo en el nuevo Ministerio, a él, a don Tomás Berreta. Agradeció, cumplidamente, la distinción, siempre valorada, que importaba semejante nombramiento; era el ingreso al Poder Ejecutivo y no sólo a un Ministerio: el Consejo de Ministros estaba integrado por todos los Secretarios de Estado y tendría "competencia privativa en todos los actos de gobierno y administración que planteen en su seno el Presidente de la República o cualquiera de sus Ministros", conforme a la norma del artículo 174 de la Constitución. Pero tanto como acceder al poder administrador, habida cuenta, incluso, de que era previsible un funcionamiento regular y periódico del órgano, a don Tomás Berreta le preocupaba, esencialmente, poder cumplir un cometido eficiente y útil. Y el informante había mencionado como el Ministerio asignado, el de Ganadería y Agricultura. Parecía el más apropiado para un hombre de tan claros antecedentes políticos, que había dedicado preferentísima atención a esas materias específicas; sin embargo, ya había comprendido don Tomás Berreta que no era aquel Ministerio, aún, el gozne sobre el cual habría de girar la principal actividad de su talento organizador y de su dinámica de estadista. No todavía... Antes que pensar en el fomento de la producción nacional y el trabajo, campesino o industrial, era imprescindible



dotar al país, especialmente a la campaña del país, de las obras de sostén necesarias para hacer posible el desarrollo. La reforma campesina, sí pero, la promoción del progreso agropecuario, la defensa y dignificación del agricultor, sólo se podrían lograr si antes se daba a la campaña las obras de enlace, de vinculación y de acceso que precisaba para recibir los nuevos aportes de la ciencia y la tecnología y promover, efectivamente, un cambio sustantivo en las formas de distribución de los medios de producción, la tierra en primer término, y de la atención y el mejoramiento constante del quehacer campesino. Primero la obra pública y por ese medio ir gestando entonces el efectivo progreso de la producción nacional, de la ilustración y del país mismo. Sin obras de infraestructura no podría haber política de fomento; ésta estaba subordinada a aquélla y la verdadera promoción de la cultura y del trabajo, especialmente del trabajo de la tierra, debía forzosamente empezar en una inteligente y eficaz política de obras públicas. Tan pronto como agradeció el recuerdo que se tenía para su persona, dejó ver, en frase inequívoca, su determinación, sin embargo, de no aceptar... "Si fuera Obras Públicas..." debe haber dicho, y no mucho más sobre el tema. Así resultó, efectivamente. El 1º de marzo tomó posesión de ese Ministerio, en medio de alguna crítica menuda y punzante. El no hizo caso. Comprendía bien cómo en algunos sectores, podría no apreciarse el sentido de esa designación. Pero él en cambio estaba por encima de expresiones académicas o generalizaciones improcedentes. Quería hacer bien al país, a la campaña, especialmente. El modo era trabajar en un plan orgánico, que desarrollara el progreso nacional, garantizara el esfuerzo obrero, creara fuentes imprescindibles de trabajo reclamadas por todos, y contribuyera al progreso común combatiendo efectivamente la desocupación y promoviendo el desarrollo. Veía la terminación de la guerra, la desocupación que habría de producirse en las industrias privadas por el descenso en el ritmo de la producción, en virtud de la disminución de la demanda, y quería que el país estuviera preparado, en forma y con tiempo, para absorber la mano de obra sobrante; no veía medio mejor que el fomento y ampliación de la obra pública, puentes, carreteras, caminos, obra de riego, saneamiento, edificios educacionales. Por eso mencionó ese Ministerio y dada la confianza que despertaba en la ciudadanía por sus notables antecedentes democráticos y de reali-

zador, todo el país saludó alborozado el nombramiento. En ese momento, él representaba la corriente social que veía en el trabajo y el aumento del ritmo productivo, las bases de la recuperación nacional. Estaba largamente preparado para la nueva función, a pesar de los enfoques unilaterales que algunos pudieran hacer, sin advertir las realidades y competencias que se manejaban. En efecto: nadie como don Tomás Berreta reunía tres condiciones previas sobresalientes para desempeñar con alta eficacia el cargo que venía de asumir y que pueden resumirse: a) en el conocimiento completo del país y sus necesidades; b) en la capacidad excepcional para elegir colaboradores, especialmente técnicos, con los cuales el tratamiento debe ser perfectamente equilibrado, para que el jerarca no quede a merced de la especialización y para que, tampoco, quede expuesto a la improvisación o la novelaría o la futilidad del pedantismo académico, egocéntrico y extraviado; y c) igualmente amplia ductilidad y tino políticos para poder encontrar los recursos imprescindibles para que la obra prevista marchara adelante y los dineros del pueblo se emplearan bien, en la forma aceptable y con la orientación adecuada.

Y así resultó. Don Tomás Berreta despertó enseguida confianza en técnicos, empresarios, vecindarios. Todos vieron en el noble espíritu del nuevo Ministro las condiciones imprescindibles y necesarias para servirlo y acompañarlo. Enseguida dominó la escena. Supo elegir. Supo cuáles necesidades debían juzgarse prioritarias. Y empezó a planificar para ejecutar un programa de acción orgánico, susceptible de cumplir una determinación elevada, afirmar el progreso, llevarlo a las zonas más inaccesibles, combatir la desocupación y trabajar con eficacia, honradez y seriedad por el desarrollo del país. Otra vez don Tomás Berreta, al iniciar un nuevo ciclo, se adelantaba a cubrirlo con su autoridad política, su visión de estadista y su patriotismo auténtico sin declamaciones estridentes y vacías. Ese era don Tomás Berreta: sereno, seguro y firme, experto conocedor de las realidades del país y superior a suspicacias, fórmulas estereotipadas y prejuicios sectoriales. Y por eso resultó ser un gran Ministro de Obras Públicas, de los mejores que había tenido el país, de los que dejaron obra grande, permanente, necesaria. De los que sirvieron a la República tal como se lo habían propuesto; de los que agrandaron la Patria. Otra vez Don Tomás Berreta en el gobierno nacional y otra vez, como siempre, mar-



cando el rumbo, asumiendo la dirección, abarcando el horizonte más amplio. Sabía administrar, sabía mandar, sabía elegir. Allí estaba ahora, en un momento trascendente, asumiendo el carácter protagónico. Los últimos tramos de la asombrosa parábola de su vida, adquirirían la máxima dimensión; y él estaba allí a gusto, seguro de sí mismo, confiado en sus propias fuerzas. Ni pensaba siquiera que aquel empeño era un riesgo en el que podía fracasar: tan seguro estaba de que aquella era su oportunidad, y tantas antes había tenido, que como el gladiador invencible sólo quería saber cuando podía empezar el combate: su victoria la sabía segura y el beneficio grande; nada pensaba entonces de lo que vendría después. El verdadero realizador, el Conductor auténtico, mide la estrategia por etapas y no falla en el rumbo: la consecuencia queda siempre acomodada a la dimensión de su grandeza. Don Tomás Berreta realizaba, al abrirse la nueva instancia, sin miedo alguno al fracaso, lo que siempre había hecho: ocupar con naturalidad y alta competencia un cargo importante como sí, valga la frase de Churchill, toda su vida hubiera vivido para cubrir ese momento y cumplir esa función.

Mientras preparaba el plan que habría de remitir al Parlamento y que debía concretarse en un proyecto orgánico, que abarcara una etapa completa para todo el país, atendió las urgencias comunes de su Oficina y viajó al Interior, reiteradamente, apreciando de cerca necesidades y exigencias. Estuvo también en Brasil, por el Este, hasta Santa Victoria, para la inauguración de un puente provisorio sobre el Chuy; y en el Norte, hasta Santa Ana do Livramento, donde había residido en tiempos de sus dos destierros, cuando la febril preparación de la Revolución de enero. Había hecho dar energía eléctrica provisoria a dicha ciudad fronteriza, privada de ella por las restricciones de la guerra y las autoridades santanaenses lo invitaron a visitar la región y lo declararon huésped de honor de la ciudad. Debe haber sentido emoción profunda el probo estadista, al regresar al lugar de sus sacrificios y luchas secretas, ahora en cambio como uno de los principales gobernantes de su Patria. Visitó viejos amigos de la frontera, compañeros leales de la hora difícil de la expatriación y escuchó una tarde, en la Prefectura de Livramento, la emoción de un discurso sincero y elocuente de su antiguo amigo, el ahora Prefecto Dr. Crisanto de Paula e Días. Cuando el orador, después de agradecer las aten-

ciones del Ministro señor Berreta para con su ciudad de Santa Ana, recordó que allí había recibido hospitalidad el desterrado ilustre, en momentos de persecución política, el mismo que ahora volvía, pero como gobernante de su país, sin dejar de haber sido, en ninguna de las dos oportunidades, representante auténtico de su pueblo, una emoción perceptible en el rostro del viejo luchador se contagió a todos. Y se hizo aún más intensa cuando el orador justificó, ambos extremos, diciendo que así había, efectivamente, ocurrido, "porque los avatares de las luchas políticas no pueden nunca doblegar el corazón del hombre fuerte, nacido para mandar y para vencer".

Al año siguiente envía a la Cámara de Representantes, con aprobación del Poder Ejecutivo, su plan de obras públicas 1944, un notable esfuerzo del gran estadista, dirigido a sostener y hacer posible una vasta transformación básica de la campaña, igualmente válida por sí misma como por hacer posible el cambio efectivo e indispensable que reclama la producción nacional. El plan abarca un conjunto extraordinario de obras de distinta categoría y característica, cubriendo una suma global de 70 millones de pesos de aquel entonces. Comprende:

La interconexión vial mediante la construcción o reconstrucción de las Rutas 5, en el centro, 3 en el Este hacia Treinta y Tres y Melo y las transversales de Salto y Paysandú a Tacuarembó, ya iniciada, siguiendo a Melo y por ésta hasta Aceguá.

Cuatro Rutas, a su vez, de Este a Oeste, la nombrada, por Durazno hasta Cerro Chato, la de Florida y la de Canelones. La Vialidad abarca así al final del Plan aprobado, 33 millones de pesos, a los que se agregan cinco millones y medio para Hidrografía, cuatro para Ferrocarriles, doce para Arquitectura y tres y medio para construcciones militares.

De Vialidad abarca: Trinidad a Paso del Puerto; Canelones por Santa Rosa hasta Pedrera (Ruta 11); San José a Ecilda Paullier; Mansavillagra a Caserío de Arrayán (con construcción de un puente) la Ruta 6 a Florida; San Ramón a Canelones por Rincón de Conde con puente sobre el arroyo Tala; unión de Mígues con Tala y con San Bautista; de Montes a Abra de Zabaleta; de Laureles a Tarariras; de Sauce a Pantanoso; de Dolores a Palmitas; de Canelones a Sauce; de Carmelo a Colonia Estrella; de Vichadero a Cu-



chilla Pereira; de Colonia Etchepare a Belastiquí; y además obras con aporte vecinal o municipal diversas en todo el país y transformación del pavimento de hormigón o la carpeta asfáltica en las carreteras troncales.

Para Hidrografía se prevén: Puerto nuevo en Colonia; obras de riego en Mataojo de Solís y en el Queguay, además del Canal Zabala y construcción de obras de riego en Cerro Largo; adquisición de embarcaciones y material de dragado; construcción de muelles en Salto y Río Branco; Dársena en Nueva Palmira; Muelles en Carmelo (reconstrucción), Nuevo Berlín y Mercedes (ampliación); Embarcadero en Las Brujas; Mercado de Pesca en Punta del Este; Muelle y escollera en Juan L. Lacaze; Pista de Regatas en Santiago Vázquez; embarcadero en Puerto Concordia; Defensa de muelles en Fray Bentos y Dolores; construcción de Graneros en Nueva Palmira, Fray Bentos y del muelle en Punta del Este; explanada en el Puerto de Salto, embarcadero en Solís Grande y defensa de la playa de Piriápolis.

En Arquitectura, a su vez, se proyectan los siguientes edificios (construcción o ampliación) Facultades de Medicina, Veterinaria y Agronomía; Escuelas Agrarias de Paysandú, Salto y Cerro Largo; Liceos de Bella Unión, Colonia, José Batlle y Ordóñez, Carmelo, Sarandí Grande, Las Piedras, Trinidad, Pando, Durazno, San José, San Carlos, Canelones, Rocha, Florida, Mercedes y Maldonado; y en la Capital los Nos. 1, 3, 5, 6 y 7 y en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo. Aduanas de Montevideo, Dolores, Villa Soriano y Rivera; y Hospitales en Libertad, Melo, Rocha, Artigas, Castillos; Urología y Pereyra Rossell en Montevideo y de Niños; T. Gomensoro; Maternidad y Maciel también en la Capital; Minas; Policlínica en Maldonado; Puestos de socorro Modelos en Las Piedras, Florida, y Tala (Sala de Auxilios), San Carlos, Colonia Etchepare, Guichón, Caraguatá, Vichadero, Rivera, Instituto de Ciegos de Montevideo, Paysandú, Fray Bentos, Cardona, Trinidad, Florida, Batlle y Ordóñez, Minas, Pan de Azúcar, Lascano, Melo, Tranqueras, Young y en la Capital: Vilardebó, Cerro, Clínica Psiquiátrica, y Endocrinología.

En Enseñanza Industrial: Escuela de Lechería de Colonia Suiza; de Enología de Las Piedras; de Silvicultura de Maldonado; Agraria Industrial de San Carlos; Agraria de Bella Vista; Industrial de Canelones de Enseñanza Agraria; las Industriales de Melo, Ro-

cha, Fray Bentos, Carmelo, Rivera y Salto; de Lechería en Isla de Lobos; la Casa del Maestro (graneros); y en Educación Física Plazas, Gimnasios, Campamentos, Pabellones y Campus abarcando todos los departamentos del país, por un total de 22 obras; la construcción de seis Jefaturas en otras tantas Capitales del Interior, cárceles en dieciséis departamentos y noventa y seis edificios para Comisarias.

Construcción para el Consejo del Niño de 21 obras en Montevideo, Canelones, Artigas, Paysandú, Río Negro, Durazno, Rivera, Lavalleja; 20 edificios militares, 25 obras de abastecimiento de agua, además de adquisición de varios equipos de perforación y bombeo. Aparte se preveían las obras de Saneamiento que corrían bajo el estudio de una Comisión Especial, presidida por el representante nacional Dr. Amador Sánchez. Se incluían también obras de forestación y de parques y el salario mínimo, que alcanzaba a \$ 2.80 según proposición formulada por el Dr. Javier Barrios Amorín.

Sobre tres renglones diferentes se asentaba la carga impositiva de financiación: los combustibles, las líneas de autobuses cuyas entradas brutas se gravaban; y las zonas de influencia, selección de actividades que el Dr. Eduardo Rodríguez Larreta apoyó expresamente, por considerar que era el tipo de importación que debía establecerse en un plan semejante.

Don Tomás Berreta presentó su proyecto defendiéndolo con entusiasmo y serenidad, con decisión y con amplitud. Aceptó las modificaciones posibles, incorporó sugerencias, pero el plan central estricto y firme fue directamente su obra, era su creación, constituía la pasión suya de aquel momento. Realizar, hacer cosas útiles para el país y sus habitantes, cumplir una elevada tarea, obtener recursos y gastarlos en obras reproductivas, crear los soportes adecuados para una ulterior política de fomento que desarrollara plenamente la producción, especialmente la de la Agropecuaria, tomar el gran paso que se daba lo mismo como un fin en sí que como un medio para otras aún más altas conquistas, trabajar por el ideal de servir honradamente al país y promover obras de bienestar, que desencajonaran al productor rural, que fomentaran el trabajo humano, que aliviaran las penurias económicas y que sirvieran igual a la producción que al turismo, lo mismo a la educación que a la seguridad, lo mismo al capital que al trabajo, esa era



la gran obra que ahí ofrecía don Tomás Berreta al Parlamento y que éste, finalmente, aprobó con apoyo de representantes de diversas Agrupaciones políticas. No era el desiderátum, pero sí un paso seguro y posible hacia adelante: el país empezaba a andar por una ruta efectiva de realizaciones progresistas. A su frente estaba ahí don Tomás Berreta, Ministro de Obras Públicas, previsor y selector, amplio y diverso, que abarcaba todos los renglones y todas las zonas del país, acercando a cada una más bienestar, más comodidad para la acción fecunda, más progreso, más superación cultural, más dignificación del ser humano. Así pudo decir, poco tiempo después, que "Queda demostrada la exactitud de las previsiones anunciadas... cuando se declaró que el Ministerio de Obras Públicas estaba en condiciones de realizar obras por un promedio anual no inferior a 18 millones de pesos... Durante el año (1945) se libraron al uso público 545 kilómetros de carreteras y caminos nuevos, estando en construcción 707 kilómetros de carreteras y 33 puentes, además, de los 24 ya construidos y se construyeron 51 kilómetros de vías férreas; aparte de que la conservación de la red vial se mantuvo en toda su extensión de 5.000 kilómetros de carretera y 1.000 kilómetros de caminos naturales... El Poder Ejecutivo se complace en destacar que este ritmo de trabajo en la realización de obras ha sido y continúa siendo apoyado por la opinión pública, que comprende, porque los palpa los grandes beneficios que ellas reportan al progreso del país". Y volviendo como siempre la atención a su preocupación fundamental, la de la producción agropecuaria, puede entonces comentar, ante el Parlamento, en ese mismo Mensaje presentado el 15 de marzo de 1946. "...La seguridad en el transporte ha sido siempre uno de los grandes problemas de la producción. Y sobre todo si a la seguridad se agrega la economía. Con vías de tránsito que aseguren ese transporte económico, la producción nacional tiende a expandirse y enseñorearse de regiones hasta hace poco apenas ocupadas con una industria pastoril muy primitiva. Es así que las tierras del sur... son hoy una larga sucesión de granjas donde se obtiene el máximo de productos en el mínimo de terreno. Esto significa incremento de población, de intercambio comercial, de cultura, de confort, de riqueza. Y el fenómeno se reproduce en tierras más apartadas de las que rodean la Capital... a medida que esa red vial avanza en el inte-

rior del País. Las tierras más alejadas son hoy explotadas con industrias y cultivos que algunos años atrás estaban concentrados... La influencia del camino seguro y económico llega ya a hacerse sentir en zonas más alejadas... y el aumento de su valor... es otro índice de la influencia vial..." Y agrega entonces, volviendo la atención hacia el otro vértice de su trabajo, que otro aspecto auspicioso del plan, está en su éxito para combatir los temibles efectos de la desocupación. Después de dos años consecutivos de malas cosechas y a raíz de una sequía sobrenatural y de una epidemia de fiebre aftosa también extraordinaria... se produjo una acentuada paralización... Pero esta copiosa fuente de trabajo, alimentada por 18 millones de pesos ha venido a evitar tan temible calamidad, puesto que bastó para ocupar y auxiliar con jornales remuneradores, a una gran cantidad de personas que los quebrantos de las industrias generales dejaron sin ocupación". Y cierra sus reflexiones afirmando sencillamente esta enalteciente verdad: "Puede afirmar, por lo tanto, el P. E. que en el renglón de las obras públicas, el año 1945 ha sido uno de los más proficuos para el país y quizá el más proficuo que se conoce, por el grueso volumen de ellas como por las proyecciones económicas y sociales que han reflejado en la República".

He ahí patentizada la culminación de un esfuerzo singular y una estupenda visión de estadista de don Tomás Berreta. El primer año de aplicación de su gran Plan de Obras Públicas ha resultado el más proficuo que se conoce en toda la historia del país, es decir, el más provechoso, el más fecundo, el más útil. Y él, don Tomás Berreta, tenía que ser el protagonista de esa página admirable del devenir uruguayo: el año más proficuo, aquel en que se hizo más obra pública, se dió trabajo a mayor número de obreros, se pagaron mejores jornales, se hicieron las obras más necesarias, se cumplió, en fin, con el deber inexcusable y solemne de todo honrado gobernante: hacer las obras de progreso que el país necesita y precisamente en el momento en que la coyuntura histórica las reclama. Don Tomás Berreta culminaba de ese modo una gesta ejemplar, porque desde el Ministerio de Obras Públicas había probado la calidad superior de su talento de estadista, su tino y seguridad para tratar los asuntos políticos, su invariable prestigio en la órbita na-



cional y partidaria, su categoría superior para gestionar y obtener apoyo para las iniciativas justas, su competencia ejecutiva y su ansia realizadora, traducida en obras de progreso para la economía, la educación y la seguridad social. Sólo el hombre político, conductor y estadista, que hubiera llegado como él a la responsabilidad del gobierno habiendo vivido y sufrido más de medio siglo y llegado a conocer el país, sus hombres, sus características, sus necesidades, podría haber cumplido, como él lo hizo, semejante obra básica, que tuvo además el inmenso valor de servir como él lo había previsto y proclamado, de soporte a las otras actividades creadoras y también, a nuevos planes similares, que nunca podrían alejarse de aquel arquetipo el de 1944 de don Tomás Berreta, obra de gobierno de significación incalculable en la historia nacional.

Allá va don Tomás Berreta hacia adelante otra vez, hacia más arriba. Cada recodo es una valla salvada; cada nueva tarea es un éxito más; Don Tomás Berreta llega así, cuando al año siguiente, este precisamente, de su glosado mensaje, empieza la actividad preelectoral, al sitio más encumbrado del respeto público y del prestigio partidario: todos los acontecimientos futuros desde ahora y hasta el momento mismo en que él ya no esté, girarán en su torno: el será el centro nervioso, el núcleo vital de su Partido y de su Patria. Don Tomás Berreta mira un momento hacia atrás: levanta la altiva cabeza inteligente y expande la profunda e inquisidora mirada en todo su alrededor: ve que alcanza las alturas mayores y que su espléndida personalidad ha adquirido ya una plenitud inmarcesible.

## 16) LA CANDIDATURA DE DON TOMAS BERRETA

Por ese prestigio renovado y acrecido, por sus antecedentes, por su acreditada competencia de conductor y de estadista, por su infatigable accionar al servicio de su Partido, por su incansable acción proselitista, por su innata condición de Caudillo y por su natural fuerza de atracción de voluntades, don Tomás Berreta es la primera e indiscutida figura del Partido Colorado y del Batllismo. Un período de gobierno particularmente duro ha sido éste que le tocó presidir al Dr. Amézaga: el herrerismo ha intensificado su oposición con una propaganda agresiva y rigurosa, encabezada por su mismo líder y en las Cámaras los debates han sido violen-

tos, escandalosos, sin cuartel. Quizás por su desplazamiento a raíz del golpe de Estado, o por los ataques que provocó su intransigencia con respecto al conflicto internacional, es lo cierto que el Dr. Herrera ha acrecentado sus cuadros electorales y que se presenta con impetuosa decisión a la contienda de noviembre de 1946. El Batllismo tiene a su vez en don Tomás Berreta, la definición más potente y vigorosa de su credo político, la encarnación más fiel del espíritu de Batlle, el prestigio más extendido en el alma popular. El gobernante municipal, el legislador, el Consejero nacional, el opositor gallardo y viril, es ahora el gran estadista del Plan de Obras Públicas, que levanta su autoridad moral y su personalidad política más arriba que otra alguna en toda la cambiante y rugiente escena de la República.

Lo rodea la aureola del prestigio, la autoridad y el imperio. En todas partes multitudes lo saludan y lo aclaman. Su acción se ha extendido vigorosa y domina ya el panorama. No es más, ahora, ni el caudillo regional, ni el político de Canelones: es una gran afirmación democrática de Batllismo, como lo ha sido siempre, pero ahora reconocido por todos en todas partes. Ahora es, solamente, DON TOMAS, y ese tratamiento familiar, cordial, directo, lo dice todo, todo lo define y simboliza. Es la expresión más íntima, más conmovedora, más prestigiosa: cada uno, el más alto y el más humilde, trata al Conductor como a un Patricio: simplemente DON TOMAS, expresión de sentimiento hondo, de afectuoso acercamiento, de orgullosa amistad.

Es ahora su nombre, hasta por antonomasia definición del Partido y de la Democracia. A su escritorio de su casa de la Calle Galicia, en Montevideo, llega una delegación de técnicos mejicanos, que por desperfectos en el avión en que viajaban no pudo llegar a tiempo a la sesión inaugural del Congreso que, por su condición de Ministro de Obras Públicas, había presidido en la jornada anterior don Tomás Berreta. Acompaña a la Delegación el Embajador del país hermano. Don Tomás Berreta se excusa: en el reducido recinto no pueden sentarse todos sus visitantes... "Mi casa es modesta". El Embajador dice que no ha querido perder un momento sin presentar sus compatriotas al señor Ministro; les ha advertido, dice, que estarán frente al ciudadano más prestigioso, sin duda al primer mandatario futuro, a un hombre hijo de sus obras, luchador y sencillo, republicano por convicción y por definición, y tan hombre de pueblo, que él mismo, agrega, contagiado



por la fama y el trato de ese gran conductor, también muchas veces olvida la cortesía diplomática y se permite llamarlo, como todos los uruguayos lo llaman, Señor Don Tomás...

Es así, en efecto. A esa altura de su vida don Tomás Berreta ha demostrado su sencillez republicana, al tiempo que su talento; su afán realizador, al tiempo que su patriotismo auténtico; su rígida lealtad a Batlle y al Batllismo, al tiempo que su natural inteligencia, su rectitud moral, la categoría superior de su conducta y su dignidad humana. En términos políticos es el primero de los dirigentes del Partido y en términos electorales es el primero en quien se puede confiar como prenda de triunfo seguro. El amigo de Batlle, que había estado en la guerra defendiendo a riesgo de su vida a su Partido y que en la paz había cumplido admirablemente un verdadero "cursus honorum" ascendiendo a través de todos los puestos de la jerarquía republicana, estaba ahora en la condición suprema de transformarse en el abanderado del Partido y llegar con él, por fin a plenitud, con la facultad ejecutiva suficiente para realizar, en efecto, un gobierno completo. Un gobierno como necesitaba el país, mediante una prudente amortiguación de las rencillas políticas y una verdadera unidad nacional que permitiera hacer frente, sin disturbios ni sangre, al gran cambio que reclamaban los tiempos, después que la humanidad empezaba a oscilar, confundida, como consecuencia de la finalización de la guerra y del comienzo de una trágica confrontación entre sistemas contradictorios, en una gran incógnita que reclamaba, esa sí, vigorosamente, claridad y amplitud de visión, superioridad de espíritu y efectiva unidad nacional en torno a un estadista probado y prestigioso, que despertara la confianza pública. Para confrontar esas trágicas premoniciones, esas exigencias insoslayables de la nueva realidad universal, armado con esos instrumentos de combate, no había otro entonces en el país como don Tomás Berreta.

Bien así lo sabían sus adversarios, que registraban día a día, los prestigios acrecentados del gran Conductor y empezaban ya a zaherirlo con ataques intencionados y malevolentes. Bien así lo sabía su Partido, que veía congregarse en torno a don Tomás Berreta a las multitudes fervorosas y libres de la República. Así también lo sabían todos cuantos, de un modo o de otro, estaban vinculados a la mayoría de la Convención, órgano autorizado para decidir acerca de conductas y candidaturas. Por primera vez, meses antes

de la confrontación, en el Partido de Batlle, después que éste ya no estaba vivo en ella, la Convención, sin necesidad de votar, había pronunciado su veredicto. El nombre de don Tomás Berreta aglutinaba la segura mayoría para la designación.

El herrerismo era el adversario más peligroso, aunque, sin duda, sin posibilidad alguna de triunfar, en virtud de la desunión de su Partido, que se presentaba, como en 1942, con dos lemas distintos a la elección. Dentro del Partido Colorado, a su vez, con tres agrupaciones formadas, se veía claro que lo necesario era que las fracciones menores encontraran los elementos aceptables en el candidato del grupo mayoritario, para tener confianza en que su contribución al triunfo, por el sistema del doble voto simultáneo, sería apreciada como correspondía por el vencedor. Y para ello, precisamente, la candidatura de don Tomás Berreta despertaba la mayor confianza: todo el Partido Colorado, sin distinción de sectores, veía en ella una gran esperanza y un signo de trabajo honrado y leal por el progreso del país y por la afirmación de la unidad interna del Partido, sin perjuicio del mantenimiento de las Agrupaciones constituidas.

Estaba visto que el Batllismo, que en 1942 había hecho un acuerdo indispensable dentro del lema tradicional, en 1946 presentaría sus candidatos propios. La inclusión, en el término primero, de don Tomás Berreta, alejaría todo resquemor y toda suspicacia. En la victoria o en la derrota, los grupos no batllistas del Partido trabajarían con el máximo fervor, porque, aún en la derrota, contribuirían a exaltar un gran gobernante, para una gran etapa nacional.

Pocas veces era tan intenso el entusiasmo cívico de la ciudadanía: en 1942 se había reivindicado a Batlle, pero no se había accedido al gobierno. En 1946 se habría de cumplir la otra etapa, la conquista del Poder. La Constitución semi presidencialista y semi parlamentaria que entonces regía y cuya redacción se había hecho con la cooperación de los Delegados del Partido, daba al Poder Ejecutivo y dentro de éste, especialmente, al Presidente de la República potestades y competencias tales que bien se podría decir que sería en ese año clave, el de 1946, cuando terminaba una guerra y empezaba otra en el mundo, que el Batllismo por intermedio de uno de los suyos, actuando con todo el Partido, como un batllista integral, habría de conseguir el gobierno para realizar a ple-



nitud su programa, por primera vez, en esas condiciones y con esas facultades, desde que el mismo Batlle cumplió su segundo período presidencial. ¡Y singular consagración cívica! El recambio treinta años más tarde entregaría la antorcha a las manos firmes y limpias de un gran amigo de Batlle, de uno de los que el Maestro más había distinguido, de quien ardorosa y fecundamente había luchado por su país y por su Partido y al cual, ahora, en estas vísperas agitadas de la contienda electoral, aclamaban las multitudes cívicas de la República con creciente identificación y sagrada convicción democrática: Don Tomás Berreta.

El clamor crecía incontenible. Las Asambleas preparatorias en todo el país victoriaban su nombre esclarecido. El Ministro de Obras Públicas, el ejecutor del gran Plan de 1944, el amigo invariable de los trabajadores de la tierra, el gestor del progreso registrado en ese agitado período de gobierno, el dirigente responsable, el Batllista cabal, era rodeado por el mayor prestigio y aclamado como la bandera del triunfo electoral y la garantía del gran gobierno que esperaba y precisaba la República.

El Conductor endurecido por cien combates, a lo largo de medio siglo de luchas, veía ahora en aquella culminación sólo, de nuevo, una etapa, más pródiga y con mayores posibilidades que las anteriores, pero sólo una etapa de la lucha interminable. Al día siguiente de su triunfo, se abría otra a la que habría que poner mano y empezar a conducirla y orientarla. Pero detenerse, contener, descansar, eso no era posible. No hay paréntesis en la vida de don Tomás Berreta: la línea de la acción es continua, absorbente, profunda. Hay que seguir. Otra elección se acerca; ahora él es el primero; está habituado al triunfo, que nunca lo ha envanecido, quizás porque sabe que la vida política es un servicio ininterrumpido y emocionante, quizás porque a él le agrada así, la lucha continua y perenne que le permite hacer el bien, contribuir al progreso, imponer la justicia. La consagración anticipada no lo envanece tampoco. Ve en ella sólo un medio para realizar más elevadas conquistas en el plano político y social. Cuando siente que vivan su nombre, él recuerda siempre a Batlle. Su consecuencia cívica es inalterable; la fijeza de sus ideas es total. Ahí está ahora, cincuenta años después de empezar, igual a sí mismo, como el primer día. Pero ahora no es de los últimos, es el primero... Tiene que haber sentido una honda satisfacción en esos meses de la exaltación ido-

lática de las multitudes. Las había visto alrededor de Batlle; ahora las veía a su alrededor. En su corazón generoso y en su rectitud moral, estaban las expresiones de su posición y su carácter. Pero henchido el pecho de honda vibración patriótica y partidaria, la emoción aflora al rostro del indómito combatiente, mientras la multitud frenética repite incesante: ¡Don Tomás! ¡Don Tomás! en el clamoroso anticipo de la victoria.

## 17) PLEBISCITOS CONSTITUCIONALES

Así planteadas las cosas, el Partido concertó un acuerdo con el Nacionalismo Independiente: sus legisladores, de conformidad con lo dispuesto por el inciso B) del Art. 281 de la Constitución, propusieron que se plebiscitara un proyecto de reforma constitucional, por el cual se suprimía la Presidencia de la República y se le sustituía por un Consejo de Estado de nueve miembros, elegidos por el sistema electoral establecido, asignándose al Partido mayoritario seis o cinco cargos según los casos, otorgándose al Sublema mayor cinco o cuatro, siempre que ese sublema cubriera el 40 % de los votos del lema y que la minoría siguiente, dentro del lema, no cubriera, a su vez, el quinto de los votos del sublema mayor, caso en el cual se adjudicarían proporcionalmente los cargos de la mayoría. Se restablecía también la autonomía municipal abrogada por la Constitución de 1934. Conforme a la norma vigente, era preciso, para que la reforma triunfara, que reuniera la mayoría absoluta de los votos emitidos y que esa mayoría cubriera a su vez, el 35 % del total de inscriptos, que entonces era de 993.892 ciudadanos. Eran pues necesarios 347.862 sufragios, cifra a la que había que llegar con la base anterior conocida, la de 1942, última elección, en la cual ambos Partidos que suscribían la reforma habían alcanzado alrededor de 240.000 votos.

Todos los legisladores del Batllismo, incluidos como es natural, los amigos de don Tomás Berreta, suscribieron el proyecto, presentado el 23 de mayo del mismo año de la elección. Era obvio que esa resolución alteraba las coordinadas electorales, transfiriendo el éxito del Partido del prestigio de una gran candidatura, en una campaña anticipada ya, a la tarea de divulgación y extensión del principio fundamental de Batlle en materia de organización institucional. También quedaba patente que el cambio de estrategia

planteaba la lucha en términos desiguales, pues mientras el Batllismo, sin marginar el candidato, desde luego, pondría su acento en una reforma incierta, de base teórica, el herrerismo, en cambio que también preconizaba la suya (como ya explicaremos), lo hacía con un sentido político directo y giraba su proselitismo en torno a la personalidad de su líder, que encabezaba la fórmula presidencial llevando de Vice el segundo personaje del Partido, el doctor Echegoyen. Mientras el Batllismo que tenía adelantado su éxito con la candidatura de don Tomás Berreta, acoplaba a ella ahora o más bien dicho le antecedita, la propaganda en favor del Colegiado, el herrerismo intensificaba su acción en torno de sus nombres más prestigiosos. Don Tomás Berreta se puso al frente de la nueva forma de lucha con igual entusiasmo; despreció desde el fondo de su alma cualquier perversa suspicacia, nacida de la envidia o el despecho y no obstante que, en alguna oportunidad, apostrofó enérgicamente a cualquiera que pudiera decir o haber dicho que "había que parar a Berreta", su elevada dignidad moral y su adhesión inquebrantable a los principios lo puso por encima de toda estulta ocurrencia. Pero era distinto encarar frente al adversario que no daba treguas y esperaba cualquier equivocación para explotarla en su provecho, como un motivo receloso o una cuestión dialéctica aquella gran opugnación que se planteaba entre el Batllismo columna de la democracia, y su adversario de siempre, colocando en otro plano la espléndida personalidad que atraía las voluntades del pueblo y se había transformado por la prevalencia de sus virtudes y por su prestigio, en la primera figura del Partido y de la Nación. Eran ahora diferentes las alternativas de la alterada pugna electoral, en las que don Tomás Berreta encabezaba las fórmulas del Partido, pero el acento se ponía en la reforma constitucional y no en la elección del gran candidato que el pueblo reclamaba y consagraba con clamor unánime y victorioso: Don Tomás Berreta, o simplemente ¡Don Tomás! ¡Don Tomás! como era recibida jubilosamente su presencia en todos los confines de la República. Era igualmente cierto que la victoria del Partido no corría riesgos porque el doble voto simultáneo y la desunión del adversario, aseguraban de todas maneras la victoria del lema; pero resultaba afectado el esfuerzo electoral, y cambiados sus planteos originales. Don Tomás Berreta no vaciló un momento y afirmó enfáticamente su verdad al país sin una duda ni una reserva: "Si triunfa el Colegiado, como

lo deseo y lo espero, seré Presidente del Consejo de Estado; sino seré Presidente de la República".

El herrerismo, presentó a su vez, una reforma, tres días antes que el Batllismo: la elección del Presidente de la República directamente por el pueblo sin lemas partidarios y en hoja de votación aparte de las demás que se incluyeran en el sobre electoral. Firmaron el proyecto, presentado conforme a la misma norma del inciso B) del Art. 281 legisladores herreristas, comunistas, cívicos y nacionalistas independientes.

Y mientras el Batllismo incluyó en sus listas candidatos para el caso de que esa fórmula triunfara, otros grupos políticos que no votaban por el Colegiado, tampoco lo hicieron por candidatos a los cargos que resultarían si el Colegiado triunfara, expresando así, antes de la elección, la confianza en que esa reforma sería rechazada.

Todo pareció conjuntarse entonces para que los comicios contuvieran resultados distintos a aquellos que esperaba la gran masa colorada que victoriaba entusiasta a don Tomás Berreta; y nada aparecía a la vista que permitiera pensar que los planteamientos electorales pudieran acercar a las filas batllistas a ese conjunto indeterminado de ciudadanos independientes, los imponderables de cada elección, que muchas veces la deciden y que, sin duda, hubieran querido votar a don Tomás Berreta, ciudadano prestigioso en todas partes, cuya conducta cívica superior y cuya capacidad probada de hombre de estado y de sensible conductor político, habían sido largamente acreditadas en medio siglo de intensa labor en la escena de la República. Y aquí apareció una celada inesperada y adversa. Visto que el Batllismo presentaba, para el caso de que se aprobara la reforma herrerista, una hoja de votación sin lema, con la fotografía de don Tomás Berreta y su candidatura presidencial, muchos ciudadanos la pusieron en sus sobres, creyendo votar así a don Tomás Berreta, precisamente en la hoja de votación que no tenía valor, e incluyendo también las adversarias que sí lo tenían: algunos lo hicieron por error; otros por cálculo, pero los más lo hicieron extraviados por propagandistas avisados y audaces. Todavía cabe recordar el gesto entre comprensivo y disgustado con que el propio Don Tomás Berreta, al día siguiente de la elección, recibía los plácemes de estos "votantes", que le decían



estadista, que ya había probado, en el Consejo Nacional y en el Ministerio, que era ese el estilo y la norma de su conducta. Habla del niño, su primer cuidado, asegurando la construcción de Escuelas y la difusión de la instrucción, para que el porcentaje de analfabetos sea igual a cero; del Interior, su preocupación de siempre, y de los Municipios, cuya labor es imprescindible, y a los que anticipa seguridades de cooperación. Y tiene entonces una definición y una previsión: la definición de su credo batllista, hecha sencillamente y con palabras expresivas y comprensibles por todos: el Estado debe racionalizar los procesos evolutivos. Sí, la revolución, pero por la evolución, la "evolución revolucionaria" dirigida por el Estado, orientada por la Ley, mediante la transformación pacífica de las formas de producción y de comercialización, sin despojos, ni arbitrariedades, ni violencias pero también sin vacilaciones, ni demoras, ni prejuicios: con la orientación tuteladora de un Estado intervencionista, que amplía la órbita de su acción para regular (racionalizar) el proceso del cambio fundamental. Y la previsión de anticiparse a la deflación, que puede producirse como consecuencia del cese de la guerra, de la disminución de las exportaciones, de la baja de los precios, de la previsible escasez y sus secuelas ineludibles: la especulación, los abusos y la carestía.

Afirma que se dirige a la ciudadanía, porque sabe que le corresponderá la victoria electoral: Y formula afirmaciones notables y perennes: Soy colorado y soy batllista, dice, PERO LA FUNCION DE GOBERNAR NO PUEDE SER EJERCIDA CON CRITERIO PARCIAL Y APASIONADO, SINO CON ALTURA DE ESPIRITU Y DE MIRAS. Para agregar que "no me han movido pasiones mezquinas en mi larga actuación". Dos verdades indiscutidas dice así: la de que encara el gobierno como un deber elevado y genérico, que no puede estar inspirado en pasiones menores; y la que resume su larga vida de luchador: jamás lo han movido esas pasiones menores, la miseria de propósitos o la mezquindad de espíritu. Así ha sido siempre él, don Tomás Berreta: superior a la limitación truhanesca, envidiosa o fútil del superficial adocenado e incompetente; superior a la sollicitación menguada del interés, la venganza o la perfidia.

Como definición moral de su credo, ambas frases, la primera incluso de sentido permanente porque importa una máxima de gobierno universal e intemporal, la resumen con elocuencia y emo-

ción y no hacen sino reiterar ante la ciudadanía los antecedentes del político y del estadista, del ciudadano y del hombre que exhibe sus credenciales y sus ideas sin temores ni desvíos, en el momento que va a reclamarle su adhesión para una instancia suprema.

Define entonces la Democracia al decir que su ejercicio requiere espíritu comprensivo y un criterio orgánico de unidad para resolver los problemas comunes. Unidad para encarar la problemática nacional como un hecho único, global, totalizador, que reclama soluciones planificadas y complementarias; unidad nacional, por encima de diferencias políticas, para confrontar hechos y riesgos que por afectar al país, pertenecen al dominio unitario y común de todos sus ciudadanos. La democracia exige un criterio orgánico y la Patria un frente único, para superar las dificultades. Antes de la elección, no habla así un candidato: se ve que quien habla es un estadista de vista interior, de imaginación creadora y de amplitud republicana, que ama antes que nada a su Patria y la ofrece, en su más exacta configuración, a sus conciudadanos, para que todos aprecien su deber, elijan su camino y otorguen su contribución al esfuerzo unitario nacional. Habla así el gran orientador, no de su Partido, sino de su País, que se anticipa a la Historia para prefigurar la forja venturosa de la Patria nueva.

Entra entonces a la precisión de los renglones que abarca el vasto panorama: Funcionamiento inmediato del Consejo de la Economía Nacional; apoyo a la indispensable solvencia de las Naciones Unidas, a crearse como solución permanente de los problemas universales; desarrollo de un arte genuinamente nacional e intensificación de la acción educacional (Escuelas, Liceos), es decir, los dos goznes estructurales, en una organización mundial asegurada: la economía y la educación, para que, dice textualmente, "se eleve el nivel que crea progreso económico, clara conciencia cívica y mejores formas de convivencia social". Afirma que con la masa de fondos acumulada en el exterior, debe comprarse el utillaje industrial y defenderse, después, el comercio internacional del país, agregando a las misiones diplomáticas, consejeros comerciales aptos. De ese modo, precisa los elementos esenciales de la sociedad: la economía defendida con la promoción industrial sistematizada y alerta; y la educación intensificada al máximo posible. Define entonces su orientación sociológica: "No soy partidario, dice, del monopolio del Estado (indiscriminado y extensivo) mientras la actividad

Esas dos afirmaciones parecen terminar esta declaración, que es tanto un programa político, como una lección de confianza en el pueblo, una afirmación válida de democracia, un esbozo sin tiempo de una sana, fuerte y fecunda concepción económico-educacional. Está ahí todo resumido ya: el político y el estadista se conjuntan en un solo espíritu y el lector desapasionado y sin preconceptos ve en este plan estupendo, toda una definición y un anticipo. Pero no, el candidato queda todavía, no ha hablado aún. Y dice entonces, finalizando la gran lección moral con un airoso derroche proselitista: "Los ciudadanos que aman la paz en el ejercicio honorable de las libertades democráticas; que sienten que el progreso económico y la justicia social son factores indispensables para elevar la moral del pueblo y su bienestar; aquéllos que profesando cualquier idea filosófica sólo quieren verla prevalecer por virtud de la razón que la diferencia y exalta, pueden honrarme con sus votos, seguros que no defraudaré a los propósitos con que todos aspiran a hacer del Uruguay un país orgulloso de sus libertades, su legislación justiciera y su unánime elevación espiritual".

Así sí termina la rapsodia. Está dicho cuanto hay que decir. Por la palabra y la voz de un hombre ha hablado la posteridad. Lo que el Uruguay necesita saber de sí mismo, lo que precisa hacer para superarse y mejorar sus hijos y quienes vivan en él, está escrito por el Caudillo egregio en un programa fundamental formulado para la ocasión solemne de su promoción política al primer cargo nacional. La gente lo lee y lo comprende. El que eso ha escrito, sabe lo que el país necesita, lo que merece, lo que puede hacer y lo que le está reservado. No es un improvisado, ni un demagogo, el que habla: es un iluminado conductor, actor en cien combates; que se adelanta a la historia y a su propio tiempo. Es el soñador y el forjador; el que intuye y el que realiza; el que piensa y el que hace. Don Tomás Berreta, demócrata y político, hombre de Estado y Caudillo de multitudes; visionario y patriota, teórico y pragmático, ha adquirido ya la serenidad de la altura y el vuelo de la fantasía creadora: puede votarlo con confianza todo el país, porque todo el país sabe, como él lo proclama, que la justicia social y el progreso económico son indispensables para elevar la mo-

ral del pueblo y que la paz y la seguridad social sólo se logran con el pleno y honorable ejercicio de las libertades democráticas.

Otra especial adhesión le llega todavía: una Agrupación de Colorados Independientes se pliega a su candidatura, en una Declaración pública en la que sostiene que "De todas las fracciones coloradas ha sido el Batllismo la que ha hecho la mejor elección de candidato a la Presidencia, en la persona de don Tomás Berreta. Ningún otro candidato lo iguala en méritos partidarios por su larga y fecunda actuación en pro de los intereses nacionales y del Partido. Hombre de una sola palabra, de honradez indiscutible, talento de estadista demostrado en el ejercicio de los cargos públicos que ha ocupado en su larga trayectoria y Ministro de Obras Públicas en el ejemplar gobierno del Dr. Amézag, es el ciudadano que el País y el Partido necesitan para continuar la obra de engrandecimiento moral y material de la Nación, iniciada por aquel gran estadista que se llamó don José Batlle y Ordóñez".

Regresa en esa semana previa al acto comicial, de su jira por las diecinueve Capitales. La Avenida 8 de Octubre, por donde accede a Montevideo desde el Este, por cuadras y cuadras está cubierta por vehículos de todas clases y gente de toda condición, agitando banderas del Partido y viviendo al líder eminente. Por horas y horas aquella multitud aumentada sin cesar espera el arribo del Caudillo. No se sabe bien por donde está, ni cuando aparece; pero el clamor es unánime, dilatado, ensordecedor: ¡Don Tomás! ¡Don Tomás! ¡Don Tomás! con estremecimiento victorioso y emocional, que ondula, baja, sube, parece perderse, recobra fuerzas de nuevo y no cesa nunca de estremecer el corazón partidario: ¡Don Tomás! ¡Don Tomás! coreado incesantemente por miles y miles de gargantas enronquecidas, en el anuncio resonante y fresco de la contienda triunfal.

Y sucede así, en efecto. Don Tomás Berreta está ese día, como siempre en las elecciones, en su ciudad de Canelones, rodeado por multitudes que se renuevan permanentemente. Vota casi en público, aplaudido por todos, amigos y adversarios y vuelve del cuarto secreto a la Mesa de votación con aquel sobre grueso, agrandado casi chico para contener las cinco listas que los Batllistas le in-



cluyen: el "sí" de la reforma colegialista; la lista de las autoridades nacionales y departamentales también por el sistema propuesto; la lista nacional de la Carta vigente; la lista departamental de igual norma; y la hoja sin lema, impresa en negro, con la fotografía del Caudillo, prevista por la reforma del herrerismo y sus aliados circunstanciales de aquella ocasión. Sale de regreso a su Casa, cuartel general de la campaña, rodeado crecientemente de multitudes entusiastas: no se puede andar en las cuadras aledañas, tanta es la gente y tan nutridas las reuniones y los corrillos informales que se van formando, mientras él, rodeado de amigos por todas partes, se informa, dispone, orienta, atiende a unos y otros, recibe datos, esclarece dificultades, contesta preguntas y consultas. Ya han cerrado las Mesas; empiezan las radios a desgranar las primeras noticias; la gente se apretuja más y más sobre los accesos de la Casa del Partido. Pronto se van concretando informaciones autorizadas, algo empieza a tener visos definitivos: ninguna reforma constitucional ha triunfado; el sistema constitucional vigente es el que sigue rigiendo; pero el Partido Colorado supera por más de cien mil votos al Partido Nacional y el Batllismo a su vez cubre más del 60 % de los votos colorados... Un grito jubiloso, incontenible, resonante estalla como una vibración estremecedora por toda la vieja Casa, por la calle, por la ciudad: ¡DON TOMAS! ¡DON TOMAS! ¡DON TOMAS!. Y el clamor sigue resonando y repitiéndose, en una apoteosis unánime y consagratoria, antes aún de que se formule un anuncio oficial. Entonces ¡ha sucedido lo que parecía tan distante y elusivo! La democracia es verdadera en el Uruguay de Artigas y de Batlle. Todos los hombres son iguales y todos pueden acceder a los empleos públicos, hasta al más alto de todos. El hijo de aquel niño inmigrante, arrojado a estas playas, abandonado y solo, por el odio cruel y zafio de la intolerancia sectaria y de la pequeña niña que llega aquí casi escondida por su madre, huyendo de una perversa y sanguinaria tiranía; el muchacho que entre el sendero y el surco se hacía tiempo para aprender en libros ajenos la historia de las grandes épocas y de los grandes hombres; el joven que había estudiado la vida de Rivera y había estado siempre al lado de don José Batlle y Ordóñez; el soldado de las instituciones de 1904, el conductor de las multitudes de la democracia, don Tomás Berreta, honesto, sacrificado,

noble, leal, de origen humilde, autodidacto, surgido del pueblo, era ahora, el nuevo Presidente de la República!

Habían sido necesarios cincuenta y cinco años de lucha; cincuenta años de doctrina y acción de don José Batlle y Ordóñez; y extenso y desigual combate, sin treguas, contra malicias, envidias y celadas, para que don Tomás Berreta cumpliera, en la altura eminente de su parábola, el ideal cabal de la democracia política, forma de vida y de organización social única, que permite el progreso y la victoria de uno y cualquier ciudadano, que merezca y reciba el honor de ser consagrado por el pueblo. Don Tomás Berreta venía de cumplirlo; el ciclo ahora, en vez de cerrarse, se abría más: bajo el firmamento un campo inmenso extendía su perspectiva y hacia el rostro emocionado asciende entonces un estremecimiento triunfal, que vela, enérgica, la tensa voluntad, nunca descuidada, del conmovido vencedor.

## 19) "TRIUNFO Y TRAGEDIA"

Así tituló Churchill el último tomo de sus Memorias. Como dice Raymond Cartier: "Los americanos siguen cabalgando su quimera, viviendo en la esperanza de que el mundo va a salir de la guerra unificado en la misma fe democrática, en los mismos principios de respeto a la persona humana y de gobierno del pueblo por el pueblo. Churchill sabe que el mundo saldrá de la guerra más dividido que nunca. El título que dará al tomo final de su trabajo, "Triunfo y tragedia" ya está escrito en su espíritu". Igual sucedió, valgan distancias, con el vencedor del 24 de noviembre, porque el electorado de su departamento de Canelones, por el que tanto había trabajado y sufrido, fue ingrato con él aquel día.

La Constitución entonces vigente decía a la letra en su Art. 234, inciso 3º) que "se votará conjuntamente en la misma hoja de votación para Intendentes y Miembros de Juntas y con completa separación de las demás hojas de votación de las elecciones generales". Por su parte, el Art. 8º) de la Ley de Elecciones dice: "Se considerarán Partidos accidentales las agrupaciones de ciudadanos que en número no menor de cincuenta se presenten a las Juntas Electorales o a la Corte Electoral, en su caso, solicitando

el registro de listas de candidatos, en el plazo fijado en el Art. 14" (20 días antes, 15 días ahora).

La Ley de Lemas de 23 de mayo de 1939 dice, a su vez, en su Art. 6º): "No se podrán integrar las listas de legisladores y autoridades municipales con personas que pertenezcan pública y notoriamente a otro Partido... La Corte Electoral rechazará el registro de hojas de votación que violen este precepto".

Aparece así claro que esta última disposición ha derogado la anterior: el registro de Partidos Accidentales sin restricciones queda impedido por la disposición que prohíbe integrar listas con candidatos de distintos Partidos. Pero la Corte, para la elección de 1946, primera en que va a regir la norma del inc. 3º) del Art. 234 citado, porque en 1942 una disposición transitoria suspendió para aquella elección su vigencia, declaró que el Art. 234 inc. 3º) daba completa libertad "en la integración de las listas de Intendentes y Juntas Departamentales, sea cual sea la afiliación política de sus integrantes". La Corte Electoral, con un texto constitucional que se refiere solamente a la separación de hojas, derogó una disposición legal no interferida ni expresa ni tácitamente por aquella norma; e hizo más todavía: agregó a aquella declaración otra que decía: "Podrán registrar listas de candidatos (para autoridades municipales) los Partidos Políticos y las agrupaciones accidentales que se formen según la regla del Art. 8º de la Ley de Elecciones, con prescindencia de la afiliación política de los ciudadanos que la integren". Es decir que, incluso, con la misma base jurídica, la de una disposición constitucional que sólo regulaba la separación de listas, hizo mucho más aún: restableció la vigencia de una norma legal derogada. El Art. 8º) de la Ley de Elecciones, encadenado por el texto de la Ley de Lemas, quedaba plenamente restablecido, como si la Ley mencionada, que ninguna otra ni la Constitución habían derogado, hubiera sin embargo perdido su vigencia.

Aunque parezca asombroso todavía hoy, eso pasó y con el rótulo de "Unión Vecinal" o de "Pueblo Soberano" e integrando las listas con candidatos de ambos Partidos hicieron alianza contra el Batllismo los grupos colorados menores y el herrerismo, ganando así la elección municipal, con ayuda de algún otro sector, en Canelones y en algún otro Departamento en los cuales la administración comunal quedó por todo el período en manos exclusivas del herrerismo. En Canelones, el Batllismo, a la Intendencia, con

la candidatura de un ciudadano de la talla intelectual y moral de don José L. Peña perdió por 621 votos una elección imposible.

Triunfo y tragedia... En el momento de su culminación, cuando su electorado aumenta, el acuerdo al margen de la Ley, con una Corte Electoral incomprensible (sino cómplice), de colorados no batllistas y herreristas le quita un legítimo triunfo, a don Tomás Berreta, consagrado ese mismo día Presidente de la Nación. La máxima victoria y la injustificable derrota, la pérdida de la Comuna departamental.

El viejo líder, perplejo un momento, no hace reproches. En la reunión de las autoridades departamentales, vuelve a pronunciar, quizás ahora más dramáticamente, las resueltas palabras de 1936: "VOY A EMPEZAR DE NUEVO". Y agrega: "A mi edad y a esta altura de mi lucha, esto es lo que tengo que decir: "Voy a empezar de nuevo"... De nuevo otra vez, como en 1904, después de la última hecatombe, cuando funda "La Idea Cívica", organiza la elección de 1905, abre Clubes, recorre el departamento, visita amigos, comienza a construir el formidable edificio de su Partido Colorado Batllismo, de su pasión vital, de su lucha fecunda.

Va a empezar de nuevo, ahora, cuando asciende a la Presidencia y pierde, trágica antinomia de la historia, capricho incomprensible de las veleidades políticas, el gobierno del departamento sobre el que asentaba su prestigio y al que había consagrado su vida entera de luchador.

Sale a la calle: en la esquina muchas personas lo aguardan; otras llenan la casa: él adelanta, serio, concentrado, la cabeza erguida, el ademán resuelto. La gente lo saluda, lo aplaude, empieza a vivarlo, como siempre: ¡Don Tomás! ¡Don Tomás! Todos lo rodean, lo saludan, quieren verlo, estrecharle la mano, abrazarlo. El hombre que va a empezar de nuevo, ha sido, sin embargo, elegido por su Partido, Primer Magistrado, pero consagrado ya por su pueblo, se ha convertido en el primer ciudadano de la Nación: ¡Don Tomás Berreta!

El sigue. Siempre atento y cortés, agradece los saludos y los aplausos, pero sigue hacia adelante, hacia su destino. Debe apurar la cruel amargura de esa votación adversa de su pueblo, que no le dió el apoyo suficiente para superar incomprensiones y descontentos. Debe seguir: ha triunfado, pero al mismo tiempo, la acritud y el amargo sabor de una derrota injusta están allí, en el



alma noble y castigada. Enérgicamente, sigue avanzando. Lo tonifica otra vez el aplauso popular; va sin prisa ni vacilaciones al cumplimiento de su deber, sin concesiones ni debilidades. La grandeza del Patricio se mide por su aptitud para dirigir sin extraviarse, por grande que sea la responsabilidad, o por alto que esté colocado; y por su estoicismo para vencer la amargura, la ingratitud, la penosa inconstancia de los hombres, el resquemor, la envidia... Allí va, hacia su destino, don Tomás Berreta, entero y firme, envuelto en esa mortificante contradicción, sin entregarse ni ceder, pero tampoco sin poder gustar la plena alegría ni el descanso reparador. Su vida se agita sin cesar pugnando por ensanchar los moldes que la limitan. El espacio es grande, porque él lo es: en esa dimensión se inscriben también su amargura trágica, que sólo se expande hacia adentro y su imperio moral que se alimenta y se agranda con ella: lo que no se ve y lo que trasciende; lo que tonifica el corazón y lo que va destruyéndolo. El "triunfo y la tragedia" del gran hombre, igualmente poderosos los dos, porque los dos le están concedidos en la misma inasible y tendida dimensión.

## 20) SEMBLANZA DE DON TOMAS BERRETA

Don Tomás Berreta era alto, fuerte; su andar enérgico y su ademán decidido transcendían a fuerza e imperio. Su actitud firme, vigorosa, positiva, anticipaba la autenticidad del hombre afirmativo, viril. Era esbelto y altivo, sin ser altanero, y avanzaba siempre, con el gesto resuelto del hombre seguro, que se atreve a todo. Revelaba el coraje y la decisión, igual que la autoridad moral, la confianza en sí mismo, la voluntad inflexible. Su sonrisa era cautivadora, simpática, envolvente: los dientes blanquísimos, sin que faltara ninguno, impecables, adornaban aquellas facciones equilibradas y firmes, con el halo seductor de la afectuosidad y la comprensión. Sus gestos eran suaves, pero cuando se encendía por la pasión o la reacción, eran incontenibles y poderosos. De toda su figura física, se destacaban, sin embargo, como en muchos hombres que han dejado huella, sus ojos, oscuros, vivísimos, profundos. Su mirada era el espejo de su alma: suave, tranquila, serena, cuando encontraba placer en la conversación, o buscaba inspirar confianza o acercar afectos o ligar amistades; pero cuando advenía la confrontación era poderosa, terrible, helante; aquella mi-

rada acerada dejaba clavado al contendor en su sitio y expresaba con terrible elocuencia, la decisión, el imperio, la acometida, el desdén, el menosprecio agresivo, irritante, destructor. Sus ojos parecían decirlo todo: sin necesidad de hablar, en su mirada directa y altiva, arrebatada de frenesí, intensa y fija, estaba todo un discurso, una estocada, un ataque estremecedor. Entonces nada lo detenía, si era necesario: allí avanzaba sin ver obstáculos, fija la mirada en el hecho en sí, ajeno al escenario, pero sereno e inalterado como la mirada misma, presto para cualquier eventualidad. Aquella mirada alguna vez, incluso, le salvó la vida y en más de una oportunidad, en la asamblea política, valió más que un discurso y que, aún, una controversia, porque sirvió para resolver asuntos y concluirlos. La mirada de don Tomás Berreta no se podía olvidar, después de haberla visto en la cambiante expresión de sus matices. En ella estaba entero aquel cuerpo vigoroso, aquella voluntad imperiosa, aquella fuerza inagotada que alimentaba la acción incontenible. La llama de su alma y la energía de su corazón daban fuerza a una actividad asombrosa, sin treguas, que en el mismo día lo llevaba por la mañana a recorrer la campaña más alejada, alcanzar al mediodía la casa amiga de la reunión distrital, salir enseguida hacia el otro confín para atender una llamada, contestar una interrogante, satisfacer la solicitud de un vecindario y estar a tiempo, más tarde aún, aún de día, en la Jefatura o el Concejo, en la Cámara o el Consejo Nacional o el Ministerio para volver atender allí nuevos y numerosos amigos, en audiencias interminables, públicas todas porque donde él estaba, unos entraban y hablaban y salían y de nuevo la ronda interminable empezaba otra vez, mientras él atendía el despacho, estructuraba planes, daba órdenes, firmaba documentos, agotadoramente, sin un descanso, hora tras hora, día tras día, semanas y semanas permanentes de trabajo incesante, agobiante, destructor. Su salud privilegiada se fue resintiendo por ese esfuerzo sobrehumano; pero él no hacía caso, la atendía sí, cumplía vez por vez lo que sabía necesario cumplir, pero no se daba reposo, trabajando siempre, aquí y allá, en la prodigación inaudita, en un servicio público emociante y terrible, soporte verdadero y expansión intensa y emotiva de su propia sensibilidad y de la predilección más profunda y sentida de su vocación y de su alma.



Algunas veces, cada semana o dos, viajaba a su chacra, donde se tonificaba frente a sus plantas, sus viñas y sus árboles. Su conversación cautivante desgranaba anécdotas, enseñanzas, experiencias, matizadas continuamente con el toque penetrante, sutil, profundo. La amable afirmación o la advertencia surgían casi sin proponérselo y eran tan suaves como efectivas y todos las comprendían y valoraban. Generalmente llevaba él la conversación sin que nadie interrumpiera, sino ante su ademán; pero no le disgustaba el diálogo y sabía tan bien escuchar como hablar. Cuando lo hacía, lo mismo ante pocos conocidos o íntimos, que ante más amigos o más público, utilizaba las palabras precisas y exponía con estupenda claridad; igual que cuando escribía, ponía todo cuanto debía poner, pero no excedía nunca la exposición con el exceso verbalista o verborrágico: hombre de acción, tanto como hombre de ideas, éstas hacían las veces del espoleo enérgico y a aquélla se lanzaba, entonces y si era pródigo en las dos, no lo era en la exposición, porque en ella prefería ser claro y sólo hablar para decir cosas distintas, aleccionantes, necesarias o novedosas. Lo mismo en una tribuna que en otra, cualquier asunto del que hablara le era familiar y entonces lo abordaba con disciplina intelectual y precisión de lenguaje, con fluidez expositiva y profunda y completa observación de las características y los detalles. Así no dejaba nada librado al capricho, la contingencia o el azar; y era hombre seguro, que había aprendido en la tierra a manejar las herramientas menos dúctiles y abrir derecho y hondo el surco fecundador. Cuando contendía, era suave siempre, pero entonces inmovible en su posición, de cuya excelencia estaba convencido; actuaba así como un estilista temible, armado con la verdad y la razón, que en su inteligencia eran armas penetrantes y poderosas. Y aún cuando fijaba las pautas de la nueva contienda, no gustaba imponer sino sugerir y muchas veces un gesto, una media palabra, una actitud, ya daban la tónica de su conducta, el rumbo de su pensamiento, la indicación apropiada, el camino a seguir. Conocía tan profundamente el corazón humano, que no lo zahería con expresiones desenfadadas o zafias. Su expresión era siempre pulcra y cuidada y su conversión dilecta y fina. La base de su actitud estaba en la esplendidez natural de su inteligencia. Era hondamente talentoso. En las dos direcciones clásicas se orientaba esa fuerza suya de la aprehensión instantánea de los conocimientos, los hechos, las co-

sas: en sentido reflexivo y en forma representativa. Su inteligencia reflexiva era un elemento esencial de su personalidad, porque cualquiera fuera su ubicación o su responsabilidad, los problemas que se planteaban los dominaba enseguida y les encontraba adecuada solución. Cualquier nuevo conocimiento que debiera llegar hasta él, penetraba enseguida en su espíritu: entre la información y el entendimiento casi no había distancias; por eso, como era comprensivo e inteligente, no tenía dificultad para aprender y formó de ese modo una cultura diariamente acrecida, con sólida base, que le permitió saber cosas para utilizarlas como experiencia a veces, a veces como guía, como estímulo otras veces y otras como prevención. Pero las cosas entraban con facilidad en su inteligencia, allí quedaban y cada una afloraba oportunamente, cada vez que lo requería la contradicción, la lucha, la lección oportuna o la exigencia de la adversa confrontación. Esa inteligencia reflexiva hace siempre a un estadista, igual que a un sabio o a un técnico. En él hizo, claramente, a un político; pero el otro sentido de su talento, el representativo, no le fue menos útil: en él esa condición estaba servida por una memoria asombrosa, especialmente visual, que le permitía recordar con precisión y exactitud, parajes, hechos, personas, por cientos y cientos, cuidadosamente archivados en su estupenda inteligencia representativa y frescos y presentes siempre que la necesidad lo requiriera. Por eso no erraba un sendero, ni un atajo, ni una carretera; por eso conocía uno a uno, por nombre y apellido, al padre, al hijo, al nieto, sin olvidar rostros, detalles y suertes. Un día se encontraba alegre de ver en aquella reunión partidaria tres generaciones de batllistas, que se habían formado a su lado, que habían crecido con él, que estaban allí, junto a él, en una gran jornada del civismo democrático. Don Tomás Berreta los recordaba a todos; no tenía dificultades para saludar por el nombre, sin equivocar ninguno, a los amigos que lo esperaban, a los núcleos que lo vivaban en las reuniones del Partido. Asombrosa cualidad, cultivo inmanente de fuerzas naturales, pero también imperio admirable de la voluntad para mantener esa vinculación afectuosa, intensa, íntima con unos y todos sus amigos de unas y otras épocas: cualidad vertebral para que esos amigos, aún el más humilde, llamado y saludado cariñosamente por su nombre por el gran Conductor, se sintiera henchido de orgullo y de afecto,



que a su vez, con ardorosa sinceridad, no retaceaba tampoco el eminente amigo.

La inteligencia es una fuerza; en él era poderosa y él la cultivó siempre, con permanente cuidado, agrandando más y más la órbita de sus conocimientos y experiencias. Pero esa fuerza estaba servida por una voluntad templada, firmísima, tensa, dúctil como un arco, sensible como un nervio vital, poderosa como un ímpetu vertiginoso. En su voluntad de acero residía el secreto de su obrar y de su hacer: para él pensar ya era actuar, concebir importaba realizar, andar quería decir llegar y llegar significaba partir de nuevo. Su voluntad era la base de su vida, el ideal y la acción, al mismo tiempo que el querer, traducido en aspiraciones, ideas, fines fundamentales de su pasión que se aunaba al poder realizarse y trascenderse, el hacer cosas, el llevar a cabo empresas, el marchar siempre hacia adelante, el de consagrarse y triunfar. La audacia y la prudencia de su anhelar se unían al espíritu de iniciativa y al desborde opulento de su accionar: la libertad de las ideas, y la determinación inquebrantable de la ejecución. Se ha dicho que el motivo de la vida se elige y que ese motivo está reflejado, como una manifestación de la compleción personal, en la voluntad que reclama que aquella elección se ajuste a un fin concreto. Si es así, en Don Tomás Berreta se desarrolló puntualmente esa aserción: eligió como su motivo vital la política como forma de llevar a cabo su ideal democrático, liberal, tradicionalmente colorado, batllista, y puso a su servicio aquella indómita voluntad suya, inalterable, prodigiosa, dispuesta siempre, generosa, fuerte, que no reconocía obstáculos, atropellaba las realidades, destruía y volvía a construir, corregía, recuperaba, volvía a marchar, luchando siempre, realizándose en la verdad y en la ejecución de todos los días, permanente, dispuesta, inspirada, causa eterna y fresca, constantemente revitalizada, formal y activa de los nobles ideales y de las espléndidas realizaciones de su conducta. La voluntad de don Tomás Berreta, no fue tampoco la ciega e instintiva fuerza que soportó el vuelo de la fantasía y le acopla las posibilidades de la ejecución, sino que fue también un poderoso aliento moral, que se detenía, muchas veces, en el umbral de la conquista anhelada para dejar paso a las exigencias principistas, nunca descuidadas y que lo subordinaban todo en él, por un inquebrantable sentimiento espiritual, jamás aherrojado. La voluntad era la expresión de su alma y ésta

reflejaba las determinaciones más sobresalientes de la dignidad, el deber y la ética. Por eso aquella voluntad ciclópea jamás estuvo puesta al servicio de un interés menguado o un propósito deshonesto o inferior. Y llegó a alcanzar a través de esta voluntad granítica de su alma, el equilibrio casi imposible o al menos rarísimo, entre lo ideal y lo real, entre el sueño de la audacia fantasiosa y osada y la posibilidad efectiva de los medios utilizables, para su ejecución: en él esa relación tiránica y mutilante estaba controlada con admirable precisión y entereza y marcó siempre, invariablemente, los valores morales más altos. Voluntad al servicio del bien; ideal generoso y expansivo; procedimiento honesto y realizador; simbiosis exquisita de un alma pura, en un luchador soberbio, que tuvo que combatir en todos los terrenos, contra adversarios de disímil y no siempre igualada condición, pero que nunca descendió al fango de la ignominia, la traición, la felonía o la deslealtad; fuere cual fuere la contingencia, siempre utilizó su voluntad poderosa en el servicio de fines superiores, esos fines que hicieron de él, luchador aguerrido y victorioso, el Conductor limpio y libre, jamás comprometido ni envilecido por la envidia, la perversidad o el egoísmo. Altruísta y comprensivo, esta notable fuerza suya fue un ariete de combate de ejemplar utilidad, porque siempre estuvo honrada por el cumplimiento sagrado del deber y la defensa del honor inmaculado.

Pero esa voluntad servía, asimismo, un carácter templado y combativo. Semejante facultad originaria del carácter, le otorgó una práctica viva y un desarrollo altamente dinámico a su personalidad. Formó su carácter como siempre se forma el carácter bien lo dice Goethe, en el torrente de la vida: fue en él como una fuerza desbordada, incontenible, expansiva. Su carácter era rígido, inflexible, severo, responsable, vigoroso. Jamás permitió que la lenidad o la futilidad o la superficialidad rondaran cerca suyo o afectaran gestos o actitudes propias. Todo él imponía y reclamaba respeto. Desde muchacho supo respetar y hacerse respetar. Aquella alma no estaba hecha para ser simplemente una sombra en la vida, que se desliza apenas en un tiempo mínimo, sin que nada quede después de su paso. Estaba hecha, en cambio, para pervivir, para perdurar: la primera condición fue la de su carácter, su personalidad moral, su autoridad espiritual, el imperio que irradiaba su conducta. Carácter templado en la lucha, hecho en la vida dura, espoleado por



mino se construyera o se levantara el edificio liceal o escolar. Y así siempre, en una labor agotadora, pero espléndida, que llenaba su alma, con un ejercicio alto y limpio de la política como actividad humana generosa e intasable, dirigida a aliviar el dolor de los que sufren, a mejorar la condición de sus conciudadanos, a atenderlos en sus reclamos y necesidades y a realizar la obra efectiva de progreso que reclaman todos juntos, la sociedad entera, para llevar más justicia, mejor oportunidad, más felicidad a todos, en la pugna ardorosa de la superación. En esa lucha por la libertad política y la democracia, don Tomás Berreta no se dió cuartel y no descansó nunca. Escuelas, puentes, liceos, carreteras, obras de riego, defensa de los productores, colonias agrarias, van catalogando un espléndido curriculum de realizaciones superiores, debidas al celo, la inteligencia, la voluntad, el carácter de este obrero excepcional del progreso público, que a esta altura era ya, el Primer Magistrado, el Primer Ciudadano, el gran Conductor de la Nación en marcha.

Había adquirido las condiciones plenas del Caudillo. Dominaba como un maestro la escena. Aunaba experiencia y decisión, comprensión humanitaria y precisión de fines y posibilidades. Igual cuando los que votaban eran pocos, relativamente, y todos eran conocidos, como cuando la irrupción de la multitud en la escena ampliando el panorama y la base ofrecía más inciertos resultados y abría incógnitas indescifrables, siempre don Tomás Berreta, al frente de la Asamblea política, condensaba admirablemente la reunión. Cuando hablaba de Batlle, su entusiasmo se encendía y su pasión desarrollaba al máximo sus notables facultades de heraldo de ideas superiores. Los principios eran en él indestructibles; la democracia, el progreso, la justicia y ese bien que no tiene aforo, como él dijo alguna vez, la libertad. Igualmente en la inevitable contienda de las ideas, los planes o los intereses. Desbordaba aquel día la Casa del Partido: miles de hombres y mujeres de todo el departamento estaban allí. Don Tomás Berreta llega, especialmente invitado, desconociendo la causa. Se le explica: está motivado el acto en el deseo de pedirle su intercesión para el nombramiento de un compañero muy distinguido para determinado cargo administrativo, que no depende de él y para lo cual se entiende, él ya ha expresado favorable opinión. Se adelanta a hablar; con gesto resuelto y hasta duro explica que él no tiene la responsabilidad de esa desig-

nación ni le está permitido interferir en la potestad autónoma del responsable, amigo y compañero del que hace el elogio. Un silencio estricto ha seguido al bullicio de su llegada: todo se puede oír y el Caudillo se calla, brevemente: es el momento en que alguien, quizás nerviosa o impensadamente, aplaude; el golpe de manos resuena solitario y breve, en el extendido silencio. El orador se agranda ahora, abarca mayor espacio y dice: "Agradezco ese aplauso, porque me prueba que todavía me queda un amigo en el Partido!" Y la multitud, entonces, irrumpe frenética en una larga ovación y vivas repetidos al Conductor. No ha podido ser, desde luego, de otro modo. No puede ni debe plantearse opción semejante al líder, en público, en un momento político especial, colocando un correligionario frente de otro y poniéndolo a él, al Caudillo, de árbitro inesperado en el centro de miles de miradas anhelantes. Pero la forma en que se desarrolla el hecho y su desenlace, el recurso ocasional excelentemente aprovechado, prueban la identificación de su pueblo con su Conductor y la notable flexibilidad y el imperio con los que éste desarrolla su acción.

Ese dominio es magistral en la Asamblea política. Cuando el horizonte se agranda y las bases se ensanchan y las posibilidades aumentan, muchos son los que quieren llegar y ocupar los primeros puestos. Las reuniones se repiten, pero la lista se demora. Como explicará años después Mayo Gutiérrez con su inimitable elocuencia: "La demora servía para prolongar la expectativa, durante la cual todos trabajan; cuando se disciernen los cargos, los que van primeros dicen, campanudamente "a mí me lleva el Partido" y ya no trabajan tanto, porque regustan el éxito y están seguros; y los que ocuparán puestos inferiores, sin confesar su desaliento, se marginan solos y también trabajan menos". Cuando los plazos se acercaban, el Caudillo planificaba una sesión de integración de listas, seguida de un gran acto público de proclamación. En aquella sesión, todas las miradas convergían hacia él: su silencio, sus gestos, integraban el clima de la reunión y cuando la lista quedaba pronta al menos en los puestos importantes, ya el acto concluía porque había que marchar al Teatro, para la proclamación pública oficial. Allí entonces había una multitud: las instalaciones estaban colmadas, el vestíbulo, los accesos, las aceras, la calle. La gente esperaba impaciente, apretujada, nerviosa. De pronto empieza a oír llegada de afuera una vibración confusa e imprecisa. Se pone en-



tonces de pie y antes de ver ya empieza a aplaudir. El clamor es ensordecedor: viene entrando a la sala Don Tomás Berreta, aplaudido y vivado entusiastamente, saludado por miles de personas que lo palmean y lo abrazan. Avanza como puede por el centro del salón atestado de amigos y llega al frente, asciende con paso ágil los contados escalones y adelanta sobre el estrado: el grito es ahora intensísimo: "¡Don Tomás! ¡Don Tomás! ¡Don Tomás!", mientras él se inclina levemente, el sombrero en la mano, agradeciendo, cordialmente la demostración. Lo que viene después es la apoteosis. Los discursos son la exaltación del gran Conductor, que allí está, vibrante y emotivo y cuya palabra aguardan, sin moverse, los miles y miles de correligionarios que victorean su nombre. El pacto espontáneo está hecho: Ahí se ve con quien está el Partido y por qué sus designios están cumplidos, fijadas las consignas y elegidos los caminos para marchar.

Esa notable condición dirigente, en don Tomás Berreta no se extingue ni se aquieta y así ocurre a través de más de cincuenta años de ininterrumpida acción cívica. Su silueta física, su inteligencia política, su calidad dirigente, se emparejan con una acrisolada e incorruptible rectitud moral. Con una rígida y absoluta honradez personal. Nunca nadie ha podido proponerle nada que pueda incluir deshonestidad, menos ahora: está tan por encima de ellas, que todo en él es directo, franco, natural. No hay cálculos en ese maestro del cálculo, en ese preciso inquisidor de hombres, en esa conducta férrea e indoblegable. Tiene conciencia de que estando tan alto, su primer deber es dar el ejemplo, porque al que está así colocado, todos lo miran, lo inquietan, lo examinan. Sus gestos, sus actitudes, sus reacciones, ya no están calibradas ni juzgadas como la de los demás. Y en ese emocionante servicio de su pueblo, don Tomás Berreta está gustoso y firme, porque siempre fue esclavo de su deber y porque la pasión de su vida ha sido servir a su Patria y ser útil a sus conciudadanos y a su Partido.

Cuando llega a la Primera Magistratura, parece el centro de una consagración. Cada vez se le ve más grande, más firme, más Conductor. El es el mismo siempre, pero sabe valorar las nuevas realidades: un inmenso prestigio lo va envolviendo y las muchedumbres que lo aclaman son cada vez más grandes. Ha marchado hacia arriba con talento y probidad, con una inalterable línea moral, con la sinuosidades y las curvas propias de la política sutil, difícil, compleja, ge-

neralmente ingrata, emocionante y castigadora, pero espléndida y generosa para realizar el bien y forjar el progreso. Ha subido desde el surco a la Casa de Gobierno, desde la mancera al timón de mando, desde la tierra, ubérrima y fiel a la República democrática, igualmente amada y generosa. La fuerza parabólica que lo impulsa lo ha llevado a la altura: por una vez, al menos, el plebético corazón se dilata en el pecho varonil. Y entonces piensa, íntimo y regocijado, que por fin, después de treinta y dos años, en gran parte gracias a él y con él al frente, el Batllismo ha obtenido otra vez el poder.

## 21) LA PRESIDENCIA DE DE REPUBLICA

Al día siguiente de la elección, Don Tomás Berreta está rodeado de cientos de personas, en su Casa de la ciudad de Canelones. La elección ha sido muy ruda y difícil; la campaña política de sus adversarios centró en él los dardos del agravio y la insidia: se diría que vieron en él al adversario, como era en realidad y despreciando los otros elementos de la contienda, tomaron a Don Tomás Berreta como el factor principal, e hicieron girar en su torno la controversia. A lo largo de la polémica, él no contestó los agravios e hizo prédica impersonal y superior. Ahora, al día siguiente, vencedor ya, electo Presidente de la República, recibía sereno y seguro, saludos y felicitaciones. Lo rodean, también, los periodistas de diarios y radios de la Capital. Y entonces anticipa un juicio superior, propio de su amplitud de espíritu, de su comprensión de los problemas públicos y de su propósito de avenimiento y unificación. Dice: "El mandatario electo ha olvidado los agravios recibidos como candidato". No hay en este aserto nada en exceso, y no falta nada en él. Es la expresión de un hombre superior. Con esa manifestación, al día siguiente de la victoria, después de haber soportado ataques y malevolencias, incomprensiones y pretericiones, su afirmación instantánea de que ya ha olvidado los agravios, afirma una condición suprema que permite que ese hombre si quiere pueda aspirar al calificativo de "grande". Porque sólo un gran hombre, en una coyuntura semejante, puede expandir hasta ese extremo su corazón y levantar su espíritu, para anticiparse a borrar las huellas del combate, él, precisamente él, que es el vencedor y que, al mismo tiempo, ha recibido expresiva demostración ciudadana de soli-



daridad. Habla el hombre puro de corazón que hay en él, pero también el hombre de Estado que quiere remontar las diferencias y las animosidades que surgen de ellas, para atemperar las pasiones y mirar de frente, con cierta base sólida de unidad, las incertidumbres de la hora inmediata, de aquella a la que deberá hacer frente ocupando el puesto de comando. Pero surge también en él, enseguida, el hombre político experimentado, penetrante, que sabe buscar la huella segura y que contesta al requerimiento formulado acerca de la manera con que encarará la formación de su gobierno, diciendo que debe aún conocer los resultados definitivos, pero que, anticipando ya una inflexible determinación, para que el país conozca cual será, en todo caso, el vigor y la afirmatividad de su trabajo, agrega con precisión y suavidad: "Espero que no se pretenderá que yo sea un Presidente de manos atadas". ¡Admirable respuesta! Por cualquier concepto, en aquel momento, la inanidad del Mandatario sería catastrófica.

Lo que el país necesita, lo que el pueblo quiere en ese entonces, es un Presidente con autoridad, con imperio, que gobierne con decisión y entereza. Como dijera cierto francés frente a un cambio de gobierno en Inglaterra: "¿Cuándo comprenderán, que lo que su país necesita, no es sólo un hombre de talento, sino un hombre de carácter?" Un hombre de carácter está ya allí, en esa frase del Presidente electo. Gobernará, según las circunstancias se lo permitan, con un gabinete que aún no sabe cómo integrará; pero eso sí, que desde ya se sepa que habiendo sido elegido para eso, él gobernará, él mismo, no otros, por él. Lo que el país, por encima de divisiones partidarias, ha reclamado, ya está contestado por don Tomás Berreta, con una frase suave, casi inocente, dicha como al desgaire, en una conferencia de prensa informal, casi íntima; pero es suficiente para que todos comprendan lo que ha dicho, lo que ha querido decir, lo que significa esa afirmación. El nuevo Presidente no se dejará atar las manos; sin excederse, sin ir más allá de donde puede ir, está sin embargo dispuesto, conforme a la Constitución y a la Ley, a ser él mismo el gobernante, el que ejerza plenamente, sin debilidades ni limitaciones, el cargo que se le ha discernido.

Y al día siguiente, por CX 32, precisa y afirma su primer concepto, diciendo al pueblo que "haré gobierno para el país, sin que las acritudes de la lucha o las injusticias de ciertas apreciaciones

referentes al candidato, reflejen sombras en el ánimo del gobernante". Esta reiteración integra su idiosincracia. Busca refirmar ante el espíritu público su decisión de colocarse por encima de diatribas y pasiones mezquinas; pero también expresa por la porfiada insistencia de la repetición, de qué modo afectaron su alma la injusticia y la perversión de los ataques y cómo aleja de ella esa sombra: para que el gobernante se coloque libremente más allá del exceso es preciso tener templada el alma y tensa la voluntad, como don Tomás Berreta, en largos años de controversia implacable, ya ha aprendido a tenerlas. Y agrega esta estupenda frase, traducción de su integral humanitarismo y exégesis de la visión que le ha dado esta nueva jira que viene de realizar por toda la República: "Procuraremos sin desconocimientos ni despojos, dar un destino mejor a aquellos que menos suerte tienen en el lote que la vida les da". Los que menos suerte tienen, los más necesitados, los más pobres, los débiles, los castigados por la injusticia social... No le preocupa saber cuál es el origen de esa situación: es la vida misma, como él lo dice, la que da a cada uno una porción irracionalmente distribuida, por razones incomprensibles, circunstanciales, o por leyes rigurosas o por absurdos intolerables. No le preocupa averiguarlo: no interesa, en ese momento, saber el origen de la injusticia, sino saber que la hay y que debe corregirse. Y entonces lo marca como cuestión humanitaria esencial: procuraremos mejorar el destino de aquellos que han tenido menos suerte... No está hecha esta situación para elucubrar teorías, ni demoler cosas, ni suprimir derechos; está hecha para corregir el mal que ahí está, terrible, tremendo, mortificante; está hecha para paliar, para ayudar. Por eso lo afirma el espíritu elevado, práctico y comprensivo, humanitarista y generoso, del gran Conductor. Cuando habla al pueblo siendo ya Mandatario electo, su inquietud, su preocupación, su determinación prioritaria, es aliviar y mejorar a los que más sufren, a los desposeídos, a los necesitados, al lote inmenso de los seres humanos a quienes castiga la adversidad o la injusticia "aquellos que menos suerte tienen en el lote que la vida les da", cualquiera sea el origen de esa suerte adversa y sin saber otra cosa sino que son seres humanos, semejantes suyos que necesitan imperiosamente una política de justicia económica, que les alivie la situación inferior y dolida en que se encuentran.



## 22) EL VIAJE A ESTADOS UNIDOS

En ese verano de 1947, antes de tomar posesión de su cargo, viaja a EE.UU. Va' al gran país del Norte para conocer la situación del Uruguay en el centro internacional más importante; pero antes de conversar con dirigentes y autoridades, ya previene a los periodistas: "No vengo a buscar préstamos, sino herramientas de trabajo"; no va allá a buscar dólares, sino arados. No desea comprometer al país, sino utilizar sus recursos para comprar elementos necesarios para el desarrollo nacional. Si es un gran mercado, él debe actuar buscando en el lugar los implementos que se necesitan: antes que nada la defensa y el interés del país. Visita al Presidente Truman, que completa el período presidencial de Roosevelt muerto al iniciar su cuarto gobierno. El Presidente es ejecutivo y actúa prontamente: parece haber oído una de las máximas favoritas de don Tomás Berreta: "En política, peor que decidirse mal, es no decidirse" y así Truman decide siempre sobre la marcha y va haciendo una gestión directa y autorizada. Dice, con orgullo: "Yo sé hacer un surco derecho", aludiendo a sus trabajos personales iniciales; cuando don Tomás Berreta llega hasta allá, aclara "Yo también sé hacer un surco derecho". Visita la tumba de Roosevelt y los centros comerciales y financieros, así como los monumentos nacionales.

Ya está el viajero que viene de tierras lejanas, ante el Lincoln Memorial, con el majestuoso monumento del Presidente mártir. ¡Qué sensación habrá sentido Don Tomás Berreta, entre estremecido y admirado, ante la imponente figura que representa al gran hombre! El lo conoce, ha estudiado su vida en la Biblioteca de don Saturnino Ribes y debe recordar, sin duda, que tiene con él, a pesar de las diferencias de épocas, ambientes y realizaciones, algunas asombrosas coincidencias: son los dos hijos de pioneros, nacidos en humildes casas: uno en una cabaña de troncos, el otro en un rancho de una quinta incipiente; ambos crecieron para trabajar y a ambos, fueron las madres las que les enseñaron las primeras letras: Nancy Hanks a uno, Rosa Gandolfo al otro; los dos trabajaron para los suyos desde casi la infancia: uno en el bosque primero y en el río después, otro en el surco antes, más tarde en el camino; leñador y almadiero el del Norte, labrador y tropero el del Sur; los dos aprendieron muchas cosas en libros ajenos, y fueron ambos, autodidactos y de pocos libros: en Lincoln la historia y la de los

EE.UU., la Declaración de Independencia, las Constituciones regionales, el Pacto Confederal, la Constitución Nacional, el Tratado de Geometría de Euclides, la Biblia; en Don Tomás Berreta las biografías de Plutarco, la Historia de las Revoluciones modernas, Michelet, Thiers, la vida de Rivera y la del mismo Lincoln y, desde luego, Batlle; y si Lincoln pudo decir, cuando su primo John Hanks llegó a la Convención Republicana de Decatur con una carreta llena de estacas, diciendo que Lincoln las había cortado, que había en efecto cortado muchas y quizás mejores que lo que estaban esas, don Tomás Berreta pudo decir, si su recato se lo hubiera permitido, cuando visitaba las chacras de amigos y vecinos, que él también tenía sus filas de viña y sus árboles frutales, plantados por él mismo y que quizás, estaban más cargados de frutos que esos; los dos llegaron arriba luchando, uno con tesón, tino, inteligencia, el otro con trabajo, esfuerzo, no menos tino e inteligencia también; los dos eran incisivos, agudos, sagaces, pacientes y sabían siempre qué querían y hasta dónde habrían de llegar; y los dos también, (esto no lo podía siquiera sospechar entonces don Tomás Berreta), cuando se aprestaban a hacer un gobierno nacional de unidad, después que unó había tenido que soportar una guerra impía y cruel y el otro acechanzas, denuestos y agravios, encontraron no el riente día de la acción sino la noche final del destino y en ambos, el trance se dió semejante, pues, los dos morirían como los cruzados, en lechos ajenos: Lincoln al amanecer, después de una noche trágica y don Tomás Berreta al anochecer, después de un día despedazador; y ambos estuvieron entonces rodeados por el pueblo, que los veló, incluso antes de morir. Para qué forzar la imaginación, si la vida con su caprichosa versatilidad, ofrece estos ejemplos asombrosos de coincidencias y destinos, a pesar de las diferencias de épocas y escenas, tan extraordinarios, que más que historias reales parecen sacadas de una novela?

El viajero se apresta a marchar; da algunos pasos y se inclina en señal de respeto y de homenaje. No se separan, sin embargo, aunque el viajero se aleja, porque ambos son inmortales ya y mientras uno está en la eternidad, el otro va, sin saberlo, hacia ella.

## 23) EL NUEVO GOBIERNO

De regreso al país, después de visitar también la isla de Cuba, se apresta a integrar su gobierno. El resultado electoral ha dado al



Partido Colorado mayoría parlamentaria y forma, por tanto, en ese primer momento, un Gabinete de su Partido, en el cual distribuye los cargos con cinco batllistas, un técnico de igual filiación, no político, en Salud Pública, un militar en Defensa Nacional y dos representantes uno de cada una de las otras Agrupaciones coloradas.

Cuando se conoció la integración definitiva, se produjeron algunas críticas. Don Tomás Berreta está preparando esa integración y conversa ese día en su casa con dos de sus colaboradores más íntimos y de su mayor confianza: Don César Mayo Gutiérrez y el Dr. Luis Alberto Brause, calificados dirigentes partidarios y eximios hombres de Estado los dos. El Presidente electo explica que ya ha recibido los nombres que ofrece determinada fracción como candidatos para el Ministerio convenido. Debe elegir uno: Interroga a Mayo Gutiérrez, porque el Dr. Brause ya está enterado. Con aquel tono rítmico y simpático que le era habitual el interrogado elogia a dos de las tres personas nombradas. Y agrega: "en cuanto al otro don Tomás, me imagino que no tengo que decirle nada..." Rápido, don Tomás Berreta afirma: "Y sin embargo, Mayo, a ese es al que voy a nombrar" Y Mayo Gutiérrez replica, entre medido y fastidiado: "Y para qué me pregunta, entonces..." Mientras el Presidente estalla en alegre carcajada, apenas compartida, más por compromiso que por convicción, por el frustrado confidente. También la prensa y algunos dirigentes partidarios expresarán desacuerdo. En "El Plata" el Dr. Juan Andrés Ramírez dirá, aludiendo al asombro que produjeron las fortalezas volantes enviadas por EE.UU. a los actos del 1º de marzo, porque volaron muy bajo, que "algo empezó volando bajo también, ese día... y quizás sin la estabilidad de las fortalezas volantes". No lo comprendieron a don Tomás Berreta. Después que había puesto en ejecución el plan de obras públicas, debía ahora realizar el cambio indispensable que reclamaban las estructuras agrarias: ya había aludido a la puesta en marcha del Consejo de la Economía Nacional y a la creación del Instituto de Colonización. Ambas tareas eran precisamente las fundamentales y aquéllas que él conocía mejor. En ambas iba a ser él, con un Ministro de su entera confianza, el que actuaría más activa y directamente. En Obras Públicas estaría su amigo de siempre don Orestes L. Lanza; en el otro Ministerio era indispensable un hombre que lo acompañara, que no creara problemas, que actuara con diligencia, constancia y hasta, diríase, sin discutir... Había pen-

sado así el eximio Conductor y su tarea estaba ya orientada y planificada, bastante antes de empezar. Los hombres políticos deben elegir y a veces tienen opciones irreversibles. Pero cuando eligen si pierden de vista el objetivo central, están perdidos. Precisamente don Tomás Berreta nunca se escamoteaba a sí mismo las soluciones, que muchas veces, diríase generalmente, ni son las ideales, ni son las que más agradan ni son las que menos duelen. Pero hay que tomarlas, apreciando el conjunto de los hechos y las posibilidades, y no las expresiones incidentales, que nunca pueden subordinar a las esenciales y permanentes.

El 1º de marzo fue a la Asamblea General a contraer el compromiso constitucional. Y en esa amplia sala donde están reunidos los representantes del pueblo y en presencia de embajadas extranjeras y de invitados especiales, pronuncia un discurso de afirmación de sus orientaciones y propósitos, los mismos que ha concretado en el Manifiesto que siendo candidato dirigió a la ciudadanía, una semana antes de la elección. Dice entonces que sería obvia la reiteración de sus opiniones y fines y agrega:

"He sido y soy un hombre de acción y de Partido que no ha "rehuido la lucha sino que al contrario se ha entregado a ella con "ardorosa sinceridad. Pienso seguir luchando hasta el límite de "mis fuerzas, pero comprendo que debo librar mi espíritu de ofuscaciones, encarando con amplitud y ecuanimidad las severas responsabilidades que el mandato de la soberanía comporta". Librar su espíritu de ofuscaciones, ha sido siempre una plucra y cuidada atención de su voluntad. Lo dice solemnemente, pero es esa una norma de que ha dado pruebas a lo largo de su vida. Hombre que afronta con gusto la lucha, lo hace siempre en un nivel superior que ahora, cuando ocupa el primer cargo institucional, adquiere categoría suprema. Y entonces agrega un pensamiento que será después famoso, que se toma como definición y como bandera, porque al tiempo que entraña una verdad estremecida, es también acicate e incitación para todos en el porvenir. Dice: "Puedo afirmar "que no traigo pasiones ni me mueven sensualidades, sino el afán "de honrar, con una labor inspirada en el bien colectivo, a una "Democracia que, afirmando su autenticidad, me ha honrado de "modo singular al elevarme, desde los planos sociales más humildes, a la Primera Magistratura del país". ¡Solemne y transcen-



dente definición! Porque lo que está configurado en este párrafo inimitable es, precisamente, la democracia, más que el Mandatario en cuyo nombre inicia una gestión de gobierno. Porque esa es la norma, precisamente, la que permite ascender, desde los planos sociales más humildes al renglón más alto, a aquel que tenga méritos, fuerza, emoción humana y grandeza epopéyica para llegar a las cumbres: él, don Tomás Berreta, lo ha logrado y al decirlo, dice asimismo que esa es la democracia, el régimen que permite la emulación y la confrontación, la superación y la victoria, en plano igual para todos, sólo alterado por el mérito, el talento, la virtud comprobada, el prestigio consagrador. Ese párrafo excepcional se extiende por el país meses más tarde, se acopla al retrato del Caudillo, se difunde, se expande, se engarza con el recuerdo más fiel y se hace más tarde, parte del relato emocionado: es la afirmación y el símbolo de una pasión y de una leyenda, que salidas de la vida de un hombre superior, será referida de padres a hijos, con orgullo y fraternidad y nunca dejará de ser contada.

Ya deja aparte el orador su pasión personal y va a sus preferencias, más acusadas: el hombre y la producción, el ser social y el sustento de su trayectoria. "...Tenemos que ir perfeccionando "nuestros Institutos sociales, de modo que cada hombre pueda "gozar de un nivel de vida suficiente en lo físico y en lo espiritual. Estas conquistas, para que sean efectivas y duraderas, tienen "que estar basadas en una economía próspera. Hay que asegurar "una cada día mayor justicia distributiva, pero si no se crean riquezas, la equidad de la distribución no será más que ilusoria. "Para hacerla real, superar las dificultades de un período universal de escasez y abrir cauces nuevos al progreso en todos "los órdenes de la vida, se impone la necesidad de incrementar la "producción". Habla de nuevo el gobernante obsesionado por la idea de servir al hombre y para hacerlo, de hacer justicia que reclama, ardientemente, un incremento efectivo de la producción. Ahí se ve al estadista humanitario y comprensivo, al político que conoce a sus semejantes y al país y sabe que los males que afectan a su pueblo se derivan de una producción estancada, que reclama con urgencia medidas intensas, firmes y drásticas. No se puede repartir la miseria; para repartir, primero hay que crear; y para crear debe intensificarse el ritmo de la producción en todos los sentidos. No se cansará de repetirlo: trabajar más, producir más, son las divisas

del país en el momento en que él reclama la cooperación nacional para la gran obra de la recuperación y el desarrollo. Recuerda entonces su viaje a los E.E.UU. y dice que allá expresó que "lo que necesitamos no son ayudas financieras o de otra naturaleza; lo que necesitamos son herramientas para aumentar el rendimiento del trabajo y labrar con él nuestro bienestar..." Y luego de ofrecer y pedir el concurso de todos, Parlamento y fuerzas productivas, termina con una afirmación nacional de unidad, sosteniendo que si los acontecimientos mundiales inciertos resultan favorables "el camino de nuestra obra será allanado"; pero si fueran adversos "un deber ineludible habrá de imponerse a la conciencia de todos: el deber de hacer más estrecha y más firme la solidaridad, en la defensa de los bienes comunes".

En la inmensa sala, atestada de público, integrado por más de cuarenta delegaciones extranjeras, estalla ahora un aplauso unánime, prolongado, emocionante, que se confunde con los vivas al señor Berreta, salidos de la Asamblea y del público de las galerías. El país rodea a su Presidente; el luchador de excepción, el político de acción infatigable, el hombre de Estado probado en múltiples ocasiones; el demócrata fervoroso, jamás abatido; el altivo y gallardo soldado de la Libertad, ahora es más que el nuevo Presidente, es el símbolo de la República, el centro de su equilibrio político, el guía espiritual de su pueblo: Don Tomás Berreta encarna a la Nación, se integra en ella y adquiere la suprema majestad de los elegidos.

## 24) EL ULTIMO DISCURSO

Todavía el 19 de abril, día de fiesta patria, un mes y medio después de iniciado su mandato, se dirigió de nuevo al pueblo. Está preocupado por el ritmo y la intensidad de los problemas sociales y por su obsesida inquietud por aumentar la riqueza nacional incrementando la producción mediante el trabajo y debe advertir al país con precisión, cuáles son las realidades contemporáneas. Los reclamos obreros y el aumento del costo de la vida; los salarios y los intereses de los capitales; los factores climatéricos que alteran la producción; anteriores azotes sobre la ganadería y la urgencia vital de la sociedad que crece en un clima de libertad, que orgullosamente resalta el gobernante. Nuestro propósito, afir-

ma, es el mismo del primer día: realizar un plan de estímulo al trabajo y de intensificación de la producción, plan que se vio afectado por varios conflictos obreros. Y bien: afirma rotundamente que es preciso ajustar esos movimientos sin menoscabo de las Leyes, a los supremos intereses del país. "El pueblo del país, dice, se compone de obreros y patrones; empleados y productores; comerciantes e industriales; ciudadanos y campesinos, todos los cuales tienen derecho de subsistir, sin desmedro de cada uno". Esa es la norma sana; así ha sido siempre don Tomás Berreta, demócrata liberal, partidario de las reivindicaciones y derechos de todos los sectores sociales (y no clases sociales, frase que no suele pronunciar), pero dentro de la Ley y el orden público, mediante el acatamiento de los derechos comunes. En esa pugna eterna entre el principio de autoridad y los privilegios inmarcesibles de la libertad, él sabrá guardar el atinado, justo y proporcionado equilibrio, que asegure la libertad sin llegar a la anarquía y la irresponsabilidad, y que afirme el orden sin caer en la tiranía. Cualquiera sea el intento que se cometa por caer en un extremo o en otro, son ajenos a la idiosincracia y al carácter cívico de este ciudadano excepcional, que lo mismo piensa de ambos extremos cuando es simple ciudadano, modesto iniciador de una cruzada cívica que se hará transcendente, que cuando ocupa, en una parábola de formidable fuerza creativa, el primer cargo político de la Nación. Por eso puede afirmar enseguida, como siempre, que "El país necesita trabajar y producir. El trabajo debe ser respetado y el gobierno lo amparará en todas sus legítimas formas... No nos causaremos de repetir y de predicar con el ejemplo que sólo en el trabajo está la felicidad de la Nación..." Trabajar, trabajar, repite obsesionado y ofrece su propio ejemplo, el más formidable de todos pues eso ha hecho por cincuenta y cinco años, sin descansar nunca, este indómito trabajador del surco, de la espuela, de la pluma, de la palabra, de la acción cívica. Trabajar ha sido su obsesión, es su descanso, renueva en él sus energías y lo ve, con razón, no sólo como la dignificación del hombre, sino como la salvación del país. Respetar y defender el trabajo y producir más, aumentar el ritmo, crear fuentes nuevas, producir, producir, mediante el trabajo constante, honrado, firme, ininterrumpido. He ahí su discurso en el que está todo él en su texto, como lo ha sido siempre, a lo largo de una vida azarosa, indeclinada, ejemplar. Se refiere entonces a las huelgas registradas

y la afectación que ellas produjeron en la economía, para pasar a librar la batalla del trigo, buscando que el país se emancipe de la importación en este renglón, de producción suficiente, antes, en la República, reclamando el aumento de las áreas sembradas, para evitar esa importación de 200.000 toneladas que ha debido hacerse. Y exhorta a todos a trabajar más, a producir más, a sembrar trigo y otros cultivos de alto valor económico, maíz, lino, forrajes, tabaco, arroz, maní, girasol, mandioca, como medio de incrementar la producción y aumentar la riqueza nacional. Y desarrolla entonces un pensamiento, verdaderamente revolucionario, de valor permanente y en todo tiempo esencial. "Creemos que debe darse destino inmediato a las tierras aptas que poseen las distintas Instituciones del Estado, incorporándolas así al activo de la producción". Y enumera las cantidades de hectáreas que poseen dichas Instituciones, que son miles y miles, y que se deben repartir, porque de esa manera más brazos estarán ocupados, mayores serán los rendimientos y más apropiadamente utilizada la tierra, para el aumento de la producción. Y dice con estupenda visión, propia de su personal conocimiento y experiencia: "Hay que cuidar la preparación de las tierras, ya que es lo primero y principal. Los desniveles del terreno, las malezas y los yuyos que toman los trigales, hacen que el rendimiento sea bajo y no compense. La buena selección de semillas y la voluntad del hombre para el trabajo, deben ir acompañadas de un método capaz de eliminar inconvenientes. ARANDO HONDO Y EXTIRPANDO LA MALEZA se puede llegar a muy buenos resultados..." Arando hondo, dice don Tomás Berreta, que siempre aró así, en la tierra generosa y en la mente fresca de su pueblo; extirpando la maleza dice el experiente labriego que conoce cómo involuciona el trabajo, se invierte el resultado, cuando el muérdago y la maleza parasitaria dañan la siembra tanto o más que el descuido del hombre o su imprevisión o su falta de apego al trabajo. Por eso el viejo y acerado conductor de hombres, que sabe "hacer un surco derecho" y que sabe tener el campo cuidado, limpio de malezas, sembrado de buenas semillas, se apresura, desde su solio eminente, a hacer lo mismo con la Nación, en un momento excepcionalmente definidor y crucial de su vida, cuando los senderos se tocan y vuelven a separarse otra vez: o se toma rumbo derecho, con la tierra repartida y preparada para la nueva siembra, el surco hondo, la maleza extirpada, la semilla seleccionada y



pronta o se abandona la ruta en el sopor suicida, la fuerza extrañada, la contienda estéril, el desdén destructor. Hay que arar hondo, y extirpar la maleza de la fértil tierra uruguaya, dice el Presidente egregio, para llegar a los mejores resultados y satisfacer "la urgencia vital de una sociedad que creciendo en un clima de libertad, impulsa al hombre, con todos sus sentidos, sea cual sea su condición social, a mejores planos de vida, sin que ninguna arbitrariedad coarte ese supremo derecho, mientras la Ley tutela la dignidad del ciudadano, en una Democracia inquieta, fecunda, ordenada y constructiva". He ahí el mensaje, diríase póstumo, del eminente Conductor. Es la palabra de un hombre de Estado, pero también la de un político pragmático, que ha conocido a fondo el corazón de los hombres, la peculiaridad caracterizante del ser uruguayo, la realidad económica y social del país. También corresponde a un gobernante avisado y previsor, que conoce bien la dialéctica de los conflictos sociales y quiere anticiparse a prevenir, porque su corazón lo empuja hacia las reivindicaciones legítimas y su deber no le permite olvidar que la manera de obtenerlas es en el campo de la controversia ideal, mediante la Ley reparadora. Paladín de la libertad política hasta su máximo extremo, asegurará, así la afirma, su pleno imperio, sin descuidar las obligaciones derivadas de la tutela impersonal de todos los derechos. Habla un político, un gobernante, pero también un trabajador. Sabe que la tierra es generosa, pero rebelde, exigente, ruda; que hay que llegarle hondo y buscar la savia en la entraña sufrida y fecunda. Y que sin el trabajo no hay conquista humana válida y perdurable. Reclama entonces que se are hondo y se limpien las malezas del campo. Don Tomás Berreta empuña la esteva de nuevo, con mano firme y fuerte, hincando la reja a fondo en la noble tierra, escoge la semilla mejor y avanza sobre el surco pródigo, seguido de su pueblo. El sembrador va hacia su destino, marcando el derrotero al país y éste lo sigue ansioso y confiado. He ahí lograda otra vez la plena identificación del conductor y su pueblo: arando hondo, distribuyendo la tierra y extirpando el muérdago encontrarán, venturosamente, la cosecha fecunda, bajo completa e irrestricta libertad. Pero, no pudo ser. Don Tomás Berreta, envuelto ya en la apoteosis nacional, camina, sin presentirlo todavía, hacia la última emboscada. Se ha librado antes de muchas, tendidas por los hombres; de ésta, en cambio, no lo podrá hacer, porque este agente traidor y pérfido, es

inevitable y ya ha llegado para él. El ciclo se cierra de nuevo, en el momento en que más lo necesitaba el país, desgarradamente y por la última vez.

## 25) ENFERMEDAD Y MUERTE

Don Tomás Berreta se encuentra ya, herido de muerte. En su viaje a Artigas, que realiza por esos días para un acto de confraternidad con el Gral. Dutra y para estrechar vínculos y buscar solución al intercambio entre las ciudades limítrofes, se advierte que sufre intensos dolores. Días después se hace tiempo para atender los detalles de la elección interna de su Partido para elegir Comité Ejecutivo Nacional. No puede aceptar que una simple corriente de aire, entrada a la habitación por una ventana dejada inadvertidamente abierta pueda ser causa de aquella punzante afección. Tampoco admitirá que sea de origen reumático: ha estado en la guerra varias veces, ha soportado el frío imposible de las noches interminables, igual cuando joven, en 1897, en 1903, en 1904 lo mismo que ya hombre maduro, en 1935, sin que esa enfermedad característica y típica le hubiera afectado nunca; pero desecha prontamente su propio problema para dar indicaciones y juicios sobre el acto a cumplirse: todavía el día de la elección interna no olvida prevenir que debe actuarse de modo que todos los compañeros en condiciones de hacerlo depositen su voto, pero exige que se cuide bien esa elección, para evitar que ahora, por estar colocado en la más elevada posición, se quebrante en su beneficio el distribuido equilibrio interno de las tendencias: siempre cuidó que se mantuviera con cierta equidad la situación partidaria y nunca dejó de defender a los dirigentes del Partido, estuvieran donde estuvieran y cualquiera fuera el grado de adhesión que pudieran tener hacia su persona. Defender y cuidar a los hombres del Partido, decía ese día, como antes lo había dicho también, era deber primario indispensable, primero porque eran dignos de ello y después porque así se prestigiaba el Batllismo, palanca principal y exclusiva o casi exclusiva, decía para la realización de la justicia y el bien.

Hacia fines de julio se fue haciendo mayor la alarma en la población: Don Tomás Berreta continuaba recluido en sus habitaciones; el 1º de agosto la noticia produjo una sensación de hondísima pena y notable quebranto en todo el país: el Presidente de-



bía someterse a una intervención quirúrgica y solicitaba licencia para ello; en todos los espíritus se advirtió, enseguida, la sensación colectiva de pesar y de dolor que el hecho provocaba. Después que conversó con los hombres encargados de atender el cambio de gobierno y de dictar las instrucciones finales y de alguna otra íntima providencia, fue trasladado al Sanatorio Italiano para la operación. Salió de ella, sin recobrar el conocimiento, respirando anhelosamente, con suma dificultad. El día siguiente fue desgarrante y trágico. La noticia de un proceso definitivo e irreversible no por esparada, dejó de sacudir con menos intensidad a la Nación. Las gentes como cuando moría Lincoln, se condolían unos a otros aún sin conocerse como si el enfermo fuera familiar y muy querido de cada uno. Las aceras empezaron a llenarse de grupos entristecidos, cada vez más nutridos y numerosos. Hacia la media tarde ocurre otro suceso insólito, realmente extraordinario: la gente comienza a llenar primero los jardines, los corredores y pasadizos después del amplio Hospital y a entrar en él, como hecho natural, para rodear la sala del ilustre enfermo: don Tomás Berreta agonizaba allí, como había vivido, en medio de la multitud, de su multitud uruguaya y batllista, ayer entusiasta y desbordada, hoy estremecida por la emoción y el dolor. Allí a la vista de casi todos, estaba exánime ya el cuerpo yerto, inmóvil del gran Conductor del pueblo: su mano en las manos tibias y cariñosas de su esposa abnegada, y él fijo, quieto, como ausente, envuelto en el anticipo de la muerte inminente y rodeado del afecto, del llanto y la angustia de su pueblo conmovido. Hacia las nueve de la noche, el débil e imperceptible halo invisible que lo unía a la vida se rompió; el penoso y espaciado estertor quedó, como suspendido en el aire y se detuvo entonces el castigado y generoso corazón: Don Tomás Berreta acababa de morir.

Las antiguas filosofías orientales definen el tránsito:

Una gota de rocío caída en el huerto de la eternidad, es cuanto podemos aspirar a ser sobre la tierra. Caída en la extensión inmensa, destella un momento apenas, mas cuando se levanta el cálido sol no queda huella. Sólo alguna vez logra brillar sobre una flor y prolonga entonces su Belleza hasta la orilla del Tiempo.

Así el alma de don Tomás Berreta. Porque si es cierto que sólo permanece aquel que tiene un alma viva que lo lllore sobre la tierra y que cesa cuando ésta, a su vez, se hunde en la nada, es cierto también que ello ocurre sólo con el común de los mortales. Con las grandes vidas no. Con una vida inmensa como la de don Tomás Berreta, no están dados los sentimientos y hechos comunes: él perdura, y perdurará, fresco como el rocío de la mañana, estremecido de amor, como una lágrima viva, intacto y puro, en el huerto de la eternidad, hasta la otra orilla del Tiempo.

## 26) LA POSTUMA CONSAGRACION

Después fue conducido por un pueblo enorme y acongojado como no se había visto igual desde que murió Batlle, a su casa, a la Casa de Gobierno, al Palacio Legislativo, el Cementerio Central y años más tarde, cumpliendo su voluntad póstuma, se le dió inhumación en el Panteón Familiar, construido expresamente en el cementerio de la ciudad de Canelones, donde descansa, en medio del pueblo al que tanto amó, en la tierra de su Uruguay querido, y de su departamento, el de su predilección, de sus luchas, de sus victorias y sus más numerosas realizaciones públicas.

Está allí su cuerpo exánime, pero su vida y su obra están difundidas y levantadas en toda la República. Fue un realizador, un ejecutor de hechos notables, un Maestro de la conducción política, un dirigente partidario excepcional y un patriota íntegro e inflexible. Amó al hombre común como a sí mismo. Fue adalid de los pobres y de los humildes porque él siempre lo fue. En el fondo de su alma, sentía hondamente la limitación humana; pero intrépido y fuerte como era, cumplió el deber inexcusable de utilizar todos los potenciales recursos que su naturaleza, su voluntad, su inteligencia y su carácter le habían dado o él había podido conseguir, para hacer mejores a los hombres y un poco más justas, más libres, más honradas las instituciones de que se servían para convivir.

Quiso dignificar la vida humana con la educación; mirando alrededor, en su ardiente y batalladora juventud, vió que el conjunto de sus conciudadanos no estaban en aptitud de luchar con éxito, por falta de la ancha base educacional que permite la redención del hombre y la superación de las frustraciones y los com-



plejos que plantea la áspera contienda por la vida. Era medido y estricto para otorgar el mérito a los que lo tenían y jamás olvidaba dar el título al que lo poseía, no sólo para afirmar la calidad de que estaba revestido, sino para acentuar las posibilidades que, así armado, podría ofrecer ese hombre a los demás.

Sintió al hombre como una herida en su alma. Vió al ser humano, semejante suyo, desgarrado por la intolerancia sectaria, la confrontación de los odios, las pasiones de los prejuicios y del rango y comprendió que había que luchar, antes que nada, por redimir al hombre de sí mismo, para redimirlo después, mediante la legislación, de la tiranía y avilantez de los demás hombres, de la misma sociedad. Desdeñó sin esfuerzo teorías que ubican la redención en sitios donde si en realidad existen, llegará tarde, o podrá ser igualmente vengativa o cruel. Dejó de pensar en entelequias que pueden consolar pero no corregir; y en vez de considerar apropiada la limosna, reclamó la justicia. No hizo jamás vida contemplativa, porque todo lo humano le interesó por sí mismo, antes que por solicitaciones subjetivas, generalmente valiosas para ciertos espíritus, pero ajenas al pragmatismo moral de su alma, que lo obligaba a pelear por el progreso y por el bien, en forma que pudiera traducirse efectivamente en cosecha ubérrima y generosa. Jamás buscó corromper la ajena conducta con la dádiva vil y sin embargo, distribuyó bienes materiales, porque estaban a su alcance y con su distribución hacía el bien. No dejó de ensanchar siempre que podía, las bases de su Partido, y defendió su credo con hidalga y bravía determinación; pero no vió en los demás, relapsos o víctimas, sino semejantes que merecían tener también, cualquiera fuera la idea, la fe o la divisa, principalmente aquellos "que menos suerte tienen en el lote que la vida les da".

Su amor por la tierra, su duro oficio sobre el surco, su andar y andar a caballo, recorriendo el país, el rítmico marchar de la cabalgadura y el espoléo oportuno y apropiado, la firme manera de asir la esteva para abrir el surco profundo y derecho, ya le habían abierto el alma cuando empezó, de muchacho, su acción cívica predilecta y obsesionante. Vió en la política el medio más idóneo para ayudar a los demás, hacer el bien y procurar la distribución de la justicia; y esa predilección definió su vida y distinguió la condición excelsa de su carácter.

Así se convirtió en un hombre honrado y bueno, que no por eso fue inefectivo: su carácter no fundó una personalidad extravagante o perversa, sino un espíritu noble y superior. En la política actuó, como en cualquier otra actividad a la que se hubiera dedicado, como un trabajador incansable. Para ejemplo de los demás, él a su vez, nunca se dió reposo. Cuidó siempre la ley de la moral y se sometió a sus dictados, con indesviable corrección y firmeza. No necesitó de los demás para saber cuál era su camino; desdeñó el oropel y la vacuidad y prestó atención sólo a los hechos y los hombres verdaderos.

No se extravió con sofismas ni ocurrencias estériles; no forzó sus energías para el ensueño, sino para la realización. Cuando luchaba era directo y ardiente, procurando resolver prontamente la controversia, cualquiera ella fuera. No lo exasperaba la discusión, ni el discurso, pero prefería los hechos y desesperaba cuando, ya convenida la solución, volvían los gárrulos, otra vez a plantear los puntos aceptados. En su conversación, retenía el centro de la atención, no por vanidad, sino por natural imperio; no fue superficial ninguna vez ni orgulloso de sí o de sus obras; pero repetía cuantas veces fuera necesario, la procedencia de cada una. No se nombraba nunca él mismo y solía no hablar en primera persona, sino cuando debía aclarar sucesos o afirmaciones que lo rozaban. Cuando quería recalcar el origen de una obra cualquiera no decía que a él pertenecía, decía que era una realización del Partido. Cuando repasaba la etapa cumplida para dar cuenta de su trabajo al pueblo que le había otorgado su confianza y su representación, volvía a nombrar al Batllismo, como expresión invariable del conjunto que había realizado, nunca él mismo, al cual, sin embargo, se debía esencialmente la conquista.

No adoctrinaba tampoco directamente. "Todo se hace por parábolas", como está escrito. Y él también así, daba lecciones diarias. No decía, entonces, cuál era el error cometido, sino que recordaba anécdotas y experiencias que dejaban resplandecer la conducta apropiada, en la obvia correlación de los dos casos. Estaba posesionado de su misión, pero no era, ni de lejos, un fanático, aunque sus convicciones eran hondas e inalterables. Le faltaba la porfiada condición destructiva y la inalterable fijeza de conceptos con que obnubila el alma el fanatismo, y por eso nunca sintió odio,



ni aún cuando las armas utilizadas contra él fueron innobles y traicioneras.

Fue un realizador, sí, pero antes fue un honrado defensor de ideas superiores. No subordinó el sentimiento moral al quehacer y el realizar. Cuando debió detener la marcha para defender la libertad, lo hizo sin vacilaciones ni cálculos, severo y estoico como siempre.

Ocupó los puestos de la escala republicana sin que le envaneciera ninguno de ellos y muchos fueron muy altos y hasta el más alto de todos. Nunca tuvo prisa por llegar y, al mismo tiempo, no esperó jamás que llegaran a la puerta de su casa a ofrecerle las oportunidades. Su imperio moral fue ejemplar y también su inalterada consecuencia partidaria.

Jamás desmayó porque fueran múltiples y hasta insuperables los escollos: no fue hombre de dar por perdida la batalla, sino de perderla o ganarla, sin ceder ni flaquear. Pero cuando podía evitar conflictos y riesgos, contemporizaba para progresar, aunque no lo lograra todo totalmente, porque sabía que la vida no da nunca, plenamente, lo que uno quiere y espera de ella y aún lucha por conseguir. Maestro de la voluntad, su ansiedad de información y conocimientos tenía el valor humano correspondiente: aprendía para transmitir lo que había aprendido, pero también para afinar y adiestrar su propia conducta, con la contribución enriquecedora de la ajena experiencia, de la ilustración oportuna, de la adecuada información.

No soñó quimeras, ni aún en su juventud, sino que intuyó siempre las posibilidades más cercanas y seguras. Pero no dió vuelo menor a su pensamiento, sino que sintió en la altura los vientos tempestuosos de la inspiración y el anhelo; y tuvo en la tierra el cálido estímulo y el medio adecuado para concretar en hechos sus sueños, en realidades sus luchas, en conquistas sus nobles esperanzas.

Para ascender en el curso de su carrera política, no usó nunca armas bastardas, ni medios pérfidos, ni procedimientos indecorosos o protervos. Y cuando ascendía cada escala jerárquica, no utilizaba para su regodeo personal el nuevo nivel, sino para conti-

nuar, mejor armado, la obra indeclinada. Y jamás olvidaba quien había estado con él en la hora del peligro, la decisión o la victoria. Discernía a los demás el trato mejor, cuando lo merecían, sin reclamar por ello, para él, una consideración preferencial.

Maestro como fue de su propia voluntad, jamás dejó alterar, en su presencia, los términos de la ecuación política, ni defender con entereza, su convicción. Así dialoga con el Jefe enemigo, vencedor en el campo de batalla, como con el amigo fraterno, equivocado, según cree él, en la apreciación de los intereses comunes de su colectividad; lo mismo replantea prontamente un concepto cuando ve que nuevos hechos, aclarando el panorama, van abriendo mejores caminos, como no vacila en arriesgar las soluciones ya casi obtenidas, cuando cree alterados los términos razonables de una negociación o alguien, en su presencia, se excede en su actitud por cálculo, vehemencia o irresponsable pedantería. Así elogiará al adversario que corrige o allana las coordenadas políticas; o se plantará ante un intermediario que ha levantado la voz, para decirle, colérico: Si se trata de gritar veremos quien lo hace más fuerte!, dejándolo inmóvil, fijo a su sitio, o recorrerá a paso extendido la larga sala de sesiones del Comité Ejecutivo Nacional para apostrofar con violento epíteto a quien ha osado dudar, delante suyo, de Batlle.

Por eso, no obstante haber sido un combatiente tenaz y apasionado, jamás olvidó la máxima de la moral estoica, subyacente siempre en el fondo de su dinámica: ningún hombre puede considerar su triunfo personal, como el fin confesable de su existencia. Y cuando en él se dio ese éxito, fue precisamente no un triunfo, sino un testimonio: el del proceso progresivo de la democracia y la verificación de su virtualidad superadora.

Cuando era el primero de sus conciudadanos y empuñando firmemente el timón del Estado, se aprestaba a arar hondo y arreglar el terreno para la siembra fecunda, le tocó morir. Acababa de afirmar notablemente su amor por la libertad humana, su fe en la República, su confianza en la educación del pueblo, su adhesión inmovible a los derechos del hombre, su incoercible afán por la



justicia social y su solidaridad plena con el ser humano, libre, poderoso, fuerte, capaz de vencer todas las adversidades, para continuar siendo el único protagonista verdadero de la historia universal, y entonces debió morir. Con el mismo imperio y la entera gallardía de todas sus batallas, se aprestó a dar la última. Y la ganó también, porque sólo entregó, destruido, lo que no podía conservar, pero su ejemplo triunfante quedó vivo y para siempre en el alma de la Nación, como una antorcha fulgente que se alimenta con luz propia y no se extingue jamás.

## EXPLICACION FINAL

Este trabajo ha sido preparado para rendir homenaje a don Tomás Berreta en su primer centenario. Ha sido escrito en agosto (el mes de su muerte) y terminado en la primera semana siguiente, bajo el apremio de términos inaplazables, y, como viene de verse, sólo se ha consultado el libro de Daniel D. Vidart "Tomás Berreta. Apología de la acción", escrito en vida del Caudillo; el primer tomo de "Elecciones Uruguayas" de don Julio T. Fabregat y números sueltos de "El Día" y "La Razón" de Canelones. El resto está conformado con recuerdos, anécdotas, hechos, recogidos aquí y allá, algunos, pocos, por intermedio de interpuestas personas, siempre autorizadas, y muchas veces impensadamente, a lo largo del último tramo de la vida de don Tomás Berreta.

Tiene por ello el propósito, también, de provocar el interés de investigadores e historiadores, para que algún día se escriba, en extensión y profundidad, la historia de esta existencia próspera, una de las más auténticas y pletóricas que ha conocido la Nación.

Pero busca además, excitar la pasión de la juventud. Ahora que, como siempre, todos los caminos se abren a las generaciones nuevas, a "la juventud más joven" que diría Antonio Machado, pocos ejemplos mejores podrán encontrar que la vida de este hombre admirable que fue, en una época de transformaciones transcendentales, el que más dificultades y riesgos debió vencer para subir, desde el nivel más bajo hasta el primero de todos, sin que jamás flaqueara la voluntad energética, el carácter indómito, la inteligencia superior y que por eso mismo, nunca envanecido ni postrado, sigue siendo espoleo para la voluntad y vibración de acometida, gallardía de la decisión y estremecimiento de esperanza Don Tomás Berreta.

## INDICE



INTRODUCCION .....	7
CAPITULO I) La casa paterna. (1875-1890) .....	9
1) Los progenitores. 2) Nacimiento y educación. 3) La crisis de 1890.	
CAPITULO II) La forja. (1890-1904) .....	15
1) Primer trabajo. 2) Nuevos conocimientos. 3) Visita a Batlle: Se define su vocación política. 4) Las revoluciones nacionalistas contra Idiarte Borda. Don Tomás Berreta ingresa a la Policía. 5) El 20 de marzo de 1898. 6) La Senaduría de Batlle. 7) Inconmovible solidaridad con Batlle 8) Don Tomás Berreta en la guerra.	
CAPITULO III) El civismo realizador. (1905-1919) .....	36
1) Las elecciones de 1905. Don Tomás Berreta en Canelones. 2) La organización del Partido Colorado. El Batllismo de Don Tomás Berreta. 3) La autonomía política del departamento. 4) Obras públicas e Instrucción pública. 5) Defensa de los agricultores. 6) Jefe Político y de Policía. 7) Intendente Municipal. 8) La nueva Constitución.	
CAPITULO IV) La representación popular. (1919-1933) ....	58
1) La primera elección popular. 2) Batlle en Canelones. 3) Primer titular al Concejo. 4) Diputado en 1922, 1925 y 1928. 5) La elección indirecta de Senador en 1926. 6) La candidatura del Sr. Julio María Sosa. 7) La elección nacional de 1926. 8) Suplente de Consejero Nacional. 9) La muerte de Batlle. 10) La elección de 1930. 11) La política de conciliación y advenimiento. 12) El golpe de Estado.	

CAPITULO V) La plenitud. (1933-1947) ..... 96

- 1) Primer destierro. 2) El primer regreso. 3) Segundo destierro. 4) El nuevo regreso. 5) La reorganización partidaria.
- 6) Abstención o concurrencia. 7) Reforma constitucional.
- 8) Mitín de julio. 9) La nueva actividad política.
- 10) El sub lema "Batllismo". 11) El vaivén de las candidaturas. 12) El otro golpe de Estado. 13) Las elecciones de 1942.
- 14) Quince días de cambios. 15) El Ministerio de Obras Públicas. 16) La candidatura de don Tomás Berreta.
- 17) Plebiscitos constitucionales. 18) Las elecciones de 1946.
- 19) "Triunfo y Tragedia". 20) Semblanza de don Tomás Berreta. 21) La Presidencia de la República. 22) El viaje a EE.UU. 23) El nuevo gobierno. 24) El último discurso.
- 25) Enfermedad y muerte. 26) La póstuma consagración.

EXPLICACION FINAL ..... 217

Se terminó de imprimir  
el 14 de noviembre de 1975  
en la Imprenta Rosgal S. A.  
Ejido 1622, teléfono 8 54 36.  
Montevideo — Uruguay.

Comisión del Papel. Edición  
impresa al amparo del  
Art. 79 de la Ley Nº 13.349

Depósito Legal 37.278/75